This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464123 DUPL

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

ESTUDIOS LITERARIOS

DE

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Esta edicion es propiedad de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA.

ESTUDIOS LITERARIOS

DE

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS REALES ACADEMIAS

ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.

TOMO PRIMERO.

MADRID 1868:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA,
Segovia, 23.

868
C226
1868
v.1

Span
Studium
1-19-53
81622

1-23-63MFP

A LA EXCMA. SEÑORA DOÑA AMALIA HEREDIA,

MARQUESA DE CASA LORING.

No sé si fácilmente me perdonará su modestia el que, no contento con poner al amparo de su nombre estos cortos trabajos, declare tambien sin rebozo que sus instancias bondadosas me han estimulado á llevar á cabo algunos de ellos. Pero ni soy el primero, ni seré el último, sin duda, que con tamañas indiscreciones la sorprenda. No era posible que compartiese V. inútilmente con un esposo ilustrado la gloria de descubrir y guardar tantos insignes monumentos antiguos; ni podia V. sin grande injusticia contribuir en vano á que, por hábil y dichoso intérprete esclarecidos,

disfruten ya de su conocimiento los doctos. No podia V. tampoco, sin exponerse á ser descubierta á la larga, prestar tanta atencion á las investigaciones geográficas é históricas de otros notables hijos de nuestra provincia, que han obtenido ya abundantes primicias de sus tareas y tienen por recojer todavía en ellas seguros frutos. En lo que bien puedo ser sólo, y no me pesa, es en ofrecer á V. un tributo insignificante. Mas, siéndolo y todo éste mio, posible es aún que encuentre dichosa acogida en su ánimo, si lo mucho que le falta para merecerla, generosamente se empeña en suplirlo la antigua, constante, y probada amistad que, no solo á V., sino á todos los suyos debo. De esperarlo así, por lo ménos, nace la confianza excesiva con que le dedica estos volúmenes

A. Cánovas del Castillo.

PRÓLOGO.

El título que llevan estos volúmenes deja entender desde luego la escasa importancia que da su autor á los trabajos que contienen. Frutos los más de su primera juventud, y cultivados generalmente en las pocas horas de ócio que ocupaciones de mayor urgencia le han consentido, ni merecian al nacer, ni podrán gozar nunca otro concepto, que el de ensayos ó estudios de un aficionado á las buenas letras. Exactamente corresponde por tanto su título á la índole de la coleccion de escritos que ofrece hoy al público.

No se dán á luz, por desgracia, ni tantos ni tan acabados libros castellanos ahora, que la publicacion de uno de esta clase merezca severa censura. Por si hacen falta, no obstante, de buen grado se adelanta á exponer el autor las razones que disculpan su propósito.

Bueno es saber, ante todo, que no le pesaría de hallarse aun á tiempo de conceder ó negar los honores de la publicacion á los más de sus trabajos literarios. Otra que és, quizás sería su determinacion entónces. Ni los puestos académicos que sin merecimiento ha alcanzado, ni la aprobacion benévola con que han honrado sus escritos á veces personas de competencia no comun, seria probable que bastasen para salvar á muchos del olvido ó del fuego, si la voluntad del autor pudiera conservarlos hoy ó nó tan libremente como su razon juzgarlos. Pero no hay medio de prescindir de que tales como son se hallan ya casi todos en distintas formas publicados.

Rara vez la confianza impaciente de los juveniles años permite á los principiantes que para sí solos guarden los frutos de su ingénio, siquiera hasta que la tinta con que los conserva el papel esté bien enjuta. Nada tan difícil como el que se sometan ellos en algo á aquel precepto prudentísimo del poeta, que no menos que por nueve años queria que se mantuviesen inéditas las propias obras, á fin de que meditadas y corregidas despacio, jamás hubiera que recojer palabra alguna que se hubiese entregado ya al dominio público. Pagando como quien más tributo al error contrario, ha

solido estampar ántes de tiempo el que esto escribe sus composiciones en prosa ó verso; y hoy se halla obligado por lo mismo, no ya á recojer ó reformar algunas sino muchas palabras, y aun frases y páginas enteras, sopena de dejar unido su nombre á obras que de él propio pudieran tenerse por indignas.

No sería ciertamente el mal tan grande si en el punto de ser estas concebidas y ejecutadas hubiera observado el autor siempre, ya que no las rigurosas reglas de Boileau ó de Horacio, los oportunos consejos al ménos que de sus propios maestros habia recibido. No olvidará nunca, por ejemplo, que el insigne D. Manuel José Quintana, con quien tuvo la fortuna de consultar sus primeros ensayos, más de una vez le dijo á este propósito, que ni en una redondilla pusiera mano siquiera, sin formar primero el plan á que debia ajustarla. No una vez sola oyó asimismo de los discretos lábios de D. Joaquin Francisco Pacheco la advertencia saludable, aunque frívola acaso en la apariencia, de que por sí propio pusiera en limpio todos sus escritos, ántes de darlos al público, á fin de que más fácilmente notara y evitase las incorrecciones; método por él ya seguido, y que el ilustre Gioberti tambien empleó siempre. Por largo espacio de años, en el entretanto, la suerte

y el parentesco le pusieron á la par en el caso de escuchar de contínuo las lecciones de D. Serafin Estébanez Calderon, uno de los más grandes y doctos ingénios de la época, el cual no perdonó esfuerzo alguno para aficionarle á sus eruditos trabajos é infundirle su propio y feliz amor á la lengua castellana; que es solo empleada con verdadera gloria por los que la aprenden á costa de inteligentes y tenaces estudios. Pero á pesar de la doctrina y ejemplo de unos maestros, que con más respeto que nunca nombra ahora, precisamente porque ya no existen, dejóse llevar el autor de las presentes páginas de los vanos atractivos de la improvisacion, al mismo tiempo que de los de la publicidad, con sobrada frecuencia.

Ni lo uno ni lo otro debe parecer cosa extraña. Hace quince ó veinte años, cuando lo más de esto se dió á luz, ni para él ni para otros jóvenes solia ser tan digno de aplauso el producir bien como producir prontamente; prefiriendo sin ningun rebozo el mayor número lo imperfecto, con tal que se ostentase por espontáneo, á lo que crean y perfeccionan de consuno la razon y la fantasía con el trabajo y estudio. ¿Cómo habia de resultar ninguna obra bajo el imperio de esta preocupacion formada sin incorrecciones de aquellas que volun-

taria y fácilmente pueden excusarse? Pocos escritores á la verdad hay que dejen de cometer algunas, bien que sean de los de mayor ingenio, y de los que dedican más tiempo á la composicion de sus obras; é imposible es por lo tanto que autores, como el que ofrece al público estos volúmenes, se salven de caer en muchas y muy grandes. Pero si proponiéndose poner algo de su parte para impedirlo no lo consigue con todo el que habla ahora, ¿cuántos errores no ha de haber él mismo cometido otras veces, trabajando ordinariamente de prisa, y sin leer por lo comun siquiera la cuartilla de papel despues de escrita? Lo malo ó mediano en el fondo jamás será bueno en las letras porque se cuide con más ó ménos esmero de su forma; pero lo mediano puede parar por falta de esmero en malo, y lo malo mismo en peor sin duda alguna. Esto ha querido evitar el autor, hasta donde le sea posible, al someter á alguna correccion los trabajos que da de nuevo á la estampa.

Mal podria satisfacer ya al presente su amor propio la facilidad de improvisarlos. Obligado por su deber no pocas veces; por el natural deseo de mantener con oportunidad sus opiniones otras; siempre, en suma, por las circunstancias, que suelen disponer arbitrariamente del empleo que hacen del tiempo los hombres pú-

blicos, sobrado ha tenido que improvisar ya el autor de estas líneas, para que no fuera inexcusable en él y extraño, que persistiese todavía en estimar con exceso los frutos repentinos de la inteligencia. Tienen estos á su juicio un valor real, y acaso preferible á cualquiera otro, en la oratoria parlamentaria; merecen tambien aprecio frecuente en materias y asuntos de diversa índole que los literarios; y aún cabe que en estos mismos alcancen feliz sazon algunas veces. Nada de esto niega el autor, ni quizás le cumpliera el negarlo tampoco. Pero no por eso es ménos cierto, en tésis general, que la obra literaria, como todas las de arte, debe ser siempre ofrecida al público con la mayor perfeccion posible en su forma, por aquellos autores sobre todo á quienes no asiste la más remota esperanza de que ni sus contemporáneos, ni la posteridad miren sus faltas, con la justa indulgencia con que todo el mundo disculpa al presente la afectacion y flojedad de algunos de los versos inmortales de Calderon, ó las incorrecciones de dibujo que fácilmente pueden señalarse en tal ó cual lienzo del divino Murillo.

Sabido el título y la índole de los trabajos que en estos volúmenes se encierran, dicho se está que han de pertenecer forzosamente á diversos géneros. Le han faltado el tiempo y las

ocasiones al autor para cultivar determinadamente cualquiera de ellos; aquel, por ejemplo, que á sí propio le señalase la experiencia como más acomodable á sus facultades. Estudiando ora uno, ora otro, y ensayándose ya en éste, ya en aquél, por el contrario, conforme iba haciendo lecturas diferentes, y divisando trás ellas nuevos horizontes, cada cual de sus escritos presenta naturalmente un carácter distinto del de los otros, que, ó bien ántes, ó bien despues, ha llevado él mismo á cabo.

Bien puede, con todo, advertirse una aspiracion única en sus tareas; y no en esta sóla sino en otras esferas de la vida. La ha demostrado desde sus primeros años con sinceridad, y no sin riesgo ni contradicciones, de suerte, que ningun reparo puede tener ya en confesarla, siempre que venga á cuento, con total franqueza. Hasta el dia de hoy, en cuanto ha pensado y hecho, siempre se ha propuesto y procurado con empeño reunir y concertar felizmente el respeto y amor á las cosas antiguas con la sincera adhesion que nunca ha dejado de rendir en su alma, y de demostrar en sus acciones al libre espíritu de su tiempo. Fácil es que los absolutistas de las diversas escuelas filosóficas, literarias ó políticas, encuentren por eso en aparentes contradicciones su entendimiento. Para él,

como ha sido esto al fin una doctrina y no un sentimiento únicamente, la tarea de defender sus miras no fué nunca tampoco muy árdua, ni lo sería en ningun caso. Pero no es ocasion hoy de discutir sino de exponer el hecho. Y por lo que toca á la literatura, que es de lo que en especial aquí trata, no teme añadir á lo dicho, que el deseo de recoger á un tiempo en lo pasado y lo presente la inspiracion de sus obras, fué en él una inclinacion invencible del corazon, ántes que obedeciera á un sistema en su mente. Porque ha de serle lícito declarar, ya en este punto, que para pocos acaso las ruinas de castillos y templos, y la lectura de los libros viejos castellanos, habrán tenido desde la niñez tan poderoso atractivo, sin que esto le haya impedido cultivar tambien algun tanto la literatura clásica y la filosofía moderna. Corta muestra ofrecen ciertamente estos volúmenes de haber en sí recibido tan nobles inspiraciones; pero esa es culpa de su autor sólo, que no indica que sea de suyo estéril el intento, y ménos que no se haya aspirado con fe y amor á realizarlo en el caso presente. Ojalá que demostrasen esto último al menos con suficiente claridad, ya que otra cosa no prueben, los ensayos vários que aquí se encierran.

Fácilmente se comprenderá que la residen-

cia del autor en Roma por algun espacio de tiempo, debió de acrecentar mucho la aficion que él ya tenía, no tanto al espíritu, como á la forma y estilo de la poesía clásica. Esta circunstancia y la de haber hallado allí ócios bastantes para juntar y corregir todos los versos que habia hasta entónces escrito, y hacer otros nuevos, sobran para explicar la tendencia que en ellos se descubra á seguir el tono y la manera de los modelos italianos y latinos. Sensible será siempre para el autor no haber alcanzado tampoco en este particular buen éxito; pero no por eso se arrepentirá más de haber dado abrigo á tal propósito en su ánimo. Lejos de ello, con todo su corazon celebraria el que otras personas de más fuerzas emprendiesen de veras y con resolucion el camino en que él no ha acertado á dar seguros ni largos pasos. Y en vano se le dirá, por ventura, que no es esta oportuna época para que ni él ni nadie siga con éxito ninguna escuela poética. Los hombres de este siglo hemos oido ya todos cien veces, que tampoco son de ahora la religion, ni el heroismo, ni el propio amor, y todo ello se siente y se sentirá, no obstante, en el mundo por tanto tiempo como estén en él depositadas la inteligencia y la voluntad humana. Lo que hay es, que los tiempos no son igualmente favorables para la demostra-

cion y expresion de aquellos sentimientos; y que ni siquiera todas las edades de los indivíduos son tampoco apropiadas para cultivar con oportuno ardor ciertos géneros literarios. Preciso es de estos tales despedirse á tiempo. Pero nunca ha de faltar quien llegue luégo, y ocupe cada lugar que los que envejecen de espíritu vayan dejando en las letras vacío.

Tal vez merezca contarse entre los géneros que deben ser por lo comun á cierta edad abandonados, el de *la novela histórica*, al cual tambien ha consagrado el autor algunas tareas. Imposible sería indudablemente que experimentase él ya en ninguna parte la impresion que causó en su ánimo, acostumbrado á habitar hasta entónces ciudades modernas, la primera visita que hizo á la antigua Huesca, donde colocó luego la accion de la novela que el primero de estos volúmenes comprende. Verdaderamente parecia que se respiraba allí aún el aire de los siglos medios, ántes de que la mayor facilidad de las comunicaciones comenzara á modificar el carácter de los edificios y hasta el de las comunes costumbres. Aquella impresion y la que dejára en su ánimo la primera lectura de las crónicas aragonesas y castellanas, dieron nacimiento á la idea de escribir el pequeño libro que, algo extendido más tarde, con cortas variacio-

nes se ofrece por tercera vez yá al público. Si hay género en la literatura que pueda tenerse por enteramente moderno, este de la novela histórica es, á no dudarlo; pero los sentimientos, los caractéres, los detalles, el estilo mismo que en él se emplee, no por eso han de carecer del sabor de los tiempos pasados á que la accion se refiera. Tratándose de resucitar, por decirlo así, escenas de la historia, cuando verdaderas no verosímiles, parece que aquí más que en otros casos será disculpado el intento de juntar y concertar con lo moderno lo antiguo. Inspirada la *Campana de Huesca*, ántes que nada, por el sentimiento que produjeran en la imaginacion de un escolar entusiasta los viejos monumentos y memorias de aquella tierra gloriosa, sin grande esfuerzo tomó desde el principio alguna parte de la apariencia y color que necesitaba; y al retocar sus lijeros cuadros más tarde, se ha procurado solo mejorarla en este punto todavía. Si se ha conseguido ó no, á otros toca juzgarlo. Pero no es fácil ya, de todas suertes, que intente probar el autor de nuevo, si eligiendo otro asunto, y tomándose más tiempo y estudio podria ó no merecer en este género mayor fortuna.

Nadie se maravillará probablemente, hoy en dia, de hallar en las obras de imagina-

cion, aquí reunidas, huellas frecuentes de las circunstancias en que se escribieron y de los sentimientos particulares que su autor á la sazon experimentaba. Aunque se cultive el arte por el arte sólo, es imposible sustraernos por entero al influjo de lo que nos rodea, cuando llamamos la propia imaginacion á cuentas, y le pedimos que ilumine nuestras cuartillas. No hay por qué negar, pues, que mucho de personal é individual se haya deslizado tambien en las que se imprimen ahora. Algo de esto ha debido de suceder siempre; y otro tanto ó más les ha acontecido, sin excepcion, á cuantos modernamente se han propuesto escribir para el público. De tales impresiones y memorias, las más de las que contienen estos volúmenes se refieren, como consta del lugar y fecha, que de propósito al pié de cada composicion se estampan, á los alegres dias de la primera edad; y si esconden enigmas, son de aquellos que por fáciles todo el mundo ha de entender sin pena alguna. Ni apénas pueden mirarse como individuales la mayor parte de tales sentimientos, ya que idénticos los experimentan cási todos los hombres, aunque no los den al público en prosa ó verso. De algunos se hallará aquí la señal, sin embargo, no tan comunes y de muy triste naturaleza por cierto. Son los más hondos y los úl-

timos que ha fiado el autor á la pluma. Ya las fechas de algunas de las poesías de por sí declaran el orígen é importancia de ellos; y en las adiciones hechas en otra de las obras reimpresas, pudieran tambien descifrarse los mismos, por más que allí aparezcan ménos claros. Desde 1851, que fué el año en que visitó el autor á Huesca, por primera vez, no habia vuelto á ella hasta el mes de Agosto de 1865. Entónces recorrió de nuevo y, harto á pesar suyo, los lugares de él descritos en otro tiempo, cuando el entusiasmo de la juventud por entero ocupaba su alma, y apénas se le aparecia algun recuerdo melancólico en su vida modesta y oscura. Bien que en apariencia halagado por la fortuna, con muy distinto estado de ánimo paseó luego aquellos sitios mismos. Allí, en Huesca precisamente, una persona que por justísimos títulos él amaba, vió correr las últimas horas sosegadas de su breve vida, contemplando en silencio las verdes huertas. Y por más que esto no importe ni al público, ni al arte, ¿no ha de contribuir en algo semejante consideracion tambien, á que el autor por su lado desee, perfeccionar y conservar el libro baladí que tamaños recuerdos, no obstante, para él encierra? Al cabo y al fin toda obra, por mala que sea, dura más materialmente que el que la

escribe y da á la imprenta; y le es dulce á éste el pensar, que ciertos sentimientos han de sobrevivirle así, poco ó mucho, y no ir derechos al sepulcro con su persona.

No todas son obras de imaginacion aquí; pero de los principales caractéres de las que lo son ninguna deja de participar más ó ménos. Los dos principales discursos académicos que la coleccion comprende, son breves compendios ó resúmenes de libros estudiados y pensados, que por falta de tiempo no han llegado oportunamente á escribirse. Los artículos de crítica literaria son exámenes hechos por el autor, antes con el intento de formar su propio gusto, que con el de comunicar al público, ni ignoradas noticias, ni ideas nuevas. Los ensayos ó artículos históricos, en fin, debieran haberle abierto al autor, segun sus intenciones, y á la par con otros que no se reimprimen ahora, camino bastante para emprender verdaderas obras en este género, si como de todo lo puramente especulativo no le hubiera apartado tambien de esto por tantos años la constante actividad de su carrera pública.

Hoy que motivos diversos han abierto un tranquilo paréntesis en ella, en nada empleará tan á gusto su tiempo, el que esto dice, como en renovar y ampliar sus estudios literarios.

La naturaleza de sus ocupaciones anteriores, y la edad de pura razon á que ya toca, parece como que reclaman de él otro género de escritos que los que en estos volúmenes da hoy al público. Nádie piense que por amor excesivo á los escasos y enfermizos hijos de su ingénio, lo desconozca ó lo olvide. Buenos ó malos procurará, en cuanto le sea posible, llevar pronto á cabo trabajos de índole más grave que los presentes. Entre tanto, sea esta publicacion, por sí propia, una verdadera despedida de las amenas ocupaciones de otro tiempo. A los verdaderos poetas y novelistas puede serles dado aspirar al eterno verdor de la fantasía. A los hombres que consumen en la aridéz de los negocios lo mejor de su vida, y que nunca han pasado de ser meros aprendices de las letras, semejante pretension les vendría muy grande. Déjala, pues, á un lado sin esfuerzo el autor de estos volúmenes; que ni á esperar siquiera se atreve, el que sean muchos los que despues de leidos piensen, ó digan, que recoje á buen vivir sobrado pronto su corto ingénio.

Para los que tengan así por tardío su silencio en este punto, y aun para aquellos otros que con las razones aquí apuntadas, no queden persuadidos de la oportunidad de la publicacion presente, bien querría el autor que por lo

ménos pudiera servirle de propia excusa aquella que, por precaucion dejó escrita un poeta insigne, á quien no le hizo luego falta alguna :

Né, che poco io vi dia, da imputar sono,
che quanto io posso dar, tutto vi dono.

POESIAS.

I.

CANCIONES.

A ELISA.

I.

¿Quieres, Elisa mia,
Que entone quieres apacible el canto
Que allá decir solía,
Cuando esperaba de tus ojos tanto,
Y aun no tu ingrato desamor temía?
¡Ay! la mano en mi mano
Pon, y suelto el cabello, el lábio ardiente,
Trémulo el pecho, de la tierra el vano
Tumulto por mi amor trueca impaciente;
Y cuando el viento aroma
Lleve á las nubes en sutil murmullo
Junte á la par, blanquísima paloma,
Con tu arrullo mi arrullo.
Y ámame y dílo. La veloz pupila
Que brilla y salta, y se revuelve inquieta,
Fíjala un punto sobre mí tranquila
Y á mi sedienta voluntad sujeta;
¡Que tu cándida voz traiga á mi oido
Siquiera una esperanza de ventura!
¡Que tu vista renueve el consumido
Fuego en mi pecho que en cenizas dura!

Mira: ni al tronco yerto
Que el aire azota en remolino incierto,
Los pájaros acuden á porfía,
Ni en las peñas del páramo desierto
El jazmin su oloroso aliento cria.
Desecha los rigores,
Que eso mi voz espera
Para cantarte, sin recelo, amores;
Mas si te muestras desdeñosa ó fria,
En vez, paloma mia,
De tiernas dichas cantaré dolores,
De luz á luz y hasta que triste muera.
De mi vida en el áspero sendero
Te hallé, y al punto mismo fácil llano
Sentí bajo mi planta. Y manso rio
Fué luego el gran torrente
Que sierra y valle quebrantó altanero;
Y el ancho cielo umbrío
Luz de la aurora desgarró naciente;
Y perfumado viento de verano
Tras sí los nublos arrastró lijero.
¿Será que mi camino
Otra vez cierre la erïal maleza
Y el rio cristalino
Rompa en ronco torrente la aspereza
Del monte, y nuevo velo
Niegue de nubes á mi vista el cielo?
¡Ay! no, no, Elisa mia:
Ni de tus ojos, que en azul el dia
Tiñó, el desdén los rayos acompañe,
Ni nublo de fatal melancolía

La clara luz de tu sonrisa empañe.
¡Sonrisa venturosa
Que bebe el alma en la mirada ansiosa!
¡Angélica sonrisa!
Cándida espuma que en las mansas olas
Del mar levanta silenciosa brisa,
Y llega, rompe, espárcese en la arena
De la desnuda playa,
Y el sol en ella como en iris raya,
Y triste el mar, porque la pierde, suena.
No tardes, ven: la luna
Su luz está en los árboles meciendo,
Y si despierta el ruiseñor á una,
Tal vez la aurora me hallará gimiendo,
Con él en triste canto mi fortuna.
Ven donde á solas tus hechizos mire,
Y á solas con tu amor deamor delire,
Y el áura blanda que su leve aroma
Levanta al cielo en plácido murmullo,
Junte á la par, blanquísima paloma,
Con tu arrullo de amor mi amante arrullo.

MADRID 1851.

A ELISA.

II.

¿Por qué en carmin bañada
Dulcísima doncella
La faz ocultas bella,
Y en el tímido seno
Doblas la frente hurtando la mirada?
Tal huye la paloma,
Y escóndese cobarde cuando asoma
La parda nube donde vive el trueno.
¡Ay! no, no temas. Fria
Mi frente está, y la inquieta pesadumbre
La rinde ya del tédio;
Y no habrá, Elisa mia,
Para mi afan remedio,
Hasta que el fuego de tu amor me alumbre,
Y el ámbar guste que tu lábio cria.
Ven, pues, y la arboleda
Dejemos ya, y su sombra, y los verdores
Del tronco pardo en que el jazmin se enreda,
Y en que anidan los pájaros cantores.
Tal vez, en ócio insano,
Allí la torpe muchedumbre ondea

La vista hartando en fútiles antojos,
Mas comprimido el corazon desea,
Y amor buscan en vano
Los lábios que el ambiente perfumea,
Y amor en vano lánguidos los ojos.
  Dejemos la ignorada
Húmeda gruta en su verdor sombría
Donde nunca tocaron de pasada
Ave, aroma de flor, ni luz del dia;
Donde trémulo acude
Porque la negra soledad le escude
El infeliz adúltero que corre
Tras una dicha que lograda espanta;
Y sombra anhela que su dicha borre,
Y huye el recuerdo, que otra dicha es tanta.
Libres somos tú y yo, cuanto la hoja
Que salta leve del robusto tronco,
Y ya camina por el aire ronco
De las nubes en pos, y ya se arroja
Detrás de la corriente
Que arranca lenta del peñon la fuente.
Libres somos los dos, y ni engañado
Esposo en torvo ceño,
Ni padre esquivo, ni galan burlado,
Nuestro retiro turbarán risueño
A silenciosas dichas consagrado.
  Yo sé donde no agita
La selva el soplo de los vientos mansos,
Y sé donde, en remansos
Tajo se duerme, y sin querer palpita
De amor el pecho que al amor desdeña.

Ni el claro de la luna,
Meciéndose en las ramas cimbradoras,
Despierta al canto al ruiseñor que sueña
Allí, ni á turbar llega inoportuna
El largo paso de las dulces horas
Tórtola, ó fuente, ó desgajada peña.
Y nadie, si por dicha tus cabellos
Riza el áura inconstante,
Allí verá que, amante,
La sed que me devora apago en ellos;
Nadie te oirá, mi Elisa,
Si al ver cual en mis éxtasis te miro,
Tu boca de coral estalla en risa,
Ò brota de tu pecho algun suspiro.
¿Y áun te ocultas? ¿Y velas el semblante
¿Y al pecho palpitante
La frente inclinas, ó en matices rojos
Arde el rostro encendido,
Y en amargo licor hierven tus ojos?
¿Qué tienes, ¡ay! te enoja el dolorido
Son que á mi lira tu desdén arranca,
Ò aquella á cuya lumbre te convido
Cándida luna, silenciosa y blanca?
Díme, mi bien, qué tienes,
Porque en tus ojos mi destino leo,
Y si á mi voz no vienes,
Con lento afan me matará el deseo.
Mas ya, Elisa, la pena
Del inocente corazon comprendo:
Es que el pudor tirano te encadena,
Y con decirte mi pasion te ofendo.

¿Que calle quieres? A callar me obligo
Por ver la luz de tu beldad serena,
Con tal, casta azucena,
Con tal que sientas lo que yo no digo.

ARANJUEZ, 1851.

A LAURA, EN EL MAR.

¿Te acuerdas? El relámpago encendia
Tu frente en roja lumbre,
Y el viento entre los árboles gemía,
Porque del monte en la nevada cumbre
Su luz entonces apagaba el dia.

Laura, ¿te acuerdas? Horas
De cándido placer, ¿dónde sois idas?
¿Y á dónde seductoras
Risas de amor ó lágrimas queridas?
Pasadas sois en suma,
Como del mar bravío
Que azota mi navío,
Hirviendo pasa la flotante espuma.

Rasga la nube, y vuela
El rayo luego. En rededor medrosa
Zumba la brisa, y cruje el alta vela,
Y en sus senos la mar honda rebosa.
La chusma clamorosa
Tal vez prorrumpe en duelo;

Y ¡ay! en tanto por tí mi voz ansiosa
Pregunta á los relámpagos del cielo.
¿Los ves? Si alguno al desgarrar luciente
Del ancho espacio la apiñada sombra
Alumbra ahora tambien, Laura, tu frente,
¿Recordarás mi amor? O si te nombra
Mi flaca voz, cuando su voz inmensa
Al aire impone el huracan deshecho,
¿Pensar podré que tras la sombra densa
El eco aguarde de mi voz tu pecho?

¡Quién sabe! Todo muere,
Miéntras en mí tu amor se aviva y arde.
El sol las sombras luminoso hiere
Al alba, y cede á la sombrosa tarde;
Y áun este mar undoso
Que, al cielo alzando en líquida montaña
Sus aguas, temeroso
El mástil récio de la nave hería,
Depone ya su saña,
Y, vuelta ya la noche en claro dia,
A la orilla que baña,
Fácil espuma murmurando envia.

Pasa el mal como el bien. Si peregrino
Hora por tierra y mar vago anheloso,
Presto volverme á tí puede el destino
Y á tu seno amoroso;
Donde logre de nuevo mi agitada
Frente en la tuya reclinar serena,
Y oir tu regalada

Voz de suspiros y de dichas llena.
Puede... ¡quién sabe! Miéntras duerme en calma
El mar, vela en mi alma
Aquella que me trajo la tormenta,
Memoria de tu amor, que dulce miro,
Y en sueños me sustenta,
O despierto me alienta,
El aire embalsamando que respiro.

Más siempre en turbulenta incertidumbre
No, mi Laura, te asombre
Que al pensar en tu nombre,
Tal vez amargas lágrimas derrame.
Y cuando del relámpago la lumbre
Las nubes del Ocaso ráuda inflame,
Si ves sus rayos rojos,
Sabe que acaso llorarán mis ojos
Entonces, Laura bella,
La imágen cara de la tarde aquella,
Tambien ¡ay! transitoria,
Que su esplendor despierta en mi memoria.

A la vista de NÁPOLES 1856.

II.

SONETOS.

DESPEDIDA DE VALENCIA.

—

Cándidas olas de la mar serena,
Brisa eterna, feliz huerta florida,
Ciudad de antigua historia esclarecida
Que aduerme el Túria en su sedienta arena;
Quedad con Dios, que en esa estancia amena,
Por donde todo á reposar convida,
Léjos de paz en mi revuelta vida,
Por artes del amor hallé más pena.
Las olas y las brisas y las flores
Y de pasadas glorias los destellos,
Por breve punto diéronme alegria;
Mas la luz de unos ojos seductores
Hirió mi corazon: ojos de aquellos
Que tu cielo y no más, Valencia, cria.

VALENCIA, 1850.

NOCHE DE ESTIO.

Ni hojas ni flores, en el valle herido
De Agosto, hallaba la mirada mia;
Ni entre sus vientos cálidos venia,
Risa ó lamento á estremecer mi oido.
Solo cuando inundaba el adormido
Cielo, la luna en plácida alegría,
Al puro rayo de su lumbre abria
El pecho lleno de quietud y olvido.
Mas por acaso, al claro de la luna,
Te hallé, y volando de tus dulces ojos,
No sé qué vino á herir mi abierto pecho;
Que es otra desde entonces mi fortuna,
Y no hallo flores, pero encuentro abrojos,
En vano anhelo el corazon deshecho.

COLMENAR VIEJO, 1853.

AL EMPERADOR NAPOLEON III,

con ocasion de su enlace.

No ha mucho al ver la tempestad ceñuda
Bajar del monte amenazando el llano,
Donde tu trono se alza, dije, «en vano
Pondrá el esfuerzo, la desdicha en duda.»
Que es frágil trono aquel que solo escuda,
De hierro armada y de terror la mano;
Aunque al pronto le rinda el vulgo insano
Cobarde corazon y lengua muda.
Mas ya que la virtud pides á España
De Guzman, y te anima el amor tierno,
Que Genil en sus flores apacienta,
Oye: del negro temporal la saña
Se estrellará en tus manos; que es eterno
Lo que obra amor y la virtud sustenta.

MADRID, 1853.

A FRANCIA,

con motivo de ir á ocupar su trono la condesa de Teba.

Es flor nacida en los amenos huertos
Que plantaron los árabes señores
Donde Dauro, al pasar, convierte en flores
Los escombros de alcázares inciertos.
Si están tus ojos al placer despiertos
Disfruta de su luz y sus colores,
Ya que en iris de paz á tus furores
Te la dieron de amor dulces conciertos.
Mas si nueva tormenta y ronca fraguas
Con que encender el mundo en ancha pira,
Las dulces flores, sin piedad, quemando;
¡Ay! torna ¡oh Francia! tórnala á las aguas
Y al aire en que meció su cuna, mira
Que el Alhambra feliz la está esperando.

MADRID, 1853.

A LAURA.

I.

Callando está mi corazon sus quejas
Por no agitar el tuyo venturoso;
Ni turbo de tus salas el reposo,
Ni el sosiego quebranto de tus rejas.
De mí la planta indiferente alejas,
Y yo te sigo lento, silencioso,
O beso, Laura, cuando más dichoso,
La huella que en el polvo al paso dejas.
Saltar del corazon y herir tu oido
Pretende acaso mi fatal secreto
En los pliegues del céfiro escondido;
Mas al tender las álas indiscreto,
Como pájaro en lazos oprimido,
Párase encadenado á tu respeto.

MADRID, 1854.

A LAURA.

II.

No pretendo que paguen el desvelo
Que tu infausta belleza, en mí provoca,
Ni con besos dulcísimos tu boca,
Ni tus miradas con su luz de cielo;
Ni causarte en ausencias, desconsuelo,
Ni que sueñes conmigo en ánsia loca,
Ni que te muestres á los otros roca
Como eres, Laura, para mí de hielo.
Pero á la luz del moribundo dia
Cuando la brisa leve de la tarde
Riza feliz tu negra cabellera;
¿Por qué no has de ofrecer, ingrata mia,
Al loco amor que en mis sentidos arde
Un recuerdo benévolo siquiera?

MADRID, 1854.

A ROMA PAGANA.

Tiempo há, Roma, que el águila reposa
En la yerba que afrenta tus colinas,
Y en vano dan perennes las encinas
Civil honor á tu virtud ociosa.
¡Quién fuera el Tíber que te vió gloriosa,
Y entúrbia ya las aguas cristalinas
Por no mirar en ellas tus ruïnas,
Si en sus calladas márgenes rebosa!
De tu espléndido manto los girones
Algun viandante observa, en paso tardo,
Cuando deja que luzca el sol la niebla;
Y oye, en tanto, las roncas oraciones,
Con que á morir te ayuda el monje pardo
Que tus escombros solitarios puebla.

ROMA, 1855.

EN TRES DE SETIEMBRE.

Á la memoria de mi malograda esposa Doña María de la Concepcion Espinosa de los Monteros y Rodrigo de Villamayor: muerta á los 25 años de edad.

Rayo de luna pálido, sereno,
Que el lecho en que está muerto el amor mio
Plácido besas, como siempre, y frio
De su desdicha y mi dolor ageno;
¡Ay cuantas veces por el valle ameno
Me mostraste su sombra en el Estío,
Cuando por verla visitaba un rio,
Que áun ha de estar de sus recuerdos lleno!
Mas hora, ó rayo, y tú, Segura lento,
Que para ser el ángel me la diste
Del dulce hogar que dejará mañana;
¿Por qué así torturais mi pensamiento,
Con el horror juntando de esta triste
Noche la imágen de mis dichas vana?

MADRID, 1855.

III.

ODAS.

A ITALIA SUBYUGADA.

Recoge tu bandera
Del alto muro, ó la agitada popa
De la nave guerrera:
No más asombre á Europa,
Lo que es Italia, y lo que Italia era.

Tente, nacion caida,
Que en vano á tu señor muerdes las plantas:
¿Por qué para vencida
Del polvo te levantas,
En que tu raza duerme esclarecida?

Arroja ya el acero,
Que el brazo tardo á la contienda honrosa
Llevar debe primero
Fresca guirnalda hermosa
De jazmines y mirto al extranjero.

¡Para su dicha flores,

Te ofrecen amorosos los veranos,
Y hay pájaros cantores
Y fuentes en tus llanos,
Y el Sol te da tan claros resplandores!

¡Para su bien tus auras
Son rico manantial de melodías;
Y mármoles restauras,
Y entre azucenas crias
Petrarcas dulces y amorosas Lauras!

Hélo, cansado llega
De herir tus lares ó violar tus hijas;
Ni las esposas niega:
Múllele con prolijas
Manos el lecho á tus afrentas ciega.

Y canta por que el sueño
Pronto acuda á sus ojos, y á su brava
Ira deshaga el ceño;
Que tuya es por esclava
La pena y suya la quietud por dueño.

¡Oh! acorre Italia, acorre,
Y en tús soberbias ruinas desoladas,
Porque todo se borre,
Ni puertas almenadas,
Ni permitas que en pié quede una torre.

Dispersa con tus manos
Las piedras que los Césares reunieron;

Las obras de romanos
Que de tu gloria fueron
Eternos guardas pero guardas vanos.

Y arroja en la laguna
Donde Venecia llora en agonía,
La imágen importuna
De aquel leon que un dia
Rindió á San Márcos la turquesca luna.

¡Mal hayan las historias
Que guardan el honor de otras edades!
¡Tus héroes y victorias,
Tus campos y ciudades,
Que hoy son afrentas porque fueron glorias!

¡Cuanto ya de esperanza!
¡Cuanto de gloria en tus vergeles hubo
El dia en que tu lanza
Vibró, y venció, y obtuvo
Del ay del ruego hacer ay de venganza!

Mas lluvia en primavera
Tu esfuerzo fué; relámpago encendido,
Que ráudo el ancha esfera
Cruza y muere perdido;
Rosa tronchada sin abrirse entera.

¡Y yo, Italia, te amaba!
¡Y en ecos de esperanza y de ventura
Tu nombre á mí llegaba!

¡Y allá en la noche oscura
Tal vez gloria y virtud de tí soñaba!

Vírgen imaginando
Que del de Urbino fueras, como aquella
Que amó el Petrarca blando,
Ò de las bellas, bella
Que Bellini inmortal murió cantando;

Más de alto y noble aliento,
Cuanto aquellas de Roma venturosa,
Que el lujurioso intento
Del opresor violento
Con su sangre lavaban generosa.

Sobre la alpina sierra
Ora, ó del Etna en los hirvientes huecos;
Ò donde en polvo encierra
Sus Fóros y sus secos
Laureles Roma, apellidando guerra;

Te ví, y juzgué que, alzada
De tus héroes la muerta muchedumbre,
Llegaba apresurada,
La infame servidumbre
Contigo, en hierro, á redimir armada.

Y aun ver pensé ya en duelo
Al extranjero huir de tus legiones;
Y descender del cielo,
Ya sobre tus pendones,

Al águila romúlea, en fijo vuelo.

¡Sueño no más! Tus ojos
Lágrimas cubren de terror y mengua,
Y tu frente sonrojos:
¡Y tan solo á mi lengua
Ofrece el alma, por tu amor, enojos!

MADRID 1849.

A CARLOS ALBERTO REY DE CERDEÑA.

En la traslacion á Italia de sus restos mortales.

¿A dónde vais? El viento polvoroso
Caras cenizas, que rugiendo os trajo
Vuestro nombre nos dió. De sus bridones
Suelta la rienda, el eco temeroso
Por las orillas lo esparció del Tajo,
Y en sus valles y huecos torreones.
Y los rápidos sones
En su alcázar oyendo, que las linfas
Del dorado raudal guardan incierto,
¡Loor! gritaron las desnudas ninfas
¡Loor, loor á tí Cárlos Alberto!
Nombre feliz, monarca sin ventura,
Temido ayer y grande, y desdichada
Ceniza ya, que arrastra vário el viento.
No más no más te aqueje la amargura
De tu cautiva pátria desolada,
Ni el grito audaz del vencedor cruënto.
Y el dulce, amigo acento
Oye aquí de las ninfas lusitanas
O de las selvas el murmullo grato,
Que vivo esconden, con amor de hermanas,
El gran recuerdo que dejó Viriato.

Viriato, honor de la dichosa tierra
Que el Tirreno y Atlántico espumosos
Ciñen á un tiempo en su cristal luciente.
Pastor primero, rayo de la guerra
Cuando movió sus ímpetus sañosos
Al bien y gloria de la pátria gente.
Levántase y valiente
Del extraño opresor las viles artes
Desdeña, y corre, y triunfa donde asoma;
Y rasga sus invíctos estandartes
No con espadas, con puñales Roma.
Iguales en valor, de igual historia
Fuisteis. Viriato como tú luchaba
Oh Cárlos, y cuál tú cayó vencido.
Así te dió sus álas la victoria,
Tu pecho así la libertad ansiaba
Del pátrio suelo, al opresor rendido.
Y en el llano florido
Que el Po fecunda al redoblado encono
De bárbaros rivales escuadrones,
Supiste audaz contraponer tu trono,
Por ejemplo de siglos y naciones.
Y tambien te vendieron. Te vendieron
Los hijos de la pátria envilecida,
Tu Italia, oh Rey, tu Italia tan amada.
Solo en la arena reluchar te vieron
Y nadie te acorrió, nadie á tu vida
Dió amparo en su broquel ó su celada.
Y tu bandera alzada
De libertad al generoso acento,
Por tierra ya, y sin hojas sus laureles,

Entre el confuso deshonor sangriento,
Alfombra fué de indómitos corceles.
¡Ay, ay, de Italia! que feroz dormia
Un tiempo en rotos cetros y banderas
Que al mundo las legiones arrancaron;
Y en ancha arena al despertar pedia
Del vencido infeliz, sangre á las fieras,
Que Hircania y Libya á su placer criaron.
Rindióse ya. Vengaron
De Viriato el horror hijos del hielo
En tosca muchedumbre irreverente,
Y en ira santa Dios ató á su suelo
El carro del germano armipotente.
Las copas de Falerno deliciosas
Del lábio vil la arrebató el soldado,
Para aliviar su estúpida fatiga.
Y á sus sienes ciñó nardos y rosas,
Y el mirto al ápio en tejo entrelazado,
Y de Tarento la copiosa espiga.
Y hurtó cuanto la amiga
Lira de Horacio en Tíber celebrara,
Y holló los surcos de Virgilio, y cuanto
En la piedra el cincel eternizara,
O eterno hicieran el pincel y el canto.
Y cayeron los templos que en ofrenda
Del mundo recibieron los enojos,
Cuando á Roma rindió el mundo tributo.
Y el vil Coloso que en fatal contienda
Por su arena rodar miraba rojos
Al triste esclavo y al hambriento bruto.
De su crueldad por fruto,

Desdichas recojió. Ya el mármol cubren
Míseras yerbas, y, en dolor, sus hijos
Ya con silencio temeroso encubren
De larga esclavitud los males fijos.
Y ¿allí volais? Cenizas del valiente,
Al llanto muerto de la pátria opresa,
Ireis en pos del huracan que os trajo?
¿Y el valle dejareis que en su corriente
Como libre y señor altivo besa,
Y en héroes rico, y en honor, el Tajo?
¿Y huireis el agasajo
De las ninfas y selvas de su orilla,
Y el gran recuerdo que sus campos llena,
Por mirar de la pátria la mancilla
Y el llanto oir de su inexhausta pena?
Tornad, tornad que el huracan no zumba,
Ni desata el invierno sus rigores
Del Tajo altivo en la feliz estancia.
Tornad, que si no basta que su tumba
Viriato os abra, y que las propias flores
Os presten á la par sombra y fragancia,
Tumbas hay en Numancia,
Tan grandes como grande es vuestra gloria;
Y en Sagunto tambien, y ciento y ciento
Rocas ó muros de inmortal memoria,
Cunas de libertad y heróico aliento.
Que á donde quiera el Tajo lleve arenas,
Para los héroes brotaran laureles,
Y arderá del honor viva la lumbre.
¿Quién á sus hijos forjará cadenas?
Ya las trajeron bárbaros infieles

Y el hierro exterminó su muchedumbre.
Con ellas en la cumbre
De Pirene tambien asomó un dia
Tronante Semidios, miedo del mundo,
Y en vano, que en revuelta lucha impía,
Herímosle, cayó, rodó al profundo.
¡Ah! Si habitara, como á España, el suelo,
Donde el hado infeliz meció tu cuna,
Un pueblo, ó Cárlos, valeroso y fuerte.
Luchando y reluchando sin consuelo,
Torciera al cabo el curso á la fortuna
Los enojos vengando de tu muerte.
Y tu ceniza inerte
Semilla fuera de virtud preclara,
Y en torno siempre de tu tumba fria
Hierro y clamor belígero sonára
Hasta que libre el sol la hallase un dia.
Mas es Italia. Y en dolor y espanto
Yace, ó lleva, si corre á los festines,
En vil cadena el hierro convertido.
¡Y te escarnece el opresor! ¡Y en tanto
Dejas tú por sus míseros confines,
Del gran Tajo el honor, á tí debido!
Ya el eco dolorido
Cruza el campo, y el cauce ondisonoro;
Y, con los tristes sones de mi lira,
De las desnudas Tájides el coro
Revuelto en pardo torbellino espira.

MADRID, 1849.

CANTO BIBLICO.

EN JUEVES SANTO.

Despunta el sol.—¿Y aún hoy resplandeciente
Su luz el hombre mira?
¿Y las nubes, Señor, no trae el Oriente,
Preñadas en tu ira?

¡Oh quién será que á tí la voz levante
Con jubiloso acento!
¡Quién será que su pecho no quebrante
Derramando lamento!

Pecamos, mi Señor, pecamos duros,
Y perdimos tu gloria,
A los antojos del sentido impuros
Cediendo la victoria.

Si nos diste el amor para ser buenos
De él ya crímen hicimos;
Y en vil lujuria los ardientes senos
Palpitando sentimos.

Y el anhelo fructífero, en ardiente
codicia y dolo infando,

Trocar supimos: la feliz corriente
Con pecado enturbiando.

Mas ¿qué darás, Señor, al hombre impío,
Que no sea desventura,
Si engendra esclavitud, en su albedrio,
Y en su ciencia locura?

Ira suelta, relámpago de ira
Que encienda el firmamento,
Y llano y monte y selva en ancha pira
Mueran, y mar y viento.

Y acabe, acabe, entre la roja lumbre,
De Adan la raza ingrata
Como arde el Etna, en su preñada cumbre
Cual arde seca mata.

¿Qué esperas ya, Señor, del hombre triste
Si de piedad, prolijo,
Llegaste á dar por él, y en vano diste
La sangre de tu hijo?

Ayes pueblan el Gólgotha sublime
Tinieblas, y hondo arcano;
Con espinas la frente, en cruz, redime
Jesus al hombre insano.

Lloran llanto los ángeles del cielo,
Llora la piedra dura;
Mas el hombre infeliz ¿al alto duelo

Asiste por ventura?

Mira Jerusalen bañada en risas,
Y ébria en vino y amores,
Al arrullo crïando de sus brisas
Para guirnaldas flores.

Mira Jerusalen, la ciudad santa,
Señor, de tí escogida,
Como de tus enojos no se espanta
En lujuria encendida.

Y acaso por que más que en otra alguna
Fué tu piedad en ella,
La torpe ingratitud á su fortuna
Con sangre tuya sella.

¡Ay de Jerusalen! Sintió tu mano
Armada de venganzas:
De flechas tempestad el aire vano
Trajo, y brotaron lanzas.

De sus puertas rompieron los cerrojos
Las turbas enemigas,
Y cayeron sus hijos á manojos
Como en la siega espigas.

Y allí donde sus muros levantaron
Altas sombras ó hiedras,
Ni para los llorar ojos quedaron
Ni piedras sobre piedras.

Desataste tu cólera, Dios mio,
En la ciudad bendita;
Mas si roto quedó su poderío
No su raza contrita.

Que endurecidos á tu amor cual ántes
Los hijos de Judea,
Por llano y monte y mar cruzan errantes,
Cuantos salvó la tea.

Y áun glorioso el pecado en el recinto
De la ciudad se mira;
Y árduo Cedron y ameno Terebynto
Horno son de mentira.

¡Ah! no esperes, Señor, que ofrezca el hombre
De su malicia enmienda,
Ni al tierno son de tu amoroso nombre
Ni á tu cólera horrenda.

Fuerza es que acabe, y arda en roja lumbre.
De Adan la raza ingrata,
Cual arde el Etna en su preñada cumbre,
Como la seca mata;

Y que al venir las nubes de Occidente
Ya preñadas en ira,
Haga el Sol con su lumbre refulgente
Del mundo eterna pira.

MADRID, 1849.

Que á lides te convida;
Sus, sus, y nunca el brazo armipotente
Rinde al cansancio ó la mortal herida,
Ni calle hasta vencer por mar ó tierra
La antigua voz de *¡cierra, España, cierra!*

MADRID, 1851.

A LA INVASION DE CUBA.

—

En vano tiende, en vano
Inmenso el Oceano,
Entre España y América sus olas.
Las negras tempestades
Con que su diestra armaba prepotente,
Domar supieron naves españolas
Cuando, en lejas edades,
Nadie el mundo remoto que escondia,
Ni el fin del hondo piélago sabia.
Sonó luego de guerra
Redoblado clamor: la ruda lanza
Harta de sangre en africanas lides,
Y en la francesa ó la italiana tierra,
Allí tambien alcanza;
Llega, hiere, desata, rompe dura
Cuanto resiste á su indomable encono,
Rayos lanzando de mortal pavura,
Y en cada golpe derrumbando un trono.
Ni en aguas procelosas

El turbio lago, ni en tajadas peñas
El monte, ni árduo rio,
Ni tronante cascada las enseñas
De España un punto detener lograron.
Díganlo temerosas
Las cumbres de los Andes, la corriente
Del sin par Amazonas y el hirviente
Niágara, humilde á su constante brio.
Tal vez del polvo frio,
Resto de pueblos y vencidos reyes,
De templos y de leyes,
Aún salga un gemido
Que asorde infando en la callada noche
Los valles del Perú, del Inca tumba,
Miéntras el triste imperio mejicano
Alto recuerdo, ejemplo sobrehumano,
Guarda en los campos de la antigua Otumba.
¿Cuál, pues, cuál osa el grito
Contra tí levantar, nacion temida?
¿Quién de tu Cuba ¡oh mengua!
El rito insulta y la preciada lengua
Con lengua extraña y con extraño rito?
¡Ay! ¡tu grandeza en el horror caida
De la civil discordia embravecida
Por luengos años fué! Se alzó el cobarde
Que besára hasta entonces humildoso
Tu planta, proclamando en nécio alarde
Su triunfo y tu baldon; y el poderoso
Más compartido aliento de tus hijos,
No sin rudos, prolijos
Combates sucumbió. De aquellos dias

Que en negras hojas apuntó la historia,
Tus émulos conservan vil memoria;
Y áun te miran, España, dividida
En carniceros bandos, y rendida
Del largo batallar juzgan tu mano,
Ò roto el hierro contra el hierro hermano.
¡Ah, no, ya no! La dulce mano amiga
El hijo al padre y el hermano fiero
Al hermano tendió. No más obliga
Deber, ó suerte dura
A quebrantar el pecho en amargura,
Oyendo del vencido el ¡ay! postrero.
Unos tus hijos, una tu corona,
Unos clamor y saña,
¿Qué más, valiente España,
Falta al poder que el orbe en tí pregona?
De nuevo al áura tu pendon glorioso
Suelta y vague ostentoso;
Empuña el hierro agudo,
Embraza el viejo escudo,
Y apréstate á lidiar. Ni ya su sangre
Cuál otro tiempo te darán copiosa
Propias venas ingratas,
De América en los campos sin fortuna,
Que hora será de bárbaros piratas
Sangre criada en extranjera cuna.
Amor de pátria augusto,
Alma de las naciones,
¡Cómo retumba por España entera
Eleco de tu voz! En ceño adusto
Ya miro á la ribera

Volar confusa multitud, torrente
Despeñado del monte, asemejando;
Ráuda, horrenda, cruzando
Como encendida exalacion lijera
Pasa tonante por la azul esfera,
Y arrojánse á la mar. Crujen las naves
Que los recojen en su angosto seno
Sintiendo el peso de las armas graves;
Hinchen brisas suaves
El lino dócil; presta el Oceano
Breve camino á la guerrera tropa,
Fácil entrada al suelo americano.
Mirad los capitanes,
Que opuestos bandos de española gente
En la civil contienda gobernaron,
A nueva lid, con entusiasmo ardiente,
Juntos correr. Los que del Arga y Túria,
Los que del áureo Llobregat regaron
Con sangre hermana las orillas tristes,
Al son infame de la extraña injuria
Morir ya unidos ó vencer juraron.
Y llegan, saltan, la opulenta Cuba
Al grito pátrio férvida responde
Con fiel clamor. ¿En dónde
Los contrarios están? ¿Dónde los hijos
De la extranjera tierra
Que, en tropel insolente,
A Cuba osaron levantar la mente,
Y á España osaron provocar á guerra?
¿Qué tardan? ¡Oh venid! Alegre dia
Fué aquél allí, cuando la nao vinosa

Del anglo-americano hueste impía
Trajo de Cuba á la ribera hermosa.
  Serenos caminando
Los españoles van tras de las huellas
Del enemigo bando,
Y, cierto en la victoria,
Con risueño ademan ENNA los guia,
Al campo de la gloria.
Junto á la falda fria
Del áspero, encumbrado Pirineo
Nació el caudillo, y su preclara cuna
El Isuela arborífero y el Flúmen
De estrecho cáuce en plácido rodeo
Reflejaron feliz. Su pecho aduna
De valor y virtud rico tesoro,
Y de alto patriotísmo viva llama
Su egregio aliento inflama.
Vedle allí de su gente generosa
El ardor impaciente refrenando;
Vedle después la voz apetecida
De acometer á los contrarios dando;
Del fogoso corcél suelta la brida
Vedle volar, por merecer lidiando
Ò eternos láuros, ó perder la vida.
  ¡Impensado pesar! ¿Porqué ¡ay! en loca
Soberbia ardiendo el bárbaro extranjero
Con hueste vino, cuanto infame, poca
La fúria á contrastar del tercio ibero?
¡Oh malogrado ardor! ¿Cómo no envias
Millares de piratas sanguinosos,
República orgullosa en tus bajeles,

Rencor brotando, en armas espantosos,
Con hidrópica sed de oro ó laureles?
Contrarios te pedimos,
Sólo contrarios ya; no del antiguo
Beneficio la paga, ó que nos cumplas
El pacto amigo que ante Dios hicimos.
Dignos contrarios al heróico esfuerzo
Que provocar osaste,
Dános ya sólo; y dias
De gloria ó muerte, en la revuelta lucha,
Al leon que desdeñaste
Y de su noble sueño despertaste.
Inútil voz. No escucha
La plebe vil que en extranjera playa
Fácil el triunfo espera,
Y huyen al cabo sus guerreros viles
Rota dejando la infeliz bandera.
En vano en ágrios montes levantados
Y espesos bosques ó rugientes rios
Buscaron valladar: en vano osados
De su despecho fabricando bríos
Feroces combatieron. Huyen, huyen,
Porque tanto baldon su vida fíe,
Aunque en vano tambien, y España altiva
No en tanto alegre, con desden sonríe.
Mas ¡ay! que el llanto las mejillas baña
Con súbita explosion, y en llanto rompen
Cuantos escuchan el fatal estrago.
Enna murió. La aborrecible hazaña
No regocija al invasor aleve
Que huyó de su cuchilla al solo amago,

Y ni su sombra á contrastar se atreve.
¡Pero murió el valiente! Despedida
Del cobarde arcabuz la bala odiosa,
Hirió su pecho, y le arrancó la vida
Que á más altas empresas,
Su pátria destinara belicosa.
De Cuba clamorosa
Surcando el ronco, líquido elemento
La terrífica nueva á España vino,
Y alzóse en ella funeral lamento,
Y alta, y digna venganza se previno.
Venganza que juraron
A un tiempo, ardiendo en ira,
Los hijos de los héroes que en constante
Lucha el cristiano imperio restauraron,
Y los que el Túria, en sus verjeles, mira;
El catalan sañudo, el arrogante
Guerrero de Castilla, y aquel rudo
Pueblo que nunca extraños conquistaron
De Cantábria señor; y el invencible
Aragonés, y los del seco suelo,
Pátria de Hernan-Cortés y de Pizarro,
Y aquellos de esforzado y vivo celo
Que ven nacer Guadalquivir ó Darro.
  Enna, tu nombre en las futuras lides
Que América depare al brazo fuerte
De tu noble nacion, será de guerra
Grito inmortal; y al resonar tremendo
Miles de muertes vengarán tu muerte,
Tu nombre esclareciendo.
Ò en respeto quizá, y pavor profundo

Hácia España tendrá tu ejemplo claro,
Al que imbécil anhele, y al que avaro
Intente, ó vagabundo,
Nuestra huella borrar del NUEVO MUNDO.

MADRID 1851.

IV.

ELEGÍAS.

ETHELVINA.

¡Pobre niña! La luz del firmamento
Le pareció mezquina,
Y huyó tornando en plácido contento
A la region divina.

Tal vez miró nacer y morir junto,
Por la arena que baña
La mar espuma, ó niebla que en un punto
Fué, y no fué, en la montaña.

Tal vez sintió en la atmósfera anchurosa
Cesar del canto el eco;
Ò el capullo, nacido al alba hermosa,
A la tarde halló seco.

Y entonces sospechó que á otras regiones
Hubiera levantado,
Con la espuma del mar eco sus sones,
Por mejorar de estado.

Y que tras ellos por los aires fuera

La niebla ya perdida,
Y el capullo tambien que en la pradera
Vivió tan corta vida.

Y por eso morir quiso, y al cielo
Su espíritu inocente
Voló feliz; pero á nosotros duelo
Dejónos solamente.

Cobró el jazmin la tez en él formada,
Y la amapola bella
De su boca el color, y la mirada
Paró allá en una estrella.

Mas á mí que cruzaba, en tanto, errante
De Genil las riberas,
Lugar ya no me dejan á que cante
Las voces lastimeras.

Son suspiros del áura perfumada,
Ayes de las corrientes:
¡Del áura de los valles de Granada!
¡Del agua de sus fuentes!

Es de la adelfa que, al amor del rio,
Nació, y creció con ella,
Compartiendo las gotas del rocio,
Dulcísima querella.

Si en el Generalife, al paso, el viento
Algun ciprés inclina,

Como es murmullo triste, el pensamiento
Finge en él Ethelvina.

Y oigo su nombre en la robusta almena
Que entre lauros asoma,
Donde la selva de lamentos llena
La tímida paloma;

Y entre el jazmin que abriga en su ramaje,
Los palacios del moro,
Y entre el de leve, trasparente encaje,
Arco bordado en oro.

Todos claman á un tiempo: «¿Dónde? ¿dónde
Está Ethelvina?» Y lloran:
«¿Cómo la ausencia á nuestro amor la esconde?»
Porque su muerte ignoran.

Y yo no acierto á responder, y exhalo
En ayes sin concierto el dolor mio,
Ò con la mano trémula señalo
Las bóvedas azules del vacío.

GRANADA, 1852.

ADIOS.

Ya no te espero, Blanca,
Al lleno de la luna, entre la sombra,
Y ayes mi voz arranca
Siempre que en vano y sin querer te nombra.

Ya no te aguardo. Lejos
Te conduce á la postre tu destino:
¿Qué luz con sus reflejos
Dará ya claridad á mi camino?

Ni aún sé ya, vida mia,
Por donde más llevar el paso incierto,
Que, falto de tu guia,
El fuego de mi ser parece muerto.

Cuando halle la redonda
Faz en los cielos de la dulce Luna,
La vista acaso esconda
Por no echar más de ménos mi fortuna.

Quizás no busque el viento,
Aunque mi pecho queme el largo Estío;
Que tan solo tu aliento
Daba la vida, que le falta, al mio.

Placer ninguno anhelo,
¿Más cuál será placer que tu no ofreces?
¡Ay prefiero al consuelo
Beber de mi dolor hasta las heces!

¿Ni de esta desventura
Quién ha de ser de hoy más amiga cierta;
Si ya no es mi amargura
Propia, ó la sombra de la noche yerta?

¡Blanca adios! De mi vida
Fuistes un sol, cuanto fugaz, risueño:
Pues noche es tu partida
Dios me dé en ella, para siempre, el sueño.

MADRID, 1859.

LA MITAD DE LA VIDA.

Llegué por fin. Osado peregrino
De la lejana cumbre de la vida
Al punto de nacer tomé el camino.

Y en balde me estorbaron la subida
El sendero escarpado ó la maleza
En las peñas estériles crecida.

Con firme planta hollando su aspereza
Vencí, llegué: sobre la ansiada cumbre
Del triunfo el alma á disfrutar empieza.

Más vivos ya los rayos de su lumbre
Dá á mis ojos el sol, ó más admiro
De los astros la incierta muchedumbre.

Más puro ambiente desde aquí respiro,
Y al águila real que en alto vuelo
Hiende el aire, á mis piés cansada miro.

Y con las manos á tocar el cielo

Me atreviera tal vez, y desde el monte
Con pena alcanzo á distinguir el suelo.

Más ¡ay! que en otra luz el horizonte
Brilla, y te ofrece nuevas, alma mia,
Gloriosas lides que tu esfuerzo afronte.

Y á buscarlas secreta voz te guia
Y descender como subiste anhelas,
Sin gozar la pasada gloria un dia.

Desatado huracan hinche tus velas
Cuitada nave, y del seguro puerto
Donde buscaste paz, huyendo vuelas.

Ya por el rumbo que señala incierto
Tu timon en las olas, soy movido
Al último horizonte descubierto.

Pero ¡ay! que el premio de mi afan perdido,
Si esta revuelta vida no reposa
Aquí, ya ignoro dónde darle nido;

Ni vencer más podré ya la escabrosa
Senda ó las altas, contrapuestas peñas
En que el torrente rápido rebosa.

Dime, pues, alma frágil, si en risueñas
Esperanzas corriste la jornada,
¿Por qué al tocarlas hora las desdeñas?

¿Por qué si el largo caminar cansada
Te dejó, y de subir la gran fatiga,
Pretendes emprender ya la bajada?

¿Qué impulso es este que á trocar te obliga
En larga pena el bien que ya alcanzaste
La extraña tierra por la tierra amiga?

Tente, y la dicha de mirar te baste,
La estrecha y árdua senda que afanosa
Por llegar á la cumbre atrás dejaste.

Y en la memoria gózate gloriosa
Del vencido dolor, y en la presente
Hermosura y quietud descansa ociosa.

Mas sigues, sigues, y la voz potente
Con que me llamas oigo, y voy cautivo
Tras el vago horizonte reluciente;

Y aquesta cumbre tan amada esquivo,
Y en nuevas ánsias me consumo, y ciego
No en lo presente, en lo futuro vivo.

Desciendo ya. ¿Si por ventura llego,
Sabrás, alma infeliz, decirme cierta
Dónde mis pasos encamine luego?

Siempre del monte á la llanura abierta,
Ò del llano á la cumbre iré cruzando,
Tras de la luz del horizonte yerta?

¿Y por seguirla pasaré olvidando
Del sol aquí los dulces resplandores,
Ò el alegre rumor del aire blando;

Y ni pararme á recojer las flores,
Que dá silvestres la quebrada senda,
Habrán de permitirme tus rigores;

Ni dejarás que al lento son atienda
Con que el agua, en las peñas escondida,
Brota y reparte su fecunda ofrenda?

¿Cuál premio has de ganar en la emprendida
Jornada, que así corres, alma loca,
Del monte al llano en impaciente huida?

Nunca la mano al horizonte toca,
Y en balde lo seguimos orgullosos
De confin á confin, de roca en roca;

Que él los pliegues recoje vagarosos
De su túnica azul, y se adelanta
A nuestros tristes pasos presurosos;

Porque ni en piedras ásperas quebranta
Su fúlgida carrera, ni de abrojos
Montones huella su invisible planta.

Solo á alcanzarlo en lágrimas los ojos
Aciertan, desde lejos, encendido
En albas nubes y celajes rojos.

Y así, cuando en el llano apetecido
Estemos ya, y bien léjos de la altura
Donde en sediento anhelo hemos subido;

Mayor no habrá de ser nuestra ventura,
Ni alcanzarás ventaja, alma inconstante,
De quien, humilde, el paso no apresura.

Que siempre el horizonte va delante
Del que tras él corriendo el mundo viene,
Y ráudo seguirá su vuelo errante;

Mientras tus pasos hórrida detiene
La boca del sepulcro tenebroso
Que la falda del monte oculta tiene.

Porque este breve dia, que anheloso,
En bajar y subir pasa, es la vida:
Apenas amanece, y ya al reposo
Su noche misteriosa nos convida.

MADRID, 1860.

AYES.

Mis sílabas, al arpa
En versos convertidas,
Son lágrimas que el pecho
No sabe tener ya;
Suspiros de las cuerdas,
Ya sin concierto heridas,
Cuando de espanto trémula
Mi mano en ellas dá.

Formadas no sé donde,
No bien me tienta el llanto,
Al seco lábio ardiente
Se agolpan en tropel;
Suspiran con el arpa,
Se duelen con el canto,
Derraman con las lágrimas
De mi dolor la hiel.

Nacieron una tarde
Del fin de un triste Estío,
Siniestras como nubes
Que apiña el huracan;

Tarde callada, lenta,
Desde la cuál impío,
Mi vida sola y mísera
Devora un vano afán.

Y nunca, desde entónces,
Ni al rayo de la Luna
Su ronco son me deja,
Ni cuando alumbra el Sol;
Acompañando al fácil
Vaiven de mi fortuna,
Cual sigue al Sol espléndido
Doquiera el girasol.

Llegar tras mí las siento,
Del mar junto á la arena,
Cuando suspira blanca
La ola al espirar;
Ò al campo, si de Otoño
Quejoso el árbol suena,
Por que el ingrato céfiro
Lo viene á deshojar.

Dijérais que son secas
Hojas que cáen, sonora
Onda del mar que acaba
Con lánguido rumor;
Ò acaso que la ausencia
El Alba en ellas llora
Del Mayo, en flores pródigo,
Porque ama á alguna flor.

Más nó, de aciagas horas
Son hijas sin ventura,
Dejómelas un ángel,
Que ápenas conocí;
En luz de aurora ornada
La celestial figura,
Llegó, partió, y solícito,
Tras él, en vano, fuí.

La cabellera oscura
Llegué á tocar del monte,
Sentí su hálito frio,
Su voz bronca escuché;
Pero la hermosa luego
Se fué de mi horizonte,
Sin duda en un relámpago,
Que nunca más la hallé.

Así en el mundo cuentan
Que pasa la esperanza,
Luciente al primer nublo
De la primera edad;
Que luego desparece,
Y ya jamás se alcanza,
Dejando solo mágicos
Recuerdos su beldad.

A mí, no sé si en suerte
Más dura ó más amiga,
El ángel que me falta
Dejóme, al paso, amor;

Amor, que nada espera,
Que anhelo, y me fatiga,
Que escondo, y brota en fáciles
Acentos de dolor.

Ò sílabas, hermanas
De luto, en esta vida,
Que en él cobra perenne
Cualquier dicha fugaz;
Pues que remedio alguno
No tiene ya mi herida,
Del pecho melancólicas
Salid, salid en paz.

Frescura en los agostos
Al tronco daba pardo
De mi existencia estéril
Aquella verde vid;
Y ¡ay cuanto de perderla
Fué en mí el recelo tardo,
Con la evidencia incrédulo,
Trabando necia lid!

Pero venció á la postre
La realidad sombría,
Y ráuda nube y negra
Su luz clara veló;
Que ni con secos aires
La sierra áspera y fria,
Ni el tíbio valle en húmedas
Corrientes disipó.

Partir no quiso el ángel,
Y sordo á su deseo
Del mundo mi fortuna
Lo arrebató crüel:
Más dura que en sus rocas
Es duro el Pirineo,
Cuando el enfermo pálido
Amparo busca en él.

Se fué, por tanto, y solo
Quedé á reñir la vida
Sin la celeste ayuda
De su inocencia aquí;
Y ya me rindo, y siento
Que estoy ya de partida,
Tras de su huella fúlgida
Que ya tambien perdí.

¡Oh! henchid, no obstante, el eco
Mis sílabas sonoras,
Porque, al morir, conmigo
No muera este dolor!
¡Quizás mi historia amarga
Oyendo á todas horas,
Él de mi tumba incógnita
La cuente en derredor!

CARRION DE LOS CONDES, 1867.

V.

POESIAS VARIAS.

A LUZ.

Que te cante perdona
Los desengaños,
Que miéntras más te miro
En tí más hallo;
No, Luz, pretendas,
Que calle el por que muero,
Ya que al fin muera.

Pienso ver en tu boca
Taza florida,
Y en tus dientes rocío
Que la salpica;
Mas, ¡ay! no es cierto,
Que hallo sólo en tus lábios
Espinas luego.

Y si inunda la risa
Tu hermosa cara,
Y si en tu tez de nieve
Hoyuelos labra;

Al que los busca,
Dan tan lindos albergues,
Cárcel oscura.

De tu rico cabello
Los rizos blondos,
Ò rayos de sol fingen
Ò hébras de oro;
Mas no, cadenas
Son que á tí mi albedrío
Firmes sujetan.

Y esos tus ojos claros,
Niña, semejan
Resplandores al lejos
De alguna estrella;
¡Ilusion frágil!
Que, de cerca mirados,
Son tempestades.

¿A qué cautivos haces,
Pues que los matas,
Ò, cuando viven, viven
Siempre con lágrimas?
¿No temes de ellas
Que te ablanden, si el agua
Ablanda piedras?

Suéltalos y que vayan
A correr mundo;
Y verás que tal pena

No halla ninguno,
Como padece
El que, por sus pecados,
Niña, te quiere.

Nunca han sido más ásperas
Que tú las rocas,
Ni la nieve tan fria
Que las corona;
Ni tan oscuro,
Cuanto el de mi esperanza,
Ningun sepulcro.

Que, aunque tristes, verdades
Al fin ofrecen,
Como la vida vária
La eterna muerte;
Pero tu cara,
No ménos que dá penas,
Miente esperanzas.

Y las que ella fabrica
Con sus hechizos,
Tú propia las despeñas
Por un abismo;
Y es al enfermo,
Esta muerte más mala
Que la del tiempo.

No te quites con todo
De la ventana

Y engáñame aunque muera,
Ya que me engañas;
¡Ay, Luz, que anhelo
Mariposa en tu llama
Morir ardiendo!

MADRID, 1848.

MI NOMBRE.

A mi querido amigo D. Salvador Solier y Pacheco.

Ya que me niega la contraria suerte,
Que al seno amigo de mi pátria torne,
Tú, que respiras sus dichosas áuras,
Dílas mi nombre.

Cuando las olas de la mar lijera
Broncas gimiendo sus escollos toquen,
Al claro aljofar, que salpica el aire,
Díle mi nombre.

Cuando los rayos de la estiva luna,
Sobre las aguas de su mar se posen,
En blando sueño adormecidas, díles,
Díles mi nombre.

Cuando sus juncos, fugitivo el viento,
Dóciles cimbre, ó murmurando choquen
De sus arroyos las flexibles cañas,
Díles mi nombre.

Cuando la adelfa campesina, hermosa,
De aguas amiga, entre sus guijas brote,
Y al Sol de Agosto, de sedienta espire,
Díla mi nombre.

Cuando las vides, que pomposas visten
En rico manto mis nativos montes,
Al viento dén las amarillas hojas,
Dílas mi nombre.

Y por doquiera que los pátrios valles
Te ofrezcan risas, ó doquiera lloren
Las horas idas tus felices ojos,
Dí, dí mi nombre.

¡Ay! ¡Quién orillas de la mar me diera,
Decir yo mismo, y á la luna, al borde
De seco arroyo, entre desnudas vides,
Tambien mi nombre!

MADRID, 1848.

CONSEJOS.

Niña de pocos abriles
De honesta, dulce mirada,
La de los cabellos blondos,
La de las mejillas blancas;

Escucha las que te envío
Melancólicas palabras
Que son, en temprano otoño,
Hojas de secas doradas.

Tú eres lirio que en el valle
Engendran la luz y el áura,
Y al amanecer la frente
Corona en fúlgida escarcha;

Y todos te envidian, niña,
Y junto á tí todos pasan,
Por robarte ya anhelosos
Del peñon que allí te ampara.

¡Ay de tí, si fácil eres!

¡Ay de la rosa temprana
Que al rayo del mediodía
Sus hojas expone incauta;

Ò en capullo, á los cabellos
De una beldad enlazada,
Va á ser de amores reclamo
En rápida, hirviente danza!

Tú eres la tórtola tierna
Que de chopo en chopo vaga,
Cambiando dulces arrullos
Con los arrullos del agua;

¡Ay cuenta con que milanos,
Que te esconde la enramada,
No acechen tu vuelo hambrientos,
Y claven en tí sus garras;

Y flotando el agua lleve,
De tu seno desgajadas,
Las doradas plumas, luego,
Con que te gozas ufana!

Niña de cándido pecho,
La de las megillas blancas,
No permita Dios que anublen
Mis recelos tu esperanza.

Si amor enciende tus ojos
Y te oprime y te avasalla,

Bien que obediencia le prestes
Puro el pecho al menos guarda.

Y verás tórtola tierna,
Flor del valle solitaria,
Correr alegres los años
A la vejez venerada;

Como acaban en la arena
Del mar las espumas mansas;
Y el canto de los jilgueros
Apacible suena, y pasa;

Y allá en las ondas de un rio
Las del breve arroyo paran;
Y los colores de ocaso
Borra la noche estrellada;

Y hacen punto aquí sinceras,
Estas amigas palabras,
Que dejan, por serlo, acaso
Mas quieta que alegre el alma.

MADRID, 184

DONCELLA SIN AMOR.

Cantar.

I.

¡Ay, de la fuente sin agua!
¡Ay, de la noche sin luna!
¡Ay, de la planta importuna,
Que no dá fruto ni olor!
¡Ay, de la hermosa doncella,
Que veinte abriles contando,
Está á sus solas llorando,
Porque se vé sin amor!

II.

No es fuente, fuente sin agua,
Ni noche, noche sin luna,
Ni es planta la que importuna
No dá fruto, ni dá olor;
Ni la doncella es hermosa
Que edad tan breve contando,
Está á sus solas llorando,
Porque no tiene ya amor.

III.

¡Quién agua diera á la fuente!
¡Quién diera luna á la noche!
¡Quién de la flor en el broche
Fruto pusiera ú olor!
¡Quién de la hermosa doncella
Que está á sus solas llorando,
Pudiera en el pecho blando
Clavar un dardo de amor!

IV.

Mas lentas pasan las horas
Y de ellas no viene alguna,
Ni con agua, ni con luna,
Con fruto, ni con olor;
¡Ay de la hermosa doncella,
Que veinte abriles contando,
Todavía está llorando,
Todavía, y sin amor!

MADRID, 1843.

SERENATA.

No me robes altanera
La luz de tus ojos bellos,
Por que es, Elina, quimera
Pensar que de esa manera
No haya de andar yo tras ellos.

Y en vano esperas que impío
Desden esquivo me haga,
Pues ya, aunque niña, bien mio,
Sabrás que por miedc al frio,
El Sol su hoguera no apaga.

Con risa me oyes, y, al verte
Los lábios abrir serena,
Pienso yo que de tal suerte
Se entreabre la azucena,
Y al aire su aroma vierte.

Tus lábios que son jazmines,
En redor de una amapola;
Limpio coral que una ola

Del mar lleva á los confines,
Bañado en espuma sola.

Bien que mires con enojos,
Del Alba nadie antepone
La luz á la de tus ojos;
Ni á sus colores pospone
Los tuyos blancos y rojos.

Y hay quien juzgue que naciste
Copia á ser del propio cielo;
Y áun por eso pareciste,
Tan cerrada á mi desvelo,
Cuál suele una noche triste.

¡Ay pobre del que á tus rejas
Para ablandar tus rigores,
Cantó ya cuitas añejas;
Y con venir por favores,
Sólo llevó nuevas quejas!

¡Pobre del alma rendida,
Si en querer busca el descanso;
Que los mares de la vida
No ofrecen ningun remanso
Para una barca perdida!

Alguna vez junto á un rio,
Con quien lloraba mis cuitas,
Ví, no obstante, que en rocío
Regaba el Alba de Estio

Tambien las plantas marchitas.

¿Por qué así, ya que dolores
Me causen tus ojos bellos,
Como hace el Alba en las flores,
No riegas con agua de ellos,
Mis estériles amores?

Quizá hallará el pecho insano
Con tu lástima sosiego,
Bien que al fin te amase en vano,
Como inclemente el verano
Enjuga á la postre el riego.

Y no que desden impío
Opones solo á mi amor,
Con vano empeño, sol mio,
Que para tamaño ardor
No tiene el invierno frio.

Y con igual vana espera
Me escondes los ojos bellos,
Elina, cuando es quimera
Imaginar que pudiera
Dejar yo de andar tras ellos.

MADRID, 1849.

MEMORIAS DE MALAGA.

Parte, vuela, dichosa golondrina,
Tras de la luz del fugitivo Estío,
Que ya á mi techo rápido avecina
Sus nubes roncas el invierno frio.

Parte, mas antes de cruzar ligera
El mar, dejando tu nativo suelo,
Pára, porque te muestre en su ribera,
Una ciudad, como ninguna, el cielo.

Donde nunca la niebla esconde al dia,
Ni se agostan las flores del verano;
Ni hórridas noches el invierno envia,
Ni el pecho anhela por amor en vano.

Tente, descansa allí sobre la parda
Torre, sustento del imperio alarbe,
Que para el vulgo codicioso tarda
En rendir á la edad el ancho adarve.

Y acaso entre sus piedras carcomidas,

Que salpican del mar olas inquietas,
Verás blancas ventanas escondidas
En la yerba que dan las hondas grietas.

Y allí suspensas, como en alto nido
Tus hermanas há poco bulliciosas,
Si con vuelo llegáres no sentido,
Mujeres siempre encontrarás hermosas.

Nacieron de la mar, y cual la espuma,
Que traen las olas en sonoro alarde
Arde al rayo de sol, rota la bruma,
Así la lumbre de sus ojos arde.

Ojos que son reliquia peregrina
De la belleza de las madres moras;
Con sus pupilas de color de endrina,
Con sus hondas miradas seductoras.

Suelto es el talle, largos los cabellos,
Que rivales del ébano parecen,
Y en matices la tez rica es de aquellos
Que, con las flores, á sus plantas crecen.

¡Oh! no tiendas sin ver tanta hermosura
De nuevo al aire, golondrina, el vuelo;
Y al contemplarla mide la ventura
Que yo he trocado en el presente duelo.

Y dí, más que respondan con enojos,
Dilas ¡oh bella! á las que mires bellas,

Que amor no siento sino al ver sus ojos,
Ni encuentro dicha sino cerca de ellas.

Y dilas que primero enflaquecida
Sus piedras soltará la vieja torre,
Que la fugaz corriente de la vida
En mí el recuerdo de sus nombres borre.

Y que primero tú, con tus hermanas,
Que hora buscais el cálido desierto,
Los nidos conservando en mis ventanas,
Cantareis al compás del aire yerto;

Que de mí se separen sus memorias,
Ò el pátrio amor de su ciudad moruna;
Ni prefiera otras glorias á sus glorias,
Si á dármelas acierta la fortuna.

Y cuando vuelvas á habitar mi techo
Con los calores del futuro Estío,
Dime, si piensas, que guardó en su pecho
Una á lo ménos el recuerdo mio.

MADRID, 1849.

DEL AMOR.

No há mucho, Elisa, que por mí llorabas,
Cándida niña, enamorada y sola;
No há mucho y ya tu corazon sensible
Por otro amante, en soledades, llora.

Y es que las dichas del amor cual rizos
Que coje el viento en las marinas ondas,
Si van veloces á la blanda orilla,
Al punto espiran que su arena tocan.

Y es que la luz de la pasion que enciende
La voz del hombre en la mujer que adora,
Como la nube que el ocaso pinta,
Se apaga pronto en la vecina sombra;

Y es que cariño de mujer es árbol,
Que pide á cada Mayo nueva pompa,
Porque sin falta por Noviembre envia
Al fácil viento sus doradas hojas.

¡Ay mentiras dulcísimas que el alma
Siempre que empieza á enamorarse ignora;
Seguid, seguid á la sensible Elisa,
Que acaso el alma porque miente goza!

MADRID, 1851.

EN GRANADA.

Los que juntais, felices trovadores,
El canto dulce al arpa regalada
¿Sabeis ya qué es amor y qué son flores?
¿Habeis visto los valles de Granada?

¿Sabeis cuál son los trinos de sus aves,
Ò el perenne murmullo de sus fuentes,
De sus plantas los hálitos süaves,
Los rayos de su sol resplandecientes?

¿Vísteis su noche y su naciente aurora,
Y su espléndida luz de mediodía,
Cuando en la Alhambra vívida colora
De los arcos la aérea celosía;

Y á par correr los surtidores claros
Por frescos sotos de arrayan vestidos,
Ò lamiendo al pasar mármoles raros
En soberbios salones embutidos?

¿Vísteis de adelfas y jazmin y lauro

La bóveda que en torno se dilata,
Por donde corre silencioso Dauro,
Y en su cáuce al correr nieves desata;

Y á par los manantiales que destila
Gota por gota sobre el hondo rio,
Cuando á bañar desciende en la tranquila
Onda sus piés Generalife umbrío?

¡Ah! Si no, no canteis. Solo reflejos
Son de belleza los que os dan los ojos,
Y con ver á Granada desde lejos
Prestáraos ya cuanto decis enojos.

Sin luz el alba, sin aroma el viento,
Y el lauro sin verdor, y sin blancura
La guirnalda juzgárais en que lento
Se entreteje el jazmin por la espesura.

Y tuviérais por pálida la lumbre
De la luna, que amiga os acompaña
De una reja al amor, y en su vislumbre
De la hermosa que espera el rostro baña.

No, no canteis aún, más presurosos
Allí acudid por letras y sonidos;
Y tales hallareis que deleitosos
Os hechicen el lábio y los oidos.

Y entonces cantareis, como se canta
Sin querer ni pensar en aquel suelo

Donde secreta inspiracion levanta
La flaca mente, y la remonta al cielo.

Y entónces enviareis á las hermosas
De esperanza ó de amor tales querellas,
Que, cuando pareciesen desdeñosas,
Tiernas ya siempre os mirarán por ellas.

Direis de Vivarrambla el gran torneo,
Donde el dolo trocó lanza por caña,
Ò de la Alhambra el esplendor, trofeo,
Tras luenga lid, de la cristiana España.

Direis lo que aún sepais de los amores
De la sultana y de su amarga suerte,
Y de cuando los claros surtidores
Con sangriento raudal manchó la muerte.

Direis la oculta saña del guerrero
Cautivo, el llanto de la dulce esclava,
Los moros que venció el buen caballero
Que contó por Maestre Calatrava.

¿Y qué importa cantar lo que cantaron
Otros ya de Granada y sus historias?
¿Por ventura, sus flores se acabaron,
Y murieron con ellas sus memorias?

¿No corre Mayo como siempre verde
Por las orillas de Genil risueñas,
Y cobra el oro, que en sus linfas pierde,

Dauro en las flores de sus pardas peñas?

¿No vive aún la Alhambra entre los yertos
Escombros de sus torres en ruïna,
Y alegre esconde el Albaicin en huertos
Su muerte, al peso de la edad, vecina?

¡Oh! Si no es que teneis los trovadores
La garganta sin voz, ó el arpa rota,
Id y cantad: las fuentes ni las flores
Ni allí la antigua inspiracion se agota.

GRANADA, 1852.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA CAMARA Y LIVERMOORE.

Si vas, hermosa, á la ciudad querida
Que en jazmin y azahar labró tu cuna,
Dila que paso en lamentar la vida
Que de ella me separe la fortuna;

Dila que precio en más la rota piedra
De sus adarves y castillos moros,
Que ostentan por pendon ramas de hiedra,
Donde el vulgo falaz sueña tesoros;

Y más el ola que á pedirle llega
De su Guadalmedina la corriente;
Y más las flores que en su angosta vega,
No bien nacidas secará el ambiente;

Que el alcázar real, gloria de España,
Y el rumor de la córte esplendorosa,
Ò las aguas del gran Tajo que baña
Ricos verjeles y arboleda umbrosa.

Dila, en fin, que yo soy la golondrina
Que busca al sol estivo extraño cielo,
Más de nuevo á su pátria el ála inclina
Cuando se viste Guadarrama en hielo.

MADRID, 1851.

LAS FLORES DE MI BALCON.

Siempre estareis ya aquí solas,
Cual solitario estoy yo,
Si esperar, como yo espero,
Pensais á la que os crió;
Las moradas florecillas,
Florecillas del balcon,
Que á la luz de las estrellas
Regaba mi muerto amor.

Acudísteis al reclamo
Que hace de hojas y de olor,
Á las plantas de la tierra
Por el mes de Abril el sol;
Florecillas, ignorando,
Si la niña estaba ó nó,
Que con mano blanca el agua
Derramaba en mi balcon.

¡Mas ya que sin ella estais
Quien ha de cuidar de vos!
¿Qué niña el sereno toma,
Ò expone el rostro al calor,

Por criar flores agenas
Que de sus trenzas no son
Esperanza, ni en sus manos
Pueden ser dones de amor?

¡Ay! de mi bien por memoria,
Tan sólo os regaré yo;
Y áun Dios fortuna os da en ello,
Negada á mi corazon:
Que despues que ha muerto, acaso
Vivireis así, y yo nó,
Florecillas venturosas,
Que no entendeis de dolor.

Corazon que no es amado,
Es como planta sin sol,
Y el agua con que se riega
Tiene salobre el sabor;
¡ Nadie mas habrá conmigo
La cuenta que yo con vos,
Las huérfanas florecillas
De mi desierto balcon!

MADRID, 1866.

A UNA VIAJERA.

Ninguna flor del vendaval herida
Tantos hechizos pierde,
Cuantos han de faltar con tu partida
En este suelo verde.

Pero si esperas, como pienso, léjos
Aun más serenas tardes,
Ò auroras de más vívidos reflejos
¡Ah! no, ni un punto aguardes.

Parte, y que goce de tu hermoso encanto
Aquel alma, si alguna
Hay, que merezca á tus bondades tanto,
Ò tanto á su fortuna.

¡Y baste solo en tanto al peregrino
Que rinde la fatiga,
Hallar por un momento en su camino
Cual yo tu sombra amiga!

SANTA AGUEDA, 1867.

CANZONETA

tolta dal capitolo XXVI del romanzo *Marco Visconti*, di Tommaso Grossi.

Rondinella pellegrina,
Che ti posi in sul verone,
Ricantando ogni mattina
Quella flebile canzone,
Che vuoi dirmi in tua favella,
Pellegrina rondinella?

¿Solitaria nell' obblio,
Dal tuo sposo abbandonata,
Piangi forse al pianto mio
Vedovetta sconsolata?
Piangi, piangi in tua favella,
Pellegrina rondinella.

Pur di me manco infelice
Tu alle penne almen t'affidi,
Scorri il lago e la pendice,
Empi l'aria de 'tuoi gridi,
Tutto il giorno in tua favella
Lui chiamando, o rondinella.

CANCION

tomada del capítulo XXVI de la novela de Tomasso Grossi, titulada *Marco Visconti.*

Golondrina aventurera,
Que arrimada á mi ventana,
Tu cancion cada mañana
Me repites lastimera,
¿Qué me dice, cuando trina
Esa tu voz, golondrina?

Solitaria, abandonada
Por ingrato esposo impío,
¿Juntar llanto al llanto mio,
Quizá quieres desolada?
Llora en tu lengua argentina
Pasajera golondrina.

No tan triste cual yo al ménos
En las plumas te levantas,
Las colinas, los serenos
Lagos corres, cuando cantas,
Y á tu esposo se encamina
Siempre tu voz, golondrina.

¡Oh se anch'io!.... Ma lo contente
Questa bassa, angusta volta,
Dove sole non risplende,
Dove l'aria ancor m' é tolta,
D'onde a te la mia favella
Giunge appena, o rondinella.

Il settembre innanzi viene
E a lasciarmi ti prepari:
Tu vedrai lontane arene;
Nuovi monti, nuovi mari
Salutando in tua favella,
Pellegrina rondinella.

Ed io tutte le matine
Rïaprendo gli occhi al pianto,
Fra le nevi e fra le brine
Crederó d'udir quel canto,
Onde par che in tua favella
Mi compianga, ó rondinella.

Una croce a primavera
Troverai su questo suolo:
Rondinella, in su la sera
Sovra lei racogli il volo:
Dimmi pace in tua favella,
Pelegrina rondinella.

Ah si áun yo!.... Pero este techo
Bajo y breve me lo niega,
Donde luz de sol no llega,
Y hasta el aire falta al pecho;
Donde apenas se avecina
De tí mi voz, golondrina.

De partir á los azares
Con Setiembre te dispones:
Tu verás lejas mansiones;
Y otros montes, otros mares
Saludarás peregrina,
En tu lengua, oh golondrina.

Mas yo abriendo, abriendo al llanto
Los mis ojos cada dia,
En la escarcha y nieve fria
Áun oir creeré tu canto,
Que á ser doliente se inclina,
Por mí acaso, ¡ay golondrina!

Una cruz por primavera
Hallarás en este suelo:
Ten aquí, á la tarde, el vuelo
Golondrina aventurerá;
¡Dame paz, y trina, trina,
Pasajera golondrina!

ROMA, 1855.

VI.

LOS AMORES DE LA LUNA,

FÁBULA GENTÍLICA.

I.

De noche tenebrosa nació un dia
Que halló de Cária en la llanura estéril
Al vagabundo Endymïon despierto.
No atiende él ya, en sus ócios, al donaire
De la desnuda saltatriz que apenas
Con los lijeros piés el suelo toca;
Ni ya visita el húmedo Ninfeo,
Donde retoza el manantial en brazos
De la piadosa hiedra, que acompaña
En mal segura ancianidad al muro.
Y há tiempo que los ciervos cautelosos
Pacen tranquilos por los prados, cerca
Del arco inútil con que á dicha obtuvo
De diestro cazador alto renombre.
Hélo pálido allí, dudoso y lento,
Por donde opaco el Sol de Látmos frio
Breves instantes, entre nubes, dora
La cumbre blanca y la arboleda; ejemplo,
Con sus desnudos troncos solitarios,
De instable suerte al que la suerte engríe.
Hélo ya errante en la del tardo rio
Márgen doliente, que habitó contento,

Quizás por alguien preguntando. Calla
Naturaleza en derredor; y vuelan
Pesadas sí, más sin parar, las horas
Nueva noche trayendo á Cária, y luego
Van por el alba, y por el rojo ocaso
Despues irán, hasta que el tiempo acabe.
Y en tanto insomne á la alborada, insomne
A la tarde igualmente, el duro vuelco
De su fortuna, como el humo, frágil
Con ronco acento Endymïon lamenta.

II.

Mujer, cuando no Diosa, incierto exclama,
¿Quién eres, dime, dí, que tal me dejas
A tiempo en que, contigo bien hallado,
Sin tí la vida á conservar no acierto?
Si este mundo te enoja, al que prefieras
Llévame luego, y trocaré gozoso
Por éste aquel; pero si acaso en otra
Region terrena te escondieses, oye,
¿Cuál te ha de amar, ó quién allí tan breves
Hará tus horas como aquellas, Luna,
(Ya que esto nombre consentir solias)
Aquellas, digo, en que á tu amor el mio
Tales forjaba dichas deliciosas,
Que el astro consagrado á Vénus pudo
Quizás de envidia apresurar el paso?
¡Ah! no, mi bien, que si de mí por siempre
Te apartáras al fin, de verte agena
Consuelo al ménos me dará muriendo,

El que tan grande amor, ó igual ventura
En otro corazon no cabe humano.
  Pero imposible que me olvides creo
Oh Luna, tú que me quisiste sola
Desde mis tiernos laboriosos años.
Lucir por eso en temporales hondos
Tu disco ví, como remota hoguera
Que al puerto en alta mar, errante, guía
La solitaria vela pescadora
De súbito huracan léjos llevada.
Si tarde, en cámbio de tu afecto, el vivo
Te dije que en mi pecho inspiró al punto
De tu belleza el dulce hechizo, culpa
Al propio exceso de mi amor, que el fondo
Del amor al brotar mide el respeto.
Mas siempre verte apeteciendo, cuando
Te hallaba al fin, con la sospecha leve
No más de que me amabas feliz era;
Y cuando no sé dónde, te partías,
Primero que del Sol la luz mis ojos
Anhelaban la tuya tíbia: el alma
Tanto amor en secreto apacentando
Cual hora al viento con mis ayes fío.
  ¿Te acuerdas? Al crepúsculo en un bosque,
Que floreciente Mayo perfumaba
Con sus copiosas lilas pasajeras,
Nos hallamos al fin: tú pensativa,
Y en ira yo de contemplar celoso
Que no eran sólo para mí tus rayos.
Entró la noche y mi inquietud en nubes
Cubrió tu fáz, y te velaste, y luégo

A tu carroza alzándome rompimos
Juntos las sombras de los aires vagos.
Y á solas ya, por ahuyentar mi ceño,
Un ósculo me diste en luz suáve.
Doblé vencido la rodilla entónces,
Y al tiempo mismo te adoré, que néctar
En mis lábios, oh Diosa, derramabas
Para templar su sed. Las inmortales
Dichas acaso, en éxtasis mi mente,
Por breve punto reflejó entre tanto;
Y con suspiros dulces confundidas
Las letras de tu nombre al eco dije,
Que nunca supo repetirlo entero.
¡Instante venturoso! De los largos
Que en tí pensé sin esperanza, y solo
Recompensa feliz. Desde él si lenta
Tu faz menguaba, ó nueva parecia,
Ò al fin del todo se ocultaba, nunca
De tu ausencia sabiendo el plazo breve,
Las gratas citas encontré desiertas.
Al hora, de ordinario, en que la tarde
Su manto de carmin plegaba encima
Del llano fértil, con lijera planta
Buscábate, y tu disco esplendoroso
Sin falta por la cumbre hallaba, y puesto
Seguro siempre en tu invisible carro.
Y ¡oh cuántas veces recorrí con risa
Las riberas así, de esta corriente
Que hoy mi llanto acrecienta! Si misterios
Anhelaba el amor los olmos largos
Entónces ¡ay! tu faz médio ocultaban

Con sus hojas, que en tanto entretejian
Con la sombra y la luz tapiz al suelo.
¿No te acuerdas que al prado me seguiste,
Con leve pié rindiendo las lozanas
Yerbas que acuden al amor del rio;
Y allí trono y dosel un sáuce umbroso
Te ofreció suplicante? ¡Ah cuan alegres
Eran tales allí las horas, léjos
Del bullicio del mundo y las estrellas!
¡Cuáles y cuantas escuchára al paso
Promesas tiernas de tu amor el mio!
Pero en esto tembló la tierra: el aire
Horrísonas cruzaron las tormentas,
Que fáciles enjendran los veranos
Brevemente naciendo á morir breves.
Y á las citas usadas negras nubes
Te impidieron al fin llegar. Muriera
Sin tí, ya entónces, si en serena noche
No te hubiera encontrado pronto, el cielo
Esclareciendo pálida; y los mundos
No ya en el carro fúlgido, tornára
Contigo luego á visitar contento.
Ya de este sin tí odioso, humilde rio,
A aquel de tiernas flores nunca escaso,
En cuya márgen la palmera dócil,
Y el pino audaz, por el espacio aéreo,
Sin miedo siguen á los vientos broncos,
El vuelo de las aves con sus tallos,
Me llevabas; ó ya de la espumosa
Mar á la orilla en que á su luz mirase,
Cual granos de diamantes esparcidos,

Del agua inmensa relumbrar las gotas,
Que ataja allí la deleznable arena.
De una verde colina descendiendo
La corriente veloz cruzó tu carro,
Que los naranjos olorosos baña,
Entre el monte y la mar; la tarde aquella
Que con tu rojo manto me envolviste,
Porque gozára de tu luz á solas.
De peregrinas hojas, en los valles
De Cária ignotas, y pintadas flores
Como nunca vió el Sol allá, tu cetro
En ramo juntas era: tu corona,
Oh reina de la noche, las estrellas
Eran, que acaso en torno á tí convocas
Por afrentar su brillo; y yo tu esclavo.
Y ¡ay ojalá que nunca mi destino
De tal rompiese la feliz cadena!
Con ella alegre te seguí mil veces
Al perfumado romeral, que el monte
Viste, y ornada con sus tallos frescos,
La llevé desde entonces; y aún con ella
A tí, perenne, que al pajizo Estío
Y al Invierno desnudo desafías,
Osé subir, oh cedro gigantéo.
Una brisa del mar se posó errante
En tu copa flexible, y tú con ella
Te meciste á compás. Miré y los rayos
En la punta flotar ví de mi amada;
Rayos ¡ay! de su pálio, desprendido
De los ebúrneos hombros, que su frente,
Volando fácil, en redor ceñia

Como glorioso nymbo: al ágrio tronco
Celoso el corazon lanceme, y presto
Trepé á la excelsa cúspide, en que estaba,
Como á la espera de mi amor, la bella
Con su boca brindando yá á mi boca
En justa paga de mi afán un beso.
Jamás los ruiseñores que se anidan
En la vária floresta, al Mayo, tantos
Formar supieron amorosos ayes,
Cual yo al tocarla murmuré en su oido
Y al cielo cerca, y, en sus brazos, pude
Mas que humano juzgarme: que los Dioses
¿No me envidiaron del Olimpo acaso?
Mas tú de mi sacrílega soberbia
Me hiciste, Luna, descender; y á un templo
No léjos de Mileto me llevaste,
Que entre laureles y menudos myrtos
Se alzaba allí á Diana flechadora.
«Ven, me dijiste, adorarás devoto,
»A una Diosa que anhela que en tí sea
»Algo inmortal, mas no cuanto pretende
»Tu atrevida ambicion. Ven, y en el ara
»Jura que á humana veleidad las puertas
»No abrirás de tu pecho; que ella en cambio
»Los bienes de este amor te dará eternos.»
Y por la mano me conduce: yerbas
De olor cojiendo que de paso encima
De un acopado plátano, vecino
Al pórtico marmóreo, que las galas
De dórica belleza luce ufano,
Depuse luego por primera ofrenda.

Ni las que el noble tympano sostienen
Leves columnas; ni la celda sacra
Que visten alabastro y bronce, pude
Ya desde entónces admirar. Ansioso
Los áureos granos recojí del ámbar
(Ni sé si fué en sus lábios), que en la hoguera
De la cóncava piedra arder debia,
Porque la Diosa fuese al juramento
De nuestra doble fe propicia. Azules
Nubes de incienso, oh Luna, levantarse
Vimos luego á la atmósfera serena
Del cielo á la sazon: áun me parece
Que respiro su olor, y ¿tú lo olvidas?
¡Ay de mí! ¡Puede ser! Que en vano busco,
El blando abrigo ya del seno hermoso
Donde la frente recliné esperando
El humo luego de la llama viva,
Que tú y yo alimentamos en el ara.
¿En dónde, en dónde estás? ¿Que ni á la roca
Donde rompe la mar, ya como en otro
Tiempo tampoco me encaminas? Clara
Saliendo allí del fondo verdinegro
Viniste á herirme, porque yo te viera
Reinar tambien sobre el salado espacio.
Y yo, como doquiera, allí te amaba,
Mi bien, lo sabes, y lo sabe Vénus
La estrella solitaria que atendia
De paso siempre á nuestro amor. Sentados
Ella nos vió, los besos que las olas,
Al apartarse cambian de las peñas
Que azotan incesantes, con los lábios

Ora imitar: ó ya sobre el profundo
Abismo al son mecernos de las brisas,
De nubes ni olas el furor temiendo;
Como nave que el bien osada busca
Que en el vecino puerto aguarda, sea
Que al hondo hierva, ó cruja en alto el agua,
Con que fecunda la ribera el Cielo.
  Mas un mes y otro mes te llamo en balde,
Y ni en sueños te encuentro; que la noche
Mis párpados no rinde, ó si los rinde,
Antes que vuele audaz la fantasía,
Vaga emocion y súbita los abre.
Y era grato soñar, oh Luna, al cierto
Contigo en las ansiadas noches breves,
Que al sol hirviente roban los veranos.
Despierto muchas en mi lecho entónces,
De hiedras y de pámpanos compuesto,
En vano te esperaba hasta que lenta
Mis ojos apagaba la fatiga.
Y entonces tú (que de por sí parece
Que no acierte á mentir el alma sola
Tan al vivo), tú, al cabo, dueño mio,
A mí llegabas, en el verde suelo
Los piés desnudos, que la escarcha hería,
Con paso breve y sin rumor sentando.
Y en ténue voz que el viento apénas oye,
«¿Duermes?» murmuras luego. Estremecido
Mi pobre corazon salta del pecho,
Y apénas respirar pudiendo, exclamo:
«¿No es ilusion de mis sentidos? ¿Loco
No estoy al verte? No; tu frente es esta

Coronada de mirtos: y tu aliento
De violetas es este: y son los rizos
De tu propio cabello los que en vano
Los hechizos esconden de tu seno.
Y el cándido color en que iluminas
Con tibia claridad mi gruta, el mismo
Es de tu manto refulgente. ¡Oh Luna!
Tu eres sin duda: ven, y que ya enjugue
Mi lábio abrasador las gotas frias
Que en tí llovió el sereno: ven y rosas,
Si ménos blancas que tu tez, süaves
Deshojaré en mi lecho, por si quieres
Trás de las horas del amor turbadas
En él hallar dulcísimo reposo.»
Recuerdos ¡ay! que á mi pesar conduce
Al fatigado lábio la memoria;
Llegais en vano ya; que entorpecida
Con las amargas ondas de mi llanto,
Sonidos al dolor la lengua niega.
Dejad que solo ya por muerte anhele,
Y, en vez de aquel amor que entre el incienso
Del ara eterno me ofreció álgun dia,
Le pida ya, si darla suele pronta,
Como olvidar sus juramentos suele,
A la que adoro, por mi mal, en vano:
Antes mujer enamorada, ahora
Diosa inflexible á mi lamento y ciega.

III.

Calló aquí Endymïon. Duro el Invierno
Siguió vistiendo casi siempre al dia
Con niebla ó nubes pardas, y celando
En las cerradas noches espantosas
De Cária el campo á la inocente Luna.
Ella entretanto á Endymïon oia
Por entre los doblados nubarrones,
Y lágrimas de plata derramaba,
La ley quizás perpétua lamentando
Que rindió á otro planeta el Universo.
No está en su mano así trocar los meses
Húmedos por los secos; ni áun los aires
Parar que en giros maliciosos juegan
Con las flotantes nubes, é importunos,
Donde está Endymïon las amontonan.
¿Qué vale que ella pueda en otros valles
Lucir á su placer creciente ó llena?
Contrario el envidioso Invierno, siempre
Llegar á Endymïon la estorba impío,
Con sus nubes espesas; y desdeña
Ella sin él las islas fabulosas
De Grecia, en cuyas fuentes claras viven
Callados Fáunos y lascivas Ninfas.
No más su rostro pálido el tormento
Pudiera mitigar de Eco llorosa,
Que yá ni en flor á su Narciso encuentra.
Ni aquí del Lácio, en los collados cuna
Del romano poder, donde la Tierra

De Némi el lago alegre por espejo
Dió á su belleza, y por volante fímbria
Recamada en su manto, las pendientes
Ondas en que el Aniene se despeña,
De una caverna huyendo resonante,
Risueña está; que ni acrecer sus galas
Ni en la propia beldad gozarse quiere
Sin el doliente Endymïon. Encinas
Que coronais las aguas silenciosas
De Némi en hondas cuestas abrigadas;
Frescos castaños de su orilla verde
De las hiedras amigos; y tú, oh templo
De Vesta en Tíbur, que áun presides roto
El valle en que del salto se serena
La cascada hervorosa, y la llanura
De arcos sembrada, y capiteles y altos,
Sepulcros, vueltos como tú en ruïna,
Por el tétrico bárbaro triunfante,
Incrédulo en tu Diosa: de la Luna
No espereis ya, no más, plácidos rayos
Miéntras la suerte anuble su contento,
Del triste cazador que insomne gime.
De Cária sin cesar llanos y montes
Por detrás del nublado el astro espía
Descuidando del mundo él resto; y piensa
Tan sólo en ver como llevar consuelos
Al nécio amante que la acusa injusto.
  Más ya la nieve en copos semejante
Al claro de la Luna por los llanos
De Cária esparce ceniciento el cielo.
¡Oh mil veces feliz hora! Las yerbas

De los abiertos campos escondia
Y de los verdes montaraces pinos
Las hojas, al caer la nieve, en tanto
Que trémulas volaban las silvestres
Palomas por doquier, y helaba el viento
En las mejillas el caliente lloro
Del triste Endymïon. Su último instante
Pensó él ya ver, y que piadosa al cabo
Su postrimero ruego, oyendo, diera
La Diosa que su amor burlaba ingrata
Sudario inmenso á su vecina muerte.
¿Qué amor no agravia? Con flexibles rayos
La Luna, al tiempo mismo, entre los copos
Bajaba de la nieve, sin que vieran
Aires, ó nubes, su feliz descenso.
Y aquella noche en los cubiertos campos
Dudó de Cária el labrador sencillo,
Si la nieve en verdad los blanqueaba,
Ò más bien resplandor de Luna tibia
Estaba con las sombras contrastando.
¡Ay del ingrato Endymïon, que ignora
Que de envidiosos es su dicha presa,
Y nécio culpa á quien amor eterno,
Como es eterna en el vivir, le guarda!
Solo un instante ya su voz querida
De nuevo oirá para decirle: «duerme»:
Que, en letargo profundo sumergido,
Y ántes que acierte á responder al aire
Sus alas silenciosas extendiendo,
La Diosa amiga, por la nieve oculta,
Con él voló de Latmos á la cumbre

Que la nieve tambien cubre y corona.
Y allí donde no más que las tormentas
Llegan fugaces, de las bajas nubes,
Y de las nieblas el rigor burlando,
Inmóvil desde entonces le mantiene,
De su mortal desconfianza en pena.
Mas el soñar aún que, entre las sombras,
Tácita llega á visitar su lecho,
Acaso por alivio le consiente;
Y hay quien envidie á Endymïon pensando
Que en esta vida, que logramos, vana,
Tamaña dicha con soñarla baste.
La Luna, en tanto, su pasion contenta
Con verle á solas, y besar callando
Del adormido Endymïon la frente.
Y así por siempre dilatar pudiera
La blanda pena del ingrato amante:
Que por ley no comun ¡ay! de la vida,
Ella es mujer; y á la mujer es dado,
¡Dichosa ser con el amor tan sólo,
Que dan los ojos á probar al alma!

CITTÁ DI ALBANO, 1857.

NOVELA.

LA CAMPANA DE HUESCA.

CRÓNICA DEL SIGLO XII.

CAPÍTULO I.

En que se habla á manera de prólogo con el lector.

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno á de ir
Á preguntárselo á ellas.
QUEVEDO.

A orillas de la Isuela hallé esta crónica: en una de aquellas huertas de suelo verde, y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos se sustentan en las piedras robadas á los muros de Huesca.

Y en verdad, que es triste crónica para hallada en lugar tan apacible. Mas si de él quitamos los ojos y los ponemos en la ciudad, harto se vé que allí debieron vivir doña Ines y D. Ramiro: el *Rey monje*, y la Reina ni esposa, ni viuda, ni doncella.

Aún quedan en pié algunas de sus noventa y nueve torres, oscuras unas y fatídicas, risueñas otras y esbeltas, con el disfraz de miradores ó azoteas cuidadosamente blanqueadas, á lo largo del Coso. La puerta *Desircata* está allí arrimada á un gótico convento de

monjas. Allí está tambien el torreon ochavado, cuya ancha bóveda sostuvo há siete siglos la famosa campana de Huesca. Ménos alto está que entónces, pero no ménos firme y oscuro. Las bizantinas columnas de San Pedro, viejas ya en el siglo XI, dan sombra aún al peregrino y piadoso recogimiento al penitente. Y amenazan el llano todavía las lejanas torres de Mont-Aragon, no menores en fortaleza que las vecinas montañas, donde fué el *salto de Roldan*. Ciudad lóbrega y triste para quien sólo busque el placer de los ojos: agradable para los que prefieren la meditacion y el silencio; para los que gustan de ver las tumbas de los héroes y de visitar los lugares donde acontecieron las altas hazañas; para los que se apacientan en la memoria, y sienten el amor de lo antiguo.

Sin duda esta crónica se compuso dentro de la melancólica Huesca, y mano descuidada la dejó perdida en las alamedas de la Isuela. Y, á no dudarlo, fué hombre de verdad quien la compuso: porque, si bien se registran otras historias viejas, y los romanceros, y los pergaminos de los archivos, y los discursos de los doctos, sobre personas y cosas oscuras, no se hallará hecho ó dicho muy opuesto á lo que aquí sucede, ó á lo que dice aquí y hace el *Rey monje*.

Ni está ménos ajustado que el de éste á las crónicas y otros papeles antiguos, el carácter del conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer IV, que tan notable parte tuvo en los sucesos que relata el presente libro.

Sólo de doña Ines y Castana dan los documentos escasa noticia; mas, tales como ellas, se hallan todavía

mujeres en Huesca, de modo que es tambien de creer cuanto de ellas dice este cronista. Muchas pasean aún los dias festivos por el campo glorioso del Alcoraz, lánguidas y sensibles como doña Ines, alegres y bulliciosas como Castana.

Aznar fué, con efecto, muy servidor de aquellos Reyes; y á andar entre almogábares, como cuenta la crónica, bien pudo ser como en ella parece: que nadie tendrá por sobrados sus hechos, si ha registrado las páginas de Muntaner, Desclot ó Moncada.

Y recorriendo asimismo de uno en uno cuantos monumentos derruidos cubren las silenciosas calles y la verde campiña de Huesca, y cuantos sucesos ha hecho famosos la historia de aquella época turbulenta, el ánimo se inclina á dar bastante crédito al cronista; porque ni se halla en su relacion mentira que parezca dicha á sabiendas, ni en nombre ó cosa se advierte error craso ó digno de fundar en él desconfianzas. Léjos de eso, no se habla aquí de nombre ó cosa, cuyo sér no justifiquen papeles antiguos.

No quiere esto decir ciertamente, que de todo cuanto al fin cuenta bajo fe agena, pueda afirmar ó defender la verdad, como hombre honrado, el autor ó más bien compendiador y editor de este libro. Mas relata quizás que cree, como otros historiadores de mucha fama, que han vivido antes que él; y que gozan crédito y nombre de verídicos y graves. Así son de suyo estas historias, y crónicas antiguas; y hay que creerlas, ó dar con ellas al traste, privándose de saber muchas cosas verdaderas y buenas, por temor de conservar en la memoria algunas

de dudosa ó flaca certidumbre. Porque en suma, la memoria de los hombres es grande; y capaz de contener más número de sucesos singulares y extraños, que los que han acontecido de veras desde el principio del mundo: por lo cual no parece que sea muy censurable el dedicar alguna parte de aquella facultad preciosa de la mente humana, á recoger tambien y conservar otras cosas que, si no sucedieron tales como se dicen, no hay duda que pudieron suceder, y lo mismo deleitan y enseñan, ó poco menos, que las que se tienen por más indubitables y claras.

Lo que bien puede creerse es que tan falaces ó más que la presente son todas las crónicas ó cronicones antiguos, que tratan de los reinos Pirenáicos, principalmente de Aragon y Cataluña; y que si en esta aparece bastante confusion de años, sucesos y lugares, trocándose unos por otros con frecuencia, eso mismo cabalmente sucede, en todas cuantas pueden consultarse con fruto para poner en claro la historia pátria. Ni se tengan fácilmente tampoco por fabulosas muchas de las aventuras de reyes, condes, señores, sacerdotes ó gente comun que aquí se relatan; que expuestas están, y áun defendidas lo propio que en éste en los más estimados libros de historia de los siglos que tenemos por ingénuos, verídicos, eruditos y doctos. Hartos sucesos ménos probados, y aún probables, que los que aquí ofendan la crítica, creemos, ó tenemos que hacer como que creemos, muchos de los que gustamos de saber las cosas pasadas. Y ni el propio Fray Gauberto Fabricio de Vagad, ni Pero Anton Beuter, ni Briz Martinez, ni Diago, ni Ainsa

mismo, ni otros ciento que seria fácil nombrar, de los historiadores de Aragon y Castilla, con ser bastante más modernos y sábios, mostraron ser mucho más severos en su crítica, que el pobre muzárabe, que originalmente compuso esta crónica, parece serlo. Pero él hablaba ya de oidas como todos hablamos de tantas cosas pasadas; ¿qué tiene de extraño, pues, que de buena fe errara en no pocas ocasiones? Y si él era hombre, por lo que se ve, sencillo y honrado, ¿cómo no habia de creer sin meterse en más honduras, la mayor parte de las cosas que sus vecinos y conocidos, ó sus mismos venerables padres le contaron?

¡Filósofos, y sábios, y repúblicos son ó parecen muchos que no se enteran con más profundidad, ni exactitud, de los propios sucesos actuales!

Justo y oportuno era, pues, el conservar y dar á luz este libro, supuesto que otros y otros semejantes se han dado á la estampa ya, y algunos no muy diversos se dan y se darán aún á luz cada dia; sin omitir en él nada de lo que, verdadero ó no, ha merecido crédito de tal en los tiempos antiguos.

Por lo mismo la tarea del copista se ha limitado á descifrar y poner en claro los confusos pergaminos donde por tantos siglos ha estado desconocida esta crónica, y á descargar el estilo de voces y frases há mucho ausentes de los lábios de los españoles. No era fácil lo primero, porque los pergaminos son de los que hoy llamamos *palimpsestos*, y no deja de notarse todavía en ellos el viso y señal de las letras primeras, como que acaso tengan en sí embebidos algunos de aquellos libros que tanto echamos de mé-

nos en Tácito, Salustio, Livio y otros que parece que fueron sábios, aunque idólatras; y no fué otra la causa de que saliese incompleta y oscura la primitiva copia, y de que haya sido forzoso publicar otras más extensas y claras, y ajustadas al verdadero texto. Ni lo segundo era hacedero, como acaso muchos imaginan, que no suelen acomodarse hechos tan viejos á los novísimos giros y palabras, y las opiniones y discursos de tales cronistas como el que nos ocupa, se resisten á entrar hartas veces en la pobre y afrancesada lengua que hoy habla España. Mucho son de antigüedad ha perdido en la copia el estilo; pero alguno queda y habia de quedar, sopena de desnaturalizar y corromper totalmente la índole de la obra.

Quizás no fuera ocioso dar alguna cuenta del autor de ella, apuntando principalmente su orígen, pátria y nombre, y el motivo que tuvo para escribirla. Pero sólo se sabe que fué de los muzárabes ó mozárabes, porque en diversos capítulos y lugares se dá por cristiano y residente en Huesca, antes de la reconquista, cuando sólo en *San Pedro el viejo* oraban y eran enterrados los hijos de los cristianos vencidos, y el Obispo de la diócesis andaba quizás fugitivo por los húmedos riscos que forman el verde valle de Tena, y las selvosas vertientes de la peña de Oroel: la cual se alza con el propio perfil y apariencia que tendria un leon inconmensurable, recostado por detrás, y como en guarda, de las viejas y rotas almenas de Jaca. Y con ser mozárabe podia venir de padres españoles como de padres romanos, y proceder de algun *duumviro* ó magistrado de municipio, lo mismo que de aquel Fili-

mer, que al decir de Jornandes, gobernaba á los godos cuando salieron de la Escancia. Que es como decir que nada consta acerca de su persona.

Algo más sabemos ciertamente de la época en que vivió y sucesos á que se refiere en su libro; por la cual no seria perdida para muchos la ocasion que aquí se ofrece de ostentarse filósofo y político alargando este primer capítulo, puesto que es de los añadidos por el impresor moderno, con noticias y reflexiones extensas acerca de aquella nacion, fundada con las salvajes tríbus del Pirineo, por unos cuantos monjes y guerreros fugitivos, al pié del monte Pano; que áun hoy coronan melancólicas las reliquias de los sepulcros y celdas de San Juan de la Peña.

Tal vez no pareciera inútil recordar en estas páginas con algun mayor detenimiento que en las del muzárabe, cómo creciendo y dilatándose de dia en dia, con estos ó los otros caudillos, primero por los riscos y montañas, luego por los valles y llanuras, habia llegado á ser reina y señora aquella gente del anchuroso Ebro, cuando poco ántes se contentaba con dominar el cáuce del humilde rio, *Frances* ó *Gallicum* en la lengua de entonces y Gállego ahora, que ofreció á sus rebaños macilentos una fuentecilla escondida en las entrañas del Pirineo; y como recibió al fin, con orgullo del Aragon, ménos rio siempre que torrente, un nombre eterno. Ni estaria demás decir cómo los fundadores del nuevo reino, recelosos de los príncipes, por aquel quizás que tan mala cuenta dió de sí en Guadalete, trocaron á la postre en un género de república su gobierno,

donde poco más de nada era el Rey, algo el pueblo, todo los *seniores*, ó grandes, ó ricos-hombres. Ni se tendria por importuna mayor memoria de las dichas y desdichas á que dieron ocasion tales recelos en los vasallos, y el deseo natural en los príncipes de vivir y obrar á su voluntad y albedrío. Pero de esto, y de las cosas de Cataluña, que tambien se mezclan en el relato, dirán lo indispensable las pláticas y sucesos que el muzárabe narra, y si por más anhelase alguno, gruesos volúmenes *in fólio* han de instruirle, que no tan diminuta crónica como la que hoy sale al público.

Baste, pues, con decir que ella comienza, á lo que se deduce de los pergaminos del muzárabe, en el año 1134 de Cristo, cuarenta y tantos de la era de Mont-Aragon, pues lo último no puede claramente deletrearse: primero del glorioso reinado del buen Rey D. Ramiro I y de la honestíma Reina doña Inés de Poitiers. Y hable ya de por sí, como es razon, desde el capítulo que sigue, el autor verdadero de esta cierta y curiosa historia; que es lo que debe apetecer el lector en adelante.

CAPÍTULO II.

Que largamente trata ya de una famosa fiesta y ceremonia que tuvo lugar en la grande ciudad de Huesca.

.....Et que se levante Rey en sedieylla de Roma ó de Arzobispo ó de Obispo; et que sea areido la noche en su vigilia: et oya su misa en la eglesia..... etc.

(Fuero que dicen de Sobrarve.)

De no mentir desde las primeras letras el dicho muzárabe, el dia era de los mejores de Diciembre, y grande, grandísimo el júbilo con que los honrados burgeses de Huesca inundaban calles y plazas, á la hora en que él cortó su pluma, y comenzó á escribir esta crónica.

Quemaba el sol como en lo rigoroso de estío, dejando entender que no andaban léjos las nubes; y en tanto su luz vivísima embellecía el más maravilloso de los espectáculos.

Que fuera toda júbilo Huesca aquel dia, cosa es en que bien pudo equivocarse el muzárabe que lo afirma, porque no siempre dan de ello señales ciertas.

las galas en la persona y la algazara en los lábios; el correr de los unos y el gritar de los otros: los rumores y ecos de una muchedumbre que anda y siente y clama á su albedrio.

Más veces son estas muestras de curiosidad que no de júbilo; que lo propio se notan el dia de la coronacion de un Rey, que aquel en que se ejecuta una sentencia de muerte, si es famoso el reo por la enormidad de su crímen.

Pero en cuanto á lo maravilloso del espectáculo, no es posible que errára el cronista, como que cuenta lo que vió, aunque viejo, por sus propios ojos, y tocó con sus trémulas manos.

No hay duda, por lo mismo que aquel dia todas las casas de Huesca estaban engalanadas con cortinas de colores vários y ramas de cipres recien cortadas; y alfombradas las calles con júncias y siemprevívas, y con arcos á mucha altura levantados, y compuestos con hojas de álamos y castaños, arrancadas en los sotos de la Isuela.

Los villanos *(rustici)* de la famosa hoya de Huesca acudian á las puertas de la muralla de tierra, que á la sazon cercaba los arrabales; y, reuniéndose en ella con los cultos oscenses, que al propio tiempo desocupaban sus casas, agolpábanse todos en tumulto á los robustos arcos, flanqueados por altas y fortísimas torres redondas que á lo interior de la ciudad daban entrada.

Oíanse allí palabras y frases de muy distinto orígen y sonido. Quienes hablaban entre sí á solas la extraña y solitaria lengua euskara que conserva aun en alguna

de sus vertientes el Pirineo: quienes, y no eran los ménos, se comunicaban con unos y otros en el latin corrupto de los hispano-romanos: quienes parecia que pusieran particular cuidado en pronunciar ciertas voces germánicas como para dar á entender orígen godo: quienes ostentaban su carácter de francos ó extranjeros con su frecuente afirmacion en *oc*, ó su marcado acento beharnes. A algunos se les escapaba de cuando en cuando tal ó cual exclamacion en pura lengua árabe; otros se solian lamentar, entre dientes, de los percances ordinarios del bullicio en el habla misma con que Isaías y Jeremías de mayores desdichas se lamentaron; muchos de la plebe corrian de acá para allá, procurando que todos entendiesen por igual una especie de jerga ó jerigonza que algo sonaba ya al moderno romance castellano; no pocos, por último, de los hombres buenos y bien portados, que en sus maneras y trajes claramente parecian aragoneses, con cierta afectacion de superioridad y buen gusto deletreaban un dialecto que tenia el propio dejo del lemosin, que todavía usan gentes españolas.

Poco ménos que la del idioma era la diversidad de los trajes, que por aquí y por allá distinguia la curiosidad, sin duda insaciable, del cronista muzárabe.

Ocupaban las pequeñas y mal repartidas ventanas de las casas las damas principales; todo el señorío, podía decirse de Huesca y de las vegas del Gállego, del Aragon y del Ebro. Y sería muy de ver seguramente aquella multitud de mujeres alegres con sus mantos de *bruneta*, que era tela de fina lana, y sus mantele-

tas forradas de piel de conejo; con sus vestidos de *cendat*, donde ya campeaba la rica seda, y de escarlata; con sus ojos y sus rostros que acaso produciría no ménos lindos que ahora, el arte inagotable de la naturaleza.

Mas el gentío y variedad mayor estaban como era natural en las estrechas plazas y calles. Allí revueltos y confundidos en aquella multitud, se miraban los caballeros *(milites)* con sus *garnachas* ó balandranes, y sus *capirones* ó gorras rematadas por la parte inferior en esclavinas que caian sobre los hombros. Allí los ciudadanos y gente comun *(burgeses)* con sombreros y capas guarnecidas con pieles de corderos. Allí los moros mudejares, todavía recien conquistados, con sus resplandecientes albornoces y turbantes. Allí el almogábar, que por primera vez bajaba acaso de la montaña, ó vascon, ó godo, ó hispano-romano, que no era fácil, por cierto averiguar el orígen de ninguno de ellos; pero siempre y por igual cubierto con el ancho capuchon de malla que le caia de la cabeza hasta las rodillas, y la piel de toro ó de lobo, amarrada con una soga á la cintura: desnudo el pecho y los brazos y piernas: armado con su corta y ancha espada, sujeta entre la piel y la soga: provisto además de dos dardos, enganchados en esta, de ménos que mediana labor, pues consistian en palos de encina ó roble sin descortezar, y puntas de hierro de cuatro lados, agudísimas y limpias, como si sus dueños se ejercitasen contínuamente en afilarlas contra las piedras. Gente esta última de mal ver y de poco cristiana catadura, que andaba con singular desembarazo, mirando, con

más desprecio que asombro, las pintadas telas y el limpio metal que ostentaban otros del concurso.

—¿A dónde vamos, Fortuñon?

Así dijo uno de tales almogábares á otro, de harta más edad, con quien venía.

—A la *Misleida*,—respondió éste.

—¡*Misleida!* No he oido nunca mentar eso, Fortuñon.

—Ni es de extrañar, hijo Aznar, que tanto ignores. Tu no debías de ser nacido cuando tu padre y yo peleamos uno contra veinte en aquella llanura que al frente miras, la llanura del Alcoraz. Pues sábete que de resultas de tal jornada, la más sangrienta que hayan visto los pecadores, se rindió esta ciudad, tan fuerte como la ves, con sus noventa y nueve torres, que son cási tan altas como los cerros que cierran el llano de Jaca.

—Pero ¿y la *Misleida*, Fortuñon?

Repuso el otro almogábar, que no debia ser hombre de espera.

—Paso, hijo mio, paso,—contestó Fortuñon.—A vosotros, los que sois mozos, debe de daros envidia que los viejos sepamos de tales hazañas. La *Misleida* era la iglesia principal de aquellos perros infieles que ocupaban esta ciudad hermosa. Mírala, Aznar, mira esta ciudad y considera cuánto dolor no sería que estuviese aún en poder de aquel perro de Ebn-Hud y de sus malditos vasallos.

—Eres prolijo, Fortuñon. Dime si te place por qué hemos de ir á esa condenada mezquita de moros, y no á la iglesia de los cristianos donde hoy se celebra

la jura y coronacion del buen Rey D. Ramiro; que eso y no otra cosa pregunto.

—¿Qué sabes tú de buenos Reyes?—dijo Fortuñon con acento un tanto dolorido.—¡Buenos Reyes! Desde que una mala flecha quitó la vida á nuestro invicto Rey y señor Sancho Ramirez, temiéndome he estado yo que no los viésemos tan buenos. Y aunque Don Pedro y D. Alfonso lo fueron y...

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la *Misleida?* Por la espada de San Miguel y la lanza de San Jorge, que, á no ser quién eres, no pudiera ya refrenar la cólera que me causan tus digresiones. Responde á lo que te pregunto ó no respondas; pero, no me atormentes con cosas que sé tambien como tú á fuerza de oirlas á todas horas.

—Paso, paso te digo, Aznar,—repuso con calma su compañero.—No envidies mi pericia y conocimiento en esto de buenos Reyes. Cabalmente vamos allá, á la *Misleida,* á ver la jura y coronacion de Don Ramiro, porque has de saber que el rey D. Pedro (aquel si que era buen Rey, Aznar,) convirtió la mezquita de los moros en Santa Catedral de cristianos.

Y á tiempo dijo esto Fortuñon, que llegaban entrambos á la estrecha plaza en donde se levantaba la rica *Misleida,* templo querido y venerado de los moros á la par de las grandes mezquitas de Córdoba y de la Meca, y, á la sazon tenido de los cristianos, por uno de los mejores donde se adorase al Dios verdadero.

En la plaza era innumerable el gentío, y las puer-

tas del templo estaban ocupadas de tal suerte, que no parecía posible hallar entrada.

Fortuñon y Aznar lograron, sin embargo, abrirse camino por en medio de todos hasta las numerosas columnas, de capiteles vários, del templo; que no parecía con ellas, sino que era un bosque de mármol simétricamente plantado. Lo extraño de su continente y lo espantoso de sus armas y apostura, al propio tiempo que la fama de ásperos y violentos que alcanzaban los almogábares, eran parte á que los pacíficos burgeses abriesen á aquellos ancha calle, no bien intentaban el paso. De esta suerte lograron cosa, que, á tales horas no era fácil que otros lograsen.

La ceremonia andaba ya bien comenzada. El nuevo Rey D. Ramiro, despues de haber velado las armas toda la noche, segun ordenaba la ley del Fuero, había oido misa y comulgado, ofreciendo luego ante el altar púrpura y oro en monedas, las primeras batidas en su reinado.

En el momento de entrar los almogábares, la comitiva compuesta de muchos prelados y caballeros, estaba plantada delante del altar mayor.

Ocho ricos-hombres de los mejores del reino alzaron sobre un largo pavés á D. Ramiro, gritando al propio tiempo muy esforzadamente:

—Real, Real, Real.

Y los circustantes ripitieron todas tres veces el grito. Entónces el Rey, desde lo alto del pavés, arrojó á la muchedumbre copia de monedas nuevas, que podrian valer hasta cien sueldos de Jaca.

Luego pusieron el pavés en tierra los ricos-hom-

bres. Y acercándose el Rey al altar tomó de allí primero la corona, toda resplandeciente de piedras verdes y rojas, que debian de ser muy preciosas sin duda; y la espada hecha á semblante de cruz, segun el cronista: ciñéndose por sí mismo una y otra como en señal de que ningun otro Rey terrenal tenía poder sobre él, ni á nadie en el mundo era en deber de su autoridad y soberanía.

Y aquí advierte el muzárabe que D. Ramiro anduvo un tanto torpe en el ceñir de la espada, como si no estuviese acostumbrado á ello; verdad es que, á darle crédito, en toda la ceremonia se mostró el rey embarazado y con ménos magestad que convenía.

Pero, bien ó mal, ello es que se puso la espada y corona, y luego se encaminó á un tablado dispuesto á la mano derecha del altar, y ricamente forrado de tela de seda con las primitivas armas de Aragon aquí y allá bordadas. Encima del tablado habia una silla de ébano con primorosas labores de nácar y marfil, y áun tal cual de plata, en la cual el Rey se sentó, aguardando que llegase el reino á tomarle juramento.

Subió primero el Arzobispo de Zaragoza, acompañado de otros dos prelados, y poniéndole delante la cruz y los Santos Evangelios, dijo:

—¿Jurais ser fiel á la Santa Iglesia Católica, y obediente á sus Príncipes y prelados?

—Sí juro,—respondió el Rey.

—¿Jurais respetar las decisiones de la Iglesia en sus Concilios, y las sentencias de los Santos Padres en todo lo que atañe al dogma y á la interna y externa disciplina?

—Sí juro,—volvió á responder el Rey.

—Pues si tal haceis,—concluyó el prelado,—Diós os lo premie, y si no os lo demande, que sí os lo demandaria, así en esta vida como en la otra.

Bajó el Arzobispo del tablado, y subieron tres ricos-hombres, que fueron Roldan, Gil de Atrosillo y García de Vidaura; y el primero de ellos, presentándole tambien la cruz y los Santos Evangelios, habló al Rey de esta suerte:

—¿Jurais respetar los fueros y privilegios que nosotros los señores y ricos-hombres del reino disfrutamos, *ab initio*, por la gracia de Dios, es á saber, desde que en las montañas empezaron á repartirse los bienes á los más esforzados?

—Sí juro,—respondió el Rey.

—¿Jurais devolver á todos y cada uno de los ricos-hombres del reino los castillos y lugares de que injustamente los han desposeido vuestros predecesores?

—Sí juro,—dijo de nuevo el Rey.

—Pues si todo ello lo cumplís,—repuso Roldan,—conservareis el reino hasta la muerte, y si no, lo perdereis en justo castigo del perjurio y agravio.

Cuenta el cronista que, al sonar estas últimas palabras, se sintió gran rumor entre el pueblo, que por lo confuso, no descubria claramente si era de aprobacion ó de extrañeza, aunque más indicaba esta que no aquella, pareciendo como si tal fórmula de juramento no se hubiese oido nunca; bien que él de por sí no pudiera esto asentarlo de seguro, porque, como muzárabe que era, no andaba muy ducho en los fueros y usanzas de los conquistadores aragoneses.

No bien acabó el juramento del Rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al Rey, que fué de esta manera: subiendo al tablado unos tras otros todos los Arzobispos, y Obispos, y Abades, y todos los barones y ricos-hombres, y algunos luego del estado llano, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurándolo, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Pero es hora de cortar yá la relacion difusa y completa del cronista.

Sépase en suma que fielmente constan en el manuscrito que vamos siguiendo, los nombres de todos los prelados, caballeros y diputados que allí se hallaron; las riquezas y pompa que cada uno traia; los colores y divisas, armas y jaeces de éstos y aquellos, todo rico, todo relumbrante en oro y plata; con otras tales menudencias que ni son para libro tan corto como este, ni mucho podrian importar á los lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en el punto de jurar los brazos del reyno, cayó del techo una lluvia de dineros *alialeros* ó de cobre y plata; y aún hubo quien asegurase que cierto judio disfrazado entre la muchedumbre, supo divisar por el aire y recojer para sí una hermosa moneda de plata pura, y de bonísima ley, si nacional ó extranjera nada se sabe, porque bien podia ser lo uno como lo otro entonces. Costumbre esta de echar y regalar buenas monedas al honrado público que suele tomar parte en las fiestas, no tan observada como seria de desear en nuestros dias.

CAPÍTULO III.

Comienza á aguarse la fiesta.

Por lo que no le respetan,
Por lo que le desacatan.
(Romancero.)

Así como acabó la coronacion y jura, el Rey y su comitiva, dejando el tablado y el altar, se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fué cosa de ver los empujones, amenazas y carreras que hubo, y los gemidos y maldiciones en que los piadosos burgeses de Huesca prorumpian al sentirse magullados estos, pisoteados aquellos, traidos todos de acá para allá en las oleadas de su propia muchedumbre, anhelosa por ver á luz del dia al nuevo Rey.

Pero, ¿á qué reparar en ello? En verdad que los bullicios y tumultos no son de este ni de aquel tiempo; y si el buen muzárabe resucitára, habia de verlos tales en nuestros dias, que olvidase aquellos an-

tiquísimos en que él se encontró y puso piés y manos como cualquiera.

Lo que no ha de olvidarse es que aquellos dos almogábares, Fortuñon el uno, Aznar el otro, así como lograron entrar en la catedral y ponerse en buen lugar para verlo todo, cuando ya estaba la iglesia llena de gente, no bien echó á andar ahora la comitiva real, salieron y se colocaron, muy á su sabor, en sitio donde podian estar presentes á cuanto aconteciera.

En el átrio de la catedral, plantado de álamos blancos muy altos, paró la procesion: montaron á caballo el Rey y sus caballeros, y luego tomaron todos juntos el camino del Alcázar.

Iban primero diversos báiles y danzas de los oficios de la ciudad.

Detras fueron pasando los bordonadores, y tablajeros, y justadores que habian de tomar parte en las fiestas de por la tarde, montados en soberbios caballos, con paramentos de oro y sedería.

A éstos seguia el pendon real, que traia en las manos D. Miguel de Azlor, señor de Monzon, de los principales del reino, y en pos de él asistian muchos caballeros y gentiles-hombres de su casa.

Luego venía un gran castillo de madera con cinco cirios ardiendo, el uno, mayor que todos, en medio, y los otros cuatro en las esquinas.

Seguíanse doce gentiles-hombres á pié, con sendos blandones de cera encendidos, en los cuales se miraban pintadas las armas reales.

Traia la espada del Rey el Almirante de Aragon

D. Sancho de Fontova, á quien acompañaban, éste á un lado aquél al otro, dos ricos-hombres de los mejores, como en custodia de su persona.

Y por fin, llegó el propio D. Ramiro, vestido con la dalmática de seda y oro y el chapelete real, montado en un fogosísimo caballo blanco, que bien podia ser por la estampa de Córdoba, con paramentos de oro y escarlata.

Cerraban la comitiva muchedumbre de barones y nobles, caballeros y escuderos, los síndicos y jurados de las ciudades, y otra más gente principal é hidalga, acompañando á los Arzobispos, Obispos y Abades del reino.

Y cuenta la minuciosa crónica que seguimos, que así como vió llegar la procesion Aznar el almogábar, comenzó á hablar con su compañero Fortuñon, el cual conocia como buen viejo á todos los señores de la corte, demandándole el nombre, condicion y empleo de cada uno de ellos.

—¿Quién es aquel viejo que va junto al que lleva la espada del Rey?

Tal fué una de las preguntas.

—Aquel es,—respondió Fortuñon,—el buen Ferriz de Lizana. ¡Qué decaido está! ¡Oh, si tú le hubieras conocido en sus buenos tiempos, allá cuando peleamos uno contra ciento en la llanura aquella que ahora está á nuestra espalda, en la llanura del Alcoraz.

—Más es su cara de mal vasallo que de buen soldado, Fortuñon. Lleva más soberbia que el Rey. Mira con qué gesto clava sus ojos en los leales burgeses que se agolpan al paso: no puede reprimir la ira

cuando oye las aclamaciones de la muchedumbre: parece como que quisiera que esas aclamaciones fueran para él.

—Siempre ha sido así Ferriz de Lizana; siempre se las ha disputado con los Reyes. Es mucha arrogancia la de D. Ferriz.

—Quitárasela yo si Rey fuera,—dijo Aznar con mal ceño.

—Tente Aznar, hijo mio, tente;—repuso Fortuñon. —Eres ligero de cabeza, y eso ha de traerte alguna malaventura en esta vida.

—¡Malaventura!—replicó Aznar.—En tanto que yo tenga tales dardos en el cinto, y tal espada ande en mis manos, y haya montañas por donde correr, y yerbas con que comer, y arroyos donde refrescar las fáuces, daráseme una higa de todos los Lizanas y ricoshombres de la tierra.

Y al decir esto el almogábar, dió una patada en el suelo. Chocaron sus armas unas con otras, y dejaron oir un son siniestro, el cual espantó á los pacíficos ciudadanos que cerca estaban, de suerte que muchos se apartaron buen trecho.

—¡Menguados!—dijo Aznar sonriéndose.

Fortuñon, fijos los ojos en la espléndida comitiva, no reparó en esto, y hubo algunos momentos de silencio. Al cabo de ellos tornó á preguntar Aznar:

—¿Y cómo llaman á aquel otro infanzon que con tan poca reverencia viene al lado del Rey hablando y riendo con los que le acompañan? Tiene el rostro mofador é insolente.

—¿No le conoces, Aznar?—respondió Fortuñon.

Pues no le hay más conocido en todo Aragon. Tú mismo le acabas de ver y oir en la catedral; que él fué quien tomó juramento al Rey en nombre de los ricos-hombres. Ese no es otro que Roldan, ricamente heredado en la sierra de Guara: hijo de un noble y gentil caballero, que murió peleando valientemente al lado del buen Rey D. Ramiro, en la jornada de Graus: descendiente de aquel otro Roldan tan famoso, de quien hay cantares en la montaña, por ser de los grandes Capitanes y soldados de un Rey que dicen que se llamó Carlo-Magno. Témese que sea el último de los de su casa, pues no tiene sucesion hasta ahora.

—En buen hora lo sea, que tambien parece soberbio y mal vasallo, y por último, pudiera contársele ya, si yo fuera el Rey, ó el Rey se guiára de mis consejos; que en verdad fué insolente el juramento que le tomó, y mejor que prestarlo me pareciera á mí que hiciera volar su cabeza y las de todos sus iguales.

—No quieras mal á los nobles, Aznar, que ellos son la flor y amparo del reino, y los amigos del Rey.

—¿Ellos dices? ¡Voto va! No hay otros amigos para el Rey de Aragon sino sus fieles almogábares. Los ricos-hombres no pelean sino por ganar oro y estados y vivir en soberbios castillos y alimentarse con buen venado y jabalí, miéntras que nosotros damos de balde nuestra sangre y dormimos á la intemperie, sobre las peñas, en la frontera de moros; y no tenemos qué comer sino alguna pieza escapada de sus nuevos cotos, y las insípidas yerbas que arranca-

mos de debajo de la escarcha ó la nieve. Y aún ellos son los que asesinan á nuestros hermanos indefensos con sus malditos perros y escuderos. Mas, ¡vive Dios! que en llegando á averiguar quién fué así el matador del mio, no ha de valerle ni.....

Iba á proseguir Aznar en sus amenazas é improperios contra los ricos-hombres, cuando se sintió una gritería inmensa, y gran movimiento en la muchedumbre.

—¿Qué será, qué no será?

Así se preguntaban unos á otros los circunstantes, y sin aguardar la respuesta, corrian éstos por acá, por allá aquellos, y todo era confusion y algazara.

—¡Que se mata, que se mata!

Gritaban unos con dolorido acento.

—¡El Cogulla, el Cogulla!

Decian otros con risa.

Y á cada instante se acrecentaba el tumulto.

Fortuñon y Aznar miraban con más curiosidad que susto aquella escena, que no acertaban á explicarse. Al llegar cerca de ellos las oleadas de la muchedumbre, Aznar, como de menor aguante que su camarada, las repelia violentamente con sus robustos brazos, al paso que éste le exhortaba un tanto á la paciencia. Pero en el ínterin la procesion parecia desbandada. Caballeros y prelados abandonaban sus puestos y corrian de acá para allá, ántes aumentando que no calmando la ansiedad y el tumulto.

El Rey no estaba en su lugar, ni podia atinarse al léjos qué habia sido de su persona.

Y el eco de aquel extraordinario suceso, pasando de calle en calle y de lugar en lugar, haciéndose mayor y más temeroso al paso que se alejaba del punto de su partida, traia ya puesto á todo Huesca en asombro y miedo.

Un clamor más intenso y pavoroso que cuantos hubieran sonado hasta entónces, se oyó de repente en la plaza del Alcázar.

Aznar y Fortuñon, movidos de curiosidad, habian llegado hasta allí, sin saber dónde iban, vagando al azar por entre el gentío, preguntando á todos, Fortuñon cortesmente, con razones ásperas Aznar, la ocasion del estrépito. Mas ni de uno ni de otro modo alcanzaban respuesta.

Al oir aquel último. clamor, repetido por todas partes, alzaron entrámbos los ojos, y vieron que un soberbio caballo blanco corria desbocado hácia el muro, que por aquel lado caia encima del cáuce de la Isuela, angosto, y profundo siempre, crecidísimo ahora, con las primeras lluvias del invierno. Pálido, descompuestos los cabellos, caido el chapelete, abierta y flotando al viento la dalmática real, apretaba en sus brazos D. Ramiro el cuello del bruto indócil, que corria y corria, regando el suelo con la blanca espuma de sus quijadas.

A cada instante crecia, con el ardor de la carrera, la furia del caballo; y ora se levantaba sobre las manos, ora se ponia sobre los piés; ya se paraba temeroso, ya recobrado seguia de nuevo adelante. Y el Rey, tendido en tanto sobre la silla, pegado al cuello del caballo, pedia angustiosamente socorro, aun-

que no parecia que pudiera venirle sino del Cielo.

Ya el animal, ciego de rabia, distaba pocos pasos del borde del muro. A todo escape venían detras varios caballeros; pero léjos de darle alcance, le estimulaban más á la carrera. Apartábanse los villanos á uno y otro lado, sin osar detenerlo, y no faltaba sino un instante para que se despeñase con su ginete en las turbias aguas del rio.

—Fortuñon,—dijo en esto Aznar,—¿no ves qué cobardes ó qué torpes son todos estos ricos-hombres?

—¡Dios le ampare!—exclamó Fortuñon santiguándose.

—No mereces ser de los almogábares,—repuso Aznar con mayor aplomo que hasta entónces.

Y descolgando rápidamente de su cintura uno de los dardos de punta cuadrangular que traia, lo disparó contra el animal con tal acierto y fuerza tan poderosa, que, atravesado el vientre de parte á parte, cayó en el suelo al borde mismo del muro, derramando á borbotones la sangre.

Y así como esto hizo el almogábar, cruzóse tranquilamente de brazos.

Al ver á D. Ramiro tendido cuan largo era sobre el agonizante caballo y abrazado aún á su cuello, el temor y la sorpresa de muchos y el escarnio de los demas, se reunieron en uno, estallando á la par en carcajadas é insultos. Los propios cortesanos, al ayudarle á levantar, dejaban escapar de sus lábios la risa, y aún tal cual de ellos se atrevió á dirigir al asendereado Monarca preguntas burlonas, ó irónicas excusas de su desdicha.

—¡Que este hombre nos traigan por Rey!—dijo en esto el buen caballero García de Vidaura á Roldan.

—Y por qué no, Vidaura amigo,—repuso el Roldan.—¿Porque es mal ginete? Diestrísimos que lo fueron D. Pedro y D. Alonso, sus hermanos; y aun por serlo, nos quitaron cuanto habíamos ganado con nuestra buena maña, y se gobernaron solos el reino sin ayuda ni consejo de nadie.

—Ahora digo yo, buen Roldan, que lo acertais, y tened por no hablado ni pensado lo que oísteis. Mas ¿no me dejareis reir á mi sabor de la caida del desventurado ginete? ¿Quién puso tan soberbio potro á su cuenta? ¡No sabe tener la brida en las manos!

—Reíos cuanto bien os plazca, Vidaura; que en eso no haceis más que contentar el ánimo, y en nada estorbais que vayan las cosas como es razon, sirviéndonos de estas y otras tales ignorancias del Rey para lograr nuestros propósitos.

Y á la par que así discurrian los ricos-hombres, no faltaban pecheros y villanos que aquí, allí y acullí exclamasen en coro:

—¡Es un cogulla! ¡Es un carnicol! No, pues atended y vereis cómo él defiende la frontera de moros y nos libra de las usurpaciones de navarros y castellanos. Bien se está Zaragoza en feudo de Castilla, que nadie irá á libertarla.

Poco á poco, como era natural, se fué calmando el tumulto, y fijándose la atencion de nuevo en lo que sucedia.

Ya el Rey estaba de pié y rodeado de todos sus ricos-hombres; más no corto rato estuvo sin decir pa-

labra, persignándose y rezando para sí sus oraciones.

—¿A quién debo la vida?—preguntó al cabo.

Y el cronista asegura, aunque no sabemos cómo cosas tan íntimas pudo averiguarlas, que muchos del concurso, dejada la burla aparte, sintieron en el alma no poder señalarse por tales. No respondiendo nadie á la primera pregunta, volvió á preguntar el Rey:

—¿Quién, digo, disparó ese dardo tan en mi servicio?

—El dardo es de un almogábar,—contestó al fin uno de los presentes.—Conócesele á la legua por lo rudamente labrado que está: un tronco y un hierro afilado.

Entónces todos los ojos se fijaron en dos almogábares que á poco trecho se mostraban, descollando entre la gente de alrededor por lo alto y membrudo de sus personas.

D. Ramiro mandó que los trajesen á su presencia. Y los almogábares se acercaron á paso lento, bajos los ojos Fortuñon, Aznar sereno y frio, como si aquello le fuese indiferente.

—Almogábares,—dijo el Rey,—¿cuál de vosotros dos me ha salvado la vida? ¿Tan poco estimais mi gratitud, que no la reclamais, mereciéndola?

—Ha sido mi camarada, señor, este mancebo que está conmigo, dijo Fortuñon, viendo que Aznar no respondia.

—Y ¿cómo te llamas?—repuso el Rey dirigiéndose al jóven almogábar.

—Se llama Aznar Garcés,—volvió á decir Fortuñon,

—y es hijo de García Aznar, que fué gran servidor del padre y hermanos de vuestra alteza, el cual se halló entre los que trajeron á cuestas los peñascos para labrar esa fortaleza de Mont-Aragon, y entre los que ganaron esta gran ciudad de Huesca; y estuvo tambien en la infausta jornada de Fraga, que Dios maldiga, y allí murió no léjos del glorioso D. Alonso. Fué García Aznar de los mejores almogábares que hubo en la montaña, y ya no nos queda de él sino este hijo, que no le es desigual en prendas, al cual yo y otros almogábares vamos endoctrinando y adiestrando en el ejercicio de las armas.

—Paréceme,—dijo el Rey,—que más necesita de tu buen hablar que no de tus lecciones en armas; y que él es tal, que pudiera darlas al más arriscado campeon de estos reinos. ¿Qué dices á esto, Aznar Garcés?

—Digo, señor, que no he hecho por vos, sino lo que hiciera por cualquier otro ginete, puesto en peligro tamaño.

—¡Cómo!—replicó el Rey sorprendido.—¡Menosprecias con efecto mi gratitud! ¿No quieres que tenga en nada el servicio que me has hecho?

—No quiero,—repuso el almogábar,—sino que en adelante me ponga vuestra alteza en mayores ocasiones.

—Leal pareces,—dijo D. Ramiro;—y ojalá,—añadió suspirando,—que tuvieses en Aragon muchos iguales.

Un pensamiento confuso cruzó entónces por sus ojos y su frente; aparecieron á un tiempo mismo en su rostro recelo, amargura y acaso remordimiento. Pero recobrado ántes de mucho continuó:

—Mira, Aznar, acude al alcázar cuando bien te plazca: dí tu nombre, y no te faltarán santas reliquias, sueldos y aún armas, si las quieres; porque en verdad te digo que has hecho por mí lo que yo no esperaba de nadie.

—Con perdon vuestro, señor,—dijo el almogábar,—iré cuando pueda serviros, no ántes, que no gusto de pecar en importuno.

Y haciendo una reverencia, se apartó con su camarada largo trecho.

—Siempre pecaras en ello, miserable,—murmuró Lizana.—No parece sino que este menguado de Rey gusta de conversaciones con los villanos. He mandado ahorcar más de ciento como ese, y juro á Dios que...

No pudo acabar. El Rey, seguido de toda su corte, entró luego en el alcázar que allí frontero levantaba sus macizos torreones redondos y ochavados, con altas almenas y matacanes, que á veces escondian entre sus peñascos verdinegros los lindos ajimeces y las caladas claraboyas de los moros. Y Lizana fué de los primeros que le siguieron.

El gentío se fué luego disipando, hasta que la gran plaza del Alcázar quedó completamente desocupada, y todo Huesca tranquilo. Y debe ser cierto, como afirma el muzárabe, que el suceso del Rey y la hazaña del almogábar sirvieron de tema por todo aquel dia y no pocos de los siguientes á las conversaciones de los cultos oscenses y de los villanos de la comarca, sin que pudieran poner aquellos en olvido los lances del torneo y justas, con que se ocupó luego la tarde.

CAPÍTULO IV.

Que por ser todo esperanzas y temores entretiene y no satisface al curioso lector.

Calándrias y ruiseñores
Que cantais á la alborada,
Llevad nueva á mis amores
Como espero aquí sentada:
La media noche es pasada
Y no viene,
Sabedme si otra amada
Lo detiene.
(De la Celestina.)

En una de las torres del alcázar habia un salon como partido en dos mitades por un ámplio cortinaje de seda suspendido del techo y recogido de ordinario, de entrambos lados. Cada una de las dos partes del salon suntuoso tenia una decoracion diferente; pero ámbas de estilo románico ó bizantino. Graciosas galerías de arquitos, formadas con delgadas colúmnas de mármol, interrumpian, lo mismo en una que en otra parte, la desnudez de los altos muros. Dos grandes ventanas, á la sazon cerradas, se abrian en los extremos del salon, que iluminaban sólo entónces tres grandes lámparas de plata. Allí se hallaban en

la noche del dia que se acaba de historiar, departiendo dos mujeres, de muy diferente calidad, segun mostraba el que la una de pié servia á la otra sobre un cojin oriental asentada.

—Asegúrote, Castana,—decía la de más calidad,—que aún no he vuelto del grande asombro y pena que me causó el suceso del Rey.

—Loado sea Dios, señora mia, que sano y salvo le sacó de tal peligro,—respondió la otra, al tiempo que le clavaba en el cabello para sujetárselo uno de vários alfileres de oro con piedras rojas que tenia en la mano.

La dama, que entre tanto colocaba en uno de sus blanquísimos dedos una sortija tambien de oro, con un hermoso záfiro, dijo de nuevo:

—¿Hallástete presente, Castana?

—Hallábame á la sazon en la torre del Oriente, y desde allí alcancé á ver muy bien lo que acontecia.

—Dicen que fué un buen caballero quien salió al paso al caballo y supo detenerlo: así Dios le ayude á él y todos los de su casa.

—Pues os engañaron, señora,—replicó con notable calor Castana;—no fué sino un rústico, un villano, uno de esos que nombran almogábares.

—Gente fiera es, Castana; mas dígote por mi ánima, que cuanto horror hube de ellos hasta ahora, he de convertirlo en amor para en adelante.

—¡Si á éste hubiérais visto, señora! Mozo es que no ha de contar por mi cuenta, los veinte y cinco años; alto, membrudo y ágil á maravilla, ojizarzo, pelinegro, trigueño en la color, mas en lábios y mejillas matizada con purísimos carmines. ¡Si le hubié-

rais visto, señora! Él con su tosco traje oscurecia á los más apuestos galanes de la corte; y cierto que, á calzar espuela de oro, no se le hubiera aventajado uno solo de los justadores que esta tarde han entrado en la liza.

—Muy bien le miraste, Castana; que hartas señas das para visto de paso.

Castana se sonrojó al oir estas palabras, y por breve rato guardó silencio; cosa fácil entónces que atendia á ajustar al cabello de su señora un aro de oro con primorosas labores bizantinas, y algunas piedras incrustadas de diversos colores. Corona de reina sin duda, probablemente conservada desde el tiempo de los godos en la montaña, al ponérsela ahora la dama de quien tratamos, bien á las claras mostraba cuál fuese su clase y categoría. Luego, variando de intento de conversacion, habló de esta manera Castana:

—¿Pondréisos ahora el collar de piedras blancas y azules bendecido por el Padre Santo, que os dió en arras mi señor el Rey el dia de las bodas? Grande es el broche y todo de oro. ¿Es cierto, señora, que hay dentro de él madera de aquella en que enclavaron á Nuestro Señor Jesucristo?

—Sin duda alguna, Castana; y perlas y záfiros finos son las piedras: mas traéle pronto sin más discursos, que el tiempo pasa y es hora de acudir al sarao.

—Aquí está, señora. Tomad tambien este luengo manto de hilos de seda y oro con figuras de pájaros y flores, que dicen que es de tierra de moros. ¿Llevareis allá hoy tambien la manteleta de armiños?

tras él todo el dia vagando de acá para allá y sin descansar en ninguna parte. Él no come ni bebe, á lo que parece, ni á mí me ha dado tiempo para hacerlo. Y á Dios gracias que he tropezado con unos barquillos y algunas suplicaciones y confites en vuestras alhacenas escondidos; y que Mosen Blas, el sacristan de San Pedro, me ofreció al pasar por su puerta un buen trago de agua, que de otro modo hasta me habria faltado saliva en la lengua para daros noticia de mi encargo. ¡Oh perro, y bergante, y bárbaro de almogábar.....

Llevaba trazas de ir adelante, cuando Castana, tomándole la diestra oreja en una mano, comenzó á hacerle unas, á modo de caricias, que á él no debieron de parecerle tales, segun el grito que se escapó de sus lábios, impidiéndole acabar la oracion. Miéntras se llevaba las manos á la oreja maltratada, poniéndoselas á guisa de escudo, dió tiempo á Castana para decirle:

—Silencio, Ruderico, no hables mal de los que sirven al Rey, como tú no sabrás servirlo en la vida. Si corriste tanto tras él, culpa fué tuya; que para decirle que una doncella de la Reina queria hablarle, y dónde y cómo, maldito el tiempo que se necesitaba. ¿Por qué no le paraste de buenas á primeras, y le dijiste mi encargo, sin más andanzas ni requilorios?

—¡Qué es decir!—exclamó el pajecillo sin apartar las manos de la dolorida oreja; pero con el mismo buen humor y soltura que al principio...—¡qué es decir! El bárbaro..... digo, señora Castana, ese honrado de almogábar, no es para tomado de buenas á prime-

ras, ni para hablado de burlas, como pretendeis. He ido todo el dia detrás de él á ver si se sonreia, para embestirle y zás, echarle encima todo vuestro recado, y no he podido lograrlo hasta poco há, entre dos luces. Cogí la ocasion por los cabellos, y adelantándome á él valerosamente, sin reparar en su feo gesto y apostura..... le dije.....

Un nuevo grito del rapaz, y el ver que rápidamente se tapaba con la mano izquierda la oreja sana, puso, tan claro como la luz, que acababa de recibir ella caricias, no ménos amargas que las que habia disfrutado poco ántes su compañera.

—Cuenta, cuenta,—exclamó ya entre veras y burlas:—cuenta con impacientarme, que nada tengo de cobarde, y tal como me veis, sé medirme con cualquiera de mi edad y más grande. Queden en dos los tirones, que no soy perro para andar desorejado, ni son para tanto las golosinas y los sueldos con que acudís á contentarme. Y en verdad, que si ahora me diéseis diez sueldos, no vendrían de más para la carrera que he tomado, y el miedo que he vencido, y estos tirones recibidos, que más que de mano de doncella, pudieran ser de mano de..... almogábar.

—Eso te perdono yo, Ruderico, de buen grado,—replicó Castana.—Y los sueldos no serán diez, sino quince, con tal que del almogábar no hables mal, que ha servido muy bien al Rey.

—Al Rey, al Rey,—dijo el muchacho.—No soy tonto, señora Castana, y apostaria los quince sueldos que me debeis, á que no es el servicio del Rey lo que os mueve á darle una cita.....

—¡Rapaz!—exclamó Castana, poniéndose como un áscua.—Dí la respuesta, y calla, y serán cinco más los sueldos prometidos.

—Que me place,—dijo Ruderico alegremente.—Antes os ha de cansar á vos el dar, que á mí el tomar, que todo lo necesito para mi honrado apetito y comodidades. Pues la respuesta fué como suya: no ví hombre tan extraño en la vida, con ser tan extraños los de su laya, y andar poblado de ellos medio reino.

—Acaba, acaba,—dijo confusa la doncella.

—Acabaré,—continuó el pajecillo,—diciéndoos que con mal talante y peor sonido de voz, me respondió, no sin vacilar por un momento:

—Dile á esa doncella de que me hablas, que no conozco á ninguna de las de su linaje y alcurnia, ni me fío de ellas, ni de ellas quiero saber cosa alguna. Pero que si para algo necesita de mi brazo, bien sé yo lo que se debe á las mujeres, y que no es de valerosos ánimos desatender sus ruegos; de modo que no faltaré, aunque me pese, al sitio y hora que dices.

Castana, entre avergonzada y alegre, no acertó á responder palabra. Sacó del pecho algunas monedas de puro cobre, y dijo:

—Toma, rapaz, toma los sueldos ofrecidos, y vete, que aun he de andar cerca de mi señora, hasta la hora de la cita.

Y diciendo esto se alejó presurosamente.

Lleno estaba en tanto el anchuroso salon del sarao de cuantas damas de alta alcurnia y grandes caballeros habia en Aragon, y en los vecinos condados de Francia.

Hablábase aquí y allá de los juegos y justas en que los caballeros habian empleado la tarde, y celebrábase tal golpe, tal suerte, tal hecho de destreza, loando á los unos por rebajar á los otros, que es lo ménos que dicta la humana malignidad en semejantes ocasiones. Ni faltaba quien, olvidando los respetos del lugar, hablase y riese del suceso del Rey, aunque sólo en puridad y voz baja. Pero cuando entró la Reina en el salon, ya no se pensó en otra cosa que en la danza.

Y es de ver cómo el cronista muzárabe, puesto que viejo y devoto, habla de las hermosas damas que allí se hallaron, y lo vistoso de sus tocados y prendidos, lo rico de sus trajes, lo amable de sus conversaciones, lo ardiente y provocativo de sus ademanes, ora al hablar, ora al danzar, ya cuando inclinaban la cabeza hácia los lábios de algun doncel por traer mejor al oido los dulces requiebros, ya cuando ceñian con sus blancos y flexibles brazos de *leche* y *sangre* (que el cronista, aunque tan anterior á Góngora, como era de tierra española sabia bien usar tales conceptos); cuando ceñian, digo, la cintura del galan amante, dejándose ir en pos de las fantasías que forjan los sentidos, al son de los músicos instrumentos, al reflejo de las antorchas, al contacto de un pecho palpitante, al aliento de una boca enamorada.

Mas el interés de esta historia verídica llama nuestra atencion á otro objeto, y es fuerza que descarguemos aquí de tales incidentes el puntual relato del cronista, por más que nuestro corazon, no tan viejo como el suyo, se deleite con tales descripciones.

Ello es, que habia entre tantos corazones como allí gozaban, uno que en silencio gemía; uno, el que por más feliz contaban todos sin duda, el de la Reina doña Ines.

Y ¿qué tiene de extraño que tal se hallase la Reina? Era mujer y sensible, y estaba recien casada, y amaba mucho á su esposo. Y no le vió al entrar en el sarao, y pasaban horas y horas, y no venia, y por más que le buscaban por el alcázar y por todo Huesca, nadie daba razon de su persona con ser tan conocida de todos. Y los fieles servidores, aquí y allá enviados, iban volviendo, uno por uno, y diciendo, á la par, á su señora:

—¡No está! ¡No está el Rey! ¡No se sabe qué ha sido de él!

Largas horas trascurrieron sin que la corte notase aquel extraño caso: los unos explicaban tal ausencia por lo extravagante del carácter de D. Ramiro; los otros ni siquiera reparaban en ella, que tan poca cuenta tenian con su persona. Y áun por eso la falta del Rey no disminuyó en lo más pequeño el general regocijo.

Miéntras dentro del alcázar todo era música, y danza y galanteo; tañian á vuelo todas sus campanas, así la nobilísima iglesia de San Pedro el viejo (que á fuer de muzárabe y de los antiguos que en tiempo de moros allí asistian á misa, no acertó el cronista á contarla en otro lugar que el primero), como la catedral y los demas templos y ermitas, que en el recinto de la ciudad y en las vecinas campiñas habian levantado, en los breves años trascurridos desde la conquista, los piadosos aragoneses.

Y si de dia los mal disfrazados agimeces, ó las nuevas rejas de los cristianos se miraron adornadas con telas y flores, de noche resplandecian con millares de luces puestas en vasos de muy diversos colores, que, ora formaban anillos de enroscadas serpientes, ora semejaban frondosos árboles de fuego y mágicas flores, ora encantados castillos, como aquellos que el vulgo dela época fabricaba en su fantasía, poblándolos de afligidas damas y de alados dragones y vestiglos. Regocijo con que los honrados oscenses gustosísimamente se prestaron á celebrar la coronacion y jura de D. Ramiro, no bien oyeron el bando de los jurados de la ciudad, donde eran amenazados con graves penas los que se mostrasen tristes en ocasion tan para risa y contento.

Pero unas tras otras las horas de aquella noche alegre fueron pasando, áun más de prisa que pasan ordinariamente; que eso quiere Dios para que no haya aquí abajo completos placeres. Comenzaron á apagarse las luminarias, quedaron desiertas las calles, y dentro del alcázar la concurrencia fué disminuyendo insensiblemente, y callando la música, y muriendo las danzas.

En aquel punto fué cuando cundió la inopinada ausencia de D. Ramiro y comenzaron á formarse sobre ella extraños comentarios, abriéndose fácil camino las más absurdas versiones.

Importunada de todos, unos porque la preguntaban y otros porque no, trémula y cási llorosa, retiróse del salon doña Ines, marchitas ya sus galas, demudado el dulce color de sus megillas.

Y la concurrencia, no sin vagar algun tiempo todavía por los anchos corredores y salas del alcázar, hablando y murmurando, desapareció para entregarse tranquilamente al sueño.

No fué ántes, sin embargo, que el viejo Ferriz de Lizana y el valeroso Roldan pudieran consultar, uno con otro, sus pensamientos.

Encaminábanse á paso corto á la puerta principal del salon, medio vacío ya de gente y lleno de calor, de aromas, de flores perdidas en la agitacion de las danzas. Lizana venia por un lado, Roldan por otro; y, al punto de cruzar la puerta, los dos se miraron, y, reconociéndose, á un tiempo llegaron á hablarse. Roldan fué quien comenzó el diálogo, diciendo en voz baja:

—Loado sea Dios, mi docto amigo, que hallo quien pueda explicarme este suceso. ¿Dónde está? ¿A qué ha ido? ¿Qué pretende hacer el buen Cogulla? No calleis nada de cuanto se os alcance, que hombre teneis en mí de quien se puede fiar cualquier secreto.

—El caso es que nada se me alcanza en eso,—contestó gravemente Lizana.

—Pues juro á Dios, Lizana, que si vos no sabeis de ello, dudo ya que algo sepa el mismo Rey D. Ramiro.

—Dígoos que yo no sé nada; y él... él sabe demasiado, á lo que pienso.

—Por las barbas de mi padre y las de los doce pares y las de Carlo-Magno mismo, y todas las barbas de este mundo y el otro, ¿nos habremos dejado sorprender de un frailuco mentecato? ¿Sabeis que, segun lo que os oigo de oscuro y siniestro, estoy por

creer que es hora de poner á salvo nuestras cabezas, ántes que de pensar en el gobierno del reino que teniamos en las manos? Voto al santo del Alcoraz, Lizana, que...

—No hay juramentos que valgan, Roldan amigo. Sospecho de enemigos harto más temibles que el Rey, y áun más que todos los buenos caballeros por quien jurais, sin exceptuar el mismo Carlo-Magno. La clerecía y gente de iglesia comienza á ponérsenos de malas, y los hay en ella más agudos que vuestra buena lanza, más invulnerables que la armadura misma de vuestro abuelo, más diestros que los flecheros de Fez y los honderos mallorquines, que tantas veces os han abollado en vano el almete.

—Estaba en que teníamos de nuestra parte al buen abad de Mont-Aragon y al de...

—Pues no hay que precipitar los juicios, Roldan. Tambien creíamos tener con nosotros á aquel condedenado abad de San Pons, ya difunto, y áun por eso vos y yo y otros caballeros, hicimos cuantiosos dones á su iglesia. Mas no le estorbaron nuestros dones para que procurase nuestra perdicion muy santamente.

—¿Eso hizo, Lizana?

—Eso, y no hay más sino que yo he visto con mis propios ojos el documento que lo reza.

—Pero, ¿qué tenia que ver con nosotros el viejo cogulla de Tomeras? Ni esta era su tierra, ni nosotros éramos sus feligreses, ni él desde Francia y nosotros desde Aragon podíamos hacer más que querernos ó aborrecernos sin fruto; ni malo ni bueno ni sabroso ni amargo.

—Os engañais, Roldan. Cuando aconsejé á los ricos-hombres del reino que procurasen tener contento al abad, dando de por mí el ejemplo de regalarle una hermosa lámpara de bronce...

—De plata era la mia,—dijo á esto Roldan.

—Siempre fuísteis pródigo,—repuso Lizana,—y tengo predicho que habeis de morir sin hacienda.

Iba á replicar Roldan, cuando Lizana, sin dejarle pronunciar palabra, continuó de este modo:

—Poco importa eso, valeroso amigo mio, y ojalá que mayores cosas no hubieran de ocuparnos. El caso es, digo, que cuando yo queria ganar con dádivas y sumisiones al abad de San Pons, sabia bien que desde Tomeras y todo, podia hacernos alguna mala partida.

—Decís que habeis visto documentos.

—He visto un pergamino que, muy bien sellado, envió pocos dias ántes de su muerte al Rey. Así como supe que habia llegado un lego con él, me apresuré á derramar en las palmas de las manos de cierto pajecillo hábil suficiente número de monedas de plata, para que no tuviera inconveniente en robárselo á su señor por un momento, y traerlo á que yo viese y estudiase sus letras.

—Bienaventurado vos, Lizana, que sabeis leer; y doblemente bienaventurados nosotros que tenemos en vos tal y tan sagaz adalid. Ya veo que no es posible que el Cogulla nos haya sorprendido.

—Amen, respondió Lizana, no sin menear la cabeza y los lábios, como hombre que tiene más confianza en sí propio que en los sucesos.

—Bien recordareis lo que decia el pergamino...

—Decia que era preciso cortar nuestras cabezas, como los tallos viciosos del huerto se cortan para que no impidan la fecundidad y lozanía de las plantas.

—¡Diablo!—exclamó Roldan.—¿Cómo pudísteis leer todo eso con paciencia? A ser yo, habria deshecho con mi daga el pergamino y el consejo.

—Pues yo, que no gusto de obras inútiles, leí y callé; más desde entonces, á pesar de la oportuna muerte del abad, no he perdido al Rey de vista un momento. Y hé aquí por qué hoy temo; temo, Roldan amigo, alguna cosa grave, por más que no acierte á dar con ella.

—Ahora veo yo que es más árduo el caso de lo que pensaba. Pero, en verdad, ¿creeis que el Rey encuentre algun apoyo para ejecutar el consejo del difunto? ¿Pensais que él ya lo recuerde siquiera? ¿Habrá en Aragon alguna lanza que ose medirse con la vuestra, Lizana? ¿Osaría el Rey averiguarlo, si por acaso la hubiese?

—No discurrais así, Roldan; pensemos ántes que en fieros, en el modo de vencer á nuestros enemigos, porque no hay que dudar que los tenemos. Es preciso poner de nuestra parte á los clérigos: atraernos, cueste lo que cueste, al abad de Mont-Aragon, que, por más cercano, es hoy el que más y más funesto influjo pudiera ejercer en el Rey.

Y acabando de decir estas palabras, salieron ámbos caballeros del alcázar, no sin haber cruzado los pasadizos y bajado las escaleras tan lentamente como se necesitaba para que llegasen hasta allí con este diálogo.

CAPÍTULO V.

Llegan las lástimas.

Qui del mal fet no es adolorit
Es senyal cert, que'n l' acte's ignorant.
(AUSIAS MARCH.—*Obres de Amors.*)

De Francia vine á Castilla,
Nunca dejára yo á Francia.....
Caséme en un dia aciago,
Martes fué por la mañana
Y al miércoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.
(*Romancero general.*)

La Reina, acompañáda en tanto de damas y servidumbre, se retiró á sus aposentos. No tardó en despedir á todos, deseando hallarse á solas con su fiel doncella Castana, á fin de compartir con ella sus temores y sus lágrimas; que tanto era el amor de aquella muchacha humilde á su poderosa señora. Pero aunque doña Ines la llamó dos, tres veces, Castana no dió de sí alguna muestra: parecía cosa de encantamento.

Ya habia notado doña Ines la ausencia de Castana

en las últimas horas del baile; pero ocupada en la de su esposo, no era posible que esta le infundiese extrañeza. No tardó ahora en juntarlas y relacionarlas dentro de su espíritu. Pensamientos de horrible absurdo, multiformes, contradictorios, ardientes, cruzaron por su fantasía. La supersticion de la época era harto á propósito para ello.

No sabiendo apenas qué hacía, echóse á andar por un corredor angosto y oscuro, cuyo extremo daba entrada á cierta torrecilla donde solía habitar Castana. Su pié breve no levantaba ruido en el pavimento y así pudo llegar hasta la puerta de la torrecilla, sin ser sentida de dos personas que, claramente hablaban dentro, con poco recato á la verdad una de ellas, la cual debia ser de robustos órganos, segun lo que retumbaba su acento en las toscas piedras del muro.

La Reina se detuvo primero asustada. Luego oyendo la voz de Castana, se tranquilizó un poco, pero puso atencion á lo que hablaban. Tal vez la movió á ello la esperanza de que tratasen de sus desdichas, y de averiguar por tan extraña manera, lo que no acertaban á explicar su razon ni sus recuerdos. Tal vez la curiosidad, pero..... ¡oh pecado que perdiste á Eva, y has aflijido á cási todas sus descendientes! ¿Será posible que quepas en corazones reales y que aún en aquellos momentos de duelo te albergases en el de doña Ines?

No por cierto. Pero el cronista, como viejo y marrullero no dejó de sospecharlo, diciendo que la curiosidad es el alma de las mujeres, y que, en próspera ó adversa fortuna, impera en ellas del mismo modo,

prefiriendo sus satisfacciones á todas las de la tierra.

Y el caso es que doña Ines se puso de manera que oyó claramente estas palabras:

—¿No te irás Aznar? No puedo más estar aquí sin que la Reina note mi ausencia; y en verdad que si supiera lo que he hecho contigo, quitaría de mi su cariño, y yo me moriría de dolor.

—Castana,—respondió su interlocutor:—cabalmente lo que has hecho es lo que más ya me enamora de tí. Yo no podria querer á esas remilgadas doncellas que luchan de mentirillas para rendirse de verdad cada dia. Por eso no he querido á ninguna mujer hasta ahora. A mí me place la franqueza, y que quien quiera á uno se lo diga, lo mismo que quien á uno le aborrece. Así soy yo, Castana, así me crió mi padre en la montaña.

—Y así te imaginaba yo, Aznar; y por eso te he tomado amor tan súbito y tan grande.

—El que yo te tengo ya es tal, que, por nada lo cambiaria en este mundo, si no es por el cumplimiento de la venganza que tengo jurada á los matadores de mi hermano.

—¿De verdad me quieres, Aznar?

—No sabia de tí, ni habia visto tus negros ojuelos, y los hoyos alegrísimos de tu cara; y sin embargo, al oir al pajecillo ruin que me enviaste, me dió en el corazon que algo bueno iba á sucederme. Y eso que nada bueno esperaba de las mujeres, y más de vosotras las cortesanas, á quienes tenia muy aborrecidas en mi ánimo.

—De todas suertes, he hecho por tí una cosa que

no debia, Aznar. Por acá soleis ser vosotros los que hablais primero de amor.

—Vive Dios, ¿qué importa, Castana? Quien llega primero á tiro de dardo del moro, ese comienza la pelea: el que espera á que el enemigo lo ataque, bellaco es y cobarde á luz y á sombra: yo no sé más que esto, que es lo único de que hablamos en la montaña. Por los huesos de mi padre, que, en cuanto encuentre al matador de mi hermano, y le mate yo en justa venganza, he de casarme contigo.

—Me asustan tus propósitos, Aznar..... Pero, vete, vete ahora, que tu dilacion puede traerme alguna pena.

—No ha de ser, hermosa Castana, sin que sellemos este amor con un beso de tus lábios.

—¡Oh! nunca, nunca,—exclamó Castana, poniéndose como una grana de encendida.

—¿Nunca? Voto vá, muchacha, que.....

—Si no es Dios servido que nos casemos,—añadió dulcemente Castana.

—Como soy Aznar Garcés,—repuso el desairado amante,—que no entiendo de ningunos escrúpulos. Me quieres, te quiero; ¿qué más esperas, ni qué más necesitamos para besarnos á nuestro sabor como buenos muchachos?

—No, no, Aznar. No puedo darte gusto sin cometer un pecado, y más quisiera morir que cometerlo á sabiendas.

—Dame el beso ó reñimos,—exclamó con poco amable acento el impetuoso almogábar, que por tal le habrán ya conocido nuestros lectores.—Dámele, ó no volverás á verme en tu vida.

A estas palabras, los ojos de Castana debieron de inundarse en lágrimas, porque Aznar añadió al punto:

—¡Qué diablos! ¿Ya lloras? No eres tú para los de mi laya y linaje, Castana. Mi madre no lloró en cuarenta años que estuvo casada con mi padre; y eso que el viejo la traia de acá por allá como cabra montés, y no la respetaba más en su cólera que á cualquier moro ó judío.

—Lloro,—respondió Castana,—porque quieres un imposible, y has de reñir conmigo si no lo hago. Si ahora te besára, Aznar, ¿cómo entraria mañana en la misa de San Pedro á pedirle á Dios por mi salud y la tuya? Dios no me oiria. Ni ¿cómo podria confesar este sábado que viene con Mosen Blas, que pone tan mala cara al menor de mis pecados, llevando sobre mí uno tan grande? Y luego,—añadió llorando,—que vendrán á verme las doncellas de mi edad, y me dará mucha envidia de ellas, porque yo era de las más buenas de todas, y ahora serán todas ellas más buenas que yo.

—¡Qué es esto!—murmuró Aznar, de modo que bien pudo oirse:—las cosas de esta muchacha me enternecen. No lo habria sospechado... Vaya, Castana, queda con Dios, y no te aflijas: ya mudarás de opinion con el tiempo.

—No mudaré, Aznar. ¿Qué diria, si tal supiera, mi señora?...

Estas palabras sacaron á doña Ines de un género de letargo en que estaba su espíritu; oyendo, como si no oyese, y tal vez comparando confusamente lo

que oía con lo que sentía: aquellas palabras de amor, con los dolorosos latidos de su pecho.

—¡Pobres muchachos! dijo solo.

Y á paso lento se encaminó á su estancia.

Acercábanse ya las altas horas de la noche; esas horas terribles para las mujeres y para los niños, y para todas las fantasías, ó vírgenes ó acaloradas.

La Reina se encaminó maquinalmente á su alcoba.

Habia en ella una gran cama de madera de roble con figuras de animales fantásticos: dos anchas plumazas ó colchones de pluma levantaban el lecho muy alto, y lo cubrian una gran colcha de seda y dos pieles magníficas de zorro.

Incierta, temerosa, despechada, sin saber siquiera qué esperar ni qué temer de funesto, se reclinó la Reina en el lecho vestida: hallábase en uno de aquellos instantes en que el espíritu apénas se siente dentro del cuerpo, y los ojos preñados de llanto, no lloran, y el corazon, lleno de suspiros, recoje apénas el aliento necesario para la vida.

¡Pobre Reina, tan infeliz entónces como el más infeliz de sus vasallos! ¡Pobre esposa, que comenzaba á hallar desierto el tálamo donde juzgó hallar siempre eterna ventura! ¡Pobre mujer!

Y en verdad que nunca habia estado más bella. Su crencha destocada dejaba ondular mil y mil hebras de oro, que, esparcidas de una en una, se confundian por lo leves con el ambiente, y juntas casi, casi parecian un rayo de sol.

¡Qué blanca era la tez! ¡Qué palidez tan dulce habia en ella! Pudiera decirse que era la propia palidez del

alba, que deja entrever apénas la púrpura del dia; pero más propiamente podia compararse aún á la de una rosa blanca puesta por largas horas en un vaso sin agua.

De los ojos dá lástima hablar; porque, túrbios como el dolor los tenia; habia en ellos, con todo eso, una cierta luz íntima y una cierta expresion tan tierna y orgullosa, que á la par infundian compasion, amor y respeto.

Era, en fin, hermosa, muy hermosa, de alta estatura, delgada sin ser cenceña, alta y flexible; y lo bien concertado del talle, el contorno aéreo de las manos, y lo menudo del pié, acababan el conjunto perfectísimo de su persona.

Aun su apostura triste y meditabunda, aquella mano clavada en la megilla, aquella mirada fija en el suelo, aquel abandono y desmayo de todos sus miembros, la prestaban mayor encanto; y la noche misma, silenciosa y grave, y el opaco resplandor de una sola lámpara que iluminaba la alcoba, más y más venian á favorecer su belleza.

¡Raro hechizo! ¡Atractivo incomparable el de aquella Reina dolorida! exclama al llegar aquí el cronista muzárabe que, aunque viejo, no debia de ser de roca, segun el calor que acude á su mente y enciende su pluma, siempre que trata de la hermosura.

Pasada sería ya la primera hora de la segunda media noche, hora adelantadísima para aquellos tiempos en que era costumbre destinar al descanso las sombras, y al placer y trabajo la claridad del dia, cuando

se sintió crujir una portezuela escondida en la pared de la alcoba.

Cedió el resorte, abrióse de par en par, y apareció al dintel D. Ramiro. Un ¡ay! de placer y de sorpresa se escapó de los lábios de doña Ines al verlo. Levantóse precipitada, y al ponerse en pié tendiéronse los cabellos en sus espaldas, repusiéronse los descompuestos pliegues de su gola y vestidos, y así como instintivamente sus galas se ordenaron, y apareció con ellas, no sólo más hermosa, sino en más esplendor que nunca.

Pero si la pluma del cronista emplea algunos instantes en describir tales efectos, la Reina doña Ines no tardó uno solo en ver á D. Ramiro, y alzarse, y venir á él y estrecharlo en sus brazos.

—¿Cómo tan tarde, bien mio? ¿Dónde hais estado, mi señor, que en tanta inquietud pusísteis á vuestra esposa y sierva? ¿No me hablais? ¿No me amais ya como el dia de nuestras bodas?

Todo esto dijo doña Ines en un punto; pero D. Ramiro no le contestó, sino que desasiéndose de sus brazos fué á sentarse con faz torva y cogitabunda en uno de los cogines orientales, que prestaban voluptuosa comodidad á aquella estancia. Doña Ines, más sorprendida que nunca, se mantuvo inmóvil por algun espacio, de hito en hito contemplando la extraña expresion que en el semblante del esposo se advertia.

—¡Estais quejoso de mi! ¿os he ofendido sin querer en algo?—dijo al fin con tierno acento.

Levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho D. Ramiro, y murmuró entre dientes:

—¡Desventurada!

No habló tan por lo bajo que no lo oyese la Reina, y acercándose más al esposo le dijo:

—¡Desventurada yo, D. Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?.... ¿No, no sois mi esposa,—exclamó el Rey; y levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de doña Ines.—No sois mi esposa..... ¿lo oís?..... Nuestro matrimonio es nulo, nulo antes Dios y ante los hombres; y vos y yo hace diez meses, los mismos de nuestro matrimonio, que estamos poseidos del infierno.

Temblaba ya doña Ines á punto que tenerse en pié no podia: saltaban á raudales las lágrimas de sus ojos sin acertar á decir palabra, y D. Ramiro, arrastrado por una especie de preocupacion inconcebible, repetía:

—¡Oh, no! ¡No digais ya más que sois mi esposa! ¡No lo sois! ¡Y pluguiera al cielo que nunca tal os apellidaran los hombres!

Doña Ines pensó por un instante que estaba loca; D. Ramiro continuó:

—Mirad: desde este dia no podemos más vivir juntos: mañana mismo pienso divorciarme de vos, y renunciar el cetro en D. Garcia de Navarra, en D. Alonso de Castilla, en cualquiera de mis competidores. Yo no he debido empuñar nunca el cetro, ni jamás he debido ser casado: ahora sé ya de cierto que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, sobre toda nuestra casa.

—¿Hablais de veras, D. Ramiro?—dijo al fin doña Ines.—¡Apartaros de mí que os amo tanto! ¡Privar,

privar del trono á nuestro hijo! ¿Qué decis, esposo mio?

—¡Mi hijo! ¿Qué hablais de hijo? ¿Quién es mi hijo? ¿Qué decis vos ahora doña Ines?—preguntó el Rey asombrado.

—Digo que, hace tres meses, que llevo el fruto de nuestro amor en mis entrañas. Esta noche misma tenia determinado decíroslo para que el júbilo del dia fuera completo; y no pensé en verdad que tanto os entristeciera el saberlo. Pero ¿estais en vos D. Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan extraños? ¿Qué palabras son esas que ahora escucho, y que ni fueron oidas ni fueron jamás esperadas de mí?

La sorpresa de D. Ramiro no hay cómo encarecerla: confuso, aturdido, dió tres ó cuatro vueltas alrededor de la sala, lanzóse á la puerta, y salió precipitadamente gritando:

—¿Eso más, Dios mio? ¿Eso más envias sobre vuestro descarriado siervo?

Justo será, puesto que el Rey se fué, que aquí cerremos el capítulo, y volvamos atras un tanto, por ver si hallamos las causas del extraño propósito y de las incomprensibles palabras de D. Ramiro.

A bien que adonde fuera éste cuando salió de la alcoba de doña Ines, ni se sabe ahora, ni parece que importa saberlo; y como quedaría doña Ines despues de la singular entrevista que tuvo con su marido, cada cual puede por sí adivinarlo.

Que puesto que el cronista muzárabe se pare aquí más tiempo, refiriendo por menor las exclamaciones y llantos de doña Ines, copiarlo tambien en esto, sería

ofender la gran penetracion que por lo comun alcanzan los lectores de tales crónicas como la presente.

Sólo es de añadir, pues, que al punto mismo en que salió el Rey de la estancia, Castana se asomó en ella tímidamente, como quien sabe que ha llegado tarde, y desea que algun casual accidente haya encubierto su tardanza.

CAPÍTULO VI.

Donde se da cuenta de cierta expedicion que hizo un monje benito á un monasterio para acallar escrúpulos de conciencia.

Cae; los campos gimen
Con los rotos escombros y, entretanto
Es escarnio y baldon de la comarca
Lo que era ya su escándalo y su espanto.
(Oda no antigua.)

¡Qué otro estás, Mont-Aragon, de como fuiste un tiempo!

¿Quién conociera en tí aquel recinto que fué asiento de prelados, y ciudadela de guerreros, y corte de magníficos Reyes? ¿Quién diria al verte que en tí anduvo cifrada la esperanza y la fortuna de una gente heróica que salió de allí á plantar sus cruces por toda la tierra de España hasta más allá de las orillas del Guadalaviar, y conquistó luego á Sicilia y Aténas, dando pavor con sus armas á los más altos Príncipes de la tierra?

Hubo en tí abad que contase ciento cuatro iglesias debajo de su jurisdiccion espiritual, y veintiocho

villas y aldeas debajo de su jurisdiccion temporal, y mero y mixto imperio. No te igualaba cabeza alguna de obispado, puesto que, con el territorio que tú sola regías, hubo para formar dos de ellos los años adelante. Ni se hallaba corte de Rey más rica y poderosa que tú; cuando tú propia armabas hueste, y ganabas pueblos de moros, y alzabas por tu cuenta fortalezas. Reyes y Príncipes envidiaron la mitra de tus prelados, y la pusieron por honra en sus sienes. Poseiste rios donde sólo á tus señores era permitido pescar y montañas donde, sólo de ellos era, el perseguir y matar las fieras. Contóse en el mundo por Era el año de tu fundacion.

¡Ah, muy otro estás, Mont-Aragon, de cómo te vieron esos siglos pasados!

Que no hay ya en tí ni corte, ni templo, ni fortaleza. Tus diez torres, no ménos que ciento y sesenta palmos levantadas sobre el alta montaña, hoy en ruina, y rebajadas, ó rotas, ó carcomidas, no son sino pregoneros de tu mengua. En tus muros, de doce palmos de espesor con ciento veinte de altura, ni quedan almenas ni matacanes, ni se ven ya más que portillos y escombros. Del adarve donde Sancho Ramirez plantó sus pendones por reto y afrenta del Ebn-Hud de Huesca, cuelga sólo viciosa y lozana la *Higuera del Diablo.* Y las enormes piedras que en hombros subieron los cristianos á lo alto, rodando de la cima, sirven para acrecentar únicamente la fragosidad de la montaña.

Tan solo abrigan tus bóvedas altares deshechos y tumbas abiertas, y cenizas mezcladas con el polvo de

las ruinas: cenizas tal vez de conquistadores y de santos. Y quien busque en tí á D. Alonso *El Batallador*, no hallará ya más que el hundido pavimento donde acaso yació por largos siglos, y viles fragmentos de la urna donde diz que guardaron sus restos nuestros padres.

Santos y héroes, tumbas y altares, todo te lo ha arrancado la ciudad vecina. Porque hubo un dia en que se dijo: *Es preciso destruir aquel nido* (1), que nido eras de fe y de recuerdos de gloria, y la codiciosa mano del mercader cayó sobre tí. Y se vendieron á precio vil tus tejas; y tus maderas, cortadas ocho siglos ántes en el Pirineo, y conducidas en hombros de mártires.

Verdad es que cuando el despojo infame estaba reunido, y la mezquina ganancia, más halagaba el corazon de los especuladores, cayó ignorada llama, fuego quizás del cielo, que todo lo redujo á pavesas. Y fué noche de horror para Huesca aquella en que miró coronada tu frente majestuosa de rojos cabellos, hogueras inmensas del incendio; tanto, que acaso no lo sintiera igual desde el dia en que por primera vez vió alzada la cruz sobre la más alta de tus torres, anunciando la perdicion de su gente mora. Pero tú en tanto quedaste en ruina, y no volverás á ser lo que fuiste.

---

(1) Frase histórica.—La iglesia ha sido reedificada en estos últimos años por cuenta del Real Patrimonio, al cual cedió su último poseedor el edificio que de nada podia servirle. Por desgracia la iglesia no ofrecia ya ántes, ni ofrece ahora por sus antigüedades curiosidad ninguna, habiendo pasado por una primera reedificacion de resultas de otro antiquísimo incendio.

¡Ay, al recordarte, los ojos que te han visto se llenan de llanto, y el corazon que ha respirado el aire misterioso de tus ruinas, se avergüenza de esta edad tan celebrada y tan triste en que vivimos! ¡Quién retrocediera á los tiempos en que tú eras rey de los Pirineos y de la llanura! ¡Quién peleára cual tú peleaste por aquella raza de monarcas que habian costumbre de morir en lides contra moros, y en defensa y prez de sus vasallos! ¡Quién, como tú, los conociera y oyera sus altas voces de fe y de valor y de gloria!

Los que vivimos en esta edad de cristiana indiferencia, teníamos mucho que aprender en aquellas piedras, levantadas por hombres que sabian hacer guerras de ocho siglos, y edificar catedrales y descubrir mundos.

Ahora que apénas queda piedra sobre piedra, ¿quién traerá la resignacion á los menesterosos y la fe á los desvalidos? ¿Quién enseñará la lealtad antigua? ¿Quién resucitará el antiguo amor de la pátria? Eso lo aprendian nuestros padres en las piedras que heredaron de lo pasado; y todos los discursos humanos no lograrán lo que lograba una sola de las tradiciones, uno sólo de los monumentos, uno sólo de los *nidos* que hemos arrancado de la montaña.

Tales exclamaciones se me vinieron, sin querer, á las mientes, y de las mientes á los lábios, viendo que en el viejo manuscrito, cuyo relato seguimos, y al márgen de uno de los capítulos, se ostentaba en primorosas letras de colores, con figuras y ringorrangos, el nombre de Mont-Aragon. Mas siguiendo adelante,

se notaba que al cronista no le satisfacia de todo punto la grandeza que, ahora se echa de ménos, en el monasterio. Léjos de eso, al principio del capítulo, muy amargamente lamentaba que para entrar en aquella casa fuese preciso emplear tantas formalidades como solian emplearse al visitar las más almenadas fortalezas; y que los abades se diesen trato de príncipes y decoro de Reyes, entendiendo más que convenia en las cosas temporales, y mostrándose más entre soldados que entre monjes, y más en córtes y campamentos que no en coros y altares.

Grandemente llamó mi atencion el comienzo, y sin pararme á contemplar cuán diversamente juzgan las cosas aquellos que las ven y las tocan, de los que las aprenden ó examinan al trasluz de los siglos, pasé adelante con el relato del buen muzárabe, seguro de encontrar en él cosas de provecho, para el conocimiento de esta historia verdadera.

Ello fué, decia el cronista, que al caer una tarde de Diciembre, que podria ser la misma de la jura y coronacion del Rey D. Ramiro, se presentó delante de la barbacana, de más de trescientos pasos de circuito, que cerraba la entrada del Real Monasterio de Mont-Aragon, uno de los que se llamaban entónces monjes negros, es decir, un humilde fraile benito, con la vellosa cogulla negra de mangas largas y grandes, que traian los de España; y sayas debajo leonadas de buriel, calzas y zapatos: todo al modo que se llevaba en Sahagun y San Zoil de Carrion por los propios tiempos. Aquel monje iba en demanda del santo abad de la casa.

ha de haber, ántes de mucho como no se remedie. ¿No sabeis que tiene ofrecidos á esta santa casa más de tres molinos y más de seis iglesias, y más de veinte yuntas con otras muchas riquezas, y que ahora nos viene dilatando el pago? Mala la ha de haber el de Tomeras, hermano, si es avaro de bienes con la casa de Dios.

—Razon teneis, hermano; y D. Ramiro pagará segun yo creo: ó de no, deberá ser castigado. Mas os advierto que traigo un caso de conciencia que consultar con el abad. ¿Podré verlo ahora mismo?

—Difícil sería si yo le dijese que érais de Tomeras; porque con los malos hechos de ese monje Rey, y el decirse que fueron aconsejados por vuestro prelado, no quiere oir hablar siquiera de tal monasterio. Repítoos, triste monje, que son muchas las cosas que nos tiene ofrecidas el D. Ramiro y hasta ahora no nos ha dado más que una sola viña y un mal molino, y aún eso con obligacion de encender una lámpara á su hermano D. Alonso y de mantener á un pobre, que ya se llevan en aceite la lámpara y en comida el pobre, más que producen viña y molino.

—Vuelvo á decir que teneis razon que os sobra,—replicó el monje;—¿pero no podré ver ahora mismo al abad de esta casa? No le digais, si os parece, que soy de Tomeras; mas despachaos por amor de Dios, hermano. Mirad que esto de verle, no poco me urge.

—Este monje trae irregularidades consigo, y ¿quién sabe aún si andará concuso en anatemas?—dijo entre dientes el portero.

—Con que vamos, hermano,—tornó á decir el fraile benito.

—¿Con prisas andais? No, pues contad que no vais á entrar en vísperas, sino que vais á comparecer ante el santo abad, que es implacable con los pecadores.

Y al decir esto, el portero echó á andar delante del monje.

—¿Es muy severo el abad?—dijo éste al montar la última grada de la escalera que subia al palacio abacial.

—Eslo tanto, que más de cuatro que entraron á hablarle muy erguidos y valerosos, salieron de su presencia temblando.

—Dios le dé piedad para mí,—murmuró el monje.

Mas sin dejarle tiempo para pensar mucho, alzó el portero una espesa cortina, y empujándole con bien poco miramiento, le dijo:

—Entrad en ese aposento, que no tardará en salir el reverendo abad.

Obedeció el monje, y entrando se halló en un salon, ni bien largo, ni bien corto, ricamente decorado, con muebles de pino y de roble y con telas de lana. En la cabecera del salon se miraba una mesa de ancho tablero con labores incrustadas de hueso y de ébano, y encima alzábase un gran crucifijo de plata, al cual daban luz y compañía dos velas de cera amarilla. Detrás de la mesa se mostraba un sillon de ancho buque, como si el artífice hubiera sospechado que todos los abades fueran de obesa persona; y al lado del sillon se levantaba un atril, que mantenia abierto un libro, muy primorosamente pintado.

Nuestro fraile benito reparó poco en estas galas, ó por serle harto familiares, ó porque tales fuesen de grandes sus pensamientos, que no pudiera apartarse de ellos.

Pasado un largo cuarto de hora, crujió cierta puerta escondida en el muro, y, por ella, el reverendo abad Fortuño salió á la estancia.

Tendria este á la sazon, como unos sesenta años; los ojos frios, rugosa la frente, ralo el cabello, ántes sobrada que escasa la estatura, y era, más bien severo que benigno, su semblante.

Entró con grave paso, sentóse silenciosamente en el sillon, é hizo seña al monje de que se acercase.

Pero contra nuestro intento, se ha dilatado tanto este capítulo, que es fuerza dejar para otro la conversacion de los dos personajes, abad y monje, que tenemos ya frente por frente. Culpas son tales dilaciones del cronista muzárabe, el cual intercala tantos pormenores y minuciosidades en el texto, que la pluma no basta á borrarlos, ni es parte, nuestro buen deseo, á excusarlos en todas ocasiones.

CAPÍTULO VII.

Que no hace más sino proseguir la materia del anterior.

Tú viniste á derramar,
Angel puro en el altar
Las lágrimas del pecado.
(*El Rey Monje.*)—Drama nuevo.

—Hablad, hermano,—dijo el abad despues de contemplar por breve espacio al monje.—Hablad, y decidme en qué puedo favoreceros ó ayudaros: no hayais temor, que delante estais de quien es pecador como vos.

—¡Padre mio!—dijo con voz contrita el monje.—Yo siento sobre mí la ira de Dios.

—Pecador: Dios es misericordioso, como tremendo, en su ira.

—Es que su ira comienza á cumplirse en mí.

—Haced penitencia, cuanta baste á desarmarla.

—Si haré, si haré,—continuó el monje.—Sabré cumplir cuanta penitencia me impongais; y no habrá una que me espante, ni dar la boca al polvo, ni exponer los miembros al cilicio y al fuego. Mas absolvedme, padre mio, absolvedme, y que no vea yo tan sobre mí la celeste cólera.

—Decid, hermano, decid qué habeis hecho antes de todo, y yo os diré lo que importe,—replicó el abad con la pausa y la indiferencia de quien se vé forzado á repetir una misma fórmula muchas veces al dia.

—Yo profesé, como veis, en la regla de San Benito.

—Santa regla, formada en el propio espíritu de los sagrados cánones; no hay otra que, más que esta, recomiende la Iglesia;—dijo el abad.

—Santa regla, padre mio; santa regla. Mas yo soy dentro de ella la oveja perdida de que hablaba el glorioso San Benito. ¿No es cierto que puede contagiar á las otras, y que por eso debe ser echada del redil? ¿No es cierto que Dios, para arrojarla de él, la aniquila?

—Dios es misericordioso, os digo.

—¿Aún con pecados tan grandes como los mios?

—Con todos, hermano; más decid, decid los vuestros.

—Mis padres, reverendo abad, me ofrecieron de niño á Dios en la oblacion de la misa, y cierto que no contaron con mi voluntad; más harto sé que, los ofrecimientos de los padres valen, como si uno propio los hiciera. ¿No es verdad que eso no pudo nunca excusarme de cumplir la regla?

—Así es, como decis, pecador: esa doctrina, aunque dudosa en la Iglesia, quedó claramente resuelta por el cánon cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve del cuarto concilio de Toledo. No me acuerdo bien del número del cánon, pero estoy cierto de que bien lo declara.

—Pues segun eso, padre, hice los votos de mi re-

gla; primero de obediencia, despues de pobreza, y de castidad luego.

—Votos perfectísimos todos ellos, y agradabilísimos á Dios, y al glorioso San Benito que los instituyó. Mas despachemos, que aun he de hacer mis oraciones. ¿A cuál de ellos faltásteis?

—A todos, padre mio, á todos.

—¿A todos? Largo pecar fué.

—Falté,—prosiguió el monje,—al de obediencia, dejando el cláustro por el mundo, y tomando sobre mis hombros grave autoridad temporal; falté al de pobreza con adquirir riquezas sin número y vasallos sin cuento; y por último, falté al de castidad contrayendo.....

—¿Qué decís,—hermano monje?—exclamó el abad sorprendido.

—Digo, padre, aunque horror me cueste decirlo, que contraje matrimonio.

—¡Cuántos pecados juntos!—exclamó el abad.—No oveja perdida, sino muerta, debiérais llamaros, á no ser tanta la misericordia de Dios.

El monje, que involuntariamente se habia ido acercando más á la mesa, conforme declaraba sus pecados, se arrodilló ya en aquel punto; y penitenciario y penitente guardaron silencio por algunos instantes.

El abad fué el primero que lo rompió, y dirigiéndose al monje, le habló de esta suerte:

—Ya te he dicho, pecador, que la misericordia de Dios es infinita. ¿No dices que estás muy arrepentido de todo lo hecho?

—Mucho lo estoy, padre.

—¿Habráste preparado sin duda para la penitencia que yo te imponga?

—No, padre; aun no me he preparado como debiera; aun subsiste en mí la materia del pecado.

—¿Con que es decir que no has abandonado aun esos bienes terrenos, que recibiste en tanto menosprecio de tus votos y daño de tu alma?

—No los he dejado, padre.

—¿Ni te has separado del lecho nupcial, donde entraste con tanta ofensa de Dios y del glorioso San Benito?

—Tampoco.

—¿En qué piensas, pues?—prorumpió el abad con voz de trueno.—¿En qué piensas que, sintiendo la carga del pecado, no la arrojas de tí; que, reconociendo el yerro, no comienzas por enmendarlo? ¿Cómo has de volver de esa suerte á la obediencia de tus votos y á la gracia de Dios?

El abad se habia puesto de pié: sus ojos ardian en indignacion y celo cristiano; con las manos golpeaba fuertemente el tablero de la mesa por dar más expresion á sus palabras. El monje parecia aterrado.

—Yo haré, padre, cuanto me ordeneis,—dijo al fin con acento compungido.

—Haberlo hecho fuera mejor; que entretanto, no has de hallar en mí ni absolucion, ni gracia alguna.

Y al decir esto, hizo seña al monje de que se retirara.

—No es por excusar mi culpa, reverendo abad,—exclamó éste;— mas dignaos de oirme aún algunas palabras. Yo dejé el cláustro y tomé bienes, y con-

traje nupcias, porque era el último de mi raza, y sin eso se perdia.

—Perdiérase tu raza cien veces con tal que se evitara un solo pecado.

—Hubo tambien prelados que me lo aconsejáran, y áun en nombre de Dios me lo ordenasen.

—Malos prelados fueron ellos, monje: en verdad os digo que no hay poder en la tierra que pueda desatar los lazos que, con Dios, teneis vos contraidos. Mas abreviemos aún, que el tiempo pasa en vano, y no deja de ser ofensa de Dios el desperdiciarlo. Dígoos que no volvais más á mi presencia sin haber dejado mujer y bienes, y vuelto á la obediencia de vuestros votos.

—Así lo haré, padre, así lo haré,—replicó el monje sollozando:— y dió algunos pasos como para marcharse; pero ántes de llegar á la puerta, volvióse de pronto, y dijo:

—¿Sabeis, padre, que temo que miéntras me absolveis ó no, venga sobre mí el castigo del cielo?

—Dios es justo, y sabe lo que merecen sus hijos inobedientes.

—Es, padre,—continuó el monje temblando,—que yo he visto claras señales de mi muerte y de mi castigo; y temo que muriendo ahora sea condenado al infierno.

—Rogad á Dios que se apiade de vuestras culpas.

—¡Oh! ¡piedad! ¡piedad! ¡Yo estoy arrepentido de mis culpas; yo quiero hacer penitencia! Mas decidme, ¿qué podria yo desde ahora mismo hacer para librarme de la cólera del Eterno?

—Dejar á esa mujer con quien tan malamente os unísteis, y renunciar á esos bienes que adquirísteis con tan gran pecado. Cada instante que aquí pasais, lo perdeis en vuestra salvacion: si el rayo del cielo os hiriese en este instante, no la habria para vos.

Y diciendo esto el abad, señaló imperiosamente ya al monje con el dedo la puerta de la estancia.

—Los dejaré, los dejaré,—respondió el monje, y en seguida salió precipitadamente, bajó las escaleras de un salto, como quien se juzgaba perseguido por la celeste cólera, y entró en el cláustro, donde á la venida le habian dejado solo los hombres de armas.

Allí oyó de léjos el precipitado andar de dos personas, alguna de las cuales debia de ser un guerrero, segun el son de armas que se sentia.

Y, al revolver una de las esquinas del estrecho y abovedado pasadizo que conducia á la puerta, se halló frente por frente con el bueno del portero, á quien ya conocen nuestros lectores, que venia acompañando á cierto caballero vestido de todas armas, la visera calada y con pomposo penacho en la cimera.

El monje hizo un movimiento para taparse más el rostro, como recelando de ser conocido; pero el desalmado del portero no le dió tiempo, ántes lanzándose á él, le quitó la capucha de un tiron y le plantó un despiadado pescozon en la coronilla, que resonó en largo espacio.

Al ver al monje con la cabeza descubierta, notóse en el caballero una exclamacion mal reprimida. El monje, por su parte, no pudo contener un grito de dolor y rabia.

—Villano,—le dijo al portero,—¿quién te manda tratar de tal suerte á los huéspedes de la casa de Dios? ¿Es así, mal portero y follon impío, como respetas mis sagrados hábitos?

El portero prorumpió en récias carcajadas al oir estos improperios.

—Dé gracias, don monjecillo,—le dijo,—que de aquí se va sin los azotes que suelen darse á los malos huéspedes; y mire la palma que para hombres como él, y aún mejores, tenemos colgada en esa pared, que, bien conocerá al mirarla, cuánta haya sido su fortuna en no trabar conocimiento con ella.

El monje ahogó dificultosamente en su pecho algunas palabras, pero no replicó más; y, precipitando el paso, volvió á salir del muro del monasterio con no menores dificultades que habia entrado.

Subian entre tanto las escaleras del palacio abacial el caballero de que hemos hablado y el portero, y aquel dijo á éste con mal disimulado acento de sorpresa:

—Sin duda no has conocido á ese monje.

—No, buen señor, que, puesto que para eso le haya descubierto la cabeza, no lo he logrado, y bien sé que no le he visto en mi vida sino es ahora.

—¿Pues cómo te atreviste á tanto?

—Es, señor, que viene del monasterio de Tomeras, del cual ha recibido tantos daños todo el reino, y más esta santa casa. Y así Dios me ayude, que no juzgué que nuestro abad le soltara sin una mano de azotes, dadas por estas mias que se pintan solas para mullir carne de pícaros.

—¿Le conocerias si otra vez le vieses?

—Precisamente para eso le descubrí tambien la cabeza; porque si otra vez le encuentro fuera del convento, no ha de írseme sin mayor racion de cordelazos y puñadas.

El caballero se sonrió.

—Mira Gaufrido,—le dijo al portero,—no pienses tal; ántes olvida, si puedes, que lo has visto en tu vida.

—¿Y por qué eso, señor?

El caballero no le contestó, sino que alzándose la visera, entró derechamente en el aposento donde dejamos al abad.

—¡Roldan!—exclamó el abad al verle:—¿Qué os trae por acá á estas horas? ¿Por ventura viene con vos la escritura de cesion de las haciendas que debe el Rey á esta santa casa? ¿Ha tocado al fin el Cielo el corazon del señor Rey para que nos haga justicia? ¿Qué nuevas traeis de la corte?

—Esas iba yo á pediros ahora,—respondió Roldan.—¿Quién más enterado que vos de lo que piense el Rey?

—¡Yo!—exclamó el abad;—¿pues si no he asistido á la coronacion siquiera, por causa de mis achaques, ni he visto al Rey sino de paso cuando desde Monzon, donde le aclamásteis por tal, vino á Huesca en vuestra compañía?

—¿Que eso digais, abad? ¿No fuísteis vos por vuestras letras de los que opinaron que se eligiese á don Ramiro en lugar de elegir á D. Pedro de Atares, á D. Alonso ó D. García? ¿Y no obrásteis de tal suerte

con el propio intento que nosotros, á saber: que hubiese Rey que no nos oprimiera ni cercenára nuestros privilegios, ántes bien nos devolviera los castillos y lugares que ganamos por nuestras personas ó por nuestras gentes, malamente guardados para sí por los otros Reyes?

—Sí opiné, y sí obré, Roldan; mas ¿qué tiene que ver nada de lo que decís con lo que yo pregunto?

—¿Qué nada tiene que ver? ¿Pues cómo me venís ahora con fingimientos, negándome que en este propio aposento, habeis estado platicando con D. Ramiro, no há un instante?

—¿Qué decís, Roldan? ¿Yo hablar con D. Ramiro?

—¿Pensais que no le haya yo conocido debajo de sus viejos hábitos de fraile benito?

—¿Conque era ese el Rey?—prorumpió el abad espantado.—¿Conque ha sido al Rey á quien he tenido á mis piés en penitencia?

—Comienzo á creer que no le habeis conocido, abad.

—Podeis creerlo, Roldan, y ¡oh! ¿si supiérais lo que ha pasado entre nosotros?

—¿Qué?

—Básteos saber que le he mandado, en nombre de Dios, que deje el reino, que olvide á su mujer, y vuelva al cláustro.

—¿Y creeis que lo haga?

—Lo hará de seguro. No podeis figuraros lo contrito que está: daba consuelo de oir sus últimas palabras.

—¡Consuelo! ¡Consuelo! ¿Estais loco? ¿Cuando ha

de poner en práctica vuestros disparatados consejos?

—Al momento; no le he concedido dilacion alguna.

Roldan no pudo contener su ira; dió una patada en el suelo, y exclamó:

—Habeis perdido el fruto de nuestros afanes y peligros; nos habeis hecho un daño inmenso, abad.

—Lo he hecho, sí; pero al fin he salvado su alma, y no me arrepiento de lo que he hecho,—dijo entónces el abad gravemente.

—¿Eso más?—prorumpió ciego de cólera Roldan.—¡Oh, y con cuánta razon desconfiaba de vos el viejo Lizana! Toma tus armas, me dijo, toma tus armas, y corre la hoya en busca del Rey, miéntras yo hago dentro de la ciudad mis averiguaciones; y no te olvides de llegar á Mont-Aragon, porque desconfio de que el abad esté ya con nosotros. ¡Oh, y cuánta razon tenía el viejo Lizana!

—Roldan,—dijo el abad,—¿osaríais acusarme de traicion?

—No lo permita Dios, padre; pero cuando yo venia á consultar con vos los medios de conservar nuestra obra y me encuentro con que de vos ha sido destruida toda ella, ¿hareís gala aún de tal hecho? Si ese hombre amára la corona como nosotros pensamos que la amára, y como debiera de amarla, podrian con él nuestras amenazas, valdría con él la intimidacion para que nos entregára cuantas tierras y castillos le pidiéramos, y aún para que nos concediera cuantos privilegios nos estuvieran bien. Pero si vos habeis hecho nacer en su alma el remordimiento; si desprecia el

poder, la corona; si renuncia á uno y á otra, ¿con qué le haremos fuerza en adelante? Más cuenta nos traería que hubiera pretendido poner en ejecucion el consejo del abad de Tomeras, que no el vuestro. Aquello no habría podido llevarlo á término, y esto sí; porque como no dé con él, el sabio Lizana, no se yo que haya modo de evitarlo. Ni tengo más esperanzas sino es que se le olviden vuestras amonestaciones. ¡Es tan seductora al cabo la corona! Si eso pudiéramos esperar.....

—Inútil esperanza, Roldan: está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa, y haré cuanto sea lícito en vuestro bien; mas no he de faltar por eso á las obligaciones de mi espiritual ministerio. Si otra vez acude á mí, le diré hasta qué punto las circunstancias pueden excusar el hecho; pero no le negaré que hay pecados y grandes en su conducta. Recordad que no aprobé yo lo del matrimonio.

—Malhayan vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que, á conocer quien era, no le hablárais con el santo celo con que sin duda le habeis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salíos de la liga, y abandonad vuestras pretensiones. De mí se decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis nobles amigos, y á remediar en algo el mal que habeis hecho: que, si éste se obstina en ser monje, será preciso elegir otro Rey que bien nos cumpla, en lugar suyo.

Y de como esto, dijo Roldan, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No hagais de modo que se pierda su alma; mirad que es gran pecador; mirad que, bien mirado, es justa y forzosa su penitencia, le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oía.

Bajó rápidamente, cruzó el cláustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y, en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el camino de Huesca; salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados de la Isuela, que con sus aguas cerraba el camino.

CAPÍTULO VIII.

Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan en sí los precedentes.

Por fuerza cuasi le sacaron del monasterio, que salir él no queria, ni desabrigarse de su hábito. — FRAY GAUBERTO FABRICIO DE VAGAD.—*(Crónica de Reyes aragoneses.)*

Pasó la noche de aquel dia, en que hubo lugar la coronacion del Rey D. Ramiro, con notable sosiego y silencio lo mismo en el Rabalgerit ó barrio de los judíos, que en el de San Martin ó morería, y en toda la grande y populosa ciudad de Huesca.

Los honrados burgeses descansaron del placer del dia, que más que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas habia acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del alcázar, y otros se prepararon con el reposo de la noche, á hacer larga jornada el dia siguiente.

Amaneció Huesca, en él, como una belleza de trein-

ta ó mas años, que deja sus galas, y se entrega al sueño despues de largas horas de celos, y de amor, y de danza, y de estruendo.

No hay cosa más triste que el lugar en donde se disfruta un placer cuando, pasado éste, se le mira de nuevo.

Tales y tan meláncolicas parecian las calles y plazas de Huesca, que al asomar la cabeza los vecinos por sus estrechas ventanas, exclamaban de consuno: ha caido sombra sobre la ciudad. Y nunca en verdad habia lucido el sol con más ricos reflejos y con esplendor más grande.

Este dia era completamente contrario al anterior.

Mal dia para el comun de los ciudadanos. Gran dia para aquellos tristes en quienes el otro hubiese engendrado penas; que de todo se vé en los grandes regocijos, y es ley eterna del mundo que no haya risa, á la cual no responda algun llanto.

Así es como en el alcázar de los poderosos Reyes de Aragon, saludan al nuevo dia por lo mismo que es triste, por lo mismo que trae sombra, las dos personas de quien ménos pudiera imaginarse. El Rey recien coronado y la Reina recien casada: D. Ramiro y doña Ines.

Pintar los tormentos que padeció durante aquella noche la noble hija de los Poitiers, fuera imposible; que los tormentos supremos del alma no se pintan, como no puede pintarse el espíritu impalpable, y á la par invisible, donde nacen y se sustentan.

Doña Ines amaba á D. Ramiro con ternura; amaba al hijo que sentia en sus entrañas, porque es privile-

gio de las madres amar sin ver ni oir, y sin saber si llegará ó no á existir el sér que aman. Amaba tambien la grandeza que la rodeaba, y ¿por qué no habia de amarla? ¿Por ventura no son dignos de tentar á cualquier alma humana, la dorada silla donde se sientan los Reyes sobre todos los hombres y sobre todas las mujeres, y la obediencia de tantos, y el amor de tantos, y el poder de tanto hacer y conseguir como acierte á desear el ánimo? No: no andaba errado Roldan cuando en otro lugar llamaba á la corona seductora.

Y amando Doña Ines á su esposo y al hijo por nacer, y amando la grandeza y el trono mismo, ¿qué no sentiria viendo perdidos esposo y trono para sí, trono y padre para su hijo?

Pero de todo, lo que más debia llegarle al alma, era ignorar la causa de mal tamaño; y no hallar ni de cerca ni de léjos algun remedio.

La causa muy bien la sabia D. Ramiro; pero lo que es con el remedio no acertaba él, más que su doliente esposa.

Los lectores deben saber, no por el relato del cronista, que anda en ello harto oscuro, sino porque así lo rezan todas las historias de España, que el Rey D. Ramiro II era monje en el monasterio de Tomeras, cuando los grandes de Aragon, congregados y reunidos en las Córtes de Monzon, determinaron alzarle por Rey.

Su padre, Sancho Ramirez, estando sobre Huesca, imaginó hacer un don, el mayor que pudiera al cielo, para que se le mostrase propicio en aquella empresa;

y el don no fué otro que este hijo, á quien metió de monje de San Benito en el monasterio de San Pons de Tomeras. De allí quisieron promoverle repetidas veces sus hermanos los gloriosos Reyes D. Pedro y D. Alonso *El Batallador*, á alguna mitra ó prelacía de importancia, donde diese creces á lo ilustre de su nacimiento; y, en diversas ocasiones, le nombraron para la abadía de Sahagun y los obispados de Búrgos, Pamplona y Roda.

Y por cierto que con motivo de su ida al famosísimo monasterio de San Faguz, Fagun ó Facundo, que luego se llamó de Sahagun en Castilla, corrió por el mundo una triste historia, que no debia de tener por verdadera nuestro cronista, cuando amargamente se queja en algunos lugares del monje anónimo de aquella lejana y santa casa que, por escrito la puso. Decíase nada ménos sino que el mozo abad D. Ramiro habia mandado traer á su presencia cuanto habia en Sahagun de precioso, así en telas como en halajas, y áun en reliquias, separando lo que le pareció de más valer, y entre otras cosas unas riquísimas cruces de oro, para llevárselo á San Pons de Tomeras. Bien que el monje anónimo esto afirme con formales palabras diciendo: «traio en testimonio al cielo que no miento,» parécele al copista de esta crónica que no hay por qué cargar con otro tan gran pecado al doliente monje, que ya los tenia sobre sí tamaños, supuesto que no le dió crédito alguno hombre de tal verdad como el muzárabe.

Pero lo que no puede dudarse es que D. Ramiro, bien hallado con la vida ascética que hasta allí traia,

no quiso conservar la posesion de tales beneficios, y permaneció al fin en el convento de Tomeras, hasta que, como arriba decimos, le alzaron por Rey los Señores aragoneses, buscándole tambien esposa jóven y bella, y de calidad correspondiente á la suya, que fué doña Ines de Poitiers. Sobraron obispos que diesen por bueno y lejítimo el tal matrimonio, y el Pontífice mismo lo autorizó, cuando ménos, con su silencio.

Gran mella debieron de hacer los encantos del poder; gran mella tambien las caricias de aquella mujer jóven, hermosa y cortesana en el corazon del monje, que desde sus primeros años no habia pensado en otra cosa que en el cláustro, ni imaginado otra vida que la del cenobita.

¿Qué tiene de extraño que prestase fácil oido á los que le predicaban que la salud pública demandaba su apostasía, y que, ántes serviria á Dios en el tálamo y el trono que en los altares? ¿Qué tiene de extraño que el amor por una parte, por otra el poderío, las caricias de aquí, de allá las lisonjas, apartasen de su memoria por algunos meses los cilícios y el convento? ¡Era Doña Ines tan bella! ¡Es tan encantadora la lisonja! ¡Es, como queda dicho, tan deslumbrador el brillo del trono!

Mas si hubo un tiempo en que estuviesen tibios sus recuerdos, nunca, á la verdad, se vieron muertos.

Tal vez doña Ines recojió en momentos de embriaguez y de encanto una mirada de pavor en los ojos de su esposo; tal vez sorprendió en él á deshora, movimientos instintivos de retraimiento y así como de re-

pugnancia. Y es cierto, que al ver la osadía de los ricos-hombres, y al notar las pretensiones de D. Alonso de Castilla, y la rebeldía del de Navarra, y al oir hablar de alardes y arreos de guerra, ó de los peligros y empresas que para defender su trono eran indispensables, solia echar de ménos D. Ramiro en voz alta la tranquilidad, que durante cuarenta años, le habia proporcionado la vida monástica.

Fió su secreto al abad de Tomeras, á quien miraba aún como superior y padre: comunicóle sus primeros temores y remordimientos; pidióle consejos con que atender á los males que preveia, y remediar el desasosiego de su espíritu. Pero el de Tomeras creyó que el desasosiego provenia del temor que le infundian los ricos-hombres; y así se contentó con enviarle aquel sagáz aviso que sorprendió Lizana, y que puso á éste en cuidado tanto. Con reprimir á los ricos-hombres pensaba el abad que el Rey se entregaría tranquilo á las dulzuras del poder y del matrimonio.

Y no hay que extrañar en aquel abad que no se acordára para nada del remordimiento religioso del Rey, ni de los graves motivos en que se fundaba. Si ántes de aceptar el trono y de contraer matrimonio le hubiesen consultado, acaso se habria opuesto á uno y otro, porque diz que era sincero y firme en su piedad, y no era seguro entónces que los votos monásticos pudiera desatarlos nadie, ni el Papa mismo; pero despues de hecho el mal, quizás comprendia que la *salus populi* podia excusarlo en cierto modo, y que no era ya cuerdo desear que con el arrepentimiento y abdicacion del Rey, se renováran los peligros del

reino, acrecentándose más áun los pasados, con las pasiones que los últimos sucesos habian encendido.

Cabalmente el moro acechaba más que nunca entónces la ocasion de arrojar de nuevo á los cristianos á las cumbres fragosísimas del Pirineo. Y los Reyes de Castilla y de Navarra, no esperaban más sino que faltase D. Ramiro, para recordar sus pretensiones á la corona aragonesa, y llenar de armas el reino; con lo cual hallarian aún mayor facilidad los infieles para traer á ejecucion sus malos propósitos.

Nada de esto pudo ocurrírsele al abad de Mont-Aragon, cuando le habló á D. Ramiro, como hubiera podido hablarle á un monje cualquiera: nada de esto podia tampoco justificar del todo su apostasía á los ojos acalorados y escrupulosos del Rey. Lo que para otros parecia ser dudoso, para él no lo era: tenia el presentimiento ó la sospecha siempre de que ni el Papa, ni los Obispos, ni nadie podia dispensarle de cumplir sus votos.

Con todo, miéntras vivió el abad de Tomeras, don Ramiro, tranquilo con sus consejos, supo refrenar los remordimientos; de suerte que apénas se traslucian en sus obras y palabras. Y, á vivir aquel en la época á que se refiere la crónica, no hubiera éste ido á consultar con el de Mont-Aragon sus cuitas.

Pero muerto su prelado, se halló el Rey á solas con su corazon y su fantasía. Y á medida que avanzaba el tiempo y se disipaba el encanto del primer instante, mayores inquietudes sentia en el alma: inquietudes vagas, sin forma ni color. ¿Quién habia de decir que el dia de la coronacion y jura hubiese de

dar tan horrenda forma y color tan siniestro á aquellas vacilaciones de su espíritu?

No tenemos ya que narrar cómo concluyó la fiesta: el Rey estuvo á punto de perecer, y sólo se salvó por un género de milagro. Y en el punto de inquietud en que se hallaba su alma, aquello fué una tea, que, tocando en hacinados combustibles, produjo un horrible incendio.

Los remordimientos, mal escondidos, asomaron de repente en el alma del monje: parecióle ver el semblante de Dios, irritado de su apostasía, tremendo como cuando maldijo á Sodoma, negado á toda misericordia para con él. La tarde de aquel dia la pasó en hondo afan y recelo: ni miró, siquiera una vez, á sus caballeros, que por celebrar su coronacion rompian lanzas y exponian sus cuerpos al hierro: ni hubo medio de que, en una sola ocasion, viniera la risa á sus lábios,

Acabáronse las justas, y el Rey se retiró á su alcázar, y se encerró solo en un aposento. ¡Loca idea buscar la soledad en tal punto! Son pocos los hombres que pueden consultar sus penas con el silencio de la noche y la soledad: pocos, como pocas son en ellos las conciencias perfectas y los ánimos justos.

Ni uno ni otro tenia, á la verdad D. Ramiro.

Estaba aquel aposento en una torre altísima, obra misteriosa de los moros, y desde las ventanas se descubrian muy bien la corriente del rio y la campiña. Pues cada vez que algun lucero se reflejaba en las paredes de la torre, miraba el monje sin querer los letreros árabes, allí esculpidos, y parecíale ver en ellos

el *mane thezel phares* de la Escritura: no recordaba entónces que aquellas extrañas letras las hubiese visto nunca. Movia el viento levemente los álamos de la Isuela, y parecíale al monje que eran fantasmas que salian del lecho del rio, y caminaban hácia las ventanas de su aposento para prenderle y conducirle á la mansion de los réprobos. Dos ó tres veces puso el oido junto al muro, por ver si era la voz de Dios lo que sentía, y no era sino el agua del rio que allí enfrente de la torre se quebraba en unas piedras.

Rendido de tanto luchar consigo mismo, levántase al fin, y casi instintivamente, saca los hábitos de su órden que conservaba en su cámara: vistéselos y sale del aposento, y luego del alcázar.

El aire de la noche no alcanzó á templar en lo más mínimo el ardor de su frente.

Hubo instante en que pensó ponerse en camino para Tomeras, y arrodillarse en la tumba de aquel abad, que habia sido su maestro, pensando que ella le inspirase algun alivio; pero al ver brillar á lo léjos, sobre la cima de un monte, las luces de Mont-Aragon, recordó que el de esta casa era tenido por de los más santos del mundo, y allá caminó sin demora.

No tenemos ya que narrar lo que le ocurrió en el monasterio; ni cómo, vuelto al alcázar, entró en el aposento de su mujer, y participóla cómo tenia resuelto separarse de ella.

Y hé aquí como por tan largo rodeo hemos venido á dar en que D. Ramiro bien sabia la causa de su extraña determinacion, ya que el remedio no se le alcanzase más que á su infortunada esposa.

Porque á la verdad, las palabras de doña Ines habian acabado de poner en desórden las ideas de don Ramiro.

Ser padre y huir del hijo: tener una corona y dársela á otro que no á él, y sellar su frente al nacer con una marca de baldon: depararle una vida oscura y pobre en lugar de otra gloriosa y feliz, son cosas que, espantan al corazon mas animoso, y capaces de contrarestar los más decididos propósitos en el hombre que siente y que piensa.

D. Ramiro, cuando vino de Mont-Aragon, queria renunciar, aquel mismo dia, la corona en cualquiera de sus competidores, y abandonando á la Reina, volver á los piés del abad para obtener la absolucion, y pasar el resto de su vida en el cláustro con mayores cilicios y penitencias que nunca. Pero al oir de doña Ines que estaba embarazada, sintió caer su espíritu, dudó, tembló, y el alba del dia en que debia ejecutar sus intentos pareció sin que nada hubiera resuelto todavía.

El primer rayo de luz que penetró en su estancia, lució para él no ménos siniestro, que luce para el reo que está en capilla, aquel que le anuncia el dia postrero.

Tanto luchar le fatigaba, le rendia, y sin embargo, más amaba la lucha que la resolucion, cualquiera que fuese, porque de dos que miraba como posibles, tanto temia á la una como á la otra.

Lucha del espíritu con el espíritu, del sentimiento divino con el sentimiento humano, del precepto sobrenatural con los naturales; lucha que Dios envió á

Abraham para probar su fidelidad, y que apénas cabe dentro de un alma por grande que sea: lucha que sólo comprenderán los padres y las madres, que por azar recorran estas páginas, y que apénas acertarán á concebir quienes no lo sean.

El primer impulso, el impulso espontáneo, enérgico de la voluntad, le dice siempre al padre que se sacrifique por su hijo. Pero ¿ha de sacrificarle tanto como la vida eterna? ¿Ha de preferir esta su flaqueza mundana al soberano mandato de Dios?

CAPÍTULO IX.

De una plática sentimental que pasó entre el Rey D. Ramiro, de buena memoria, y la hermosa doña Ines de Poitiers.

No lloreis, casada
De mi corazon,
Que, pues yo soy vuestro,
Lloraré por vos.
(Romancero general.)

En tales angustias estaba D. Ramiro, cuando, de repente, se le puso ante los ojos su esposa doña Ines, pálida, descompuesta, sin otras galas que el dolor, sin más compañía que el llanto.

No podia haber llegado más á propósito.

D. Ramiro comenzaba á sentir que no bastaba su ánimo para soportar, ni bastaba su pensamiento para resolver tan grandes contrariedades como albergaba en el espíritu.

Al ver á doña Ines, que era tan infeliz ó más que él, y sin culpa alguna; al contemplar doloridos sus ojos donde tantas veces habia encontrado ventura, y páli-

das sus megillas, y contristadas todas sus facciones, notó que la piedad embargaba su voluntad, y sintió arder por un momento en su alma el afecto antiguo.

Dió algunos pasos hácia ella, y, ya iba á hablarla, cuando doña Ines se antepuso, diciendo:

—¿Quereis oirme, D. Ramiro?

—Hablad, hablad—respondió el Rey.

—No vengo,—continuó diciendo doña Ines,—á reclamar el amor que ya habeis quitado de mí.

—¡ Ojalá, señora, que pudiera devolvéroslo!

—No vengo á preguntaros siquiera la causa de mi desdicha, que bien sé que en nada os he faltado; y harto se me alcanza que, para dejarme, os han de sobrar pretextos que exponer y razones con que escudaros.

—Así es la verdad, doña Ines, que no me habeis faltado en nada; y es cierto tambien que me sobran razones para apartarme de vos.

Doña Ines parecia indignada de la fria seguridad con que el Rey iba asintiendo á su discurso.

—Sé, pues, que debo resignarme á vuestra injusticia,—prosiguió con algun más calor que en los principios,—y que, en adelante, nada puedo esperar de vos para mí.

—¿Injusticia decis, doña Ines?—replicó ya Don Ramiro, sin más estar en su mano guardar reparo.—¡ Injusticia! Si la hubo fué en tomaros por esposa: fué en unir mi suerte con la vuestra, en compartir con vos el régio tálamo.

—Soy noble, Rey D. Ramiro,—repuso altivamente doña Ines, que con aquellas palabras de su esposo

creyó afrentada su alcurnia,—soy noble, y los de mi casa no es esta la primera vez que se sientan en tronos. Y de todas suertes, mirad si os conviene, D. Ramiro, afrentar á la mujer que es todavía vuestra esposa, porque ya no la ameis.

—No me hais entendido, doña Ines,—dijo el Rey,—y es que ignorais todavía la causa de nuestra desdicha. Jamás ha habido mujer más digna que vos de ocupar un trono, ni más capaz de hacer feliz á un esposo que no tuviese, cual yo tengo sobre mí, el anatema del cielo. El mal estuvo precisamente en que yo os amase tanto como os he amado; en que vos me correspondiérais tan fielmente como me habeis correspondido; en que hayamos sido tan dichosos como hemos sido.

—Ahora sí que no os entiendo,—exclamó doña Ines asombrada.

—Bien me entendereis á poco más que diga. Yo era monje profeso, monje benito: no habia poder en el mundo bastante á romper mis votos, y los he roto, sin embargo. Nuestro matrimonio es nulo, ya os lo indiqué; nulo ante Dios y los hombres. Ni penseis que de ahora sólo lo sepa, porque ha ya mucho tiempo que lo sospechaba, sino que no queria decíroslo, por temor de que os aquejase el llanto. Ya, ya no puedo negároslo. ¿No habeis visto cuánto peligro ha corrido mi vida esta tarde? Pues ese fué aviso del cielo que manda que nos separemos: estamos en pecado, doña Ines, estamos en pecado, y no hay poder humano que sin él pueda reunirnos en este mundo.

Doña Ines, que era crédula por demas, como to-

das las mujeres de su tiempo, y que habia oido hablar contínuamente en su infancia de avisos del cielo, tuvo pronto por verdadero lo que su esposo decia: calló y lloró en silencio algunos instantes.

—¿Sabeis,—exclamó luego,—que se me ha quitado un gran peso del alma?

—¿Por qué, doña Ines?

—Porque ya sé que vos no me aborreceis; ya sé que no soy indigna de vos; ya sé que ninguna otra mujer me ha usurpado vuestro corazon. Ahora, si el cielo os ha avisado de que no debeis hacer vida de esposo conmigo, separémonos y amémonos como hermanos.

—Sois una santa, doña Ines,—dijo el Rey con dulzura.—A mí sí que, con oiros, se me ha quitado muy gran peso del alma. No hay más que separarnos ya en paz.

—Resignémonos con la voluntad de Diós.

—Resignémonos, doña Ines, que él es quien sabe encaminar todas las cosas; y así como nos juntó, nos separa ahora para probar nuestra fidelidad.

D. Ramiro no estaba ya desesperado, sino enternecido: doña Ines parecia más tranquila, pero, de sus ojos, corrian aún abundantes lágrimas.

—¿Sabeis qué pienso, D. Ramiro?—dijo al cabo de breves momentos doña Ines.—Eso sólo me traia, y con la conversacion se me iba olvidando. Venia á deciros que, ya que me dejárais á mí, cuidáseis al ménos de nuestro hijo. ¿Qué hemos de hacer con él ahora? ¿Cuál de los dos habrá de guardarle y enseñarle el nombre del otro?

Aquellas palabras hirieron á D. Ramiro, como hiere los ojos la luz inesperada de un relámpago.

—Es verdad, doña Ines. ¿Y nuestro hijo? ¿Qué hemos de hacer con él?

—Sus abuelos y su padre fueron Reyes, y él no lo será.

—Triste suerte la suya, doña Ines.

—Acaso sea vuestra propia imágen, y sin embargo, reducido á la condicion particular, miraráse menospreciado de los otros Reyes y tratado como igual por nuestros vasallos.

—Es verdad; ¡será menospreciado de los Reyes! ¡Será de otros Reyes vasallo!

—¿Y quién sabe, si D. Alonso de Castilla ó Don García de Navarra, ó el mismo D. Pedro de Atares, ó cualquiera, en fin, á quien pongan ahora por Rey los aragoneses, se deshará de nuestro hijo por cualquier modo? Nuestro hijo les daria harta sombra en el reino, y de esas cosas se ven, segun dicen, muchas por el mundo.

—¡Oh! teneis razon, doña Ines,—prorumpió el Rey;—parece duro que nosotros abandonemos y desheredemos á nuestro pobre hijo.

—Y ¿cómo no, si le declarais mal nacido ó bastardo, declarando nulo nuestro matrimonio.....?

—Es que no lo declararé tal; antes sostendré á la faz del mundo entero, que fué habido en legítimo consorcio, y que mi hijo debe llevar esta corona que á mí tanto me pesa.

—¿Y el mandato de Dios, D. Ramiro? Mas en verdad que el inocente infante no puede estar compren-

dido en su ira: si él no ha podido ofenderle, ¿cómo ha de llevar tan gran castigo? ¿Qué parte tiene él en las culpas de sus padres?

—No, no lo desheredaremos, doña Ines,—repitió el Rey:—suceda lo que suceda, la corona de Aragon será con efecto para nuestro hijo.

—No direis, pues, que es nulo nuestro matrimonio.

—No, no lo diré jamás.

—Pero si ahora dejais el trono, ¿cómo he de saber yo sola conservárselo? ¿Cómo podré resistir á los ricos-hombres y á los príncipes extranjeros? ¿Por ventura querran ellos jurarle ó reconocerle por Rey?

—Es cierto: tengo que dejarle jurado y reconocido por Rey. Veo ya claramente que tampoco puedo ahora dejar el trono,—respondió D. Ramiro suspirando.

—¿Con qué es decir que seguiremos juntos hasta que nazca nuestro hijo; y aun uno ¡que digo uno! dos años más que es la edad que al ménos necesita para ser coronado?

—¡Uno: dos años! Dios se apiade de mí, doña Ines. Es demasiado sacrificio.

—Pero vos lo hareis así, porque de no, todo lo demas seria inútil. ¿Lo hareis, lo hareis, no es verdad?

—¿Decís que dos años?

—Dos.

—Repito que Dios se apiade de mí.

—Él cuidará, sin duda de vuestra alma.

—El caso es que cuide ahora de mi cuerpo. Porque si alguna calentura lo mata en estos dos años, ó más de dos años todavía, que he de llevar sobre él mi pecado, se irán juntos al otro mundo mi pecado y mi

alma; y sin penitencia y sin absolucion, no sé si Dios querrá dejarme entrar al fin en la gloria.

—Dios favorece siempre á los buenos padres y á los que amparan á los inocentes; y vos sereis buen padre, y no puede darse en todo, mayor inocencia que la de nuestro hijo.

—Cueste lo que cueste estoy resuelto á aguardar los dos años, y ojalá que sea como vos decís, doña Ines: ojalá que Dios me deje vivir ese tiempo. Ojalá que no me mate sin penitencia.

—¡Oh! gracias, gracias, señor;—exclamó doña Ines, arrodillándose delante del Rey.—Mirad, no me atrevo ya á abrazaros; pero nunca me habeis parecido tan grande como ahora, nunca os he amado tanto como en este momento. Perezcamos nosotros, si es preciso, padezcamos tormentos eternos; pero salvemos á nuestro hijo de la afrenta y áun de la muerte que de otro modo le espera.

—Me haceis temblar, doña Ines. ¿Preferiríais vos la condenacion eterna á privar del trono á nuestro hijo?

—Yo no sé lo que me digo, señor. Más Dios que á vos os hizo padre, y á mí madre, perdonará este natural amor, y él nos dará tiempo de hacer penitencia por todo, despues que hayamos logrado nuestro intento.

—Amen, doña Ines, amen. No habrá cilicio que yo no me imponga desde este momento; y el tiempo que medie, desde ahora hasta el dia en que veamos Rey á nuestro hijo, lo pasaré orando por él y por nosotros la mayor parte.

—Yo os imitaré en la penitencia y oraciones.

—Pero ¿sabeis, doña Ines, que ya no debemos hablarnos juntos si no es en público? ¿Sabeis que en adelante no hemos de ser otra cosa que hermanos, como vos misma habeis dicho?

—¿Y qué importa, si lo principal está conseguido? ¿Veis estas lágrimas, D. Ramiro? Son de amor que os tengo, de amor que me abrasa las entrañas y que acabará por quitarme la vida. Pero aun soy capaz de este sacrificio y del otro no lo era: aun soy capaz de separarme de vos, y no lo era de abandonar á nuestro hijo.

—Y yo tambien, doña Ines, os amo con toda mi alma. Como que no he conocido otra mujer que vos, ni en otra he puesto jamás el pensamiento. Pero ¡ay! advertid que tales palabras no nos son ya lícitas: habladme no más que como á un hermano.

—Está bien, señor; no sé si podré acostumbrarme, mas yo he de ensayarme en ello.

—Id con Dios,—dijo D. Ramiro tristemente.

Doña Ines dió algunos pasos y volvió luego la cabeza; sus ojos eran un mar de llanto, y los ojos de don Ramiro denotaban el dolor más intenso.

—¿Con qué me amais?—dijo aquella.

—¡Qué si os amo!—respondió éste.—¿No os he dicho que con toda mi alma?

—Es que yo no me canso de oirlo; porque es ya mi único consuelo.

—No sé, sin embargo, si puedo repetirlo muchas veces sin pecado.

—¿Aun eso me negaríais?

—Aun eso creo yo, que quiere Dios que os niegue.

—Sois cruel. Mas no os quejareis de mis importunaciones.

Dió otros pasos más y, cerca ya de la puerta, volvió aun el rostro diciendo:

—¿Me negaréis el ósculo postrero?

—¡Ah!—exclamó D. Ramiro,—y se cubrió el rostro con entrambas manos.

Doña Ines no insistió entónces, y haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, salió de la estancia.

CAPÍTULO X.

Que sirve para dar tiempo al tiempo y ocasion á que vengan otros inauditos sucesos.

Quien espera desespera.
(Dicho vulgar.)

Pasaron seis meses tranquilamente, ó al ménos sin alteracion alguna en las cosas del reino.

El rumor de la renuncia del Rey, que, como suele suceder en estas cosas, habia ya comenzado á correr entre la muchedumbre, fuese lentamente apagando.

Los ricos-hombres y prelados, alarmados en los principios con los recelos de Lizana y la revelacion de Roldan, llegaron á creer que no se realizaria ya ninguno de los intentos del Rey, y que todo seguiria como hasta entónces. Daba mayor motivo á esta creencia el ver que D. Ramiro no replicaba á ninguna de sus pretensiones, ántes bien dejaba en sus manos cuantos castillos y haciendas querian, y no disponia nada sin su consejo. Aun parecia que se afa-

nase más que al principio por hacerse amar de ellos y tenerlos contentos y satisfechos.

Unicamente la Reina doña Ines, en soledad de contínuo, y de contínuo llorosa, era sabidora del secreto y vivia con zozobra; y sentia que el pesar se le aumentaba á medida que más cerca llegaban los sucesos.

La bella hija de los condes de Poitiers habia salvado los derechos de su hijo; pero no habia sido sino á costa de los suyos propios.

En adelante sólo la ternura filial podia ocupar sus horas, porque, de esposa, no esperaba más que el nombre, y, de Reina, sólo le quedaba escaso tiempo y azarosa vida.

Y en tanto pesar, la desventurada doña Ines no contaba siquiera con el consuelo de depositar sus confianzas en un pecho amigo. Porque ni á su esposo le veía sino en público, ni en su corte habia otra persona que le inspirase cariño sino aquella Castana, su doncella, en la cual era mayor el buen deseo que no la cordura; de suerte que no parecia prudente poner en sus manos secreto de tanta monta.

Sin embargo, con esta Castana era sólo con quien hallaba algun alivio la Reina, recordando á su lado cosas pasadas, como las fiestas del dia de su boda, y las aclamaciones con que fué recibida por la corte de Aragon al llegar á la frontera, y el llanto de sus padres, al dejar tal hija en tierra extraña. Hablaron tambien en diversas ocasiones del azar del dia de la coronacion, del peligro del Rey, de la destreza del almogábar; y, tan pequeño, como debia ser á los

ojos de una Reina cuanto se refiriese al hijo de las montañas, ello era que nunca dejaba de detener en él la plática, poniendo más de una vez colorada á Castana.

La sencillez de ésta en el responder, y el poco arte con que ocultaba sus sentimientos, hubieran hecho que adivinase la Reina ántes de mucho, que ella adoraba en el almogábar. Pero con el diálogo que acertó á oir la noche infeliz del baile, no tenia ya que adivinarlo, sabiendo que, no era otro que éste, el amante con quien la habia sorprendido.

Pero imaginó que parte del cariño que Castana le profesaba, seria debido al favor que habia hecho al Rey; y amando más que nunca á Castana, y estimando tanto como ya estimaba al almogábar, propúsose hacerlos felices, siendo ella misma su protectora y madrina en el matrimonio.

Es ley de las almas generosas gozar con las agenas venturas; y no ha de extrañarse por lo mismo que la poderosa Reina de Aragon olvidase por algunos instantes sus cuitas, pensando en que sería buena casada, y muy feliz con su marido la pobre Castana.

Con todo, no consentía su dignidad que se diese por entendida del todo; y aún llegó á fingirse á las veces más ignorante de la buena fortuna del almogábar que, al amor de Castana, viniese á cuento. El dia que más explícitamente hablaron, no pasaron sus confianzas de las que denota el siguiente diálogo:

—¿No has vuelto á saber del almogábar?—decia doña Ines.

—No, señora; no se ha vuelto á saber de él,—res-

pondió Castana,—en lo cual claramente mentía.

—Habrá perecido en alguna de esas guerras que los de su gente mueven en la frontera.

Dijo esto la Reina para probar el amor de Castana.

—No lo permita Dios, señora,—respondió ésta;—no creo yo que haya fenecido, porque no pienso que nadie sea capaz de matarle en lid, y en la montaña no se hallan traidores que fuera de ella maten al contrario.

—¿Sabes qué quisiera volverle á ver para hacerle alguna merced?

—Y mucho que lo creo, señora mia, y no lo deseo yo ménos que vos.

—¿Castana, estás prendada del almogábar?

—No, señora, no: esto que siento desde que le ví debe ser agradecimiento de mi lealtad, por el servicio que prestó al Rey.

Sonreíase la Reina al escuchar tales palabras, que estaban tan de acuerdo con sus benévolas sospechas, y pasaba á otra cosa. Y en estos y otros entretenimientos pasaron los dias, hasta cumplir los seis meses que hemos señalado al comenzar este capítulo.

D. Ramiro, por su parte, invirtió este tiempo de un modo que á muchos pareció extraño, puesto que no llegaron á comprender, hasta más tarde, su verdadero significado.

Ya hemos hablado de la predileccion que suele mostrar el cronista muzárabe, de quien tomamos este relato, por cierta iglesia de San Pedro, donde él y sus padres y abuelos, desde el tiempo de los godos, asis-

tian diariamente á los oficios divinos, sin empecerles que estuviera la ciudad en poder de los musulmanes.

Pues esta iglesia, á la cual llamaban ya en tiempo de la conquista, que es decir muy cerca de ochocientos años ántes de ahora, San Pedro el Viejo, á causa de su antigüedad remota, comenzó de pronto á aumentar y engrandecer D. Ramiro.

Habia en ella convento de benitos, los cuales hacian muy penitente vida, y oraban de contínuo, ora al pié de aquellos altares levantados quizá de órden de los ministros cristianos de Constantino, ora junto á las cruces del estrecho cementerio, cuyas piedras, aquí y allí plantadas sobre las sepulturas, conservaban esculpidos todavía nombres romanos y godos.

Desde el dia en que supo el Rey que era padre, comenzó á ordenar trazas y á acopiar materiales; y luego, de allí á poco, emprendió la construccion de un cláustro anejo á aquella antiquísima iglesia. Diariamente se le veia asistir á los trabajos y dirigirlos, y aún enmendar con sus propias manos los toscos dibujos de los escultores de la época, y ayudar con ellas á levantar las columnas y chapiteles que habian de cerrar el cláustro.

Nunca, obra más sombría, reflejó quizás más sombríos pensamientos.

N ádie entrará, de seguro, en aquel cláustro, intacto todavía, que no sienta en su corazon algo de pavor, de recogimiento ó de tristeza.

Aún pregonan aquellos muros, que son obra de un

monje sin otros deseos que el silencio de la soledad y el reposo de la muerte; de un penitente que, puesto en Dios el espíritu, no queria dejar para los sentidos, ni luz, ni aire, ni agua, sino solamente tierra; de un hombre á quien la vida mortificaba, y á quien el pensamiento de morir se le aparecia con placer de contínuo.

El cláustro de San Pedro el Viejo es una tumba.

Allí fué donde, al cabo de los seis meses, recibió nuevas el Rey de que la Reina estaba de parto. Y por primera vez, desde el dia de la coronacion, animóse su rostro un tanto, y una idea humana, terrenal, cruzó por su mente.

Poco despues vinieron á decirle que la Reina habia dado á luz una criatura. Alzó los ojos al cielo, murmuró algunos rezos y ordenó que se apresurasen los trabajos en el monasterio.

A la tarde de aquel dia, cuando la luz faltaba ya completamente del cláustro, y no era posible seguir en ellos, volvió, como de ordinario, al alcázar y entró á ver á su esposa.

—Mirad, señor, á vuestra hija,—le dijo doña Ines con ternura.

—Será hermosa como vos,—respondió D. Ramiro.

—¡Hermosa como yo!—Y la pobre mujer, no osando siquiera darle el nombre de esposo,—gracias, señor,—dijo,—gracias.

D. Ramiro se inclinó hácia la frente de la tierna princesa, y puso en ella los lábios.

Luego, recobrando al parecer su ordinaria frialdad, dijo:

—Aragon os saludará, desde este dia feliz, por madre de su Reina.

—¡Dia feliz!—repuso doña Ines.—Sin duda que lo es, señor: sin duda que debe serlo.

D. Ramiro comprendió que habia cometido una indiscrecion, pero no estaba para remediarla. A pesar de la frialdad que mostraba tener, lo cierto es que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. La naturaleza, siempre poderosa, vencia por algunos momentos la preocupacion extraordinaria de su espíritu.

—Ponedla, doña Ines, vuestro nombre,—dijo por fin con mal encubierta ternura.

Las mujeres saben apreciar, muy exquisitamente, todos los sentimientos tiernos, todas las ideas delicadas.

Y al oir aquellas palabras que la mostraban tan claramente el cariño de su esposo, no pudo la Reina resistir más y prorumpió en copioso llanto.

—No, mi nombre no quiero que lo tenga: no quiero que sea, cual yo, de desdichada.

—Sosegaos, señora,—dijo D. Ramiro.—Contad que esa agitacion y sentimiento pueden seros funestos á vos y á vuestra hija.

Y como esto dijo, se salió de la estancia.

La princesa fué bautizada con gran pompa al dia siguiente, y con efecto no se la puso el nombre de doña Ines. San Pedro el viejo era la tumba elegida por el Rey, y, en triste memoria de aquel lugar, la pusieron Petronila. En cuanto á D. Ramiro, reservado como siempre en sus pensamientos, y, como siempre misterioso, continuó yendo todos los dias á San

Pedro el viejo, para estar á la mira de las obras del cláustro.

Sólo se notó que, desde el nacimiento de su hija, cada vez aceleraba más los trabajos, y se mostraba más deseoso de que se concluyesen cada dia.

Todavía se ven en el cláustro las parduzcas columnas, ora aisladas, ora agrupadas de dos en dos y de cuatro en cuatro, que hizo levantar en aquellos dias D. Ramiro.

Todavía duran los chapiteles donde labraron á su vista, los mejores artífices de su tiempo, flores desconocidas y hojas de familia indescifrable; guerreros que parecen monjes y monjes que tienen trazas de soldados; reyes, obispos, escuderos, monaguillos en concursos y procesiones que, por tal ó cual atributo se conocen, no ciertamente por la expresion de los rostros, ó la propiedad de los vestidos.

Allí se ven aun brazos que parecen cuerpos, y cuerpos que parecen brazos; allí caras mayores que los cuerpos que las sustentan, ó cuerpos jigantes con rostros de niños.

¡Absurdos respetables! ¡Errores que el entendimiento saluda hasta con entusiasmo, porque en ellos se vé comenzar á vivir al arte cristiano!

¿Quién dirá hoy cuáles fueron las indicaciones, cuáles las mejoras que el monje Rey introdujo en aquellas obras? ¿Quién puede saber los nombres de los artífices que se emplearon, debajo de su direccion, en trazar aquellos cuerpos y flores, y en asentar aquellas tosquísimas columnas? Pequeños detalles, á los cuales daria valor y aun preciosidad el largo tras-

curso de los años, cayeron, como tantos otros, de harta mayor importancia para los hombres, en la sima inmensa que siempre tiene abierta el olvido en la historia.

Dos muy cumplidos gastó D. Ramiro en la fábrica, y cuando la vió terminada, no pudo contener una exclamacion de alegría.

—¡Ya nada me queda por hacer!—dijo.

Y de vuelta al alcázar, saludó á su esposa más afectuosamente que solía, y besó con más amor que nunca la frente de la infantita doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se engañaba el buen Rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros; que de otra suerte, pronto habria de dar punto por fuerza, la crónica curiosísima del muzárabe.

CAPÍTULO XI.

Donde se vé que los ricos-hombres de aquella edad no eran tan sufridos como otros que andan ahora.

Que no quieren tomar Rey
Sino al que lo merecia.
(Romance viejo.)

Ye el frutu de sos amores
Coidu recien casada,
Retratu del que bien quier,
Prenda d'una namorada.
Miralu tienra y sospira
Porque el so penar la mata;
.....
¿Que fará la probe Tuxa
Cuando el so fiefiin s'abrasa,
Y ye perdido el so lloru
Y á mexoralu non basta?
(Poesía asturiana.)

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera mirábanse reunidos cierto dia como hasta quince ricos-hombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el Arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Férriz de Lizana, y un cierto Garcia de Peña, y otro nombrado

Ramon de Foces, y otro aún, á quien apellidaban Pedro Coruel, y Garcia de Vidaura, y Pedro de Vergues, y cinco más cuyos nombres calla la crónica.

Caballeros todos ellos, no hay que decirlo: valerosos en armas, ricos en hacienda, osados y ambiciosos á porfía, basta saber lo que eran para que se suponga.

Largo rato pasaron en sabroso entretenimiento, ora repartidos en grupos, ora en general conversacion: al cabo se abrió la puerta principal del salon, y dos heraldos anunciaron en alta voz al Rey.

Los ricos-hombres nombrados dejaron entónces su plática, y se adelantaron á recibirle.

D. Ramiro parecía más contento que de ordinario, y saludó más afectuosamente que nunca á los magnates del reino.

Sentóse luego en la silla que le estaba preparada, y habló de esta manera:

—Bien sabeis, mis buenos caballeros y ricos-hombres, cuan á disgusto mio fué el salir del convento y tomar mujer y entender en el gobierno del reino. La salud del Estado fué lo único que pudo moverme á dejar la vida tranquila que traia, y faltar á los votos de monje que tenía hechos. Pues miéntras ha sido necesaria mi persona, he atendido á gobernaros como mejor he sabido, si no siempre con acierto, con buena voluntad en todas ocasiones. Mas ahora siento, que ya no hago falta por acá, y es hora de que vuelva á la vida penitente, para la cual me juzgo harto más á propósito, que para esta que traigo hace tres años. Dejóos una híja que debe sucederme en el trono segun es razon, y con ella, los años adelante, seréis más fe-

lices que lo habeis sido conmigo. Sólo falta que vosotros la jureis como leales, reconociéndola por legítima señora del reino. Así os lo premie Dios, amen.

Calló el Rey, y los ricos-hombres se miraron unos á otros, sin poder ocultar la sorpresa que este singular discurso les causaba y comenzaron á hablar entre sí, con poco respeto.

—¿No os decia yo que no os fiárais de su aparente calma?—dijo Lizana el primero.

—¡Ah! Mal abad de Mont-Aragon,—añadió Roldan,—tú tienes la culpa de todo esto.

—Sosegaos, Roldan,—repuso García de Vidaura. —¿No oísteis decir que, del dicho al hecho, há gran trecho? Todavía ha de verse esto muy despacio.

—Lo que yo pienso es,—dijo el Arzobispo, ménos impetuoso que sus compañeross,—que, léjos de ofendernos con eso, nos hace un bien muy grande. ¿Qué más podemos desear sino tener por Reina á una niña de dos años? Así haremos mejor lo que convenga.

—Verdad es, padre,—dijo Atrosillo;—por cogulla que sea éste, no deja de mostrar sus rarezas, y más indigno es de nosotros tener por Monarca á un monje, que tener á una niña de pecho.

—Lo del monje no le estorba,—repuso acaloradamente el Arzobispo.—Monjes hay.....

Pero sin darle tiempo para continuar, dijo gravemente Lizana:

—¿Así os ocupais en miserables propósitos y disputas cuando teneis el ciervo á tiro de jabalina? Por San Jorge y Santiago, patronos de los caballeros, que no he visto mayor desatinar en mis dias. Primero

que nuestro interés propio, primero que nuestro gusto están la conservacion y defensa de los fueros y leyes, con que nos heredaron nuestros padres. Aunque supiese que el moro habia de quemar todos mis castillos, y llevarse prisioneros á todos mis vasallos, no dejaria de oponerme á un contrafuero; y primero consentiria en que me cortasen el puño derecho, con que suelo esgrimir la espada, que no en ceder un ápice de nuestros privilegios y leyes y derechos.

—Bien dice,—exclamaron á un tiempo cuatro ó seis de los concurrentes.

El Arzobispo se encogió de hombros, pero calló; y algunos caballeros, ó más dóciles ó más rudos que los primeros, se contentaron con herir el suelo con las puntas de los aceros envainados, como en señal de asentimiento.

El Rey, con quien tan poca cuenta tenian los preopinantes, no oyó unas cosas, de otras no entendió lo que querian decir, y, adviertiendo sólo que nadie le respondia, dijo despues de algunos minutos de silencio:

—¿Nada se os ocurre, los buenos caballeros? ¿No es verdad que os causa contento mi resolucion? Yo no sirvo para gobernaros.

Férriz de Lizana, como más autorizado que los otros por sus canas y largos servicios, y conocimiento de Reyes, tomó al fin la palabra y habló de esta manera:

—Grande espanto es, señor, lo que nos causa vuestra resolucion, no sólo porque en sí ha de ser dañosa para el Estado, sino más todavía porque tal hayais

determinado sin contar con nuestro consejo. Los Reyes en Aragon no tienen, señor, autoridad para tanto: que, así como así, no tienen más sino aquella que nuestros antepasados delegaron en ellos en el monte Pano; y vos mismo la debeis á nuestra eleccion, que no á otra cosa. Dejar vos el trono, será gran daño para Aragon en las presentes circunstancias; pero ¿cuánto más no ha de serlo que lo dejeis sin el arrimo y defensa de aquellas leyes, que tan glorioso le hicieron ya por el mundo? De mí sé decir que no he de consentirlo.

—¡Ni yo! ¡Ni yo!—gritaron todos al propio tiempo.

D. Ramiro se estremeció al oir aquella reprobacion unánime y no esperada.

—Nobles caballeros,—dijo con voz ménos firme que la majestad pedia en tal ocasion:—¿Quereis obligarme á llevar la corona en la cabeza contra mi voluntad? ¿Quereis forzarme á que me falte á mí propio y falte á lo que debo á Dios y á mis votos? ¿No os basta con haberme privado por tanto tiempo de la paz de mi monasterio? ¿No os dejo ya lo que necesitábais, que era sucesion á la Corona?

—¡Pobre monje! No le aflijais,—dijo uno de los caballeros á los que más cerca tenía.

—¡Triste cogulla!—exclamaron otros.

Férriz de Lizana volvió á tomar la palabra.

—Nosotros,—dijo,—no queremos forzaros á vivir en el mundo, dado que tanto os molesta; lo que deseamos es que no se deroguen las costumbres antiguas del reino, y que las Córtes aragonesas sean llamadas á juzgar en los casos graves, conforme al fuero. Y en

verdad os digo, señor, que tengo por la cosa más grave y nueva y desaforada, el que mujer suceda en estos reinos. Las Córtes son, señor, y no vos, á quien toca decidir si hemos de jurar ó no á doña Petronila, que no será nunca por mi voto.

—Ni por el mio, ni por el mio,—dijeron los más jóvenes de la concurrencia, para los cuales era voz de oráculo la del viejo Lizana.

Los demas, subyugados tambien por la autoridad que daban sus experiencias y servicios á Lizana, ora opinasen como él, ora de otro modo, el hecho es que apoyaron con su silencio la negativa propuesta.

—Pero ¿quién, si no es mi hija, ha de gobernaros, cuando yo me entre en mi monasterio?—preguntó cándidamente el Rey.

—Eso es cabalmente lo que ha de decidir el reino junto en Córtes,—dijo Lizana;—y Reyes no faltarán, señor, que los que ya hallaron uno en un cláustro, traza se darán para hallar otro en cualquiera parte. Si es que no mudáis de resolucion, que sí pienso que mudaréis, y áun tengo para mí que el cielo ha de recompensar vuestro sacrificio dándoos un varon, á quien legítimamente podamos admitir por Rey.

—¡Un varon! ¡otro hijo!—exclamó horrorizado don Ramiro.—Te perdono, Lizana, porque tú ignoras lo que á mí me pasa, porque no comprendes mis votos; mis culpas..... Dios haya piedad de tí, Lizana, que debes de ser gran pecador, cuando tan poca cuenta tienes con que yo lo sea.

—Dígoos que no aflijais al pobre Cogulla, que harto trabajo tiene con ser quien es;—repitió uno de los

caballeros más compasivo que los demas, á media voz.

Lizana le hizo, con un imperioso gesto que callára, y dirigiéndose al Rey con afectado respeto, le dijo:

—Señor: ni á vos ni al reino conviene que os retireis de nuevo al cláustro. Tal vez sugestiones de malvados, os hayan traido á este punto: volved en vos, y pensad en los males que va á ocasionar vuestra conducta, que, con eso, comprenderéis, cuánto más ajustado sea á la doctrina de Cristo el quedáros que no el iros, y el gobernar en paz y justicia estos reinos, que no el orar al pié de los altares; pues hombres para orar hay muchos, y para ser Reyes, y Reyes buenos, siempre son pocos en el mundo. Vuestra hija será Reina casándose con uno de los poderosos Reyes vecinos; y para Aragon, os dará Dios luego un varon como conviene.

Todos los circunstantes aprobaron con señas ó sonrisas el discurso del artificioso viejo. Mas el Rey frunció el ceño y gritó desesperado:

—¡Un hijo! ¡un hijo! Jamás. No eres tú quien hablas, Lizana: es el demonio mismo, el demonio que vé que se le escapa ya mi alma... *Vade retro*, espíritu de las tinieblas: *vade retro*, que ya te conozco y no te aprovecharán tus artificios: así, ni más ni ménos, me decias hace tres años, los tres años ¡ay! de contínuo suplicio en que me has tenido sujeto al trono.

Los caballeros opinaron unánimemente que el Rey estaba loco. La contradiccion le encendia el alma, dándole una expresion mucho más exaltada y extraña que cuando comunicó su resolucion á doña Ines; y ésta tenia para él harto más benevolencia que los ri-

cos-hombres presentes. Y sin embargo, doña Ines le juzgó ya por loco, ¿qué tenia, pues, de particular que por tal le tuviesen los ricos-hombres?

—Pero señor,—fué á replicar Lizana.

—No, no escucho nada: jurad por Reina á mi hija, juradla al momento,—dijo el Rey brotando llamas por los ojos.

—Démosle gusto, Lizana,—dijo tímidamente el Arzobispo como temeroso de nueva repulsa:—su hija de dos años será un Rey á pedir de boca, y, poco importan las costumbres del reino, si con tan general provecho las alteramos.

—Hablais, reverendo Arzobispo,—dijo Lizana,—como quien no tiene hijos que hereden su grandeza y sus derechos. Para vos todo está encerrado en vuestra persona; mas nosotros tenemos que mirar por nuestros descendientes. Y si hoy porque nos aprovecha, alteramos el derecho de suceder, que sábiamente adoptaron nuestros padres, para estorbar que por manera de rebaño fuésemos dados en dote de una princesa heredera, á cualquier Rey extranjero, perdiendo pátria, poder y gloria en un punto, ¿cómo podremos restablecerlo en lo sucesivo? ¿Ni cómo habremos de exigir que se guarden los fueros del reino en otras cosas, si en esta conspiramos á que se quebranten?

Dijo esto último Lizana en voz alta de modo que bien lo oyera el Rey.

—¿Con que es decir,—dijo éste,—que desobedecereis claramente mis mandatos?

—Es decir,—contestó Lizana,—que en obediencia

de los fueros y costumbres antiguas, no podemos admitir como Reina á doña Petronila; y que hareis muy bien en conformaros con permanecer en el trono hasta que Dios os conceda un hijo.

La sangre de su abuelo Ramiro I, el que libró á su madrastra de la hoguera, y murió como tan bueno en Graus; la de su padre Sancho Ramirez, que pereció tambien atravesado por saeta mora; la de su hermano D. Pedro, que conquistó á Huesca, y la de aquel otro valentísimo hermano que acababa de morir en Fraga, bullia al cabo en sus venas. Y poderosamente excitado por sus ideas religiosas que los ricos-hombres contrariaban, y por el cariño de padre que desconocian, la cólera y el esfuerzo que habian dormido en él por tanto tiempo, se despertaron en un punto.

—Nécios sois y traidores,—les dijo,—que no prudentes y caballeros. Me habeis traido á la perdicion, ¿y ahora os burlais de mis penas? No será por mucho tiempo: idos, que voy á disponer las cosas de modo, que os arrepintais de vuestra insolencia. No, no tendreis en mí, en adelante, al príncipe complaciente que habeis tenido hasta ahora: lobo hambriento he de ser para vosotros, supuesto que quereis que lo sea. Idos al punto de mi presencia.

Al decir estas palabras, sus ojos, por lo comun apagados, brotaban fuego; su fisonomía decaida, cobró una expresion y una fuerza espantables.

Los grandes, más bien maravillados que no acobardados por aquel arranque de ira, se dirigieron hácia la puerta sin responder palabra.

Dos hombres de armas la guardaban.

—Oid los de la mesnada,—dijo Férriz de Lizana,—¿de qué casa es vuestro pendon?

—Somos, señor,—respondieron los hombres de armas,— de la casa de Azlor.

—Ea, pues, Miguel de Azlor,—repuso Lizana dirigiéndose al rico-hombre de tal apellido, que venía detras de todos,—mandad á los vuestros que no dejen entrar ni salir á nádie por esta puerta sin nueva órden. A nádie, ¿entendeis? No haya excepcion en ello. Y vosotros, Roldan, Gil de Atrosillo, Vidaura, corred á vuestras mesnadas, aquí y allá puestas de guardia en el alcázar, y que no dejen salir ni entrar á nádie tampoco, so pena de la vida.

—Vasallos, ¿os atrevereis á prender á vuestro Rey,—gritó D. Ramiro al oir aquellos extraños mandatos.

—No nos atrevemos,—replicó Lizana,—sino á defender nuestros fueros.

—Temed, caballeros malos, mi cólera cuando logre desasirme de vuestros lazos.

—Es que acaso no lo logreis,—respondió bruscamente Roldan.

Y volviendo la espalda, se alejaron los ricos-hombres hablando ó riendo siniestramente sin curarse de sus gritos y amenazas.

Oyóse, aunque á distancia, claramente la voz de Lizana, que decia:

—No os burleis de sus amenazas, que ya las cumplirá él si le dejamos cumplirlas. A fe que consejo no le falta, pues ya sabeis el que le dió el mal abad de Tomeras; y bien pudiera juntar éste con el que le ha

dado el de Mont-Aragon de dejar el trono. Y que dejára el trono, pase; pero dejarnos á nosotros sin cabezas, eso no, pues la mia al ménos se halla muy á gusto sobre mis hombros.

Una carcajada general de los ricos-hombres respondió á estas palabras.

El Rey quiso salir detras de ellos, pero por más que hizo no pudo ya: los hombres de armas, caladas las viseras y bien empuñadas las partesanas, le cerraron el paso como si no le conociesen.

D. Ramiro se desesperó, y con razon que le sobraba.

No contar con esta resistencia de los ricos-hombres habia sido imprevision notable; mas el monje no lo atribuyó á eso, sino más bien á enemistad del Cielo, que queria quitarle los medios de hacer penitencia y de morir en gracia.

Su cerebro, enflaquecido con la contínua meditacion religiosa, y lleno de preocupaciones y de misteriosas historias, parecia no conllevar ya el menor peso que echase sobre él la mala fortuna.

Dos ó tres veces rogó á sus guardias que enviasen por el abad de Mont-Aragon, á fin de que al punto le absolviese, aunque hubiera de dejar abandonada la empresa de coronar á su hija; pero los fieros soldados no hicieron caso de sus ruegos.

Su imaginacion comenzó entónces á representarle como posible que los ricos-hombres quisieran asesinarle; y, ántes que no la muerte, espantábale el perder la vida sin haber hecho penitencia. Y al propio tiempo el gran impulso de ira que excitaron en él las

palabras descomedidas de los grandes, se iba convirtiendo en abatimiento: la reaccion fué horrible.

Así pasó el resto del dia encerrado, y preso en su propio alcázar el Rey de Aragon, y en el entretanto, todo Huesca era rumor, todo armas, todo aprestos de guerra.

De una parte los ricos-hombres atendían á llevar adelante sus empeños; y, aunque vacilando aún sobre lo que les conviniese hacer, disponíanse ya para resistir á los amigos del Rey, si los tenía, y á los Reyes extranjeros que por piedad ó por ambicion pudieran tomar parte en la contienda.

De otra, el pueblo á quien rápidamente habian llegado, como suele suceder, las nuevas del suceso, y no poco alteradas como siempre, más asombrado que resuelto, vagaba por acá y por allá llenando en copiosa muchedumbre calles y plazas; pero sin expresar ningun sentimiento de aprobacion ni de cólera.

Y los servidores de la casa del Rey, amedrentados, huian ó se escondian, que suele ser costumbre de tales gentes en ocasiones como ella.

En tanto la Reina doña Ines, harto acostumbrada ya á no ver á su esposo, ignoró por muchas horas lo que ocurria.

Hallábase asomada en un agimez del alcázar, desde donde miraba correr las aguas de la Isuela, formando cien revueltas por entre los sotos frondosos de sus orillas.

Allí procuraba divertir sus ojos con las hermosas vistas que descubrian; mas, ¿cómo apartar de su mente tan negros pensamientos como la acosaban?

A su lado estaba Castana con la tierna princesa en los brazos. De cuando en cuando volvia el rostro la madre, y aplicaba sus lábios con indecible deleite en el rostro de la hija; y áun á veces, la bañaba en llanto, que luego cuidadosamente secaba con una finísima *fazalella* ó pañuelo de aquellos que, ya por entónces, venian de Flandes.

Sonaron dos golpes ligeros á la puerta de la estancia, y Castana fué á abrirla, llevando en brazos á la princesa.

Nunca lo hubiera hecho, porque en el propio tiempo que abria, saltaron sobre ella dos guerreros, y arrancándole el uno á la princesa de los brazos, se la dió al otro diciendo:

—Ponedla en seguro.—Y éste desaparció como un relámpago.

Castana prorumpió en un grito lastimero y cayó contra el muro desvanecida.

Doña Ines volvió el rostro al oir aquel grito. Mirar y ver que no estaba allí su hija, fué obra de un instante, y dirigiéndose á aquel de los guerreros que habia permanecido en la estancia, le asió del brazo con fuerza y le dijo con voz temblorosa:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Quién sois? ¿Dónde va mi hija?

El guerrero se alzó la visera, y la Reina reconoció en él á Roldan.

—¿A dónde se han llevado á mi hija, Roldan? ¿Esto os ha mandado el Rey?

—Confiad, señora, en quien la tiene en sus manos,—respondió el caballero.

—No, no confio en nadie. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija?—exclamó la Reina.

Y seguida de Castana, que habia ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causara aquel acontecimiento inesperado, se precipitó por la puerta sin saber á dónde iba.

—¡Pobre mujer,—dijo para sí Roldan,—que aunque ambicioso y fiero, no carecia de la sensibilidad caballeresca de su tiempo. Ya se lo decia yo á Lizana; pero él discurre á fuer de prudente. ¿Cómo hemos de dejar escapar tan importante presa y rehenes? Acaso la prision del Rey no seria nada sin esta. Tristes tiempos y ocasiones vamos alcanzando: no puede uno siquiera ser galante con las mujeres, que es lo primero que le enseñaron sus padres.

En estos pensamientos embebecido, se alejó por opuesto camino del que habia traido la Reina.

CAPÍTULO XII.

De cómo Aznar Garcés era hombre que solía hallar todas las puertas abiertas.

¡Ay Dios que buen caballero
El maestre de Calatrava!
(*Romance viejo.*)

La Reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, cruzaron anchos corredores, sin sentir otro ruido que el que producian sus pisadas.

—¡Mi hija, mi hija!—gritaba la Reina de vez en cuando, pero en vano.

Y el caso era que no sabía si por mandado de su esposo se la habian quitado ó no: si estaba ó no segura su vida misma.

Al cabo de mucho andar y revolver llegaron á una puerta donde se hallaban de guardadores dos hombres de armas. La Reina, sin verlos siquiera, se lanzó á la puerta; pero los hombres de armas cruzaron delante de ella los hierros de sus partesanas, y la impidieron que entrase.

—¿Qué haceis?—dijo doña Ines,—¿sabeis que os oponeis al paso de la Reina?

Los hombres de armas no respondieron, y tranquilamente se apoyaron sobre sus partesanas, como ántes estaban.

Doña Ines comprendió que aquello podia muy bien tener relacion con el rapto de su hija.

—¿Sois vosotros, — tornó á decirles,—los que guardais á la princesa? Dejadme que entre y la dé siquiera un beso: mirad, guerreros, que soy su madre.

No respondieron ellos tampoco; pero en aquel momento salió, como de lo interior de la sala, un hondo gemido.

Doña Ines se extremeció: la voz era muy conocida de ella, y penetró en sus entrañas.

—¿Quién está ahí?—exclamó llena de horror.

Otro gemido más doloroso que el anterior volvió á escucharse.

Doña Ines, sin más poderse contener, se arrojó á la puerta; mas los soldados volvieron á cruzar las armas, y uno de los hierros hirió levemente su mano derecha.

Al ver correr la sangre de su señora, Castana se abrazó con ella, gritando:

—Estais herida, señora, herida. ¡Favor, favor, que han herido á la Reina!

Oyéronse entónces unos pasos un tanto presurosos en lo interior de la estancia, y uno de los hombres de armas dijo al otro:

—Oye, Corberan: paréceme que nuestro prisionero se levanta y que viene hácia acá: bueno será

que entres adentro, miéntras yo guardo la puerta.

Y en esto las sombras de la noche habian inundado completamente el espacio: los aposentos del alcázar se miraban todos en la mayor oscuridad: no se oian por ninguna parte escuderos ni servidumbre: las únicas personas que ocupaban el lugar de la escena, eran aquel hombre de armas que habia quedado plantado en mitad de la puerta, inmóvil y silencioso, y á poco trecho dos mujeres llorosas y aterrorizadas, que eran la Reina doña Ines, y Castana.

Una sola antorcha sujeta á una escarpia del muro alumbraba el sitio.

De pronto se reflejó en el suelo una figura negra y corpulenta, que venia de la parte de las sombras, y al revolver un ángulo del corredor acababa de ser descubierta por la luz de la antorcha.

Doña Ines no pudo reprimir un ay de espanto: Castana, por el contrario, lanzó un grito de alegría.

—¿No ves Castana? ¿No tiemblas? — dijo la Reina.

—Léjos de temblar, señora mia, no quepo en mí de gozo: es el almogábar, aquel almogábar que salvó la vida á mi señor el Rey el dia de las fiestas.

—¿De véras?—exclamó llena de júbilo la Reina.

—¡Oh! pues que corra al punto, porque dentro de ese aposento he oido gemir á mi esposo: era él, era él, y Dios sabe si lo habrán muerto, los asesinos que me han robado á mi hija.

—Confiad, señora, en su valor; que él es capaz, segun yo creo, de acabar sólo con todos los asesinos del mundo.

A la sazon el almogábar caminaba por el corredor adelante, como hombre que bien conocia los pasos y que solía transitar por allí. Pero como se encontraban cási en la oscuridad, no le era dado distinguir las dos mujeres al que venia, bien que á él clarísimamente le distinguieran ellas.

Castana se le acercó silenciosamente, y tocándole en el brazo con dulzura, le dijo:

—Aznar, Aznar, ¿quieres servir de nuevo al Rey en cosa en que acaso le vaya la vida?

—¿Quién eres?—respondió el almogábar.—¿Eres por ventura alguna dama encantada, de esas que dicen, que suelen habitar en estos palacios y castillos? ¿De qué Rey me hablas? Si fuera del de Aragon, mi señor, no tienes más que disponer de toda mi sangre en su servicio; mas si es de algun Rey moro, de aquellos que levantaron éste alcázar, no digas más, que soy cristiano aunque pecador, y mis abuelos fueron godos por todos cuatro costados, y, ántes que no á servir, aprendí á matar Reyes de esa laya. Y aún si quieres que te desencante y está en poder humano, yo lo haré de muy buena voluntad, que, puesto que seas mora, todavía ha de valerte la dulzura de tu voz y la hermosura que en tí estoy ya imaginando.

—Ménos imaginaciones, seor almogábar, y vamos á las obras. Yo no soy mora, ni estoy encantada, ni soy otra cosa que la honrada Castana, doncella de la Reina doña Ines, á quien sirvo; la cual está aquí á nuestro lado, toda llorosa, porque, en aquel aposento frontero, ha oido gemir muy tristemente á su es-

poso el Rey D. Ramiro, y recela que le haya acontecido alguna desdicha.

—¿Con que eres tú, Castana? ¿Tú á quien vengo buscando?—replicó el almogábar.—¡Pecador de mí que no te haya conocido! Y es que tu voz está alterada: ¿será posible que le haya acontecido al Rey alguna desdicha? ¿Quién osará ofenderle que no muera al punto á mis manos?

—Sálvale, almogábar, sálvale,—dijo entónces la Reina doña Ines, señalándole la puerta.

—Ten, ten,—repuso Castana.—Hay dos hombres de armas en el aposento: cuenta con que te negarán la entrada.

—¿Qué es negar?—repuso con terrible acento el almogábar y echó mano á sus dardos.

Lo distante del lugar donde esta conversacion pasaba, y la cási oscuridad del corredor, impidieron que el atalaya se apercibiese al pronto de cuántas eran las personas que hablaban; que puesto que divisase al léjos los bultos, creyó por algun tiempo que eran los que hacian las mujeres que habia despedido, sin reparar en la figura del almogábar. Las últimas palabras dichas por éste con fuerte acento, le dieron á conocer que habia allí un hombre; y á tiempo que Aznar Garcés, pues tal era, como sabemos, el nombre entero del almogábar, ponia mano á sus dardos, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién va?

—Un escudero del Rey,—respondió Aznar,—que os manda que dejeis libre esa entrada para él, y estas damas que con él vienen.

—Pues volveos por otro camino, escudero,—repuso el otro,—que no hay por aquí paso esta noche.

—Sí lo habrá,—dijo Aznar,—aunque haya de servir de escalon tu maldito cuerpo. Y asestando contra él uno de sus dardos, le partió el corazon, de suerte, que no acertó á dar un gemido.

—¡Qué no le mate!—exclamó la Reina.

—Rogad á Dios por su alma,—respondió Aznar. Y apartando el cadáver de la puerta, sin otra ceremonia que un puntapié, entró adelante, seguido á alguna distancia por la Reina y Castana.

Halláronse primero con una antesala estrecha, y de allí pasaron á un aposento vacío, en el fondo del cual se descubria una puerta, por cuyas rendijas salian los reflejos de una luz opaca y cási perdida, en aquel espacio tan ancho.

Al llegar como á la mitad de este aposento, la puerta se abrió, y apareció ante ellos el otro hombre de armas, que sin duda volvia á reunirse con su compañero, el que quedó de atalaya. Y no hay más sino que lo logró, aunque no como él imaginaba. Porque á éste ni aún le dejó preguntar quien va el almogábar, sino que desnudando la corta y ancha espada que llevaba al cinto, se fué para él, gritándole al propio tiempo con salvaje alarido:

—¡Vas á morir!

Sorprendido el contrario, apénas tuvo tiempo bastante para esperarle con la partesana.

Aznar de un sólo golpe cortó el robusto mango de roble de aquel arma, y echó á tierra la cuchilla. Dando en seguida un salto y otro alarido horrible, le

asió con la siniestra mano por el cuello, y con la diestra le sepultó en el pecho la hoja de su espada.

Aquel hombre de armas cayó como el otro, sin darle tiempo la muerte para que articulase una queja.

Al sentirse el ruido de la caida apareció al dintel de la puerta el Rey D. Ramiro, trayendo en la mano una pequeña lámpara, de donde salía la escasa luz que, desde ántes, se percibia.

No bien apareció, doña Ines se adelantó precipitadamente á encontrarle, y el almógábar, envainando la espada, se paró ante él con respetuosa apostura.

—¿Erais vos, D. Ramiro?—dijo la Reina.

—¿Erais vos, doña Ines?—dijo el Rey.

—¿No os han hecho nada, esposo mio?—añadió aquella.

—Nada, sino es tenerme preso,—contestó éste.—¿Paréceos poco para vasallos? ¿Mas por qué gritábais hace poco? No sé cómo habeis podido llegar hasta aquí.

—¿Cómo?—exclamó Castana.—¿No veis quien viene con la Reina? Es Aznar, Aznar, aquel valiente almogábar que os salvó en otro tiempo la vida: él ha derribado á sus piés cuantos estorbaban el paso: no le hay más valiente en el mundo.

—¿Has muerto tú sólo á los dos guardas de esta puerta?—dijo el Rey, reparando entónces en los dos cadáveres sangrientos, tendidos á no muy larga distancia, en el suelo.

—Perdonad, señor,— contestó Aznar;—perdonadme, que en Dios y en mi ánima, creí serviros con ello.

—Al contrario, Aznar amigo: ¡cómo podré pagar-

te lo que te debo! ¡Te has perdido por hacerme favor! Las puertas están tomadas, te cojerán aquí dentro y te matarán.

—Ya abrí yo, señor, entrada, á pesar de los mesnaderos, que Dios confunda. Venid conmigo, si quereis, al postigo que dá á la puerta *Desircata* y le hallareis de par en par, porque, los dos hombres de armas que lo guardaban, cayeron muertos como estos.

—¿Tambien, Aznar?

—Tambien, señor: quisieron vedarme la entrada y.....—Paróse aquí un tanto confuso el almogábar, á pesar de su impavidez natural.

—¿Podremos huir por allí?—continuó el Rey sin reparar en ello.

—Sí podreis,—respondió Castana al punto:—que yendo con Aznar no ha de aconteceros desdicha alguna.

—Podréislo bien, segun pienso,—dijo Aznar modestamente.

—Apresurémonos, pues,—repuso el Rey.

—Tened, señor,—dijo Aznar.—Será bueno que os armeis; yo le quitaré el casco, y cota, y espada á este malsin que es muerto, y servirán para vos, si bien os place.

—¡Armas!—exclamó el Rey.—¿Hallaremos, por ventura, quien nos cierre el paso?

—¡Quién sabe!—respondió el almogábar meneando la cabeza.

—¡Oh! pues entónces no os expongais,—dijo doña Ines.—Quedáos aquí: ¿qué mal han de haceros vuestros vasallos?

—No se prende á un Rey por lealtad ni por cortesía, doña Ines: dígoos que no sé la suerte que podrian depararme. ¿Y aún creeis que esto vaya encaminado contra mí sólo? ¿No adivinais que la causa de mi prision es el que quieren esos ricos-hombres arrebatar el trono á nuestra hija?

—¡Ay de mí!—prorumpió entónces doña Ines dejando correr un mar de llanto.—Yo inquieta, temerosa, horrorizada, por no daros mayor pena, os he estado ocultando lo que pasa. ¡Me han quitado á nuestra hija! ¡Me la han robado! ¡La he buscado por todo el alcázar y no he podido dar con ella! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Dónde la habrán llevado? ¿Qué es lo que van á hacer con mi hija?

—¡Eso me ocultábais, doña Ines!—dijo D. Ramiro al punto.—¿Y cómo dejásteis que os la arrancaran de los brazos?

—¡Ah! de la propia suerte, señor, que vos dejásteis que os prendiesen,—dijo doña Ines sollozando.

El Rey notó que el rubor le quemaba las mejillas, y volvió á sentir en sus venas la excitacion poderosa de dignidad y de ira que tanto maravilló á los ricos-hombres, en la mañana de aquel propio dia.

—Está bien, doña Ines,—respondió.—Yo vengaré la afrenta mia, y á la par rescataré á nuestra hija. Por su vida no temais, que harto les importa á los grandes el conservarla en rehenes. Quedáos en este alcázar hasta que yo venga, que á vos tampoco han de faltaros en cosa alguna; ántes les convendrá que mostreis conformidad con vuestra suerte. Aznar, trae acá esas armas.

El almogábar le ayudó á que se las vistiese, no sin gran dificultad, porque al Rey, á pesar de su buen ánimo, éranle harto molestos aquellos desusados atavíos.

No bien le vió armado, dijo el almogábar, si con gran respeto, no con menor firmeza:

—¿Vamos, señor?

—Vamos,—respondió el Rey.—Doña Ines, ¿no dareis á vuestro caballero alguna presea ó divisa? Voy á hacer mis primeras y últimas armas: favorecedme con la proteccion de vuestro nombre.

Doña Ines no respondió por de pronto. Mas arrancando de su cintura una cinta blanca muy ancha y bordada de oro, la ató en el brazo de su esposo, diciéndole al propio tiempo:

—Ahí van mi color y mi mote, D. Ramiro.

El Rey miró las letras, primorosamente bordadas en la cinta, y leyó de esta suerte: *Sin esperanza.*

—¿No la teneis de ver más á nuestra hija?

—Cruel sois, señor,—repuso la Reina, y se cubrió el rostro con las manos.

D. Ramiro la saludó tiernamente, y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta corta conversacion, el almogábar habia dado señaladas muestras de impaciencia; y al verla terminada, echó á andar de prisa como para estimular el paso del Rey.

Castana, que habia recogido la lámpara de manos de D. Ramiro, fué á alumbrarles algun trecho, hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol, que bajaba á uno de los pátios del alcázar.

Al despedirse allí, se inclinó Castana al oido del almogábar, y le dijo:

—Si no llevas divisa ni mote, contigo sí, que vá mi esperanza, Aznar: cuida, que mucho confio en ella: cuida que no me la pierdas, y que te vea yo volver sano y salvo. Pero no vuelvas por Dios á querer desencantar ninguna mora, aunque por ahí vuelvas á encontrarte otra noche en un pasadizo cási á oscuras.

El almogábar fijó en ella los ojos con harta mayor dulzura que solía. Y notando el subido color con que la vergüenza bañaba sus mejillas, y la apasionada expresion de queja y cariño de sus ojos, le contestó:

—Yo cuidaré de tu esperanza, muchacha; que puesto que hasta ahora no haya estimado la vida en valor de un ardite, al verte á tí interesada por ella, se me antoja que es cosa de algun precio.

No hubo tiempo para más.

D. Ramiro y el almogábar desaparecieron en la primera revuelta de la escalera, y Castana volvió al aposento donde habia dejado á la Reina, á la cual halló ya puesta de hinojos y orando.

La pobre muchacha, por más que amase á los Reyes y se interesase por su buen servicio, no pudo ménos de echar de ménos la compañía de Aznar, de que, segun dejó entender entre dientes, solía disfrutar todas las noches á aquella hora misma. ¿Y quién sabe lo que para su coleto diria Aznar, si como parece, venía buscando á Castana sola, cuando tropezó con los hombres de armas y doña Ines y D. Ramiro; puesto que buscando amor, se encontró por azar con

aquellos peligros, y, tuvo que derramar sangre, en vez de pronunciar palabras tiernas? Razon tenia el almogábar para quejarse de su fortuna, pero tal era él, y tan dado á las armas, que no parece probable que lo hiciese no obstante.

CAPÍTULO XIII.

Comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero D. Ramiro de Aragon y su escudero Aznar Garcés.

Muerta la lumbre solar
Iba la noche cerrando
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.....
Llevan, porque se presuma
Quien de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de delante con pluma.
EL CAPITAN MONTOYA.—*(Cuento nuevo.)*

Al pisar el patio del alcázar el fugitivo Rey y su compañero, tropezaron con una mesnada que venía haciendo la ronda.

—¿Vamos á ellos, Aznar?—dijo D. Ramiro.

—No por cierto,—respondió el almogábar,—si podemos engañarlos. Reservémonos las fuerzas para más adelante, que, si Dios no lo remedia, no han de estarnos de sobra las que tengamos.

—¿Quién va?—preguntaron los de la ronda.

—Mesnada es de Férriz de Lizana,— respondió Aznar.

Y sin más pasaran unos y otros adelante.

—Mucho sabes, Aznar,—dijo el Rey. — ¿Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarian libres?

—¿Quiénes habian de ser,—replicó el almogábar,—los desleales que os pusieron prisionero, sino vuestros ricos-hombres? ¿Ni qué otro habia de ser cabeza de tal rebelion, si no era Férriz de Lizana?

En esto llegaron al postigo que buscaban, y le hallaron abierto sin otra guarda que los cadáveres de los dos hombres de armas que allí mató Aznar.

—¿Sabes Aznar,—dijo el Rey, santiguándose,—que tienes cosas muy extrañas? ¿Por qué se te ocurrió forzar este puesto y entrar en el alcázar?

Aquí el almogábar se halló por segunda vez embarazado sin acertar á dar respuesta. Al cabo, como si no hubiese atendido á lo principal de la pregunta, respondió de esta manera:—Llegué al postigo sin saber que esos pobres diablos lo guardaban, y díjeles cómo tenía licencia y autoridad de vos para entrar en el alcázar cuando se me antojase. Oir esto y soltar la carcajada los muy perros, fué todo uno,—váyase el mendigo,—exclamaba éste,—no hay moneda que darle,—decia el otro,—¿quieres una mala capa con que arroparte?—preguntó el primero; y el segundo me ofreció burlescamente un jubon hecho girones que halló entre las inmundicias de la calle.—Sois nuevos en armas,—les dige:—sin duda que no habeis visto almogábares, ni hasta aquí supísteis de ellos; mas yo os daré leccion tal, que otra no necesiteis en la vida.

Ydiciendo y haciendo, puse mano á mis armas, y San Jorge me ayudó y di con entrámbos en tierra. Pero ya estamos fuera de la puerta, señor: apretemos el paso, porque temo que nos persigan. Aquella ronda que encontramos en el patio del alcázar, se encaminaba, por lo que vi, á los aposentos que acabábamos de dejar; y no bien noten nuestra falta, enviarán caballos ligeros á que sigan nuestras huellas.

No dejó de ocurrírsele alguna observacion á D. Ramiro sobre el tal relato; pero las últimas palabras del almogábar le hicieron olvidarla, fijándose sólo en lo que más á la sazon le importaba. Y por largo rato ni D. Ramiro ni el almogábar hablaron palabra.

El Rey fué quien primero rompió el silencio, diciendo:

—¿A dónde me guías, Aznar?

—A la montaña, señor, á donde hallemos seguro por lo pronto; que luego será tiempo de pensar en otra cosa.

—Es que yo quisiera reunir vasallos y armas con que contrarestar á esos empedernidos ricos-hombres.

—Ni unos ni otros han de faltaros, que así aquellos montes como los vecinos de Cataluña andan poblados de almogábares, que es gente entre la cual no distinguiríais un hombre de otro, más que uno de otro negro africano, de los que alguna vez traen los moros. Por allí hay hartas fragosidades donde escondernos, y amigos que nos ayuden; pero lo primero es salir de este llano maldecido donde los caballos pueden atropellarnos á mansalva, y llegar á tierra de espinos y

guijarros. Luego de monte en monte irémos hasta donde convenga.

—¿De qué gente hablas?—dijo el Rey.—Mira, Aznar, que yo no me fio ya de nádie.

—Fiaros debeis de estos que digo, que no son de los ricos-hombres y caballeros que os desacatan, sino de los leales montañeses que guardan la frontera.

—Paréceme, Aznar, que tú andas descontento de mis ricos-hombres, y que no es de ahora el rencor que les muestras.

—Confiésoos, señor, que no gusto de verlos hartos de oro y poseedores de ricos castillos, y soberbios y lujosos, miéntras yo duermo sobre las piedras, y me alimento con la carne de las fieras que mato, y la yerba que cojo con mis propias manos.

—Eso es murmurar de Dios, Aznar: no todos han de ser grandes en la tierra.

—Ni todos Reyes, señor: nosotros los hijos de la montaña no queremos sino que uno solo nos mande, ni más que á uno solo respetamos como vasallos. Sea éste rico, sea éste honrado, sea éste poseedor de joyas y castillos, y todos los demas obedezcan y repartan entre sí los bienes de este mundo, que es lo que quiso nuestro Redentor.

—No pensaba yo que tan buen discurso tuvieses, Aznar. Sabes demasiado para tus años y para la vida que traes. Paréceme al oirte que estoy oyendo á mi difunto padre, al abad, digo, de San Pons de Tomeras, que es á quien yo tenía por tal hasta que Dios se lo llevó para sí. Y en verdad,—añadió suspiran-

do,—que si yo hubiera seguido sus consejos, no me veria en el trance que me veo.

—No sé qué consejos serian los del santo abad; pero de mí sé decir, que me habria parecido más espléndida la *Misleida* el dia de vuestra coronacion y jura, á hallar debajo de sus bóvedas algunas cabezas ménos y algunas sepulturas más, con sus mármoles y letreros de oro.

—Siempre sangre, sangre: yo no sé, yo no quiero derramarla jamás.

—Pues ya sabeis que dice el adagio que *la letra con sangre entra*; y.....

—¿Tambien sabes de adagios, Aznar?

—Los de esta especie, señor, se aprenden muy pronto en la montaña; y eso que no hay por allá más letras que las de los misales de las ermitas y monasterios.

—¿Y aprendeis tambien por allá los nombres de los ricos-hombres rebeldes? Porque ántes te oí señalar como tal á Férriz de Lizana.

—Los nombres no, pero aprendemos á conocerlos; así es que no bien miré el rostro á ese viejo Lizana, se me vino en mientes que lo era.

En tales pláticas iban pasando el tiempo y andando leguas, el almogábar con la facilidad de quien eso hacía por costumbre, D. Ramiro, con la dificultad de quien jamás habia caminado á pie por largo espacio, ni habia llevado á cuestas peso tan grave como el de una armadura de hierro.

Al cabo de tres horas de camino, el Rey se sintió completamente rendido y se sentó sobre una piedra.

—La noche está oscura,—dijo,— y áun faltan muchas horas para el alba; bien podemos descansar un poco, Aznar.

—No lo permita Dios, señor: ántes haced un esfuerzo y salvémonos en la cercana montaña.

—No, no puedo dar un paso, primero consentiré que me cojan los rebeldes.

—Ea pues, cargaros hé sobre mis espaldas. Subid, y os llevaré como pueda hasta allá.

—Eso, no, mi fiel Aznar: seria inútil huir de tal suerte. Nos alcanzarian al punto, y, tan rendidos, que ni siquiera podriamos defendernos.

—Es verdad, señor, ¿pero qué hemos de hacer? Pararnos aquí es imposible sin correr gravísimo riesgo.

En aquel momento se oyó, no léjos de allí, el ladrido de un perro y el canto de un gallo.

Aznar se dió una palmada en la frente, como si alguna idea feliz se le ocurriera, y dijo al Rey:

—Esperadme aquí un instante, yo os traeré caballo donde podais ir á vuestro placer.

—¡Oh! no, Aznar,—respondió el Rey.—Mira que yo no me atrevo ya á montar á caballo: no he montado desde el dia aquel en que nos conocimos. No pienso montar más en mi vida.

—Voto va Dios.

—¡Aznar!....

—Perdonad que jure, señor: perdonadme, que así me criaron en la montaña, y mi lengua no acierta á contenerse como mi brazo no sabrá jamás abandonaros.

—Te perdono, te perdono; mas no hay que hablar de lo del caballo, Aznar. Tú no sabes tampoco lo que me sucede: tú no sabes tampoco lo que pesa sobre mí.

Y al decir esto, el semblante del Rey parecia inmutado; miraba al cielo y á Aznar, y temblaba.

El almogábar anduvo suspenso por algunos instantes, sin saber qué partido tomar ni qué hacer en tan extraño caso.

—Señor,—dijo luego al Rey,—¿ quereis que á vos os prendan de nuevo los ricos-hombres y á mí me maten sin remedio en castigo de la fidelidad que os he guardado? Y no hablemos de mi vida, porque vos no debeis tenerla en más que yo la tengo, que en harto poco es; pero de vos, señor, de vuestra prision, ¿cómo hemos de hablar con paciencia? ¡Ah! Yo recuerdo bien que prometísteis á la Reina, mi señora, vengar vuestras afrentas y áun rescatar á la princesa vuestra hija.

No obstante su fiereza, el almogábar se mostraba entónces un tanto vencido al dolor; y este sentimiento que se traslucia en sus palabras, hacíase mayor y más elocuente, al contemplar la poderosa expresion de su semblante y la enérgica resolucion que asomaba á sus ojos.

—¡Aznar!—exclamó el Rey;—tus palabras me penetran en el corazon, porque yo deseo rescatar á mi hija y deseo salvar tu vida. Mas no puede ser de esta suerte que me dices. Oye,—añadió bajando la voz y acercándose al almogábar, como si otro que él pudiera oirlo, en medio del campo anchuroso donde se

hallaban:—oye, Aznar, sábete que fué permision del cielo que el caballo mio se desbocase aquel dia. Yo tengo pecados, muy grandes pecados que purgar en en el otro mundo, y si ahora mismo vivo no es sino por misericordia sobrada de Dios. No me hagas tentar de nuevo esa misericordia: véte, véte tú de mi lado y sálvate y abandóname.

—Jamás, señor,—respondió Aznar,—¡qué poco conoceis á los almogábares! Ni á sol ni á sombra, ni de noche ni de dia, ni en poblado ni en despoblado, habré de separarme de vos miéntras esteis en desdicha. Yo moriré á vuestro lado, y vos volvereis á Huesca á ser en vuestro alcázar prisionero de los ricos-hombres, y vuestra hija quedará en sus manos: no hay ya otro remedio, segun veo.

Por largo rato hubo en ámbos silencio; y era que ámbos padecian á un tiempo. D. Ramiro porque luchaba con tan contrarios intentos: Aznar porque miraba perdidos en un punto todos los afanes empleados en salvar á su señor.

—¡Cómo avanza la noche!—dijo al cabo el almogábar mirando á las estrellas.—Antes de mucho vendrán los rayos del sol á señalarnos á nuestros perseguidores: pocas horas le quedan al Rey de ser libre.

Al oir esto, levantóse repentinamente D. Ramiro, y dijo con voz resuelta:

—¡Marchemos!

—¡Marchemos!—contestó el almogábar con júbilo.

Y así caminaron otra vez por algun tiempo.

Aznar habia aliviado al Rey de todo el peso de armas que podia: sólo llevaba éste aún, sobre sí, la

cota y las grevas, que no eran para vestidas de prisa en cualquier ocasion que se ofreciese. Mas con todo eso, no pudo continuar andando mucho tiempo.

Al llegar á unos matorrales muy espesos que ya se extendian por la izquierda del camino hasta la montaña, D. Ramiro se arrojó al suelo gritando:

—He hecho cuanto en mí estaba, no daré un paso más, no puedo darlo, me falta la respiracion en el pecho, y los piés se me han destrozado en las peñas.

—Todavía estamos en peligro,—murmuró Aznar.

—Quiere decir, que el cielo tiene determinado que no salgamos adelante con nuestros intentos,—contestó el Rey con evangélica resignacion.

—Pero, señor, — replicó Aznar desesperado:—¿cómo habeis de conocer la voluntad de Dios, si vos no poneis toda la vuestra en conocerla? Dejad que yo os busque un caballo: montad en él y corramos, que yo sé que Dios ampara siempre las buenas causas, y es buena la nuestra.

—¿Y si se me desboca de nuevo, Aznar, y si perezco ahora? Considera, que estoy aún en pecado: que puedo morir impenitente.

—Si el caballo se desboca, para eso está aquí el mismo dardo que otra vez lo paró en su carrera, y lo parará cien veces que sea necesario,—respondió el almogábar con seguro acento;—y en cuanto á lo de morir ahora, ¿de qué otra suerte lo habeis de temer más, que cayendo en manos de los ricos-hombres? Ya que han visto que sabeis escaparos, os guardarán con más cuidado que nunca; y no es de pensar

que ignoren que la más segura prision es el hoyo que abre el sepulturero en la tierra.

—¿Y crees tú, Aznar, que á tanto se atreverian mis vasallos?—exclamó el Rey, cruzando entrambas manos sobre el pecho, y alzando al cielo los ojos.

—Tengo buena memoria, señor, y recuerdo que no há mucho le decíais á la Reina: *no se prende á los Reyes ni por lealtad ni por cortesía.* Y teníais razon, por mi vida; que quien tal hace, dispuesto está á todo, y no habrá cosa que, por impía ó por extrema, le espante.

—¡Infames!—dijo el Rey con rábia.

—Infames son, señor; mas, si venís á sus manos, áun no han de faltarles medios para ocultar que lo sean tanto. Ya veis: cualquiera se mata de una caida, ó perece en las garras de una fiera, ó espira á manos de malhechores desconocidos. Y nada tendria de extraño que á vos los ricos-hombres no os encontrasen sino muerto; y que, muerto, os llevasen á Huesca, donde llorarían mucho vuestra desdicha, y os harian pomposas exéquias, al propio tiempo que se proclamaban señores del reino.

—Oh, Aznar, razon tienes sobrada en lo que dices. Es fuerza huir, huir á toda costa de esos maldecidos ricos-hombres. ¡Que no fuera yo tan ligero y tan fuerte como tú!

—Por eso para vos traeré yo un caballo donde bien camineis: en todos estos contornos hay lugares muy poblados y muy ricos, donde habrá sobra de ellos que traer á vuestro servicio. ¿Oís?.... hácia allá se

sienten otros ladridos y cantar de gallos: voy al punto á poner por obra mi intento.

—Pero, Aznar,—dijo el Rey;—¿cómo has de poder traer contigo un caballo? Los que haya, bien guardados estarán de sus dueños.

—Mal ha de estar con su vida quien estorbe mi intento,—respondió el almogábar;—quedáos ahí escondido en ese matorral, que no tardareis en verme llegar sano y salvo, trayendo la presa conmigo.

Y sin decir más, echó á andar á largos pasos.

—¡Aznar! ¡Aznar!—gritó aún el Rey.—Mira, que es pecado tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño.....

Pero el almogábar no le oia ya. Todo se le iba en caminar y decir para sí:

—¡Loado sea Dios que me ha dejado convencerle! ¡qué tímido que es este Rey! Pero así nos le dió Dios, y así es preciso tomarlo. Cuanto y más que lo que á él le falte de resolucion, tiénenlo de sobra algunos de sus vasallos; y de todas suertes siempre es más digno de favor y ayuda un Rey, que no esos orgullosos ricos-hombres, que tanto mal nos hacen á todos, y tanto les han hecho en particular á los mios.

Así, por lo que se vé, pensaba ya alguna gente comun en el siglo remoto en que aconteció esta historia.

CAPÍTULO XIV.

Que es si no de los más largos, de los más singulares de esta historia.

No temian la braveza del mar
Ni las dificultades de la tierra.
MSS. DE CORBERA.

Aznar, separándose del sendero que llevaban, echó por unas hazas recien sembradas que, hácia la parte de la derecha se veían, y anduvo por ellas largo trecho.

De cuando en cuando sonaban voces indefinibles, unas veces más lejos, otras más cerca, segun soplaba el viento en el campo. Pasaron algunos momentos de incertidumbre, durante los cuales, el almogábar apuró cuantos recursos podia efrecerle su ejercitado instinto, y la sagacidad admirable de los de su laya, para conocer de qué parte venian tales voces y ruidos, que anunciaban poblacion cercana.

No bien lo hubo averiguado, echó á andar precipitadamente, y, al cabo de medio cuarto de hora, ó poco más, llegó delante de una pequeña aldea asen-

tada sobre una colina, orillas de un arroyo de poco caudal que con el silencio de la noche, claramente se oía zumbar entre las peñas.

Las boca-calles estaban cerradas con toscas empalizadas y zanjas, y, detrás de tales defensas, oíanse pasos como de gente que las guardase; que en los tiempos que corrían, ni el más miserable lugar estaba libre de algaradas ó rebatos, dado que si no los fraguaban moros, poco lejanos todavía, siempre habia rico-hombre codicioso ó pueblo rival que en ellos pusiese mano.

Aznar andaba tan calladamente, que no fué sentido de las atalayas del lugar.

Y notando que entrar por las calles no era posible, dió dos vueltas en derredor, á ver si parecia más hacedero asaltar alguna casa principal.

Eran las tápias de enormes piedras del vecino arroyo, unidas con argamasa de tierra, y de la cresta colgaban espinosas bardas. Aznar no se arredró, sin embargo.

Llegóse á una de gran apariencia para aquel tiempo y lugar, y de las que más léjos caían de las boca-calles donde estaban los guardas; y se encaramó en las tápias sin gran dificultad, á lo que pudo observarse.

Al llegar á la cresta desató de su cintura la ancha piel de toro, que traía por abrigo: plantóla sobre las bardas, y, apoyando en ellas las manos, saltó al otro lado. La caida hubiera sido mortal para otro que el almogábar. Mas éste se levantó, sin el menor daño, y atentamente se puso á mirar por el patio plantado de maiz, y árboles frutales.

Al fijar los ojos en un punto, se exhaló de su pecho una exclamacion de alegría: era que, á la parte frontera de aquella por donde habia entrado, descubría una puerta lóbrega sobre todo encarecimiento, pero sin postigo ni otra cosa que la cerrase.

Entró entónces por ella y se halló en medio de un espacioso establo: los bueyes continuaron comiendo su paja de centeno, con su ordinaria gravedad, y saboreándola tranquilamente. El almogábar no deseó más sino que en todos los habitantes de la casa hubiera igual reposo y mansedumbre.

Pero, ántes de mucho, los descompuestos ladridos de un perro vinieron á mostrarle que, no era para cumplido su deseo. El perro se acercaba, y Aznar temía lo largo de la lucha por el ruido, y porque daría lugar á que despertase la gente de la casa.

Recordando entónces una treta muy usada en sus montañas contra los lobos hambrientos, salió al patio, cortó una rama de fresno, y en un instante la afiló muy bien por los extremos.

Apénas habia acabado de hacerlo todavía, cuando el perro, que era un mastin enorme y defendido con collar y puntas de hierro, se abalanzó á él. Aznar le aguardó puesto de rodillas, cogido por la mitad el palo de fresno con la mano izquierda, y con la derecha levantada la cuchilla. Luego al verle ya encima, introdújole entre las quijadas el puño siniestro: quiso morderle el animal, y las dos puntas de fresno se le clavaron por arriba y por abajo á un tiempo, no dejándole más cerrar la boca.

Al punto que así lo tuvo sujeto, el almogábar le

descargó una cuchillada en la cabeza, tan sobre seguro, que el fiel can cayó muerto á sus plantas sin exhalar un ahullido.

No habia tiempo que perder, porque de un momento á otro la gente de la casa podía despertarse.

Aznar no habia encontrado aún lo que buscaba; pero estaba seguro de que, en casa como aquella, no podían faltar caballos de guerra, puesto que ningun rico de la época dejaba de tenerlos.

Salió del establo, y vagó algunos momentos por grandes cuadras de ganado y habitaciones desamparadas, hasta que al fin topó con dos soberbios caballos, puestos á un pesebre muy bien abastecido, segun lo que sonaba el crugir de dientes, con que se regalaban en él, aquellos animales dichosos.

Aznar, lleno de regocijo, desató el uno; mas entónces recordó que no tenía por donde salir con él.

A aquel hombre singular le bastaba saber donde estaba su objeto: el modo de lograrlo dejábalo siempre á la fortuna, y á su propio esfuerzo y destreza.

Otro que él no habria pensado en buscar caballo, solo y á tales horas, para D. Ramiro. Pero á pensarlo, hallándose en una poblacion tan grande y con las entradas fortalecidas, habria al fin abandonado su intento sin osar asaltar las tápias. Y si por acaso hubiese llegado á este punto, lo que es con el medio de rematar su obra, no habria acertado jamás.

Pero los almogábares no se parecían á los demas hombres, y Aznar era el más determinado de todos.

Pocos momentos le bastaron para imaginar cómo habia de salir de tal aprieto.

La cuadra se comunicaba con el interior de la casa por una gran puerta, cuyas maderas estaban harto quebrantadas del tiempo, y mal clavadas y unidas.

Aznar levantó con la espada uno de los tablones sin gran esfuerzo. Metió enseguida la mano, por la gran abertura que quedó, y pudo así descorrer la barra de hierro, que aseguraba por dentro la puerta.

Con esto no halló más obstáculo para entrar en el ancho zaguan de la casa. No se sentía aún allí el menor ruido: solamente los canes de la vecindad multiplicaban de una manera sus ladridos, que bien daban á entender que algo inusitado pasaba por allí junto.

Aznar, seguro ya del logro de su empresa, se encaminó á la puerta que daba á la calle, y la abrió de par en par: volvió á la cuadra, ensilló el caballo en un santiamen, y montándose en él de un salto, salió á escape.

No habia perdido de vista todavía la casa, cuando sintió por todos los contornos abrirse y cerrarse postigos, y preguntarse unos á otros los vecinos qué novedad era aquella, de que en tales horas corriera tan desesperadamente un caballo por el lugar.

Poco despues oyó ya detrás de sí los gritos de ¡alarma, al ladron, al ladron! los cuales partían sin duda de la casa de donde habia sacado el caballo.

Aznar preparó sus dardos, y apretó más los hijares al animal, que en tan corta carrera echaba blancos espumarajos por la boca.

De pronto, al revolver un esquinazo, hallóse en cierta plazoleta que caia ya fuera del lugar: sólo que

estaba cerrada con empalizadas y zanjas como todas las otras salidas.

Tendió entónces la vista, y divisó á un hombre que allí hacia la atalaya, el cual se adelantaba hácia él como para reconocerle.

No habia otro medio de escapar que combatir, y el almogábar no quiso dilatarlo. Luego que se halló á proporcionada distancia, disparó contra él uno de sus dardos, más no acertó el golpe.

—Voto va, mal dardo,—exclamó Aznar;—que es la primera vez que me faltais, y que en peor ocasion no pudísteis hacerlo.

Sacó el otro dardo, lo disparó, y aquella vez tuvo más fortuna: el atalaya cayó muerto á sus pies.

Entónces salvó zanjas y empalizadas de un salto, y, así como se contó por libre, partió á toda rienda hácia el punto donde le esperaba D. Ramiro.

Mas tuvo que pasar por delante de algunas de las tápias del pueblo; y los vecinos ya dispuestos, y aquí y allá apostados, dispararon contra él un diluvio de flechas y piedras.

Aznar temió que le matasen el caballo y que fuesen perdidos sus esfuerzos; pero no podía por ménos de pasar al lado de las tápias, porque al frente de ellas estaba casi tajada la colina, y más allá muy quebrado el terreno, de suerte que el salto podía estropear al bruto, que parecia generoso y fuerte. Alguna vez, al oir zumbar la piedra, poderosamente disparada de honda enemiga, miró al caballo y exhaló un grito de ira; y al sentir por junto á su cabeza los silbidos de las flechas y ballestas, agradeció más á Dios, que

su propia salvacion, la salvacion de aquel bruto, que era la única esperanza del Rey.

Mas ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el ginete lo aguijaba más y más, y ántes de mucho pudieron, lejos de las tápias del lugar, y fuera del alcance de los irritados burgeses, correr sin obstáculo por el llano.

Y ahora advertimos que, por seguir al almogábar en su audaz intento y aventura, nos hemos olvidado del Rey, que como primero en autoridad, merece, sin alguna duda, prioridad y preferencia sobre todos los personajes de esta crónica.

Pero aunque se tache de importuno esto de citar y citar al autor primitivo de la historia, fuerza es decir que á él, ántes que á otro, corresponde la falta, puesto que así dejó colocadas las cosas en su manuscrito. Y es que al buen muzárabe, aunque leal, le divertían más el ánimo los hechos de Aznar, que los hechos de Don Ramiro, con ser éste Rey y aquél vasallo: achaque, en verdad, de algunos otros que han tenido ocasion de saber los vários y cási increibles sucesos de esta historia.

CAPÍTULO XV.

De un miedo muy grande con que probó Dios á cierto caballero, y cómo éste se dispuso á recobrar su honra con grandes hazañas.

....Et Deus recessit à me
Et exaudire me noluit.
SAUL.

Las riendas tomad, señor,
Con aquesta mano misma
Con que asides el escudo,
Y ferid en la morisma.
El Rey, como sabe poco,
Luego allí les respondia:
—Con esa tengo el escudo
Tenellas yo no podria,
Ponédmelas en la boca
Que sin embarazo iba.
(Romance viejo.)

D. Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar: solo en el ancho y silencioso campo.

La noche no era oscura; pero los matorrales, que vestían uno de los lados del camino, hacian que lo pareciese, dando de sí una sombra densa y fatídica.

Por algunos momentos se mantuvo aún D. Ramiro en medio del camino. Luego se dirigió pausadamente hácia el matorral, y se sentó en lo más espeso de él,

al pie de unos enebros de ágrias y verdes hojas, en sitio desde donde bien podia distinguir la vuelta del almogábar.

Las sombras lo envolvian allí de suerte que no veia nada en derredor suyo. Sólo al léjos alcanzaba su vista, allí donde el matorral no extendia ya sus apretados troncos y enmarañado ramaje, donde la luna, que andaba embozada y esquiva, y las lejanas estrellas podian derramar libremente su luz pálida.

Cualquier hombre tranquilo, despreocupado, se habria conmovido en aquel lugar: cualquiera habria dado entrada en su ánimo á pensamientos melancólicos. D. Ramiro no tuvo que darles entrada, porque ya los tenia dentro de sí: no hizo más que fijarse en ellos.

¡Oh! ¡La muerte, la muerte! Este fué el primer pensamiento que ocupó su atencion: aquel hombre no se ocupaba tanto en otra cosa ninguna. Quien quiera convencerle de algo, ha de conminarle con la muerte de no hacerlo: quien quiera mantenerle en un propósito, sólo con la idea de no morir, lo mantendrá: quien quiera enternecerle, háblele de la muerte: quien quiera darle contento, haga, si es posible, porque no recuerde la muerte jamás.

Y sin embargo, aquel hombre corria acaso á levantar la guerra y á provocar mortíferos combates. Aquel hombre habia alzado el cláustro de San Pedro el Viejo, donde existe, como en su propio lugar y aposento, la idea de morir: donde se desvanece, sin querer, la idea de la vida: habia edificado tranquilamente su sepulcro.

No ha de decirse por eso que D. Ramiro fuese un hombre extraordinario en el bien ó en el mal, en esta ó en aquella calidad de espíritu. Léjos de eso, lo que principalmente lo distinguió en la vida, fué su vulgaridad misma, fué el parecerse al comun de los hombres.

Tales contradicciones y luchas viven siempre en el alma humana, refrenadas por la voluntad poderosa, ó libres y sueltas á su albedrío.

La duda en la voluntad trae al punto la contradiccion en las obras. Y que D. Ramiro dudaba ¿quién ha de ignorarlo que haya seguido los pasos de la presente historia? Queria salvar su alma y salvar á su hija: atormentábalo el haber pecado tanto contra sus votos y tambien el no haber hecho ya penitencia; y en el punto mismo en que habria dado la vida por rescatar á su hija y vengarse de los ricos-hombres, consideraba que no podia darla, por nadie, ni por nada, puesto que se cifraba en vivir la salvacion de su alma.

En este estado del espíritu, son los sentidos absolutos señores del hombre. Porque como á la voluntad la falta norte y enmudece y se para, queda á ellos abandonado el pensamiento; y segun las impresiones externas que le comunican, se inclina él de acá ó de allá, ora al recelo, ora á la esperanza, ya á la desesperacion, ya á la alegría.

Así es que, al verse en aquel matorral D. Ramiro, ¿quién habia de señorear sus pensamientos, sino la sombra espesa que cegaba sus ojos, y los vagos murmullos que quebrantaban sus oidos? ¿Quién sino las inocentes matas que, viciosas, crecieron en aquel pa-

raje, sin sospechar que Rey fugitivo ni monje en pecado, ni padre amoroso, ni esposo ausente viniera á buscar albergue debajo de ellas? ¿Quién sino la turba de reptiles desconocidos que nacen para vivir un dia arrastrándose por los troncos de los árboles, ó removiendo, al correr por el suelo, las hojas secas?

En la duda que pesaba sobre D. Ramiro, tocante á sus deberes: en aquella contradiccion perpétua que le hacia amar y despreciar la vida, temer y buscar la muerte, su pensamiento quedó entregado á las tinieblas y á los ruidos de la noche, á las matas y á los reptiles, los cuales dieron la victoria al horror; y, fuerza es decirlo, el buen campeon se sintió aquejado del miedo.

Que cuesta pena creerlo cuando todos sabemos quiénes fueron sus padres: hombres de hierro que así morian como vivian, mordiendo polvo y apellidando guerra. Pero á bien que de ninguno de ellos se cuenta que llevára sobre sí la duda y el remordimiento que D. Ramiro; y á bien que ninguno de ellos fué criado, como éste, entre salmódias y cilicios, en un monasterio humilde de benitos.

¡Cuántos latidos le costó al corazon de D. Ramiro cada mecida de las ramas que aquí y allá empujaba el viento: cada silbo, cada paso, cada voz de los insectos que bullian en la espesura!

Dos ó tres veces se levantó para huir; pero ¿á dónde iba? Tuvo que desistir de su propósito. Temió que lo hubiese abandonado Aznar y que ya no volviera: temió que todo lo pasado fuese trama de los ricos-hombres para traerle allí y matarle más á su

placer; temió hasta, que el rayo del cielo viniera á herirle entre la maleza, ó que pudieran devorarle los insectos, ministros viles de la cólera de Dios.

Hubo vez en que sintió claramente el galopar de muchos caballos: luego los vió cruzar por el camino con sus propios ojos, y rezó y tembló, y en su ánimo experimentó ya todo el arrepentimiento de la última hora y todos los tormentos del suplicio.

Pero los caballos siguieron adelante, y D. Ramiro volvió á quedarse á solas con su miedo.

Y así pasó muy cerca de una hora: hora, durante la cual, vió D. Ramiro la imágen de la muerte debajo de todas las formas posibles, y agotó todas las oraciones y toda la contricion de su espíritu.

Al cabo oyó el ruido de un solo caballo que á la carrera se acercaba, y, un momento despues, apareció Aznar en el camino: echó pié á tierra, y miró por todas partes por ver si hallaba á D. Ramiro.

Mas éste apénas acertaba á dar crédito á sus ojos, y permanecía en el suelo tendido, debajo del tronco añejo, que, mudo, habia presenciado sus penas.

—Señor, señor,—gritó Aznar.

D. Ramiro no contestó.

—Señor, señor,—volvió á gritar el almogábar, no poco inquieto ya.

Hubo el mismo silencio.

Pero el almogábar tenia vista de lince é instinto de perro sabueso, y no tardó en hallarlo aún en medio de tanta oscuridad.

—¿Qué es eso, señor?—le dijo:—¿qué? ¿no quereis responder á vuestro fiel Aznar? Si he tardado algo,

ved que no fué mia la culpa, sino de esos perros lugareños que tienen harto guardada su hacienda.

D. Ramiro rompió al fin el silencio:

—¿Eres tú, Aznar?—preguntó con voz tímida.

—El mismo soy, señor: levantáos y dejad el enojo que en Dios y en mi ánima que no pude remediarlo.

Alzóse penosamente el Rey, y al verse junto al almogábar, se halló otro hombre: desaparecieron de repente los fantasmas que lo acosaban, y se sintió fuerte, audaz.

—¡Ah!—dijo al ver el caballo:—¿cómo has podido traerlo contigo?

—Montad en él, señor,—contestó Aznar;—y no perdamos más instantes.

—Vamos, Aznar, porque has de saber que he sentido pasar cerca de mí un escuadron de ginetes; y ahora sospecho que sean de los despachados en Huesca á perseguirme.

—Sí serán, señor,—repuso el almogábar,—que, á á la verdad, hemos perdido mucho tiempo. Subid os digo, y partamos.

—Ayúdame, Aznar: ya sabes que no soy muy gran ginete; como que no habia montado nunca en otras caballerías que las sesudas mulas del convento, cuando á estas tales desdichas y pecados me trajeron.

Y diciendo esto, puso las manos D. Ramiro en las espaldas del almogábar; y, con tal apoyo y el de las crines del bruto, logró encaramarse en la silla. Pero al retirar los dedos de las espaldas del almogábar, hallóselos bañados en sangre.

—¿Qué es esto, Aznar? prorumpió el Rey. ¿Estás

herido? No pasemos de aquí sin que yo te cure; porque has de saber que, allá en Tomeras donde yo me hallaba, aprendí un tanto el arte de curar heridos y enfermos.

—No pensemos en ello, señor: coged las bridas y vamos.

—Pero, ¿no te molesta la herida?

—Es una flecha harto aguda que ha logrado penetrar un poco por el tegido de la malla; mas no hayais temor, que eso así se lo curan los almogábares,—y diciendo y haciendo, se arrancó de un tiron la flecha y la arrojó de sí largo trecho.

—Pero tienes sangre tambien en la cabeza y en los brazos, Aznar; no, no partirémos de aquí sin que te cure.—Y el buen Rey fué á arrojarse del caballo.

—Por Dios, que no hagais tal,—exclamó el almogábar;—lo de la cabeza no pasa de una descalabradura: piedra de mal villano que, si yo no trajera tanta prisa, hubiéramela pagado aunque, por pacto con el demonio, se escondiera en el infierno. Y esto de los brazos debe ser de las garras de un can, que ya estará en el otro mundo, si para los canes lo hay.

—No digas esas cosas, Aznar,—replicó el escrupuloso monje.

—Y vos no os detengais, señor. Guiad acá á la izquierda, que, si nos persiguen, ya sólo por ahí podrémos escaparnos.

Picó D. Ramiro y partió el caballo á la carrera; el almogábar, liada en la mano derecha la cola del bruto, corria á la par del Rey.

—¿Sabes,—decia D. Ramiro,—que cada vez temo

más que se me desboque tambien este caballo?

—No hayais miedo alguno miéntras vaya yo aquí asido,—respondió el almogábar.

Y caballero y escudero corrieron de esta manera más de dos horas.

Poco ántes de romper el dia, dijo Aznar al Rey:

—Regocijáos, señor, porque ya estamos libres de los ricos-hombres.

—¿Qué, no temes que nos alcancen aún con caballos más ligeros que éste? Mira que yo pienso que unos que pasaron por cerca de mí durante tu ausencia, eran caballeros de Huesca, que iban en nuestra demanda. Bien que lo recuerdo ahora. Salvóme el matorral que allí habia de que me viesen.

—¡Ojalá que ya los encontrásemos y que fuese en estos sitios!—respondió el almogábar.

—¿Qué dices Aznar? ¿Por qué has de querer ya aquí que los encontremos?

—Porque estoy seguro de acabar con ellos. ¿Veis esas rocas y precipicios? ¿Veis aquellas cuevas que parecen de fieras? Pues no son sino moradas de vasallos vuestros, y harto más fieles que los que atrás dejais.

—No es la primera vez que paso por estos sitios, Aznar. Ahora que la luz del dia alguna cosa ya nos alumbra, veo claramente que aquí mismo fuí testigo, tiempo há, de un suceso, que tambien me ha traido sus remordimientos, con no estar yo en él culpado. Y es que imagino que pude, aunque no pude, á la verdad evitarlo. Entónces apénas conocia yo ese nombre enrevesado de almogábares que llevais, ni sabía que fuese tanta vuestra fidelidad.

Aznar se inmutó por un momento y dijo con mal reprimido despecho:

—Yo tambien recuerdo un suceso, señor: un suceso de aquí mismo, y tal, que no puede haberle más doloroso en el mundo. Pero no es con lamentos, como yo me acuerdo, de eso: es con propósitos de venganza que, juro á Dios, he de cumplir, aunque tuviera que escalar el cielo. La ofensa pide ofensa, y sangre la sangre: así dicen los buenos en la montaña.

—Mira, Aznar, que Dios manda perdonar las injurias: mira que es gran pecado el ser vengativo,—replicó el Rey.—Si yo venzo al fin á mis enemigos, no he de vengarme de ellos, sino obligándoles á disfrutar de mi perdon segun ordena la ley de Cristo. Haz tú lo mismo, Aznar: hazlo por amor de Dios y de mí.

—¿Qué es perdon?—repuso Aznar.—No lo tendrian ellos para vos á ser los más fuertes, como no lo tuvieron para el hijo de mi padre.

—¿Era hermano tuyo el de la desdicha, que dices?

—Mi hermano era.

—¿Sería robusto y valeroso como tú?

—Era mozo, muy mozo; pero á bien que hermano mayor queda, que sabrá salir por él cuando bien sea.

—Tambien era mozo, y mucho, el que hizo destrozar aquí mismo á los piés de su caballo Férriz de Lizana. ¿No te he dicho que es horrible el suceso que recuerdo en estos lugares? Dígote que, sin ser yo culpado, no pude alejar de mí el remordimiento en muchos dias, y aún ahora me parece que le siento: ¡pobre mozo! bien he rezado por su alma, pero todavía le debo algunas oraciones.

—Férriz.... Férriz de Lizana..... el viejo Férriz, decía entretanto el almogábar. No..... no hay duda, es él. Mi cólera me lo decía: le aborrezco desde que oí su nombre. ¿Qué apostamos, señor,—añadió ya en voz alta,—á que nos referimos á un mismo suceso entrámbos?

El Rey estaba ya rezando un *pater noster*, y le hizo seña de que no le interrumpiera. Al cabo de algunos momentos, dijo:

—Ten cuenta, Aznar, ten cuenta con no hablarme miéntras rezo, que es pecado apartar á uno de sus devociones, y aún temo que estas de ahora no le hayan aprovechado por culpa tuya al difunto.

—Decía,—repitió Aznar, sin hacer caso de la exortacion,—decía que quizás sea uno mismo el suceso de que hablamos ámbos, y que el hombre que vísteis matar quizás no fuera otro que mi propio hermano.

—Y es verdad,—respondió el Rey como quien despierta de un sueño:—su traje era igual al tuyo, y ahora recuerdo que tenía tus mismas facciones, ásperas y tostadas del sol, y tu propio atrevimiento. ¡Pobre mozo! Tu hermano seria sin duda, y yo te ofrezco rezar ahora doble por él de lo que ántes rezaba: débese creer que estará en el cielo, segun fué horrible la muerte que le dieron, y más no mereciéndola, porque á Dios nada se le queda por pagar en el universo. Y siendo así, cási puedes agradecérselo á sus matadores; y harta venganza será para él, que habiendo querido hacerle daño, le hayan proporcionado la gloria eterna. Y si ellos se condenan, lo que Dios no per-

mita..... Pero Aznar, ¿qué gritas? ¿No me escuchas?

—Sí, si escucho,—contestó Aznar con amarga sonrisa.—Y en tanto decia como para sí:—¿con que érais vos, D. Lizana, el hombre que yo buscaba con tanto anhelo por todas partes? Ah, mal caballero; habéismela de pagar aunque os escondais en lo más hondo de la tierra, como las raices de los robles viejos. Si yo, como vos, calzara espuela de oro, bien os mostrára en campo vuestra vileza; mas puesto que nos tomais por alimañas del monte, eso seré yo para vos, y serán estos dardos mis uñas, que más os valiera haber topado con las de un oso hambriento de los de esta sierra, ó las de un rabioso lobo de los que la hambre misma suele traer á ahullar de noche á las huertas de Huesca.

—D. Ramiro, juzgando que Aznar le oía atentamente, iba á la par diciendo:

—Recuerdo una por una todas las circunstancias. Ya iba para diez horas que corríamos estos montes sin hallar una mala cabra montés. Lizana y los caballeros que habian querido celebrar mi llegada á Huesca con una nunca vista partida, se mostraban afrentados y desesperados. Los perros ladraban alrededor de sus amos no hallando huella de gamo ó cabra que seguir por los riscos; los caracoles de caza sonaban en vano, y los ojeadores desmayados daban por frustradas sus más diestras estratajemas. Y sólo yo me regocijaba, porque ni la sangre de las fieras queria que se derramase por mi causa. Férriz de Lizana..... Pero no te aíres contra él, Aznar: á saber que era tu hermano, quizás no hubiera osado ofenderle. Ya

siento haber pronunciado su nombre. Júrame que no tomarás de él venganza alguna.

—Imposible, imposible,—respondió Aznar con tal voz que hacia buena aquella comparacion de si, con un lobo rabioso, que él mismo habia hecho ántes.—Imposible, señor; y por Dios os pido que sigais el relato, que harto me importa ya el oirlo entero.

—Aznar, creí que eras temeroso de Dios y bueno, y que por eso consagrabas tu brazo á mi y á mi hija. Creí que preferias el servicio de Dios y del Rey á los impulsos de tu cólera.

—Esa idea no os aflija, señor; que yo sé que con emplear mis armas en Lizana hoy ó mañana, he de prestar muy gran servicio á Dios, y á vos y á vuestra hija.

—No, no: júrame que sólo alzarás contra él tus armas por fuerza y por servir á Dios y á tus Reyes; y no por ira ó venganza. Júralo, hijo mio, que ya te tengo amor y me interesa sobre manera la salvacion de tu alma: la cual si tal no hicieses no conseguirias de modo alguno; pues Dios dijo que perdonásemos á nuestros enemigos como él perdonó á los suyos en este mundo. Bien sé todo este precepto y doctrina, porque aunque ahora voy en traza de guerrero, he sido, y aún soy, indigno sacerdote y padre de almas.

—¡Qué me place!—respondió el almogábar con siniestra sonrisa.—Yo sé que cumpliré con mi deber siempre que mate á Lizana; y sé que habrán de ganar con ello Dios y el Rey. Dad por jurado cuanto querais.

—No lo daré yo por tal sin que te vea hacer la señal de la cruz y jurarlo de veras.

—Pues júrolo por todas estas cruces,—dijo Aznar cruzando las manos.—Mas ya que en esto os he complacido, ¿me negareis, señor, el fin del relato? Era mi hermano, mi hermano: ya veis si me interesarán los pormenores de su muerte.

—Dígote,—continuó entónces el Rey,—que iban todos desesperados de no encontrar caza, cuando tropezamos con un mozo, cual ya te he dicho, de tu mismo traje y estatura, bien que de edad algo menor que la tuya.

—Sí, era dos años más mozo. Proseguid, proseguid por vida vuestra.—El almogábar, con su natural franqueza y el interés que la conversacion le inspiraba, se habia olvidado de todo punto de que hablaba con el Rey. Este, sin reparar en ello, continuó:

—Pues así como vió á tu hermano el de Lizana, exclamó irritado: «Estos perros son los que matan todas las reses del monte para regalar con ellas sus viles cuerpos, de modo que cuando el poderoso Rey de Aragon viene á caza con sus ricos-hombres y caballeros, no halla una miserable cabra silvestre. ¡Estamos en terreno acotado! ¿Qué haces tú ahora, villano infiel, qué haces aquí con esas armas?» Decir esto y dirigirse á él con la espada desenvainada, fué todo uno; pero el mozo no se arredró, y echó mano á sus dardos. Entónces Lizana, como si tuviera que habérselas con un jabalí, le azuzó los perros, que en un momento lo destrozaron á pesar de mis clamores; y pasó luego por encima de él con su caballo, de suerte

que debió de quedar de todo punto desconocido.

—Así fué como le encontré al dia siguiente de vuelta de una algarada; y ántes de darle sepultura, propuse en mi ánimo tomar venganza. ¡Oh, don Lizana, don Lizana: trataremos vos y yo largamente de ese fuero que os atribuis los *seniores*, de bien ó mal tratar á los vasallos ó villanos! Lo cual no se me ha logrado hasta aquí; pero se me logrará, Dios mediante, sin faltar al juramento que he prestado.

Pronunció estas palabras Aznar, con más lastimoso acento que hubiera empleado hasta entónces; y hubo entre los dos silencio por algun tiempo. Rompiólo el Rey al cabo, diciendo:

—¿Sabes Aznar, que es hora de atender á nosotros mismos? En gran peligro estamos si no mienten las señas.

—Ojalá que en mayor no se hubiese visto mi hermano, señor. Aquel dia no quedaban almogábares en la montaña; pero hoy, si yo diera un silbido, viérais acudir aquí gente capaz de dar cuenta en un abrir y cerrar los ojos de todos los infanzones de Huesca.

—Dalo, Aznar, que quiero yo conocer á esa gente: habíanmelos pintado como feroces y bárbaros; pero ya sabes, que desde que te conozco á tí, me siento inclinado á estimarlos.

—No ha de llamárseles sino en la ocasion; mas haceis bien en quererlos, que ellos son la flor de vuestros vasallos. Ellos son los que os darán la victoria cuantas veces se la pidais, y extenderan el nombre de vuestra raza por todo el mundo. Diera un ojo de la cara porque los viéseis pelear.

—Pues, mira, Aznar,—dijo el Rey,—pienso que sin tanto han de cumplirse tus deseos. Tú no puedes distinguirlos desde ahí abajo, pero yo desde aquí veo muy bien un escuadron de caballeros, que sube hácia este alto por donde nosotros vamos.

—¿Eso hay?—respondió el almogábar.—Pues dejad que yo iré á reconocerlos y veré si son con efecto los que pensamos. Mas, ¡voto va! que he perdido mis dardos: erré el uno, y dejé el otro en el cuerpo de un mezquino burgés que maté allá abajo, y ahora voy á desperdiciar la ocasion de derribar de sus caballos á dos gentiles ginetes.

—¿Otro mataste allá? Eres sanguinario, Aznar.

—Así me criaron en la montaña, señor, y así he de ser toda mi vida. Los almogábares somos ovejas con nuestros amigos y lobos con nuestros contrarios, quien quiera que sean.

—Malhadado oficio el de las armas, Aznar. Pero ¿querrás creer que ahora que te veo á tí animoso y que me acuerdo de las afrentas que esos ricos-hombres me han hecho pasar, y de la cautividad de mi hija, siento así como deseos de reñir, aunque tenga que derramar sangre tambien? Dios me perdone Aznar; que es la primera vez que esto se me ocurre en la vida.

—Eso es que recordais de quien venís, señor. He oido contar muchas veces á la lumbre cómo vuestro abuelo murió en la jornada de Graus, y vuestro padre delante de Huesca, y vuestro hermano D. Alonso en Fraga. Por eso los almogábares amamos tanto á los de vuestra casa, porque todos saben pelear como

osos bravos, y morir como santos. Y para mí tengo, señor, que no habeis de ser el menor de ellos, si bien nunca os ejercitásteis en armas como los otros.

En esto, distinguíase ya á la escasa claridad de la aurora, el escuadron de caballeros que venia marchando hácia ellos: veíanse flotar al viento las banderolas de las lanzas, y cási podian leerse los motes de los escudos. Aznar se adelantó algunos pasos á reconocerlos, y notó que de los primeros, y como gobernando el escuadron, venia el esforzado Roldan. Entónces, viendo que no habia duda de que fuesen adversarios, dió un silbido prolongado, y que resonó por todos aquellos contornos, y luego otro y otro hasta tres veces, y vuelto al lado de D. Ramiro, le dijo:

—¡Oh, si viniera ese viejo desleal de Lizana! Viérais como con su sangre pagaba ahora mismo la mala muerte que ordenó dar á mi hermano. Mas ya que eso no sea, no faltará, á Dios gracias, con quien combatir. Tomad, señor, el escudo y las riendas con aquella mano, y con esta otra desnudad la espada.

—No ha de ser así,—dijo el Rey,—que no sé yo cómo he de poder tener las riendas con la mano izquierda, y valerme de ella al propio tiempo para manejar el escudo. Tomaré las riendas con la boca, y así iré bien desembarazado.

—Señor, seguid mi consejo: tomad las riendas y el escudo con una propia mano.

—Ahora te digo yo, Aznar, que no hay que hablar más en ello, porque la ocasion es de pelear como buenos, y no de aprender galanas aposturas. Júrote

que me siento otro: no sé qué ardor singular siento por mis venas: paréceme que bastaria yo sólo para todos esos.

Y con efecto, sus ojos lanzaban rayos de fuego; su rostro estaba encendido; su corazon firme: no parecia el mismo hombre que horas ántes habia tenido miedo, y que tanto habia pensado en la muerte. El almogábar habia logrado imprimir en aquel espíritu incierto y vacilante, su valor mismo. Aquella impresion externa imperaba tanto en D. Ramiro, como ántes habian influido en él las sombras espesas, y los desconocidos murmullos del matorral donde por largo rato estuvo á solas.

CAPÍTULO XVI.

En el cual se narra una grande y descomunal batalla que no fuera para creida si por tan seguro conducto no nos viniera.

¿E quina gent es aquesta qui van nuus, e despullats, qui no vesten mas sol un casot e no porten darga, ne escut?..... E los Almugavers que oyren açò entrebunir dixeren: vuy sera queus mostrarem qui som.

MUNTANER.—*Chrónica.—Es llibre molt antich.*

El cronista de esta verídica historia, debia de ser grande enemigo de los almogábares, porque al comenzar el presente capítulo, desata contra ellos su mala lengua y los maldice sin caridad ni medida.

»¡Oh gente cruel, exclama, que no perdonásteis nunca al de espuela de oro ni al de humilde cayado, que así herís en las carnes tiernísimas del infante como en el acerado peto del soldado, y lo propio os cebais que en sangre de hombres, en sangre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Huesca con espanto el dia en que traspasásteis sus puertas, porque todo lo

dísteis al saco y violencia. Ni sirvió á mis hermanos muzárabes su fidelidad á la santa fe de nuestro Dios, ni les aprovechó el recibiros como libertadores. Vosotros nos motejásteis de cobardes, porque permanecimos en la ciudad, en lugar de escapar á los montes altos y vivir en vuestra mala compañía, dentro de cavernas y peñascales; y á la par nos tratásteis que á los mismos moros. Y aun osábais decir al ultrajarnos que, ménos criminales eran ellos en defender su ley con las armas, que no nosotros en practicarla entre infieles, fiando á la oracion y no á las manos la redencion de nuestra esclavitud.

»Mas ¿qué mucho que así obreis, almogábares, si sois en la persona horribles, en el vestir fieras, en el nacer de raza vária y diversa prosapia, de suerte que apénas hay en vosotros quien sepa de su ascendencia ó pueda decir algo de sus hijos? ¿No se alistan todo género de malhechores en vuestras bandas? ¿No vivís perpétuamente en la montaña sin bajar nunca al llano, sino para traer el robo y la matanza? ¿No hablais todos en ciertos géneros de algarabías ó jergas, una de las cuales llaman algunos romance; y es gran pena por cierto, el que por vuestra culpa, y la de los villanos de la villa, vaya extendiéndose en el reino, y comunicándose á los de mejor y más vieja alcurnia?

»¡Oh, bien fuera que nadie entendiese vuestros gritos y voces salvajes! ¡Bien es que os alimenteis con carne de fieras y yerbas del campo, y que más moreis en soledades y desiertos que en los pueblos! ¡Bien es que durmais en el suelo y padezcais tan grandes miserias; puesto que sois tan semejantes á los salvajes

brutos en crueldad, y en dureza á los osos, ó más bien quizás á las rocas de la montaña! ¡Ay, mal haya de vos, almogábares, mal haya de vos, y así os depare el cielo, como teneis negros y espantosos los rostros, espantoso y negro castigo en la otra vida!»

Y por este estilo prosigue el bueno del cronista en sus imprecaciones.

Mas si prescindiendo de estas sentencias dictadas por boca enemiga, llegamos á examinar los hechos de aquella gente, parece que no faltaban en ella buenas partes que oscurecian las malas, con serlo tanto y ser tantas, como asegura el cronista.

Sin ir más léjos, éste Aznar Garcés, á quien de escudero hemos traido en pos del Rey D. Ramiro hasta las sierras que corren entre Aragon y Cataluña, si era hombre cruel, no parecia horrible por su persona, á no mentir la honrada Castana. Y mostrábase, á la par que valiente y astuto y gallardo, fidelísimo, que es prenda, no de malvados, sino de las más escasas entre los honrados hombres.

Buena prueba de ello fué el encuentro con el escuadron de Roldan que comenzamos á relatar en el capítulo antecedente.

Aparte ociosas palabras, sin otra voz que el grito de *San Jorge y á ellos*, Aznar desnudó la espada corta que llevaba al cinto, y se adelantó hácia el escuadron de los caballos.

—Pára, pára, hijo mio, le gritó el Rey. Pídele ántes á Dios mentalmente, que te perdone la sangre tuya y agena que vas á derramar, en defensa de tu Rey. No he de consentir sin eso, que peleemos.

—Que me place,—dijo el almogábar.

Y la oracion no sabemos si la hizo; pero claramente se vió que no apartaba ojo de los contrarios, como si observase sus movimientos, y estudiase el modo de contrarestarlos.

El camino iba cortando por allí la falda de una montaña frontera de otra, no ménos alta que ella, y si de una parte apénas los ojos acertaban á descubrir las contrapuestas cimas, de otra podia causar vahídos de cabeza lo profundo del abismo que se abría entre ellas. Todo lo ancho del camino no parecia de tres varas, formando vueltas y revueltas en esa figura que ahora llamamos de *zig, zag;* y como ya por entónces faltaban buenos caminos y ni siquiera habia escuelas especiales que enseñáran á construirlos, notábase en este la singular circunstancia, de que en los puntos donde revolvia, se estrechase más y más, de manera que apénas podian pasar dos caballos de frente.

En una de estas revueltas, se apostó Aznar con la espada desnuda, y el Rey á caballo, y desnuda tambien la suya, cogidas las riendas con la boca y cubierto con el escudo, se colocó detrás, haciendo como una segunda línea de combate.

Roldan, no bien los vió, puesto que dudase que dos hombres solos osáran contraponerse á su escuadron, donde bien se contarian cincuenta ginetes, envió á dos caballeros que los reconociesen y alejasen del puesto. Pero léjos de ceder D. Ramiro y su escudero, lanzaron á la par el grito de *¡Mueran los traidores!* y con denuestos é injurias provocaron al comba-

te á los caballeros que venian de descubierta. Maravillóles á éstos la determinacion, y más viendo la apostura burlesca del ginete, y las pocas armas y defensas que el peon traía consigo; y creyendo fácil castigar aquello que imaginaban locura, pasaron adelante á la carrera, ámbos al decir del romance,

«La lanza como una entena,
el fuerte escudo embrazado.»

Pero Aznar no pareció intimidarse por eso: ántes aguardó inmóvil, y al verlos á diez pasos, calculó el espacio que entre sí dejarian los dos caballos, y se plantó en él ántes que los caballeros, apercibiéndolo, pudiesen variar la direccion de sus lanzas, que ya habian puesto, para herirle, en ristre. Luego, al emparejar los caballeros con él, hundió la espada en el pecho del caballo que venía de la parte del abismo: el caballo vaciló un instante y cayó rodando por las peñas con su desventurado ginete. El otro caballero erró el golpe de lanza en D. Ramiro, porque como el camino se ensanchaba de la parte en que éste se hallaba, no pudo venir contra él rectamente, y pasó por su lado sin herirle. Entónces D. Ramiro se lanzó espada en mano á él, como quien ignora en sí propio el efecto de las armas, y por acaso ha llegado á perderlas el miedo, que es decir, con furia ciega.

Recibióle su contrario tambien con la espada, y en un momento se cubrieron de sendos golpes y se abollaron bien las viseras, sin que á D. Ramiro empeciera el tener asidas las riendas con la boca, ni al otro contuviera un punto el pelear con el Rey, dado que no

podia conocerlo en aquella traza, hasta que Aznar puso término á la contienda, derribando mal herido al caballo de una tremenda estocada en el vientre, y rematando al caballero de una cuchillada terrible, con que le partió en dos trozos el casco y la cabeza.

En esto acudia á rienda suelta al sitio del combate el buen caballero Roldan seguido ya de todos los de su escuadron.

Aznar cogió de las bridas el caballo muerto y lo arrastró en un santiamen hasta el sitio en que se angostaba el camino; allí acabó con él de un solo golpe en la cabeza, y colocándose detras, para que su cuerpo le sirviese de muro, aguardó á los contrarios.

Caballero y escudero no se dirigieron en todo este tiempo sino una sola vez la palabra.

—Bravamente peleais, señor,—dijo Aznar.

—Tú sí, que no hay alimaña del monte que te iguale,—le respondió el Rey, maravillado de la serenidad con que tales hazañas ejecutaba.

Al llegar los primeros caballos del escuadron al sitio del combate, retrocedieron espantados: habian visto allí muerto al compañero, y por más que hacian los ginetes, no era posible hacerlos pasar adelante.

Roldan fué el único que de un salto logró ponerse de la otra parte, y fué con tanta rapidez, que no pudo el almogábar herirle.

Acometióle entónces D. Ramiro: Roldan, que vió sin lanza á su contrario, tiró la suya al precipicio, y desnudando la espada, le recibió con el mayor esfuerzo.

Largo rato estuvieron dándose golpes sin conse-

cuencia: Roldan era más diestro, D. Ramiro tenía más coraje, más resolucion entónces de morir ó vencer.

Aznar, en tanto, ardía en deseos de socorrer á su señor, pero no se atrevia á desamparar el puesto, por temor de que los del escuadron quitasen de enmedio el cuerpo del caballo, que era el único estorbo que los detenia, y pasando adelante hiciesen imposible la resistencia.

Sonaban redoblados los golpes entre Roldan y don Ramiro: impacientábanse los caballeros de su escuadron, viendo que pasar adonde él estaba no les era posible, y pensaban en poner pie á tierra para lograrlo: rugía de cólera el almogábar y miraba á la cima del monte como si algo esperase que no venia.

—¿Quién eres,—le dijo Roldan á D. Ramiro,—que de tan extraño modo coges la rienda y tan rabiosamente peleas?

—Soy uno á quien debes largos agravios y que hoy piensa vengarlos por sí mismo, ya que pudiendo vengarlos por otros medios, ha dejado escapar las ocasiones.

—Pues esfuérzate, —replicó Roldan,—porque no te las has con hombre que deje hacer en sí venganzas.

Las últimas palabras de Roldan apénas ya pudo oirlas el Rey, porque en aquel momento se oyó un son espantable en lo alto de la montaña: eran alaridos salvajes, choque rudo del hierro contra las peñas, y confusamente entre el gran ruido se escuchaban estas voces muchas veces repetidas:

—*¡Desperta ferres! ¡Desperta ferres!*
¡Hierro! ¡Hierro, despièrtate!

Aznar lanzó un grito de júbilo, y cogiendo la espada con entrámbas manos, comenzó á golpear con toda su fuerza en las peñas del suelo gritando tambien al propio tiempo.

—*¡Desperta ferres, desperta ferres!*

¡Hierro! ¡Hierro, despiertate!

D. Ramiro y Roldan hicieron retroceder á sus caballos, cada uno por su lado, y suspendieron á un tiempo el combate; y alzando la vista hácia la cima donde se oían aquellas voces, la vieron coronada por hasta dos docenas de hombres, cuya feroz apostura podia poner espanto en el más fuerte ánimo.

A D. Ramiro le pareció que, comparado con aquella gente, podia pasar Aznar por culto y gentil caballero: así venian de rotos y mal vestidos, negra la tez, sangrientos los ojos; si unos con capellinas de malla, otros sin ellas; si éste con pieles de lobo ó de toro, aquél con pieles de oso ó de gato montés, atadas á la cintura; y todos ellos con calzas y antiparas de cuero viejo, y rudas albarcas de monte.

Traian chuzos en las manos y espada corta como la de Aznar, y los mismos dardos de afiladísimas puntas cuadrangulares que éste solia traer consigo; sin más diferencia, sino que las de los de algunos, á falta de hierro sin duda, eran de duros pedernales.

—Son los almogábares, señor,—gritó Aznar;—ahora verán esos soberbios y traidores de ricos-hombres con quién han de habérselas.

Y bajaban los recien venidos por la pendiente escarpadísima de la montaña tan fácilmente como pudieran por el llano.

Tres ó cuatro de ellos se plantaron de un salto al lado de Aznar, y los otros, repartidos por diversos puntos de la pendiente, comenzaron á arrojar dardos y piedras contra los caballeros del escuadron.

Apénas hubo lugar á la defensa: ni uno sólo de los dardos de los almogábares se perdió en hombre ó caballo, y los peñascos enormes que hacian rodar desde lo alto, acabaron de maltratar á los pocos que quedaron sanos de la primera acometida.

Aznar viendo en tanta rota á los contrarios, corrió al punto á ayudar á su señor contra Roldan.

—¡Detente!—exclamó D. Ramiro.—Este hombre será mi prisionero: date, date, Roldan y conservarás la vida.

—¿Dónde oistes,—prorumpió Roldan,—que se diesen los que llevan mi nombre y son de mi casa?

—Permitid, señor, que le baje esa altivez, y ponga en lo que es razon la reputacion de su casa y nombre, —dijo Aznar.

—Roldan,—repuso el Rey.—Yo te mando que te des, y ya es hora que obedezcas con armas al que sin ellas escarneciste. ¿Te acuerdas de aquel juramento inusitado é injurioso que me tomaste en Huesca? ¿Te acuerdas de la vanagloria que mostraste el dia en que prendiste á tu Rey, en compañía de otros traidores y aleves? Ahora venias sin duda persiguiéndome para prenderme de nuevo ó para quitarme la vida: mas hé aqui que eres mi prisionero cuando ménos lo pensabas.

Y al decir estas palabras se levantó la visera.

Roldan quedó asombrado.

—¡El Rey con armas!—dijo entre dientes;—¿qué diablos es esto? Cosa es que veo y no creo: parece cosa de encantamento.

Miró en derredor suyo y halló tomados por almogábares el frente y las espaldas: tendió la vista hácia donde habia dejado á sus compañeros, y se encontró ya, sin los más de ellos.

¡Aragon, Aragon! ¡San Jorge, San Jorge!—gritaban al combatir los caballeros que quedaban.

¡Via sús, via sús! ¡Despierta hierro!—decian entre tanto los almogábares.

Y á la verdad, estábanse defendiendo muy bien, aunque desmontados, alguno que otro veterano de los más diestros y esforzados, y este ó el otro jóven, que habiendo entónces salido á la primera campaña, querian sacar á todo trance airosas las divisas y empresas de sus damas.

Tremendos, sin duda, eran los botes de lanza, ó los mandobles que enderezaban á sus desnudos contrarios, y grande la defensa que les prestaban á ellos los bruñidos petos de reluciente acero, y los anchos escudos y ferradas grevas.

¿Pero qué servia todo ello?

Los almogábares alcanzaban en el combate el empuje poderoso del toro, y la lijereza y cautela del tigre, y la bravura del leon, y el rencor de la hiena.

Tan pronto avanzando como cejando, esquivando el golpe ageno, y no dando el propio sino sobre seguro, rendian primero á los adalides y luego los mataban sin piedad.

Así fueron cayendo unos tras otros aquellos valien-

tes, gloria los unos, grande esperanza los otros, de Aragon.

Y á tiempo fijó Roldan sus ojos en ellos, que vió caer á su ayo Per Villanova, anciano orgulloso y valiente, á quien debia mucha parte de sus altos intentos y condicion dura; y morir á su deudo Galceran de Foch, jóven que hacía sus primeras armas, y en quien él tenia puesto muy gran cariño.

Extremecido apartó de allí la vista, mas no halló donde fijar su esperanza, porque hácia todos lados se miraba igual espectáculo.

La pendiente que desde el camino, bajaba al abismo que corria entre las dos montañas fronteras, mostrábase salpicada de hombres y caballos muertos ó moribundos aquí y allá suspendidos en las matas, ó recogidos por las salientes peñas.

En un momento habia acontecido todo aquel estrago, y la confusion y desbarate de los caballeros, al sentir el inesperado ataque de los almogábares y sus piedras y dardos, debió ser grande, porque no habia dos cadáveres juntos, y muy pocos hierros de lanza aparecian ensangrentados.

Aumentaba el espanto del suceso, el ver rodar de cuando en cuando los cadáveres, por algun instante detenidos en la mitad de la pendiente, hasta lo profundo del abismo.

Roldan no se acobardó: ántes bramaba de rábia como una fiera acorralada en el ojeo, que ve llegar ya los perros de la trailla, y siente el trote de los caballos de los cazadores.

Veíase sin medios de escapar por uno y por otro

lado del camino; y ni esperaba que el Rey le perdonase la vida, ni queria debérsela tampoco segun era de soberbia su condicion.

—Muramos, Roldan,—dijo para sí;—muramos con la honra ilesa, y sin caer en manos de estos perros.

Y luego, dirigiéndose al Rey con arrogante voz, le habló de esta manera:

—Rey D. Ramiro, no creas que has de vengarte en mi persona de la enemiga que me tienes, ni pienses que he de pedirte perdon de mis hechos, porque te vea poderoso, y yo me sienta flaco y solo entre tu gente. Valor hay en mí para morir cien veces, ántes que soportar afrenta alguna, que empañe la gloria de mi casa..... El último soy de los Roldanes, y si ahora mismo aquí sucumbo, quiero hacer de suerte, que no parezca menor en las historias el último que el primero.

—Prendedle,—gritó Aznar á los almogábares, que estaban puestos á espaldas del caballero, y al propio tiempo dió él algunos pasos adelante.

—No le hagais daño,— dijo el Rey, notando que algunos de los almogábares le apuntaban sus dardos.

Pero Roldan cortó la disputa como nádie imaginára, que fué apretando los hijares de su caballo, y dirigiéndolo de tal suerte, que lo obligó á saltar el abismo.

Todos los presentes creyeron por un momento que se habia despeñado; pero al cabo le vieron con su generoso troton, trepar por los fronteros riscos, aunque dificultosamente, y luego correr á toda brida por la

cima de la opuesta montaña, y trasponer al fin en breve, por entre los matorrales que la vestian.

El Rey, Aznar y los almogábares, lanzaron, todos á un tiempo, una exclamacion de asombro.

De la cima de una montaña á la cima de la otra, habia muy buen espacio, y por en medio corria un arroyo profundo y copioso, de trecho en trecho interrumpido por estrepitosas caidas de agua; que tal era el abismo donde habian ido á parar los hombres de armas de Roldan. De suerte, que nunca ginete del mundo dió tan arriesgado salto, ni ántes ni despues, como este.

Por eso desde entónces es conocido aquel sitio con el nombre de *Salto de Roldan;* y, al través de tantos siglos, se ha perpetuado así hasta nosotros el hecho memorable.

Hoy, que el tiempo ha carcomido sin saberse cómo, la una y la otra montaña hasta poner entre ellas más de doscientos pasos de distancia, haciendo tambien desaparecer la antigua senda que fué teatro del combate, el suceso puede bien darse por increible.

Vuelto de aquel primer asombro el Rey, dijo á su escudero:

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son leales. Y ahora, encaminémonos á donde bien os plazca.

—A las tierras de Poniente ó de Levante, donde halle en propios ó extraños, soldados que me ayuden á rescatar mi trono.

—Bastáraos con los propios si bien quisiéreis, repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de D. Ramiro, porque no tropezase más en aquel riscoso camino, echó á andar hácia adelante, seguido de los otros almogábares.

CAPÍTULO XVII.

Prosiguen las pláticas y aventuras.

Oigo el son bronco de tus cien campanas.
J. DE IZA.

....De esta suerte
Yo tengo de acompañarte,
Y si te has de condenar
Contigo me has de llevar
Que nunca pienso dejarte.
(El Condenado por desconfiado.)

El dia era de los últimos de primavera.

El combate fué tan breve, que con haber comenzado á la luz clara del alba, cuando acabó, no habia bajado el sol todavía de los picachos de la sierra. Saltaba de los valles un viento húmedo y blando que recogia con ánsia el pecho: levantábanse de cuando en cuando algunas liebres tendidas en el césped de los barrancos, y corrian á ocultarse, por estrechos agujeros, debajo de las grandes peñas; y al sentar el pié los caminantes, doblábase para siempre la yerba cargada de rocío. Y todavía las tórtolas no habian vuelto á sus nidos, y sus huevos abandonados blanqueaban

en los verdes chaparrales: todavía las palomas torcaces no habian apagado la sed de la noche en los arroyos, y á bandadas volaban hácia ellos.

Al amor de los arroyos solian hallarse alegres, aunque pobres lugarcillos: todos con su iglesia á medio hacer y su torre de piedra: los unos, desparramados por las ágrias cuestas, y los otros asentados en los valles, con sus rústicas puertas de madera de encina, sus tápias y casillas de barro y piedra, y sus huertas cargadas de árboles frutales donde silbaba lúgubre la oropéndola.

Pasados estos lugares y alguno que otro chaparral, la sierra no ofrecia más que montes despojados por el hacha de los conquistadores, cuevas profundas, asilo ordinario de los vencidos, majestuosos precipicios por donde se despeñaban algunos de los arroyos, formando sonoras cascadas. Y por en medio de los precipicios y los montes se abría perezosamente la senda, que cruzaban el buen caballero D. Ramiro y sus valerosos almogábares, poco atentos por cierto, á los espectáculos bellos ó sublimes que la naturaleza ofrecia.

Aznar, que iba de guia, desde el sitio del combate torció á la derecha, encaminándose por las montañas que rodean, de la parte de oriente, la hoya de Huesca. Caminaban de prisa y con recelo aún; porque no era difícil que los alcanzasen todavía con mayores fuerzas, dado que ellos tenian que recorrer una circunferencia muy ancha, á la cual se podia tocar desde Huesca, por cualquier punto, con un corto rádio.

Durante muchas horas alcanzaron á ver á lo léjos

los muros y blancas casas de la ciudad, y los minaretes morunos heridos del sol espléndido de la primavera. Por más tiempo todavía tuvieron delante de los ojos las oscuras y altísimas torres de Mont-Aragon, y los corpulentos álamos que señalaban la confluencia del Flúmen y de la Isuela; no léjos del lugar adonde la Vírgen de la Huerta, morena y de cabos negros, se vino luego á hacer compañia á la Vírgen de Salas, que es blanca y rubia, con el milagroso fin, sin duda, de que se honrase en un mismo santuario, bajo los dos tipos principales de la humana belleza, á la madre de Dios. Muchas veces el viento trajo á los oidos de los caminantes revuelto son de campanas, que tocaban al parecer á rebato, y el viento soplaba de la parte de la ciudad. Una, oyeron claramente el tañido de la campana principal de Mont-Aragon; pero no era sino que llamaba á los fieles á la oracion de mediodía.

Y era mediodía en verdad.

Y el sol heria ya los rostros, haciendo brotar copioso sudor en ellos; y habria sido penoso el caminar á tales horas para otros que los almogábares. Pero éstos, sueltos y ágiles, echaban siempre por lo más áspero á modo de cabras montesas: disparaban sus dardos á los árboles que crecian en lo hondo de los precipicios, sin más objeto que bajar á recogerlos con manifiesto peligro: cruzaban cien veces que no una, el camino, ora llevados de la curiosidad, ora de la sola impaciencia del ánimo.

No era D. Ramiro tan ágil y robusto, y, con ir á caballo y todo, hubiera dado alguna muestra de can-

sancio á no ser por la exaltacion en que el peligro y la ira habian puesto su pacífica naturaleza.

Las lejanas vistas de Huesca y de su alcázar moruno, las más vecinas torres de Mont-Aragon, el sonido de las campanas de la ciudad y del monasterio, mantenian viva su exaltacion, agolpando á su frente las ideas y los sentimientos antiguos, al propio tiempo que los nuevos. Parecíanle ya sueños el combate, la victoria, la fuga misma, el andar por donde andaba y con quien andaba, todo lo que era realidad, en fin; y tomaba acaso por realidad los sueños y preocupaciones de su espíritu. Pero poco á poco fué la exaltacion cediendo al tiempo y al cansancio; y cuando desaparecieron de su vista la ciudad y el llano de Huesca, y dejaron de oirse las campanas, se halló ya á punto D. Ramiro de poder comprender del todo la situacion en que estaba.

Oyó detras de sí precisamente una voz áspera, y un si es ó no vinosa que decia:

—Aznar, Aznarote, no niegues tus pecados, que con pecadores te las hás y no de los menores. Cuando tú haces tantas ausencias de la sierra, y te estás en la ciudad meses enteros, buen vino bebes allá, y buenas mozas te recrean. Ni pienses que he echado en saco roto el que hayas traido la cabeza vuelta al llano durante todo el camino. No parece sino que has dejado algun pellejo tuyo en compañía de cuatro buenos bebedores, y temes que miéntras andas por estos cerros, no te dejen gota de él con que echar luego un mal trago. No nos hemos criado así, Aznar, ni yo ni tu padre. Treinta años tenía yo, y no sabía aún lo

que era el buen vino, ni lo que era una buena moza: verdad es que ahora no estoy cierto de saberlo bien tampoco.

D. Ramiro, recordando entónces á aquel á quien tanto debia, volvió el rostro diciendo:

—Aznar, Aznar, adelántate, que quiero departir contigo algun rato.

Aznar se adelantó con efecto.

—No me has dicho por fin,—añadió el Rey,—hácia qué parte me llevas.

—Vamos hácia Barbastro, que de allí no está muy lejana la frontera de Cataluña, y será fácil reunir un golpe de almogábares de acá y de allá, que espante á los más osados rebeldes.

D. Ramiro calló, y tornó á preguntar despues de un largo rato.

—¿Y está muy léjos esa ciudad de Barbastro donde me llevas?

—No os quiero llevar precisamente á Barbastro, sino á un buen lugar de los contornos, que tiempo tenemos de salargarnos á la ciudad. Y en cuanto á la distancia, no es ya mucha, y yo sé que llegareis sano y salvo.

Hubo otro rato de silencio, y al cabo de él volvió á decir D. Ramiro:

—Aznar, Aznar, ¿sabes que advierto que ésta tu gente y camaradas, si son valerosos en el pelear, no son muy escrupulosos en la fe? Enséñales, enséñales, hijo mio, cuánto les conviene ajustar sus obras á los mandatos de Dios. Muéstrales cuán tristes cosas sean el pecado y la condenacion eterna. Aquí me tienes á mí que estoy condenado y.....

—¿Condenado?—exclamó el almogábar, interrumpiéndole á pesar suyo.—¿Condenado?.... Y con ser quien era sintió cierto extremecimiento en el cuerpo.

—Sí, condenado, hijo mio. ¿No te lo habia dicho todavía? Habránmelo impedido mis pesares y ocupaciones. Condenado estoy, hijo mio, tanto como hombre haya podido estarlo en esta vida.

—Más bajo, señor, más bajo. Mirad que si os oyen, no habrá muchos de estos valientes que os sigan, porque da la casualidad de que todos son cristianos viejos, y almogábares tan temerosos de Dios como cualquiera. Y áun yo mismo me precio de buen cristiano, que, puesto que yerre mucho en esta vida, todavía espero que, arrepintiéndome á la última hora, Dios me perdone, porque siempre he oido decir, que es misericordioso.

—Hablas como un lego de convento bien endoctrinado,—dijo el Rey.—Así es, como tú dices; y en arrepintiéndote á la última hora de todo corazon, no tengas miedo de que el diablo emplee en tí sus uñas.

—¿Pues, y cómo no os arrepentis vos para salvaros? Verdad es que no ha llegado vuestra última hora, y que, segun decis, estais ya condenado; pero á fe mia, que no he oido decir hasta ahora que nadie se condene en vida.

—Es que mis pecados son más grandes que ningunos, y hay quien no me deja hacer penitencia. ¿No te tengo declarado que fué aviso y permision del cielo aquel peligro tan grande que corrí á la orilla de la Isuela? ¡Oh, si me dejáran hacer penitencia! ¡Oh, si no me impidieran que la hiciese!

—¿Quién os lo impide, señor? ¿Por ventura se entrometen tambien en eso los ricos-hombres?—dijo sencillamente el almogábar.

—Si se entrometen, Aznar.

—¿Con que no os dejan siquiera hacer penitencia? ¿Pues qué tienen que ver ellos con vuestros pecados?

—Es que yo peco siendo Rey, cuando no debia serlo, y ellos quieren á la fuerza que lo sea.

—No os entiendo,—dijo Aznar.—En Huesca corrian no sé qué murmullos ayer tarde; pero no pude comprender nada cierto, segun eran de contradictorias las voces. Al veros preso y fugitivo, y oir que queríais rescatar vuestro trono, pensé que los ricos-hombres trataban de quitároslo y quitaros á la par vuestra hija. Juzgad de mi sorpresa ahora que me decis, ser vos quien quiere dejarlo, y ellos quienes lo impiden y estorban. Y áun no entiendo tampoco cómo pueda haber pecado en ser Rey, cuando he oido decir que hay en el cielo algun santo, que fué Rey en este mundo, y de los más poderosos y esforzados.

—Bien veo que eres discreto, Aznar; pero no es posible que se te alcancen estas cosas tan hondas. Otra cosa sería si hubieses cursado, como yo, letras sagradas, siquiera fuesen pocas como son las mias.

—Así es la verdad, que no lo entiendo, ni sé por qué os prendieron los ricos-hombres, ni por qué se apoderaron de vuestra hija, ni siquiera para qué ha de ser esto de reunir armas y gente, y levantar pendon de guerra.

—¡Cómo ha de ser!—dijo D. Ramiro.—Tu oficio es pelear y no te está bien el mezclarte en tales intrigas

y sucesos de córtes y de Reyes. Tu buen discurso no basta para ello.

Calló D. Ramiro y calló Aznar, entregándose uno y otro á largas meditaciones: las de aquél no hay que decir á qué se referian: las de éste es de notar, que siendo tan rudo como era, se referian á los más graves asuntos de la política de su época, sin que le empeciesen para ello las últimas palabras de D. Ramiro.

Y andando, andando, el Rey monje, y el político escudero, pasaron horas tras horas, y el sol comenzó á declinar; y ántes de mucho no iluminó más que las cimas de los montes, y poco despues se hundió de golpe detrás del pico más alto de la sierra. La luz del crepúsculo cayó misteriosa y lúgubre sobre las cuestas y los valles al cabo.

Era ya aquello, á no dudarlo, lo más inculto y deshabitado de la sierra: ni un castillo roquero, ni una ermita milagrosa, ni siquiera un chozo humilde de pastores, nada se hallaba al paso que indicase labor humana.

De trecho en trecho manaban de las rocas copiosos hilos de agua que, despues de encharcar el camino, iban á perderse en lo hondo de los barrancos, ó á bañar estériles malezas. Con ser los fines de la primavera, apénas matizaba alguna violeta silvestre la parda sombra de los montes; ó si la habia, era tan espinosa la yerba entre la cual crecia, que se desgarraba la mano infelíz que osaba tocarla. Sólo algunas encinas olvidadas señoreaban aún las altas rocas, ó extendian sus raíces por los barrancos, inclinando las hojosas copas á lo hondo. Las habia tan mal su-

jetas á la tierra ó tan quebrantadas por los aguaceros y huracanes, que al menor soplo de viento se agitaban: parecía que hubiera podido moverlas el aliento de un hombre.

Los innumerables rumores del crepúsculo bajaban ya rodando por las cuestas, ó subian en ecos de los hondos valles: hijos del agua, del viento, de los reptiles, quizás de espíritus encerrados en las piedras y en las hojas, que soberbio niega el hombre, porque no han tenido á bien visitar sus ojos todavía. No podia decirse que fuera de noche, pero no era ya de dia. Todos los contornos se iban borrando, todos los colores desapareciendo, y al cabo de algunos instantes, sólo se distinguian el color del cielo y los contornos de las estrellas.

En este punto D. Ramiro interrumpió sus meditaciones, gritando:

—Aznar, Aznar, ¿sabes que no puedo sostenerme en el caballo? Mis pensamientos me han sostenido hasta aquí; pero ya me faltan enteramente las fuerzas. Tengo aturdida la cabeza, la vista se me vá, los brazos se me doblan al peso de las bridas: muero, muero, si no hallamos por aquí descanso y alimento.

Y tenia razon el monje, porque más de veinte y cuatro horas eran pasadas sin que probase bocado ni bebida alguna, y poco ménos de veinte, hacía, que no dejaba la silla del caballo. Cualquiera habria hecho alto, cual D. Ramiro lo hizo en este punto, denotando en gestos y acciones que le era imposible pasar adelante; cuanto y más un hombre, criado en el método y reposo de abadías y palacios, como él

era. Aún no podria explicarse su extraordinaria fortaleza sin el calenturiento afan que embarazaba su ánimo.

Verdad es que en los almogábares no se notaban así el ayuno, ni la sed, ni la fatiga, pero ¿qué habia en ellos que pudiesen igualar los demas hombres? Ellos sabian pegar los lábios á las húmedas rocas, y recojer el agua pura que allí manaba ó buscar yerbas con qué entretener el paladar y los dientes; y caminar con hambre, y reir cuando la sed devoraba sus lábios. Así es, que nadie hubiera dicho, que tan larga jornada trajesen hecha, sufriendo tamañas penalidades. El crepúsculo de la tarde los hallaba dispuestos á pelear, ni más ni ménos que los halló la primera luz de la mañana.

Ninguno de estos almogábares excedia á nuestro Aznar en fortaleza: él ni aún habia probado la yerba, ó el agua de las peñas, como algunos sus camaradas. Y, fuerza es decirlo, no sintiendo en sí necesidad alguna, se habia olvidado de las del Rey. Pero como le tenia tan conocido, al oirle decir que no podia pasar ya adelante, se encendieron sus ojos en ira: aquel era un nuevo obstáculo, y no el menor que hubiera ofrecido hasta entónces la fuga.

—El caso es, señor,—dijo con el acento más blando que supo,—que estamos á tres horas de Barbastro todavía, y estos montes no pecan de solitarios y tranquilos á la media noche; ni andan muy sobrados de comodidades. Volviendo atrás, ó yendo adelante podremos hallar sitios y lugares harto más cómodos y seguros que este. Pero aquí precisamente no es posible que

hagamos alto. Desde aquellos picachos cercanos podríais distinguir la frontera de los moros, y aunque hubieran de acudir algunos más almogábares en nuestra ayuda llegado el trance, si se les ocurriese á los perros hacer esta noche una algarada, tendríamos mucho en que entender con ellos.

—¿Moros dices?—respondió el Rey turbado.—Ya veo, ya veo que Dios me trae á poder de infieles para que sea más cruel mi muerte y mi castigo: hé aquí evidente su Providencia, Aznar: hé aquí lo que logra el hombre con querer sustraerse á la cólera de Dios.

Y comenzó á persignarse de seguida.

—Aznar,—dijo en esto uno de los almogábares de más edad;—ó me falta el conocimiento, ó gente ha llegado aquí, y no ha pasado adelante: de modo que debe de andar escondida por estos matorrales. Há rato que vengo siguiendo las huellas de los caballos. Ahora acabo de perderlas, y no quedan más que las de los hombres que aquí sin duda se desmontaron. El número no podré decírtelo, pero.....

—Cuatro son no más, buen Carmeson,—dijo interrumpiéndole otro de los almogábares;—y cierto que la edad te va quitando el conocimiento, cuando no has sabido contarlos. Yo sé y veo bien hácia dónde se encaminaron hombres y caballos.

El Rey que escuchaba afanosamente aquellas contestaciones, metió entónces espuelas á su corcel; pero vacilaba ya en la silla, y claramente se veia, que le era imposible acabar la jornada.

Aznar, que habia visto hasta entónces sin temor aquellas huellas, comenzó á desesperar de la salvacion

del Rey. Estos caballos, decia para sí, deben ser de moros que nos han descubierto, y han venido á dar noticia de nuestra llegada á otros moros, que nos esperan sin duda emboscados. Por aquí suelen andar algunos almogábares, y, llamándolos con mi silbo, harto seria que, entre unos y otros, no pudiéramos asegurarle al Rey la fuga, aunque fuera dejando nuestros cuerpos por despojo á esos perros maldecidos. Pero si son muchos y nos matan, y el Rey no puede tenerse á caballo y no sabe huir, ¿qué va á ser de su persona? ¡Pobre Rey! debe de ser cierto que está condenado en vida, como dice, segun se le cierran los caminos para salvarse.

Intenciones tuvo de santiguarse el almogábar; pero venciendo en él lo áspero de la condicion á las debilidades de la conciencia, acabó por jurar y decir una blasfemia.

En esto hirió sus oidos el sonido de un laud, y al punto mismo una voz más ágria que dulce, entonó en toscas melodías un romance, cuyo significado no se podia comprender bien, porque, no dejaba que llegaran siempre las palabras, y todo entero se oyese, las ráfagas del viento. Sólo sonaron claramente de vez en cuando trozos de versos que muchos almogábares repetian, como si los supiesen de coro:

Buscánse dos caballeros
Que defiendan la su vida,
Contra los acusadores
Que en el campo se veria,
La justicia cuya era
Y á quien Dios favorecia.

Esto fué lo primero que escucharon, y en otros momentos posteriores trajo el viento estos otros trozos del romance:

Ya se parte el buen conde
Con el fraile que lo guia.....
Las rodillas en el suelo
El buen conde así decia:
Yo soy muy alta señora
De España la ennoblecida,
Y de Barcelona Conde
Ciudad de gran nombradía.....
Bien seais venido, Conde
Buena sea vuestra venida.....
Vuestra vida está segura
Pues que Dios bien lo sabia
Que es falsa la acusacion
Que contra mí se ponia.....
Parten el Sol los jueces
Cada cual toma su via,
Arremeten los caballos,
Gran encuentro se hacia.....
Don Ramon á su contrario
De tal encuentro lo heria,
Que del caballo abajo
Derribado lo habia.

—Amigo es él,—dijo Aznar, en este punto,—y de los buenos por cierto; que con cantarme ese romance, seguiríale yo al cabo del mundo. Oye, Carmeson, en trance estás de reparar tu falta de conocimiento en lo de los caballos: corre, y averigua quiénes son los que tan sabrosamente entretienen la noche en la maleza. Apuesto á que ellos nos proporcionan cuanto necesitamos, que es hogar seguro y

cena ajustada á la calidad de este caballero, con quien venimos.

No fué menester que el Carmeson se adelantase mucho, porque los del laud y el cantar, no ménos sagaces que los almogábares, ya habian notado que cerca de ellos andaba gente, por lo cual guardaron repentinamente silencio; y ántes de que llegase al sitio de donde salian los sonidos para observarlos, se encontró ya el almogábar con un hombre que al parecer lo observaba á él cautelosamente.

El desconocido, fué quien al cabo rompió el primero el silencio, diciendo:

—Vuelve esos tus dardos al cinto, almogábar, que entre tú y yó, no puede haber sino paz y buena compañía. ¿Qué gente es esa que viene contigo? ¿Sois todos almogábares?

—Todos ménos uno,—respondió Carmeson.—Pero y ¿tú quién eres, que te metes á hacer preguntas, á los que vienen á hacértelas á tí mismo?

—Torpe andas, Carmeson. Torpe te tienen los años.

—Lo sé, porque no es la primer vez que lo oigo esta noche. Pero torpe y todo, ten por cierto que no he de errar el tiro en tu cuerpo, si no me dices pronto quién eres.

—¿Qué es eso? ¿qué tardas y qué hablas?—gritó Aznar, que ya se acercaba impacientemente.

El desconocido se puso á silbar en voz baja del modo mismo que Aznar habia silbado para llamar á los almogábares.

—Nuestro silbido es,—dijo Carmeson,—no hay

duda. Pero..... ¡mal haya de mí que no le he conocido ántes! Razon teneis para llamarme torpe, torpísimo. Sosiégate, Aznar; no es otro que Maniferro, el buen Maniferro, que há meses echábamos de ménos por estas sierras. Maldita oscuridad la de la noche, y malditos años los mios que me van tapando los ojos.

Al oir el nombre de Maniferro, todos los almogábares prorumpieron en estrepitosos vivas. Y aún algunos de ellos, desnudando los hierros, comenzaron á golpearlos contra las piedras, pronunciando como en señal de alegría, aquel terrible grito de guerra:

¡Desperta ferres!

¡Hierro, hierro, despièrtate!

CAPÍTULO XVIII.

Describese un moderado banquete, y no poco alegre festin.

.....Como sátiros desnudos y hambrientos,
saltando de peña en peña.....
FELIU DE LA PEÑA Y FARELL.—*(Anales.)*

Un rrey ¢tan poderoso
E sennor de atal companna,
Non yaga commo rraposo,
Enconado en la montanna.
Sy vos sodes rrey guerrero,
Buen cauallero en siella,
Salide aqueste otero,
Reçebir rrey de Castiella.
(Poema de D. Alonso el Onceno.)

Al oir tal grito y tales vivas el llamado Maniferro ó Mano de Hierro, acabó de salir de unas matas, con que hasta entonces ocultaba parte de su persona, diciendo:

—Fivallé, Yussuf, Assaleh, seguidme, que estamos entre camaradas y gente buena: seguidme pronto, porque he de azotar al último que suba con la brida de mi caballo. Arriba, arriba, y dejad el matorral á esos honrados osos de la montaña, sus naturales se-

ñores, que gente hay aquí de la cual no tenemos por qué ocultarnos.

—Mal modo de estar ocultos es el cantar romances y pulsar laudes en tales desiertos. Aunque los perros muslimes de Lérida fueran todos tan torpes como nuestro buen Carmeson.....

—¿Va de burlas?—dijo á esto Carmeson, un poco amostazado.

—No por cierto,—respondió Aznar,—que era quien á la sazon hablaba. Quiero decir, que aunque todos los de Lérida tuviesen tus años y tu cortísima vista, á haberles venido en miéntes el pasear estas breñas, no habrian tardado mucho en dar con el señor Maniferro.

—¿De cuando acá eres prudente, Aznar?—dijo el desconocido jovialmente.—Por la Vírgen de la Gleba que el pelear yo solo con veinte de esos perros lo hubiera tenido por bien, á trueco de verte aquí esta noche; porque á tí especialmente há muchos meses que no te veo, y no quiero que se me olvide tu manera de pelear, y la buena gracia con que sabes sembrar las hazas de turbantes. Pero á decir verdad, no era fácil que ahora se me ofreciese tan extremada ocasion y trance; que no soy temerario como sospechas y áun me tengo por más prudente que tú, sin vanidad alguna. Sábete que tengo bastante gente apostada á las orillas del Segre para que, no pueda salir una cimitarra de Lérida, esta noche. Y lo que es de moros me tengo aquí por tan seguro como en las torres de Barcelona. Si me ocultaba, no era sino por miedo de los curiosos, que nunca falta caballero andante ó monje,

medicante que recorra los caminos; y aunque éste es asperísimo, no es de los ménos frecuentados, con estar algo cerca de la noble ciudad de Barbastro. Ni ignoras que gusto poco de ser conocido, y que sólo delante de vosotros suelo levantarme con placer la visera del yelmo.

D. Ramiro no echó en saco roto estas nuevas, y se alegró harto de oirlas, porque ya que no fiase de Maniferro, al ménos parecía cristiano, y no era para él tan temible como los infieles, en los cuales estaba todavía pensando.

Aznar tambien se alegró por D. Ramiro.

Y entretanto algunos de los almogábares no cesaban de victorear á Maniferro, y otros repetian desesperadamente su ántes temeroso y ahora alegre grito de guerra, sin dejar de azotar los hierros contra las peñas.

—Tened, tened, camaradas,—dijo Maniferro.—No es hora aún de que despierten las espadas: dejadlas dormir, que harto breve será su sueño, viniendo en mi compañía. Cabalmente esas orillas del Segre y del Cinca están pidiendo á gritos un buen San Martin, porque los marranos, ni hoja ni grano dejan á salvo. Pero ya os he dicho que tengo hueste hácia Lérida. Ofrézcoos para mañana ó pasado muy buena danza de espadas.

—Los pícaros,—dijo Carmeson,— no os han visto nunca sino al punto de batallar, y es ya usanza suya esto de saludaros desde léjos con el grito de guerra, á fin de que encontreis al llegar viva la sangre, y ardiente ya el hierro. No quieren perder tiempo

ninguno cuando se hallan con una buena ocasion de pelear; y vos mismo habeis celebrado esta prisa otras veces.

—Razon tienes,— dijo Maniferro: — pero advierte que hoy no os he llamado yo, ni he venido á buscaros, sino que vosotros me habeis sorprendido, como quien dice, en mi hogar. Hasta mañana por la mañana, lo más pronto no tenia dispuesta la danza.

—Sea mañana,—respondieron los almogábares, envainando perezosamente las espadas.

—Pero advertid,— dijo Aznar,— que vuestro deber no es sólo pelear contra los moros, sino servir como buenos vasallos á nuestro Rey y señor D. Ramiro, si á servirle os llama.

—¿Y quién te ha dicho,—repuso Maniferro,—que D. Ramiro pretenda semejante cosa? Vosotros no sabeis servir sino con el hierro, y él es poco amigo de este metal.

—Vos, señor caballero,— dijo Aznar,— no sois aragonés, sino catalan, y vasallo del conde de Barcelona. Y por lo mismo no estais obligado á acudir al servicio del Rey de Aragon, como nosotros lo estamos.

—Poco importaría eso, con tal que quisiera él servirse de gente honrada.

—Pues de que lo quiera no dudeis, y aquí está un buen caballero que podrá confirmarlo.

Dijo esto señalando á D. Ramiro, que no habia perdido una sílaba de aquel diálogo extraño.

—Que me place,—respondió Maniferro, reparando entónces en D. Ramiro.—Ofrézcome á dar de cenar á

este buen caballero, que harto molido y hambriento se conoce que viene, si como merecen sus prendas no, mejor que de vosotros y de estas soledades pudiera esperar sin duda. Al olor de las viandas y el retintin del jarro, él contará lo que sabe, y yo os diré lo que convenga. Hola, Yussuf, Asaleh,—añadió gritando:—perros infieles, ¿no teneis tendidos los manteles todavía? Al suelo, camaradas, y partamos nuestro pan y nuestro vino, segun ordena la ley de Cristo que, aunque pecadores, seguimos.

—Aznar, Aznar,—dijo en esto el Rey.—Lo de la cena lo acepto, porque, dicho te tengo, que no puedo resistir más la abstinencia, y eso que he practicado tan largos ayunos en la regla. Pero ¿no te parece que será imprudencia fiar el secreto de mi nombre y calidad á ese extranjero?

—Sí que lo sería,—dijo Aznar.—Aunque estamos ya seguros de infieles, á lo que parece, no lo estaremos de traiciones hasta mañana, que vendrán á juntársenos cuantos almogábares anden por estas sierras, segun tengo avisado ya con dos de los nuestros. A fin de que vengan pronto, les he encargado decir por todas partes, que vos sois un mensajero del Rey, un caballero de su casa. No hay más que continuar aquí tambien con el engaño.

—¿Engaño? No en mis dias,—dijo el Rey.—Primero querré que me maten, Aznar. ¡Engaño! ¡Pecado! ¿Te parece que no son bastantes los que traigo conmigo?

—Pues diremos que sois Rey.

—No, no, tampoco. Tú no conoces á ese extranje-

ro, Aznar: no sabes si es ó no capaz de alevosía.

—Sólo sé,—dijo Aznar,—que es esforzado, porque meses há, se apareció en estas montañas con otros almogábares de tierra de Cataluña, y yo y otros fuimos con él y ellos á dar en los moros de Lérida; y á fe que mejores tajos y mandobles qne repartió el buen caballero, no los he visto descargar en mi vida. Desde entónces le apellidamos por acá Maniferro.

—Bien pudiera ser verdaderamente de hierro todo su cuerpo, y ser traidor sin embargo.

—Es muy cierto; pero ¿cómo hacer si vos no quereis pasar por otro que sois?

—Un remedio se me ocurre, Aznar; pero no sin algunos escrúpulos, aunque le he visto practicado, en ocasiones, por muy devotos monjes de mi monasterio de Tomeras, y de aquel otro bendito de San Zoil, sobre el Carrion, en que hay nada ménos que tres cuerpos de mártires.

—Decid, que yo haré cuanto querais.

—Has de saber, Aznar,—dijo el Rey,—que una cosa es mentir, y otra muy diferente es ocultar la verdad: lo primero no es lícito nunca: lo segundo puede serlo algunas veces: al ménos ya te he dicho que así lo hacian ciertos monjes de Tomeras, uno de los cuales andaba en olor de santidad.

—No comprendo,—dijo Aznar cándidamente.—Si este buen caballero Maniferro os pregunta el nombre ¿teneis más que decirle quién sois, ó de no, decirle que sois otro cualquiera? No hallo medio en esto.

—Fuerza es hallarlo,—dijo el Rey,—porque en ese medio está el remedio: no lo habria de otro modo.

—Perdonad, señor,—dijo Aznar,—si no se me alcanza mucho en estas cosas. Para eso me crió tan soldado mi padre, para que no tuviera necesidad de saber tales delgadeces y sutilezas. Decidme claro, qué le contestareis si él os pregunta quién sois.

—No le diré nada: haré como si no hubiese entendido la pregunta.

—Malo es Maniferro para eso. Cien veces seguidas repetirá la pregunta, y acabará por fiarla á la espada, que dicho os tengo que es buena, como yo no sé de ninguna otra de caballero. Y en tal caso, tendríais que descubriros ó resignaros, á que peleásemos vos y yo sólos, contra él y los suyos. Porque de seguro los almogábares no osarian ponerle un dedo encima de la armadura, tan grande amor le tienen, á no oir vuestro nombre.

—Y sabiendo ellos mi nombre.....

—Sabríalo él por fuerza; y si es traidor y rebelde, como los caballeros y ricos-hombres de Huesca, podria muy bien tendernos una celada ántes que fuese de dia, y apoderarse por armas de vuestra persona y la mia, aunque quisiesen pelear estos almogábares contra su hueste. Que no es seguro, pues, si tengo por difícil que peleen contra ese buen caballero Maniferro, á no sonar vuestro nombre, sonando y todo, tengo por punto ménos que imposible que se las hayan brazo á brazo con la hueste, que él dice que tiene en las no muy lejanas huertas de Lérida, la cual se compondrá, sin duda, de almogábares catalanes, que son unos mismos con estos aragoneses: hermanos en el nacimiento, en la fatiga, en la gloria, y no pocos

de ellos, ignorantes de que en estos montes unas piedras se llamen Aragon y otras se llamen Cataluña.

D. Ramiro, aturdido con tales observaciones, no contestó palabra. Y en aquel instante se oyó la voz de Maniferro que gritaba:

—¡Ah del buen caballero! La cena está pronta: las hogueras arden, de modo que no echaremos de ver la oscuridad de la noche: hay asientos en la yerba que pudieran ser tronos de reyes; y sobra humo en el aire, para templarnos la humedad de la noche. Juro á Dios que no se ha visto en alcázar alguno más alegre banquete que yo os ofrezco ahora al raso. Yussuf, Assaleh, si advierto la menor falta en la cena, de cena habeis de servir vosotros á mis lebreles. Y tú, Fivallé, menea ese laud: diablo de escudero, ¿qué tardas en tocar alguna cosa? Disponte á decir de nuevo el romance del caballero del Dragon, que tengo para mí que no ha de desagradar á nuestro huésped.

Todo esto lo decia el caballero con acento tan jovial, que no cólera ó susto, sino risa y gozo infundian sus amenazas.

D. Ramiro fué el único que las tomó al pié de la letra.

—Parece que tiene mal corazon este hombre,—le dijo á su escudero.—Oye, Aznar, amigo, ¿será posible que no me defiendan esos villanos, si por ventura quiere asesinarme? Por Dios, hijo mio, no te se escape decirle quien soy.

Aznar no respondió; pero dióle á entender con una seña que guardaria el secreto. Y caballero y escudero

se fijaron luego enteramente en el espectáculo extraño que á sus ojos se ofrecia.

Habian desembocado de un angosto paso labrado por las aguas de invierno entre dos montes, y se hallaban á la sazon en una llanura más larga que ancha, abierta en uno de sus lados por un profundo barranco. Las aguas, al salir de entre los montes, se precipitaban sin duda por aquel barranco, haciendo en la asperísima cuesta quebraduras, que podian servir de sendas para llegar á lo hondo. El barranco y la cuesta se distinguian muy bien á la luz de tres grandes hogueras encendidas, al borde mismo del precipicio, donde se consumian luciendo y chisporroteando altas piras de enebro recien cortado. Descubríanse tambien en la cuesta ciertas cuevas formadas por los salientes peñascos, en alguna de las cuales debian de estar recogidos Maniferro y sus compañeros cuando llegó la comitiva, porque aunque él no se supo de donde vino, á éstos claramente se les vió subir por una raja de lo pendiente al llano, donde hizo alto la comitiva.

Hacer alto, tirar al suelo los chuzos, arrojarse por el barranco unos, trepar otros por los montes vecinos cortar troncos y ramas, acarrearlas, y con ellas encender las tres hogueras, habia sido para los almogábares obra de un instante, como solian ser todas las de aquella gente agilísima y resuelta. Luego sacaron de los zurrones sendas cebollas y castañas, y sin otra preparacion las pusieron á la lumbre. Algunos, más afortunados, descolgaron de los cintos, y arrimaron al fuego, hasta tres liebres, un cabrito montés y unas

pocas palomas, muertas al acaso por el camino. Y miéntras se aderezaba la escasa y rústica cena, juraban y reían los almogábares al amor de las hogueras, tan contentos como pudieran estarlo en hogar propio.

No tardaron mucho más en ser cumplidos los mandatos que dió Maniferro á sus compañeros.

Eran éstos tres hombres de singular aspecto y catadura. Frisaba el uno de ellos en la madurez de su edad: tenía el rostro ancho y lleno, la mirada fria, y su limpio traje y atavíos, si no ya por hombre principal, dábanlo, al ménos, por persona de honroso empleo y ejercicio. Traia éste ligera cota y espada ceñida. Una gorra cubierta de malla le defendia la cabeza, dejando ondear sobre ella dos plumas de cisne, y pendia de su espada un laud, indicio de ser él quien ántes hubiese cantado.

Los otros dos parecian mucho más mozos, aun que no pudiera afirmarse que lo fuesen. Porque no era la noche más oscura que su tez, así como el marfil no era más blanco que sus dientes, que relucian como estrellas, entre las sombras de los rostros; y los menudos y ásperos rizos de los cabellos, y la expresion extraña de las facciones, dábanlos, sin más dudar, por etíopes y esclavos. Vestian los dos un traje, mitad morisco, mitad cristiano. Cubríanles la cabeza sendos gorros de lana color de púrpura, defendidos por gruesas barras de hierro, que partiendo de una de ellas que ceñia la frente, subian á encontrarse á cosa de una cuarta del pelo, como en punta de lanza. Abrigábanlos jubones de malla y toneletes, con escamas de hierro; y de las espaldas traian colgados redondos

escudos de piel de leon con aros de hierro. Un ancho alfanje, un puñal, y un arco y flechas, eran sus armas ofensivas.

El del laud se sentó en una piedra, no léjos de cierta encina corroida y vieja, en cuyas ramas comenzaban á prender fuego las chispas escapadas de una de las hogueras, suavemente azotada del vientecillo de la noche. Allí se estuvo algun tiempo tranquilo y silencioso, templando las cuerdas de su instrumento y preludiando algunas melodías de frases lentas y melancólicas que parecian principios de la jota á veces, y á veces notas de la caña, ó la malagueña de nuestros dias.

Los dos moros negros ponian atento oido á lo mejor á aquellos sones como si no les fuesen desconocidos, ó viniesen de tierra que hubiesen por largo tiemtiempo habitado. Entretanto desembanastaron unos blanquísimos manteles y los tendieron sobre la yerba, al pié de la encina que ardía, la cual de esta manera vino á ser lámpara y chimenea del banquete. Luego, pusieron sobre ellos hasta media docena de platos de oloroso cedro, guarnecidos de plata, cosa de gran lujo y riqueza para aquellos tiempos: tenedores, ni los traian ni eran conocidos entónces: de cuchillos no habia que hablar allí, trayéndolo cada hombre bien afilado y largo consigo; pero entre tanto se echaban tambien de ménos. Lo que no faltaba allí era que comer y beber; pues habia carnero, gallinas, y hasta una gran cabeza de jabalí; cóngrio en salsa, bien guardado del aire en una mediana vasija de barro cocido; vino del Priorato, abrigado como á su calidad corres-

pondia en jarro de plata; otro que debia de ser más plebeyo en dos cántaras de arcilla que parecian ánforas romanas; pan, en fin, amasado con los mejores candeales de Suera ó de Urgel. Poderosos incentivos todos ellos para despertar el apetito de cualquier hombre de pró y aún señor de vasallos, cuanto y más el de aquel pobre aventurero D. Ramiro, que trás de llevar largas horas de abstinencia, habia sido abad y Rey sobrado tiempo, para que penitente y todo como era, pareciese insensible al amor de los buenos bocados.

No de otra suerte podria haber sucedido que, al distinguir los manteles blanquísimos y sus sabrosos huéspedes, huyesen todos los pensamientos tristes y siniestros de la imaginacion de D. Ramiro, y que, sin esperar otra invitacion, fuera á ponerse delante de uno de aquellos olorosos platos de cedro, donde no tardó en depositar una generosa tajada el jovial y comilon de Maniferro. Cualidad por cierto esta última, harto censurada por el cronista muzárabe, que tomaba muy á pechos las sublimidades del espíritu, creyendo erradamente que no se ajustan con ellas los más sabrosos apetitos de la carne y de la materia: inocente y naturalísima, en hombre tal como parecia Maniferro, á nuestros ojos.

En el banquete no se oyó palabra por un buen espacio de tiempo. Traslucíase que uno y otro de los dos principales y más altos comensales, aplazaban la plática para cuando estuvisen ociosos los dientes, y á sus solas imperase el jarro en los manteles, aprovechando las tréguas para contemplarse á su sabor, y calcular cada cual con qué género de hombre se las habia.

Ni uno, á la verdad, ni otro quedaron muy pagados del fruto de sus observaciones.

Los ojos de D. Ramiro, ya tíbios y mortecinos, ya vívidos y fulminantes; su tez morena y pálida, sus cabellos lácios y descompuestos; sus armas ménos ricas que convenia á un caballero, y la mala gracia con que las llevaba, todo esto llenaba de confusiones al desconocido. Y como de las confusiones nace el error cási siempre, túvole por viejo, cuando era hombre D. Ramiro que no habia pasado de la edad madura; túvole por de baja prosápia, cuando no la habia más ilustre que la suya; túvole por socarron y malicioso, cuando era el propio candor y la benevolencia misma. Tan distinto de la verdad fué su juicio.

Mas acertado anduvo D. Ramiro; pero no porque fuese sagaz, sino porque la fisonomía de Maniferro denotaba con harta claridad la condicion de su dueño. Era mozo de ménos de treinta años, alto, fornido, de oscuro y rizado cabello, de ojos negros, firmes y penetrantes, rápido en el hablar, imperioso en los gestos, brusco en los ademanes, como quien no está acostumbrado á tolerar contradicciones. Hombre como él, no podia ménos de haber expuesto muchas veces su persona y de haber llevado á cabo árduas empresas: leíase en su rostro aquella aspiracion á lo grande, á lo imposible, que es patrimonio de los que llaman héroes en la tierra. Si parecia jovial, obra era, sin duda, de sus pocos años y de su natural franqueza; porque allá en los pliegues de su frente, se escondian negros nublados de ira, que no dejaban de asomar amenazadores tan luego como alguna cosa,

por pequeña que fuese, le disgustaba. Y en verdad, que tales observaciones, no eran á propósito para disipar del espíritu de D. Ramiro recelos ó temores, no obstante que el apetito le tuviese cerradas, por de pronto, las puertas y ventanas del sentimiento.

Pero ni el falso juicio de Maniferro, ni el verdadero y cierto de D. Ramiro, perturbaron las prudentes treguas que, por tácito consentimiento, se habian ajustado entre ellos. Y en el ínterin, Fivallé preludiaba en su laud melancólicas armonías; y ya subiendo, ya bajando, ora imitando la caida estrepitosa de los manantiales, ora el tardo paso de los arroyos; bien mintiendo gorjeos de ruiseñores, bien murmullos de fuentes; tal vez remedando á los céfiros que mansamente agitan las hojas, tal vez á las tórtolas que se anidan en los troncos de las arboledas, daba muestras de larga práctica y extremada ejecucion en su oficio. Al amor de tales y tan diversos sonidos, parecian más sabrosos los manjares todavía que en sí eran, y más acertadas á cada comensal sus recíprocas observaciones.

Maniferro rompió al fin el silencio, diciendo:

—Muy puesto en razon sería, señor caballero, que ya que hemos de beber en un mismo jarro, y hemos de pasar juntos una noche al raso, vos me dijérais vuestro nombre, y yo os dijera el mio; y áun quizás no sería perdido este conocimiento para entendernos en cualquier trance y plática que ocurriese. Pero bien mirado, no puedo yo exigir que me deis vuestro nombre, ni siquiera desearlo, supuesto que el mio tengo hecho propósito de mantenerlo secreto por ahora.

A este punto respiró con poderoso esfuerzo D. Ramiro, como si por algunos momentos hubiese tenido el pecho oprimido.

—Sea como vos querais, buen caballero,—le contestó.—Y de mí sé decir, que os tengo por tan noble y famoso desde ahora, que no me ha de hacer falta jamás, oir ni saber vuestro nombre.

—Pues á mí no me sucede lo mismo,—repuso el desconocido;—ántes tendría singular placer en saber el vuestro, diciéndoos el mio, por más que vuestro buen talante acredite la antigua nobleza que hay, sin duda alguna en vuestra persona.

Pronunció esto Maniferro, con tal acento de voz, que oidos sagaces, lo habrian denunciado al punto por de hombre socarron y dado á burlas; pero D. Ramiro, no se dió un punto por ofendido.

—Hablásteis,—dijo luego,—de un propósito ó acaso de un voto: dignáos de decirme si él os trae por mucho ó poco tiempo acá, y os impide por mucho ó poco tiempo tambien contentar la curiosidad de los que la tengan en conoceros.

—No puedo decir quien soy en otra parte que allí donde tremola su pendon el conde de Barcelona; y es propósito firme que tengo hecho, aunque voto formal no sea.

—Singular misterio es,—dijo D. Ramiro,—y gran fortuna la vuestra que tal secreto os permite guardar, cuando traéis con vos tantos testigos.

—No los traigo sin su cuenta y razon, señor caballero. ¿Creéis que á saber mi secreto más de uno sólo, podría conservarse por largo tiempo? Los buenos de

los almogábares, no saben de mí otra cosa que lo que yo les digo, ni á decir verdad, se muestran ellos deseosos de saber más que esto. Y tocante á mis servidores, dos de ellos Assaleh y Yussuf, vinieron ya á mi poder harto discretos, supuesto que en su tierra de Africa, les cortaron las lenguas para que no divulgasen los secretos de sus malditos y paganos señores. El otro, que es ese Fivallé, así sabe tañer y cantar, como entender en cualquier trama de guerra ó de política; pero tambien sabe que él es el único depositario de mi secreto, y que, divulgándose, no tardaria más en rodar su cabeza, que en llegar la noticia á mis oidos..... Pero, ahora que recuerdo, Fivallé..... diablo de Fivallé..... canta, canta tú otro romance, que ya yo entonaré quizás uno mio, y es de hombres bien nacidos contentar y servir largamente á sus huéspedes.

Fivallé entónces cantó, acompañándose con su laud, el siguiente:

ROMANCE.

Trotando vá el buen conde,
Blandiendo está el lanzon,
En el mirar, con ira,
Con fe en el corazon.
Y dueñas y escuderos
Le dicen á una voz:
Por Dios lidias, el conde,
Su ayuda te de Dios.
Orillas de una fuente
Durmiendo está un dragon;
De hierro son sus garras,
Sus ojos, áscuas son.

«Despierta, el conde dice,
»Porque te pueda yo,
»Vencer, á esfuerzo mio,
»Que á buena suerte no.»
Ya ruje, y se levanta
Ya al conde vá feroz:
La lanza quiebra el conde,
Vacila en el arzon.
Mas de la fuente al agua
Le muda la color,
La sangre del vestiglo,
Que el conde lo mató.
Y dueñas y escuderos
Ya rezan á una voz:
Como por Dios lidiaba,
Le ha dado ayuda Dios.

—Nuevo es, y nunca oido éste,—dijo Aznar,— no bien acabado el romance.

—Breve y bueno, —dijo otro luego.

Parecia como nacido, en fin, por el aplauso que obtuvo aquella pobre y dura letra, para tal ocasion y hora. No faltó quien repitiese por allí luego algunos de los versos, como si se propusiese aprenderlos; y no ya los almogábares sólo, sino el mismo D. Ramiro mostró que le habia oido con placer grande en estas palabras:

—Devoto cantar es sin duda: podria sin reparo decirse en el coro de un monasterio.

—Monje al fin será acaso ese conde,—dijo Maniferro;—pero de los valerosos monjes templarios que no tanto se entretienen en cilicios y en oraciones, cuanto en pelear desde el Jordan hasta el Ebro con

los infieles enemigos del nombre de Dios. Monje de los buenos.

D. Ramiro buscó con los ojos á Aznar; y se alegró de verle á pocos pasos, recostado como los demas almogábares al amor de la lumbre.

—Sí,—continuó el caballero;—monje podrá ser el conde, de Barcelona, pero no penseis que, por serlo, deje que los extranjeros le roben sus ciudades y castillos, ó que los propios escarnezcan su autoridad y nombre, como hace ese Rey D. Ramiro, que tan pobre cuenta está dando de su corona. Brindo señor caballero, por la buena fortuna del conde don Ramon Berenguer IV, el que mató al dragon, que azotaba estos condados, y venció en campo abierto á los indignos caballeros que osaron infamar de adúltera á la Emperatriz de Alemania. Y porque Aragon tenga pronto un príncipe semejante, en lugar del que hoy deshonra sus blasones.

Empinó el jarro al decir esto, y bebió un razonable trago de vino. Luego se lo puso en las manos á D. Ramiro para que respondiese al brindis; pero éste, mirando de nuevo á Aznar, soltó el jarro sin arrimárselo á los lábios.

—¿Qué es esto, señor caballero?— dijo Maniferro. —¿rehusais el brindis que os he propuesto? ¿Es esa vuestra cortesía? Por nuestra Señora de Monserrat y el bendito San Martin, cuya fué esta mi espada.....

—No os enojeis,—respondió D. Ramiro turbado, y no sin volver á Aznar la vista.—Despues de lo que habeis dicho de mí, quiero decir, del Rey D. Rami-

ro, yo..... yo no puedo aceptar el brindis que me proponeis.

—Razon tiene,—dijo á esto Aznar, brevemente y en voz ronca.

Negrísimas nubes de ira pasaron rápidamente por la frente de Maniferro; y como lo notase Aznar, llevó ya como sin querer la mano al pomo de la espada. Pero, fué inútil, por fortuna. Aquellas nubes, aunque no sin hacer él sobre sí un grande esfuerzo, volvieron á recogerse en los pliegues que surcaban la frente de Maniferro; y recobrando luego al punto su jovial franqueza, contestó:

—Leales sois por mi vida; y júroos que no me queda rencor alguno de la buena leccion que me habeis dado. Rey es, y como Rey, ántes hemos de callar, que no de descubrir aquí sus faltas. Demás, que, si mal no recuerdo, me habeis dicho que D. Ramiro requiere ahora vuestros servicios. ¿Es esto cierto, señor caballero? Por ventura, ¿quiere sacar á Zaragoza del féudo castellano, y echar á los navarros á sus fronteras? Él nació bajo el escudo de su padre, y harto triste seria que no quisiera tambien morir bajo su propio escudo, como nacen y mueren los hombres de honor. Y á ser lo que imagino, no hay más sino que he de tomar su demanda, y he de pelear á pié y á caballo con todos los castellanos y navarros que calcen, como yo, espuela de oro, en defensa y pro de su buen derecho.

—Amen,—dijo Aznar.

—Amen, amen,—repitieron los más cercanos de los almogábares.

—Gracias, gracias, señor caballero,—repuso humildemente D. Ramiro. Y alentado con aquellos ofrecimientos, que hacian más de estimar el noble continente del caballero y la generosidad y franqueza, que dejaban entender sus palabras, añadió con voz ya entera:

—No es ahora contra navarros y castellanos la ayuda que quiere el Rey de Aragon, es contra sus propios vasallos.

—¿Contra sus vasallos, decís? ¿Y cómo puede un príncipe necesitar de ayuda alguna contra sus vasallos? Aquel buen religioso del Temple, D. Ramon Berenguer III y su hijo D. Ramon Berenguer IV, que hoy es, por merced divina, conde y señor de Barcelona, no han necesitado jamás de otros brazos que los suyos para tener en razon ó traer á ella á sus vasallos.

—No serian de osados como estos de Aragon, señor caballero.

—Éranlo mucho, y si os place, hablad y referidme lo que le ha sucedido á D. Ramiro con sus vasallos, que yo os diré lo que hubieran hecho en cada uno de tales trances los condes que digo de Barcelona.

En esto, el banquete podia darse por terminado. Maniferro y D. Ramiro parecian haber saciado completamente su apetito: los almogábares habian devorado ya sus escasas provisiones, y áun el vino plebeyo de las banastas abiertas. Era más de media noche, y el viento de la sierra venia ya bastante frio, para que no pareciese cada vez más dulce el amor de la lumbre. Sentados pues, junto á ella D. Ramiro y

Maniferro, y tendidos alrededor los almogábares, se entabló la siguiente plática, no indigna de ser conservada, para dar luz á los sucesos que quedan por referir en esta crónica.

CAPÍTULO XIX.

Qué cosa era ser buen Rey en el siglo XIII, y cómo podia convenirle, malo ó bueno, saber latines.

Llevad vos la capa al coro
Yo el pendon á la frontera.
(Romancero del Cid.)

—Figuráos,—comenzó por decir D. Ramiro,—figuráos, señor caballero, que no bien fué proclamado el Rey de Aragon, y cuando apénas habia calentado la desdichada corona en la cabeza, se halló con que los ricos-hombres de su reino querian disponer de todo, menospreciándole, por ser él nuevo y ellos viejos en armas y gobierno.

—¿Y qué hizo el Rey de Aragon al advertir tales injurias?

—Nada hizo, sino empezar á arrepentirse de haber puesto semejante corona en su cabeza.

—Pues tócame ahora á mí,—dijo Maniferro,—referiros puntualmente lo que hizo el conde de Barce-

lona en semejante caso á ese. No tenia bien cumplidos diez y ocho años, cuando murió su santo padre en el hospital de Santa Eulalia, y le dejó por heredero de este buen condado de Barcelona que ahora tiene. Viéndole tan mozo, imaginaron los barones y señores que podrian disponer de sus estados, menospreciando su valor: todo como vos decís de D. Ramiro. Pues hubo uno, que tal imaginacion la quiso poner en obra, el cual se llamaba Berenguer de Castellet, y era ferocísimo soldado y veguer á la sazon de Barcelona. Si le hubieran disputado cosa suya al conde, quizás habria cedido en la demanda; pero no era cosa suya, sino de su pueblo, que lo que pretendia el Castellet era imponer en provecho suyo cierto tributo sobre el pan y otras exacciones no debidas. ¿Y sabeis lo que hizo el conde?

—Sin duda defendió á su pueblo, mandando que al mal caballero le cortasen la cabeza,—dijo luego Aznar.

—No fué tanto de menester,—continuó Maniferro. —El Castellet traía bien fraguadas sus mentiras, y mostraba pergaminos y escrituras, muy primorosamente contrahechas, donde claro se leia, que tales exacciones le tocaban, por merced de los condes antiguos.

—Maldito arte el de la escritura,—dijo Aznar.— Paréceme á mí que más veces ha de venir en apoyo de la mentira, que no en sostenimiento y defensa de lo que pasa de verdad en este mundo.

—De uno y otro sirve,—repuso Maniferro.—Aquellos pergaminos eran privilegios de verdad, con la fir-

ma y sello de los condes de Barcelona; pero el menguado de Castellet habia sabido quitar las cosas que ellos rezaban, poniendo otras, favorables para sí, que jamás habian estado ni podian estar, so pena de destruir á los pobres vasallos.

—Mala ventura al embustero y falsario,—digeron al parecer dos ó tres de los almogábares;—pero de cierto lo dijo Aznar, porque se oyó su voz claramente.

Maniferro prosiguió:

—De poco le sirvió ahora serlo, porque no era hombre el conde que se dejase vencer ni de astucias ni de fieros. Viendo que no podia vencer de sus falsedades al mal vasallo, y que éste osaba hablar de sus hazañas, así como para intimidarle, acudió á la prueba del juramento, y para probar la eficacia de este juramento, prestóse á sostener por su persona el combate y juicio de Dios.

—Otro tanto habria yo hecho en su caso, — dijo Aznar.

—¡Viva ese conde de Barcelona! —gritaron entusiasmados los almogábares.

—Loado sea nuestro Señor, que sin duda dió la victoria al conde,—dijo devotamente D. Ramiro,—no sin persignarse al propio tiempo.

—Tampoco fué de menester,—respondió Maniferro.—El viejo adalid no osó al cabo entrar en liza con el mozo. Acaso su sin razon le quitó el esfuerzo, ó quizás le tocó Dios en el corazon para que la conociese; mas de uno ú otro modo, ello es que sin riesgo ni fatiga quedó el conde con la victoria y libres del tributo los vasallos.

—Que fué muy justo por cierto,—dijo D. Ramiro.—Mas advertid que entre los ricos-hombres de Aragon, hay algunos bien ancianos, aunque malos, á quienes su Rey quiere bien desde la infancia, por haber sido contínuos y amigos de su victorioso padre D. Sancho y de sus hermanos D. Alonso y D. Pedro; y tales y tan rebeldes como son, los quiere todavía; de modo, que no osaria levantar la espada contra ellos sino en el último extremo y desdicha. ¿Cuán duro no parecería que retase D. Ramiro á hombre tal como Férriz de Lizana, por ejemplo? Y eso dando que en su ánimo hubiera esfuerzo para medirse con él.

—De esfuerzo no se diga, porque claro está, que sin él no se puede ni se debe llevar corona en la cabeza. Pero en lo del querer bien, ahora he de deciros cómo entiende esto el conde de Barcelona: que es por modo tal, que no ceda en mancilla de su honor ó detrimento de sus vasallos. Dirélo si no os parece que peque ya en inoportuno.

—Antes lo tendré por favor singular,—replicó cortesmente D. Ramiro.

—Pues atended,—contestó Maniferro:—¿habeis oido hablar del valeroso caballero D. Guillen Ramon Dapifer?

—¿Y cómo si he oido hablar?—dijo D. Ramiro.—Le he visto y le he hablado yo mismo hartas veces en la corte, y gran ciudad de Huesca; y cierto que es muy noble y valeroso caballero.

—Y yo le vi pelear en Fraga,—dijo el viejo Carmeson al que tenia más cerca,—y nunca hallé jabalí

que con tal furia se metiese entre las armas. No sé cómo escapó de allí con vida.

—Pues ese buen caballero fué á modo de padre y maestro del conde de Barcelona, dado que él le endoctrinó y ejercitó en el oficio de las armas. Como Dapifer no era viejo, y era valiente, y gentil, y discreto, fué grande el amor que le cobró el conde. Pero él no tardó en abusar de tal amor, oprimiendo á los vasallos del conde, y aún llegó á cortar las aguas del rio Besós de los molinos de Barcelona á fin de avasallar á los ciudadanos. Entónces el conde, prefiriendo á este amor el de sus vasallos, desterró de Cataluña al D. Guillen y le confiscó ademas sus estados, de suerte, que ahí por Aragon anda mísero y pobre, y ahí se estará miéntras no dé señaladas muestras de arrepentimiento.

—Pero ese Castellet y ese Dapifer,—dijo D. Ramiro,—no tendrian fuertes castillos ni numerosos vasallos con que defenderse del conde.

—Los tenían, y todavía más tenía el conde de Tolosa, que osó negar el debido féudo al de Barcelona. Pero al sólo amago del castigo, cedió tambien el de Tolosa: que cuando los príncipes son esforzados y resueltos, suelen no necesitar la ayuda de nádie, ni mover su propio brazo siquiera, para aterrar á los rebeldes. Por eso ya dije, que no acierto á comprender el menosprecio con que, los de vuestra tierra, tratan ahora á D. Ramiro.

—Pintando estais un héroe en D. Berenguer,—dijo D. Ramiro,—y no todos los príncipes pueden serlo.

—Héroe, no,—repuso Manifero:—es demasiado mozo para haber ejecutado hazañas que basten á ganarle tal nombre. Pero, á lo que se vé, no quiere ser indigno de sus padres.

D. Ramiro se ruborizó al oir estas palabras y más oyendo en derredor suyo este diálogo, que no pudo impedir, por estar algo apartado Aznar.

—Por Dios,—decía uno,—que le sobra razon al señor Maniferro, y que yo daría toda mi sangre por ser vasallo de ese buen conde de Barcelona.

—Mi sangre y la de mi mujer,—dijo otro.

—Mas de estimar es aquella que no esta,—añadió un tercero;—que tú no eres de los mejores casados. Pero no hay duda en lo que decís: un Rey como ese buen conde, vale más mil veces que el honrado fraile que ahora tenemos en el trono. No va á quedar un palmo de Aragon, si vive mucho tiempo.

—Y ¿qué te se dá á tí de ello?—dijo á esto Carmeson.—De mí sé decir, que no tengo por Aragon sino las montañas donde hemos nacido, y por las cuales corren verdaderamente los dos rios que se llaman Aragon, en cuyas aguas hemos apagado de niños la sed, y nos hemos bañado de mayores. Mal hayan las tierras llanas, donde los caballos y los ginetes nos atropellan á su sabor en la pelea, y no nos dejan en la retirada descanso. Mira de qué nos sirvió llegar con el buen Rey D. Alonso á la orilla del Cinca, y ver las vegas floridas de Fraga.

—Ni en monte ni en llano, hay caballo ni ginete que resista mis dardos, Carmeson. Tu eres viejo, y el miedo se vá apoderando de tu persona. Lo que te

afirmo es, que mucho nos convendría cambiar al Rey que tenemos por ese conde de Barcelona.

—Callad,—dijo, enterado ya en esto, Aznar, á quien D. Ramiro no cesaba de dirigir miradas tristes y suplicantes.—Callad, que no nos dejais oir la gustosa conversacion que suelen traer estos nobles caballeros.

—No será,—dijo Carmeson levantándose,—sin que mate ántes á este perillan, que ha osado decir que en mí haya miedo.

—Sí será,—repuso Aznar,—sin más que yo te lo diga.

Y asiendo de un brazo á Carmeson, tiró de él tan fuertemente, que el viejo vino nuevamente á tierra, no sin magullarse contra los peñascos el cuerpo.

Causó el golpe gran risa entre aquella gente ruda, y Carmeson no tuvo por prudente exponerse á otro semejante, y calló: callaron, como él, todos los almogábares y prestaron de nuevo atencion á la conversacion de los caballeros.

Fué esto á tiempo que D. Ramiro que habia vuelto á reanudar la conversacion con su huésped, le decía con voz turbada.

—Ya os he dicho en breves términos lo que pasa: juzgad ahora si son á estos iguales, los sucesos que habeis contado. Al Rey no le permite Dios que continúe más en el trono, y los ricos-hombres no quieren que lo deje: desea, como es justo, que lo herede su hija, y tampoco lo consienten los ricos-hombres.

—Extraño es eso,—dijo Maniferro.

—Tan extraño, que no sé yo que pueda haber semejanza de éste con otros casos, ni remedio conocido.

Y aún os falta saber una cosa, que es, que los ricos-hombres osaron poner preso al Rey, y han osado apoderarse de la persona de su hija.

—Por Jesucristo vivo, que mayor desacato no oí en mis dias, ni sé oyó en los dias de mi padre; y que no he de comer pan á manteles, miéntras no queden en libertad como yo mismo D. Ramiro y su hija. Malos lobos me coman, sino cumplo este buen propósito.

—Bien veo que sois esforzado y generoso, y que de buena voluntad querreis cumplirlo; pero, ¿cómo habeis de ejecutarlo? No es fácil, no es fácil, señor caballero.

—Nada hallan difícil las armas,—respondió con firme voz Maniferro:—es preciso ir á buscar á los ricos-hombres en sus castillos y colgarlos de las almenas: apellidar guerra por Aragon, y alzar pendones por el Rey.

—Eso digo yo,—exclamó Aznar con júbilo.

—Es verdad, eso habrá que hacer,—dijo tristemente D. Ramiro.

—Y para eso sí,—añadió Maniferro,—que el Rey necesita de ayuda. Yo no habría dejado que me prendiesen, pero una vez preso, osaría llamar en mi ayuda al mismo Rey de Fez, si no bastasen los mios, que si bastaremos nosotros, á lo que pienso..... No léjos de aquí tengo una hueste de almogábares catalanes, que son no ménos valerosos que estos aragoneses. Con tal gente y algunas de las lanzas de campo, que en Cataluña apellidamos ginetes de *perage*, y los ginetes y caballeros de Aragon que quieran reunírse-

nos, harto será que no demos cuenta de los ricos-hombres y sus mesnadas. Vos, señor caballero, nos guiareis á donde está prisionero D. Ramiro.

—Es que no está prisionero.....

—¿Pues no decís?.....

—Logró escaparse de la prision,—contestó D. Ramiro turbado.

—¿Sabeis dónde está?

—Yo no dije.....—Y no acertaba á añadir nada don Ramiro.

—Basta,—repuso por fortuna el caballero, vuelto ya de su arrebato de ira. Sois prudente, y no quereis decirlo en alto, ó confiarlo á un desconocido: no importa. No por eso nos guiareis ménos á donde esté, y lo haremos vencedor de los ricos-hombres, con el favor de nuestra Señora de Monserrat y el buen temple de esta espada de San Martin, que por merced de Dios llevo al cinto.

—¿Pero y qué adelantará con ser vencedor el Rey? —dijo D. Ramiro.—El caso es que la princesa quedará á merced de los ricos-hombres.

—Ya pondremos á su padre en ocasion de libertarla.

—Pero, ¿y cuándo su padre se vuelva al cláustro? ¿Quién tomará su demanda?

—¿Quién? Yo:—dijo sin detenerse Maniferro.

—¿Vos?.... Vos no bastais para eso; por mucho que sea vuestro esfuerzo y por grande que vuestra voluntad sea.

—Por Dios que así es la verdad como la estais diciendo. No es caso este como aquel de la Emperatriz

de Alemania, en que tanto pudo hacer cualquier lanza como la del propio conde de Barcelona. Y amen de lanza, aquí hace falta tambien alguna razon ó título, como creo que dicen los legistas de Barcelona. Un padre..... un hermano..... un tio por lo ménos..... un marido.....

—Sin duda que un marido seria bastante,—dijo entónces D. Ramiro;—y ojalá,—añadió,—que fuera posible casarla con algun príncipe que tomára á su cargo el reprimir á los ricos-hombres; que entónces no padeceria el Rey de Aragon las amarguras que al presente.

—¿Pues hay más, que casarla con el conde de Barcelona? No le hay más á propósito para reñir con barones ó hidalgos, con reyes ó escuderos, cuando á su mujer le haga falta.

—¿Y cómo ha de casarse con el de Barcelona ni con nadie, si no ha pasado aún de los dos años de edad?

—Teneis razon: me habia olvidado de ese otro obstáculo. Ya veo que no hay más, sino que renuncie el padre á volver al monasterio; y se quede á cuidar de su hija en el mundo.

—No, no: eso es ménos posible que el matrimonio todavía.

—Pues entónces, abandonemos hija y padre á su suerte,—repuso ya impaciente, pero con alegre risa Maniferro.

—¡Abandonarla á ella!..... ¿Sabeis lo que es abandonar un padre á su hija?

—Lo que sé, es, que habria de volverme loco, señor caballero, si os siguiese más en esos revueltos

pensamientos y contradictorias proposiciones. Decidme de una vez: ¿puede su padre continuar en el trono hasta que ella llegue á mayor de edad, amparándola y defendiéndola?

—No puede.

—¿Puede ella casarse en edad tan tierna?

—Claro es que no..... pero.....

—¿Qué pero es ese, señor caballero? Por la Vírgen de Mongari que no os entiendo. ¿Puede dudarse de que no sea posible tal casamiento? ¿No decís que no cuenta la infanta sino dos años de edad?

—Tened, tened.....—contestó de súbito D. Ramiro.—Dios comienza á iluminarme..... Hé aquí que van á valerme las pocas letras que aprendí en el convento. ¡Quién lo diría! Pero mal haya de mi memoria..... Aquí, aquí está en la punta de la lengua toda una regla que podria servirnos para salir del apuro en que nos vemos..... Ya, ya recuerdo..... Mucho, muchísimo trabajo me costó aprenderlo; pero no hay como esto de los latines para guarecerse en la memoria. Veinte años ha que los que digo los aprendí con otros novicios en la comunidad, y no se me han olvidado como ahora vereis, no, ántes bien los recuerdo perfectísimamente.

Maniferro, Aznar y todos los almogábares, parecian ya un tanto aturdidos. Y D. Ramiro estaba en esto de pié, dando vueltas de uno á otro lado, pegándose golpes con la mano en la frente, y murmurando palabras latinas que ninguno comprendia.

—*Sponsalia,*—decia,—*sponsalia..... sunt mentio et repromissio.... repromissio.... nuptiarum futurarum....*

¡Oh futurarum..... No hay duda, pueden contraer esponsales.

Y vuelta á repetir los latines, y á darse golpes en la frente, y á pasearse de uno en otro lado.

Al fin Maniferro le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—¿Acabareis? ¿Qué endiablada cosa es esa que se os ha ocurrido?

—No es cosa de diablos, señor caballero; sino cosa muy bien admitida y sancionada por la Santa Madre Iglesia. Verdad es que no sé dónde ni cuando, y esto es lo que.....

—No os importe eso, y decid de una vez lo que sea.

—Es,—dijo entónces D. Ramiro inclinando los lábios al oido de Maniferro,— es que hay esponsales de futuro, unos esponsales que se pueden contraer muy bien en edad como la de la princesa. ¿Si hubiera quien quisiera contraer con la princesa esponsales de futuro?

—¡Qué si hubiera! ¡Pues no ha de haber! Ahí está, os repito, el conde de Barcelona, que no dejará de aceptar el partido.

—¿Estais seguro de ello?

—Y tanto como lo estoy. El conde de Barcelona, ha pensado más de una vez que estas montañas eran unas mismas, y unos mismos los almogábares de estas montañas; y que el Ebro y el Llobregat y el Aragon y el Cinca, deben correr debajo de una mano propia de Rey.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—gritaron algunos

almogábares que oyeron las últimas palabras.

Y señaladamente Aznar, que como más cercano, habia oido la conversacion cási entera, no cabía en sí de júbilo.

—Ya lo veis, señor caballero,—añadió entónces Maniferro.—Ya veis como los valerosos almogábares de Aragon, celebran su union y hermandad con la de Cataluña: yo, en nombre de Cataluña, acepto tambien y aplaudo tal hermandad y union, y juro que he de procurarla y defenderla hasta verter la última gota de mi sangre, si fuese necesario.

—Pero ¿quién sois vos á todo esto?—dijo D. Ramiro.—¿Quién sois vos para aceptar tal union y para afirmar que el conde de Barcelona quiera contraer esponsales con la princesa?

—Soy quien puede y sabe hacer cuanto dice,—contestó Maniferro;—en mi teneis la voluntad y el pensamiento mismo del conde de Barcelona. ¿Podré saber si á vos os asisten iguales títulos? ¿Podré ya saber yo por mi parte quién sois?

—Yo..... yo soy lo mismo.—Dijo titubeando don Ramiro.

—Es decir, ¿qué vos conoceis los pensamientos é intenciones del Rey de Aragon?

—Sí conozco.

—Que sois su contínuo y amigo.

—Si soy.....

—¿Que él, quedando en lugar seguro, os ha enviado por acá en busca de armas y soldados? ¿Qué sois por consecuencia un embajador disfrazado del Rey de Aragon, y aún acaso su condestable?

—Sí..... Si soy.....

—Pues siendo dos cómo sois, no hareis en tal caso en esto más que uno sólo, de suerte que lo que vos hagais el otro lo dará, y quedará sin duda por hecho.

—¡Dos, dos!—dijo D. Ramiro.....—No, sin duda soy yo todo lo que decís. Pero, atended.....

Estas últimas palabras no las dijo de modo que por todos pudieran ya oirse.

Maniferro decia alegremente entretanto:

—Ajustaremos, ajustaremos el pacto. La princesa será esposa del conde de Barcelona, y Aragon llegará hasta el mar, y Cataluña irá á buscar las fuentes del Ebro.

Carmeson fué el único de los almogábares que no aplaudió estas palabras, diciendo para su coleto:

—Maldiga Dios al mar, y al Ebro y sus fuentes, y toda la tierra llana del mundo. Yo dicho tengo que no quiero salir de mis montañas, y para aguas, bástanme las de las fuentes del Aragon, que en invierno son templadas, como que son aguas de lluvia, y en verano fresquísimas como aguas de nieve. Si me matan no he de salir de estas peñas.

Los demas almogábares clamaban en tanto á grito herido:

—¡Viva la union de Aragon y Cataluña! ¡Viva el Rey de Aragon! ¡Viva el conde de Barcelona! ¡Viva la princesa! ¡Hierro, hierro, despiértate: Hierro, hierro, despiértate!

Y de concierto con estos gritos, hacian sobremanera extraño y solemne aquel espectáculo, el chispear de los aceros al caer en las piedras, y los diversos

sonidos que el choque de acero y piedra producia; y el rojizo resplandor de los montes de brasas en que habian venido á parar las hogueras, y la tíbia luz de las estrellas y de la luna embozada, y los ruidos misteriosos de la noche, y el viento de la sierra, y el agua de los manantiales, y las sombras de los picachos, y la oscuridad profundísima del horizonte.

Por su parte, D. Ramiro, con los ojos alzados al cielo, parecia como que en él buscaba el gérmen de la grande idea que tan laboriosamente acababa de dar á luz su entendimiento; miéntras que Maniferro, con el brazo izquierdo tendido hácia los vecinos montes de Cataluña, y el derecho aplicado al pomo de la espada, representaba allí la imágen de la resolucion y de la fuerza, que para ponerla por obra se nececesitaba.

¡Dichoso espectáculo! ¡Dichosos latines! ¡Dichosa memoria la de D. Ramiro!

CAPÍTULO XX.

De los escrúpulos que tuvo el piadoso D. Ramiro con ocasion de una mentira, y cómo hizo penitencia de su pecado.

— Caballero, hablo con vos.
Si porque encubierto estoy.....
—Si decir algo teneis,
Descubrid.....
(El Trovador.)

Largo tiempo duraron los gritos y el entusiasmo, sin que volvieran á decir cosa que merezca repetirse, letra á letra, Maniferro ni D. Ramiro.

Maniferro, que al parecer queria tomarse tiempo para meditar sobre el pacto gravísimo de que trataban, principalmente habló del castigo de los ricos-hombres aragoneses; y afirmó que al dia siguiente sabria ya lo que decia de la buena alianza que se le preparaba, el buen conde de Barcelona. A D. Ramiro le contentaron mucho estas noticias, y aseguró, tambien á medias palabras, que el Rey de Aragon sabria y aceptaria ántes de mucho, el médio que se le ofrecia de dejar bien amparada á su hija cuando él se retirase al monasterio.

Luego el sueño, esa divinidad inexorable, que así apaga los gustos como los dolores del alma, comenzó á cerrar todos los ojos; y al abrigo de las calientes brasas todas las frentes se inclinaron, todos los cuerpos entraron momentáneamente en la inmovilidad ordinaria de la materia.

Sin embargo, no dejaba de oirse, por donde quiera ese rumor vago que al parecer señala la lucha del espíritu vivo con la materia amortecida: ruido lento, desagradable las más veces, rápido y doliente algunas. Y á medida que avanzaron las horas, fueron cesando con el triunfo completo de la materia los sonidos desagradables; pero, cosa extraña, se aumentaron sobremanera los suspiros, los ayes de dolor: que ayes y suspiros era con efecto lo que se oía.

Muy solo debia estar en sus sentimientos quien así suspiraba y gemia cuando al paso que, su dolor iba en aumento, aumentábase á la par en los otros el reposo del sueño. Y ni una voz respondia á su voz, ni un suspiro á sus suspiros, ni un ay á sus ayes.

Aquella gente era á la verdad muy torpe, ó estaba muy segura de sí misma, de su prontitud en el despertar, y de su instinto, porque ello es, que no habia dejado guardia ni atalaya miéntras dormia, como suele decirse, á pierna suelta.

Y sin embargo, una hora ántes de amanecer, cuando más cerrada parecia la noche, se vió surgir del lado de donde habian salido hasta allí los suspiros, un bulto negro, negrísimo: no quizás porque él lo fuese, sino porque así lo parecia con las tinieblas. Andaba perezosamente como quien teme hacer ruido;

y poco á poco vino á colocarse al borde del barranco, pareciendo como que se sentaba, segun lo que disminuyó de pronto su estatura.

¿Quién seria el que ya á tales horas dejaba el sueño para entregarse á la vigilia ó la meditacion?

Enemigo no era: porque sólo ¿cómo habia de emprender cosa alguna contra aquel tropel de hombres feroces?

Trajinante no era tampoco, porque los escasos que habia por entónces, ni solian caminar á tales horas, ni meterse en tan escabrosos y apartados lugares como aquel era.

¿Quién seria, pues? No hay que dudarlo: era el Rey D. Ramiro. Ni Mañiferro, ni Aznar, ni los demás almogábares parecian hombres de cambiar el sueño por la vigilia ó el amor de las brasas, por la fria y escueta orilla de aquel barranco. Era, como decimos, y no podia ser otro, que el Rey D. Ramiro.

Y como desde entónces los ayes y suspiros se oyeron constantemente á la orilla del barranco, no hay que dudar tampoco en que él fuese ántes quien suspiraba y gemia.

Ya lo habrían sospechado esto, sin duda alguna, nuestros discretos lectores.

Sentado unas veces, otras acaso arrodillado, ora alzando los ojos y los brazos al cielo, ora inclinándolos al precipicio, se estuvo allí por algun espacio de tiempo, hasta que, levantándose de nuevo, se llegó á uno de los almogábares dormidos, y tocándole suavemente en la cabeza, le dijo:

—Aznar, Aznar, despierta y vente aquí conmigo,

que tengo necesidad de tu compañía. Despierta, despierta.

El almogábar se alzó como un relámpago, y siguió á D. Ramiro al lugar mismo donde ántes estaba.

—Siéntate, hijo mio,—le dijo al llegar allí D. Ramiro.

Y el almogábar obedeció tambien sin decir palabra.

—¡Qué poco amor me tienes, hijo Aznar!—continuó D. Ramiro.—Ves que me condeno, que me ardo vivo, y me dejas, y me empujas en el camino de la perdicion. ¿No te está pesando en el alma lo que yo he hecho esta noche? ¿Tan mal me quieres que te echas á dormir tranquilo, despues de haber presenciado mi grandísimo yerro? ¡Ay, yo no he podido pegar los ojos en toda la noche!

—Pero, señor,—dijo Aznar,—¿yerro llamais lo que habeis hecho? ¿Yerro esta hermosa union de Aragon y Cataluña? A mí me ha costado trabajo dormirme por la primera vez de mi vida; pero no ha sido sino con el pensar que serémos todos unos en adelante los hijos de la montaña. Hemos nacido, lo mismo unos que otros, en los agujeros de las peñas; comemos y bebemos de lo que las peñas dan; morimos, tarde ó temprano, sobre las peñas, al golpe del hierro enemigo. ¿Por qué ha de haber quien nos separe y quien nos dé distintos nombres, de catalanes á los unos, á los otros de aragoneses? ¿Por qué estos riscos han de ser enemigos unos de otros, flotando una bandera en aquellos y otra en éstos? ¿No hay bastante tierra llana que tener por enemiga, y mares por donde ir á bus-

car más contrarios cuando se acaben estos que ahora tenemos en frente?

—Loco estás, hijo mío,—dijo el Rey.—¿Quién habla aquí de tal union ó alianza, ó como se llame; ni cómo podria ocupar su ánimo en eso un pobre pecador como yo, á quien no le deja un momento tranquilo Satanás, ni le permite con sus tentaciones, que haga pura y salva su alma?

A decir verdad, el almogábar era quien sospechaba de su señor que estuviese loco, y eso que no habia visto locos jamás, ni sabia de ellos sino de oidas, porque no es la de la mente enfermedad que padecer suelan los hijos de la montaña y de la guerra. Pero era tan extraño lo que decia D. Ramiro, que Aznar, aunque ignorantísimo, no rudo, comprendió que una perturbacion profunda, que un doloroso desarreglo afligia aquel cerebro, combatido por las más vivas y tenaces de las pasiones, la del amor y la de la religion: amor á su mujer, á su hija: espíritu religioso, que era ya escrúpulo, cavilacion, insania.

No obstante, como no era la primera vez que le hablase de este extraño modo, Aznar ya sabia bien que para calmarle, no habia más que llevarle hasta cierto punto la corriente, y eso hizo ahora.

—Señor,—le dijo;—¿qué nueva pena es esta que os aqueja, qué nueva desdicha es esta que Dios ha enviado sobre vos?

—¡Que no hayas caido en ello!—respondió D. Ramiro.—¿Nó oiste como poco á poco se fué deslizando la lengua de ese atrevido caballero, hasta ponerme en trance de tener que decir quien yo era, ó tener que

declarar que era otro que soy? Largo tiempo estuve entre dos aguas, hablando de las desdichas de D. Ramiro y del Rey de Aragon; y cierto que hasta entónces no mentía, porque las desdichas verdaderas son, y no preguntándome nadie quien yo era, no tenía por qué decirlo, ni ménos decubrir que era yo el mismo Rey de quien hablaba. Pero ¡ay! que al fin de la conversacion, no fué ya posible mantener mi buena traza, y el atrevido caballero me obligó á decir que éramos dos: uno el Rey de quien hablaba, otro yo, que hablaba, cosas, como sabes, de manifiesta mentira. Y lo más malo es, que aquí no cabe error de mi parte, ni del que llaman vencible, ni del que apellidan invencible, porque harto bien sé yo, que somos uno... uno, y no más, yo y D. Ramiro.

—Señor, cuando otra vez, segun creo, de esto me hablásteis, ya os dije que no se me alcanzaban tales delgadeces como las que me proponíais: yo por mentira tenía y hubiera tenido lo uno y lo otro, y tanto me pareció que mentíais al principio como al fin de la plática.

—Pues te engañaste, Aznar: no permita Dios que yo mienta por tanto espacio de tiempo jamás: ha sido una sola mentira, una sola, y aún esa, no la puedo más llevar sobre mí.

—No os aflijais, señor,—dijo Aznar;—pecado es la mentira que perdona el confesor fácilmente. Yo he echado más de ciento, y todas me las han perdonado los beneficiados de Jaca; y eso que son tan feos como cualesquiera otros, y no los habrá quizás, que tengan más temerosa la cara.

—Cualquier confesor,—contestó D. Ramiro,—tiene ya hartas cosas que perdonarme, y no osaría yo llegar á él, con este nuevo pecado encima. ¿Quién sabe si se arrepentiría de haberme ofrecido la absolucion?

—Pero en suma, señor, ¿qué hemos de hacer? ¿Cómo habeis de remediar ahora este nuevo pecado?

Los lazos del respeto sujetaban apénas la impaciencia natural del almogábar: no podía ya contenerse.

—Eres más discreto de lo que ofrecen tus años y condicion, hijo mio. Ya veo que aciertas en mi propósito: que sabes que quiero remediar el pecado ahora mismo:—continuó el Rey.

—Pero, ¿y él cómo? Esto es lo que á mi no se me ocurre,—dijo Aznar.

—Facilísimo es, hijo: vete y despierta á ese buen caballero, y tráetelo por acá, donde yo le declare que lo he tenido malamente engañado, y que yo no soy otro que el desdichado D. Ramiro, Rey por fuerza de Aragon, y tan á costa suya y de su alma.

—Y ¿nó temeis ya poner en manos de un extranjero para vos y para mí propio desconocido aún, la vida vuestra?

—Sí, cierto, lo temo.

—Y ¿cómo temiéndolo no aguardais á que nos hallemos en tanto número vuestros vasallos, que podais desafiar cualquier alevosía? Dentro de pocas horas será tiempo; porque no bien nos alumbre el dia, comenzaran á bajar almogábares de la montaña.

Es que ni una hora más puedo yo aguardar con este nuevo pecado.

—¿Quéreis pues, arriesgar vuestra vida?

—No, no quiero arriesgarla, pero no quiero tampoco permanecer con el peso de la mentira: no se que hacerme: me vuelves loco, Aznar..... Mira, corre y avísale á ese caballero, que aquí espero: suceda lo que suceda, he de decirle quien soy.

El almogábar obedeció, contra su costumbre, perezosamente.

Y entre tanto, á más andar, se venia la alborada. Las celebradas nubes de rosicler, y los mil y mil veces cantados, que no cantadores pajarillos del monte, comenzaron á saltar de peña en peña. Los almogábares, dejando ya el sueño, se dieron á sus ordinarias ocupaciones. Algunos de ellos, que traian arcos y flechas, se entretenian en tirar á las liebres y á las palomas que acertaban á cruzar por aquellos barrancos; otros muchos buscaban yerbas gustosas ó caracoles entre las rocas; éste afilaba sus armas, aquel repasaba un tanto el destrozo de sus vestidos, ninguno estaba ocioso en la paz. Y al modo que Aznar habia previsto, veíanse ya llegar ora por éste, ora por el otro lado, turbas de almogábares no ménos desarrapados que los que allí habia, trayendo algunos sus mujeres, y estas sus pequeñuelos consigo. Mujeres haraposas y tostadas por el sol y la lluvia, que apénas habian dejado en ellas belleza alguna: hijos que en la robustez y dureza de sus formas, ya indicaban estar criados para el mismo ejercicio de sus padres.

Y á la verdad, gavilla de foragidos, aduar de gitanos, tropel de mendigos, todo parecía aquella gente ménos ejército ó corte del poderoso Rey de Aragon.

Y sin embargo, Dios cifraba en tal corte mayores y más gloriosos destinos que en la espléndida de Huesca. En aquellos desnudos campeones ya descansaba, como sabemos, una grande idea y una gran causa.

Echábase de ménos una cosa, y era que la idea comenzase á ser probable, que viniese á ser cuando ménos un hecho verosímil. Porque, á la verdad, ¿quién era Maniferro para ofrecer á la princesa de Aragon la mano y la espada del conde de Barcelona? ¿Qué esperanzas podia haber aún de verdadero pacto cuando ninguno de los contratantes habia mostrado autoridad ó poder para ajustarlo, y hasta allí no tenia otra consistencia sino la palabra de dos caballeros particulares, por más que fuesen ellos resueltos y valerosos á maravilla? ¿No se ha dicho en todos los siglos, que hay siempre menor distancia del principio al fin de una obra, que del propósito al principio?

Muchos eran los almogábares viejos que tal decían ó pensaban, siendo cierto que la edad suple siempre á la malicia, ya que la malicia no supla á la edad siempre. Y corriendo la desconsolada voz de unos en otros, dudaban ya los más que hubiese nada de verdad en lo acordado la noche anterior, cuando D. Ramiro, que breve rato habia que estaba departiendo con Maniferro y Aznar, dijo en voz alta:

—¿Recordais todo eso? Pues sabed que no soy lo que pensais, que os he engañado y he engañado á todos estos fieles almogábares contra lo que ordena la ley de Cristo. Bien podeis perdonarme, porque yo no soy un caballero particular como he dicho, sino que soy D. Ramiro, D. Ramiro II, Rey de Aragon.

—Y yo D. Berenguer IV, conde y señor de Barcelona,—contestó al punto Maniferro con jovial acento y continente.—No nos debemos nada, supuesto que los dos nos estábamos engañando. Ahora falta sólo que juremos nuestro pacto sobre la cruz de esta espada, que es nada ménos que la misma con que el bendito San Martin partió su capa. Y ámbos hicieron á la par, y muy devotamente el juramento.

Al oir y ver esto, los almogábares prorumpieron en inauditos vivas, señalándose principalmente Aznar y el buen escudero Pedro de Fivallé, qué, puesto á un lado el laud, gritaba, saltaba, y ofrecía en toda su persona, grandísimas muestras de entusiasmo. En todos era igual la esperanza. Ninguno dudaba ya que fuese verdadero pacto el de la noche anterior, y que hiciesen una sola nacion en adelante los poderosos Estados de Aragon y Cataluña.

Y ya en esto un rayo de sol vino á posarse en el picò más alto de la sierra. Era completamente de dia.

Fivallé, Yussuf y Assaleh, enjaezaban el caballo de D. Berenguer y los suyos propios, que habian pasado la noche sueltòs, á su placer, por el monte; Aznar enjaezó en un momento el de D. Ramiro. Todo indicaba que fuesen á partir juntos en aqel instante. Y era tiempo, en verdad, si no habia de rendir al más paciente de los lectores la larga y vária relacion de los últimos capítulos.

CAPÍTULO XXI.

Donde se vé que el cronista no echaba en olvido las cosas de la nobilísima ciudad de Huesca.

Quantos la ir assi virea
Qrand piadad' ende auian,
E muy más polo mennino,
A que todos ben querian;
E yan con ela gentes.
Cherando miute changian.
(Romance de San Fernando.)

Natural era, dice ahora aquí el muzárabe, que fuere ocasion de grandísimo alboroto y ruido, en el alcázar de los Reyes de Aragon, la falta del prisionero D. Ramiro, y más viendo cadáveres á los guardas y forzadas las puertas, sin hallar rastro alguno ni indicio que denotase, cómo y cuándo habia podido ejecutarse tan arriesgada fuga. Al punto ardieron antorchas, relumbraron espadas, sonaron clarines, alzáronse pendones, y cundió la alarma por toda la ciudad y los lugares comarcanos.

No hubo rico-hombre de cuenta que no saliese con un numeroso escuadron al campo en demanda de los

fugitivos; quir por un camino, quir por otro, por acá y por acullá, con el aguijon cada cual de hacer suya la presa, y todos con el deseo de que no se fuera el Rey á tierra extranjera, porque, notorio era, que de ello podia seguírseles grán daño.

Vano empeño. Pasaron horas y horas, y fueron volviendo los ricos-hombres, cansados de caminar noche y dia sin hallar, á sol ni sombra, á D. Ramiro. Todos decían y relataban lo mismo: que habían corrido la hoya y las montañas vecinas, sin tropezar siquiera con sus huellas: que no era difícil que se hubiera despeñado por los montes, ó que hubiera sido comido de lobos. Sólo á Roldan se echaba de ménos: Roldan, el más activo y determinado de los ricos-hombres, andaba aún, por no se sabía dónde, cuando ya estaban de vuelta en Huesca todos los otros.

Viendo que alcanzar al Rey no parecia posible, los ricos-hombres comenzaron á proveer y determinar, acudiendo á las turbulencias que amanecian en el reino, y á gobernar las cosas; no sin atender al seguro de doña Petronila, á la cual guardaban, separada de su madre, en casa del buen almirante Miguel de Azlor.

Y no descuidaron los ricos-hombres, ni era cosa de descuidar, el fortalecer la ciudad y buscar armas y levantar soldados, y prepararse para la guerra, si llegaba á ser necesaria, ántes bien, en el propio dia que faltó el Rey de Huesca, comenzaron ó ocuparse en ello sin tregua.

Oyó el pueblo con asombro la desaparicion del Rey,

sabiendo unos la prision despues de la fuga, ignorando otros aquella, y no dándose de ésta cuenta por consiguiente. Y los ricos-hombres, sin curarse de lo que pensaran los ciudadanos, quitaban y ponian, hacian y deshacian, y ejercitaban todos los atributos de la corona. Comenzaron á murmurar los jurados de la ciudad, celosos de sus privilegios; quejáronse luego en altas voces los hidalgos y menestrales ricos que habia en ella, con los cuales no se contaba; y, ántes de mucho, el justo orgullo de los unos, y la injusta envidia de los otros, proporcionaron á los ricos-hombres numerosos enemigos, convirtiéndose en otro campo de Agramante, la noble y sosegadísima ciudad de Huesca. A punto llegaron las cosas, que cási nadie se acordaba ya del Rey ni de su fuga: todo era en éstos afanarse por retener el mando, en aquéllos desvivirse porque éstos no recogieran de él la menor parte. Parece, segun eran ya las cosas, que no pasa tiempo por el mundo.

No faltó, sin embargo, quién en tanta confusion y hervidero de pasiones, se acordase de una persona, á quien hemos dejado capítulos ántes, muy dolorida; no faltó, nó, quien averiguase sus pasos, y tomase parte en sus duelos. El cronista muzárabe, que á éste y no otro nos referimos, se portó en esta ocasion como bueno y leal; que cierto á no ser así, habria aquí que interrumpir el hilo de esta historia, por falta de verídicas noticias.

Difícil era recogerlas, sin embargo, porque la Reina doña Ines, retraida en su aposento, sin más compañía que la de Castana, apénas se dejaba ver ni oir de na-

die. El resto de la noche en que se escapó D. Ramiro del alcázar, la emplearon ámbas en rezar ó gemir: la esposa no podia olvidar al esposo: Castana no sabia apartar de su memoria la perdida cita, y el buen parecer, y el amor del almogábar.

No bien rayó el dia, doña Ines dijo á Castana:

—Es preciso que busquemos á mi hija.

—¿Creeis que los ricos-hombres os la darán?—contestó Castana.

—Dénmela ó no, iré á buscarla ahora mismo, porque yo no sé vivir sin ella. Es un trasunto de su padre, Castana; ¿no has reparado en eso? Vamos á buscar á mi hija.

Las observaciones justas de Castana, lograron contenerla: era evidente que iba á exponerse á un desaire, que iba á comprometer su dignidad sin fruto alguno. Aguardó por aquel dia; pero al siguiente se levantó del lecho diciendo de nuevo:

—Castana, vamos á buscar á mi hija.

No se atrevió ya Castana á replicarla; y salió doña Ines, como una simple dueña del lugar, seguida de su fiel doncella. En cuanto se mostró en público, á pesar de que cuidadosamente se cubria rostro y talle con su largo manto y capa de *preset* bermejo, ó de escarlata, forrada y guarnecida con pieles de buitres, las gentes se alborotaron y comenzaron á murmurar entre sí, no tan bajo que no llegase á sus oidos:

—Es la Reina, doña Ines; ¡qué afligida vá! ¡Pobre madre! ¡Le han quitado á su hija!—decian los más indiferentes.

Otros, si no más leales, más descontentos, exclamaban:

—¿No es vergüenza que la Reina de Aragon vaya de esa manera, sin escuderos que la sirvan, sin alabardas que la defiendan? ¿No sería mejor que nos pusiésemos de su parte que no de parte de esos codiciosos y altivos ricos-hombres?

Pero todo quedó en estas murmuraciones; y aquel dia andaba Huesca tan llena de soldados y caballeros, que, aunque muchos hubieran compadecido á la Reina, ninguno habria osado darle ayuda, ni ponerse verdaderamente de su parte.

Al fin, paso entre paso, llegó la Reina en casa de Férriz de Lizana.

—Éste es el más viejo y más autorizado de los ricos-hombres: sin duda sabrá de mi hija, y áun acaso recuerde, al verme, su lealtad antigua y me la devuelva,—decia la Reina.

—¡Que no conozcais áun á estos señores!—respondió Castana. — Habed por seguro que no os la devolverán.

Hallábase á la sazon la plazoleta, donde se levantaba la casa de Lizana, obstruida de gente que hablaba entre sí acaloradamente, como si tratase de una cosa extraordinaria; y, á duras penas, pudieron llegar al zaguan doña Ines y Castana.

El gentío se agrupaba principalmente en derredor de un hermoso caballo, ricamente enjaezado, que se miraba muerto, delante de la puerta.

—¡Pobre animal!—decian unos.

—Así debió ser de larga la carrera,—añadian otros.

La Reina, sin parar mientes en aquella compasion popular, que, así se empleaba en su persona como en en el muerto caballo, rogó á un escudero de la casa que avisase á su señor de cómo habia allí una dueña que lo buscaba.

Un instante despues Férriz de Lizana, galante al cabo como todos los caballeros de su tiempo, salía á recibir á doña Ines y dejando fuera á Castana, la introducia á ella en una estancia, que por lo suntuosa, podia competir con las mejores del régio alcázar.

Allí estaba el valeroso Roldan cubierto de polvo, bañado en sudor, pálido el semblante, denôtando, en todo su exterior, hondo cansancio.

Tal parecia, que al verle, al propio Férriz de Lizana, tan grave y todo como era, se le vinieron á las mientes aquellos versos que el primero de los Roldanes dijo un dia al fugitivo Reynaldos:

¡Oh! flor de caballería
¿Donde vas tan desmayado?
¿Qué es de tus caballerías?
¿Dónde las has ya dejado?
¿Qué es de las tus fuertes armas?
¿Qué es de tu fuerte caballo?

—¿Quereis señora, que hablemos en puridad vos y yo solos?—dijo ahora Lizana,—sin conocer todavía á la Reina.

—Y si es así, ¿me permitís, noble señora, que me retire á otro aposento?—añadió Roldan con una profunda reverencia.

—No, no os retireis, Roldan. A los dos vengo á

hablaros, y los dos habeis de poner remedio en mi cuita,—respondió la Reina apartando de repente el manto de su rostro.

—¡Ah! sois vos ¡alta y venerada señora!—exclamó al reconocerla Férriz de Lizana, no poco embarazado.

Roldan hizo tambien un movimiento de sorpresa y una cortesía mucho más profunda que ántes.

—Vengo, Lizana,—dijo doña Ines,—á que me deis la hija mia. ¿Dónde estará mejor guardada que en mis manos? ¿Quién es más digna de tenerla que yo?

—Nadie, señora; pero de nosotros y no de vos es el cuidar de la seguridad del reino. Esa niña augusta pertenece, más que á vos, á sus vasallos. Los ricos-hombres del reino la custodian, ¿qué podeis temer?

—Temo no poder vivir sin ella, Lizana: es un retrato de su padre: es lo único que me queda ya en el mundo.

—Su padre,—replicó entónces con ronca voz Lizana,—anda mal aconsejado de algunos dias á esta parte. ¿Sabéis, señora, que ha levantado pendones contra Aragon? ¿Sabeis que ha empuñado las armas en la montaña, como si fuera un salteador? Aquí teneis al buen caballero Roldan, que os dará larga noticia de lo que ha hecho su padre. Cincuenta hombres de armas escogidos; cincuenta valientes de aquellos que conmigo pelearon contra moros; cincuenta guerreros, la flor de Aragon, han sido hechos pedazos por su hueste de bandoleros. El mismo Roldan no debe la vida sino á un milagro. Mirad el buen caballero, como vuelve solo, sin bandera ni escuderos, abolladas

las armas, despues de haber errado solo un dia entero por los precipicios de la sierra, con singular peligro de su vida, gloriosamente empleada hasta aquí en defensa del reino. ¿No os parece que es digno de muchos respetos ahora D. Ramiro?

—¡Con que es vencedor! ¿Con que él está á salvo y sus enemigos son los fugitivos?—dijo la Reina sin poder ocultar el júbilo.

—Vencedor es, señora,—respondió friamente Lizana;—pero con gente se las há, que no se dejan vencer dos veces. El Rey sabrá pronto como está, sobre él, el reino.

Y al decir esto comenzó á dar paseos por la sala con una agilidad que hacía olvidar sus años.

—Lizana,—repuso doña Ines:—á mí no me toca hablar en esas cosas, ni sé más sino que amo á mi esposo con toda mi alma, y que no puedo vivir sin mi hija. Pero ¿no os parece que si el Rey ha levantado pendon contra vosotros, aún es más criminal que vosotros lo levanteis contra él, siendo sus vasallos, y sobre todo, que osárais ponerlo preso?

Férriz de Lizana apénas pudo ya reprimir una exclamacion de cólera: las palabras no acertaban á modularse dentro de sus lábios: su ceñudo gesto denotaba que hervía su sangre en ira como en los tiempos de su juventud.

—Bien decís, señora,—respondió al cabo,—que no pueden tratarse con vos estas cosas; y áun por eso os ruego que las dejemos aparte, y que me perdoneis si no os devuelvo á vuestra hija: hoy, con más razon que nunca, deben custodiarla los ricos-hombres del reino.

—¿No habrá piedad para una madre, Lizana? Mirad que es mucho rogaros una Reina.

—No puede haberla en esto, señora: disponed de mi sangre, mas no me mandeis que deje de atender al bien del reino.

—Está bien, Lizana,—dijo la Reina.—Preferid á la lealtad el interés, que eso es lo que ahora nombrais bien del reino: preferidlo en buen hora, que Dios ayudará más por eso á D. Ramiro para que castigue á los rebeldes, y á mí me acrecentará en fuerzas para aguarder el rescate de mi hija.

Y sin decir más, se salió de la estancia: en la antesala la aguardaba Castana, y juntas tomaron de nuevo el camino del alcázar.

Roldan, al verla salir, se quedó un tanto pensativo: la compasion le hizo olvidar, por un momento los graves cuidados que traía en la mente.

—Pobre mujer,—dijo al cabo de un rato.—Las lágrimas la inundaban á pesar suyo; y, flaqueza será, pero, en verdad os digo, que no puedo ver llorar á las mujeres. Sus lágrimas me desarman, me confunden: de ser yo vos, le habria devuelto quizás su hija.

—¿Estais en vos?—dijo Lizana.—¡Devolverle su hija! Hay hartos descontentos en el reino, para que no acudiese en rededor suyo gente dispuesta á sostener sus derechos al trono. El Rey solo podrá verse abandonado, aunque todavía temo, que nos dé que hacer su temeridad; pero con la infanta, y la esperanza de una minoridad larga y provechosa, seria temible enemigo. ¿No oísteis al buen arzobispo de Zaragoza? Aun siendo tan nuestro, opinaba porque

reconociésemos á la infanta como Reina, con escándalo del mundo, que tal nacion veria gobernada por manos femeniles; con notorio menoscabo y perjuicio de los fueros y costumbres venerables que, á la par de la lanza y el caballo de batalla, nos dejáran por herencia nuestros padres. No falta quien opine de la misma manera, sin ser tan nuestro ni tan dócil, como el arzobispo. Vos mismo acabais de ser buen testigo.

—Por Dios, Lizana,—dijo Roldan,—que es mengua de vuestro grande valor y copiosa doctrina, exajerar así las cosas. Yo no soy testigo, sino de que unos cuantos foragidos, de esos que llaman almogábares, se han puesto de su parte. Y por San Jorge y Santiago y todos los buenos caballeros que han ido al cielo hasta ahora, que á venir á campo raso, en sitio donde hubiera podido manejar bien mi caballo, média docena de tales malsines fueran pocos para encontrarse sólo conmigo.

—Valor teneis,—dijo Lizana;—y sobran fieros, en cosa que tan bien acreditada está sin eso. Pero en cuanto al menosprecio que os inspiran los almogábares, júroos á fe de viejo que es gran yerro. Si yo aborrezco á esa gente miserable, tanto es por lo audaz como por lo desalmada: cualquiera de ellos es capaz de medirse, de solo á solo, con un caballero, y tan en vano esperaríais que el temor ocupase sus pechos, como que refrenase el respeto sus lenguas. De vos para mí, Roldan: esos almogábares son temible gente, aunque digna de aborrecimiento, y cuando Dios quiera que echemos á los agarenos de esta tierra, tendrémos que emprenderla con ellos, y no dejar el

hierro hasta no exterminarlos. Yo no podré alcanzar tales tiempos; pero aquí donde me veis, le tengo enviados, á buena cuenta, más de ciento á Satanás, el cual, sobre haberles prestado su misma apariencia y figura, debe de andar emparentado con ellos, segun son de semejantes en gustos y en obras. Y á vos, que sois mozo, os aconsejo para que se lo enseñeis á vuestros hijos, si los teneis, que en pudiendo, no den paz ni trégua á estos tales almogábares.....

Dijo esto Lizana con voz tan solemne, que Roldan, que era dócil de suyo, y respetaba sobremanera, como todos los caballeros de su edad, los juicios de aquel experto anciano, no pudo ménos de prestar atencion profunda á sus palabras. Lizana, estimulado por ella, y por el calor mismo de la improvisacion, continuó diciendo:

—Tengo en vos ciega confianza, porque sois discreto, aunque mozo, y no quiero ocultaros nada. Dos peligros corre y correrá en adelante el legítimo influjo que nosotros los bien nacidos, ejercemos en el gobierno del reino: dos peligros corre, os digo, nuestra autoridad, que hoy está sobre la del trono, segun determinaron nuestros padres que estuviese, entre las nieves del monte Pano. Uno es, que los clérigos se junten con el Rey para quitarnos esta autoridad: otro es, no lo olvideis, que los villanos se junten para el mismo propósito con el Rey. En cuanto á los clérigos, no es imposible mantenerlos á nuestra devocion, haciendo suyos nuestros intereses, por más que alguna vez nos falten, como nos han faltado el de Tomeras y ese de Mont-Aragon, que Dios perdone.

Pero con los villanos, sí lo es, porque nunca puede haber entre nosotros y ellos algunos intereses comunes, sino por el contrario, muy opuestos intereses.

—¿Opuestos?—dijo Roldan.—¿Qué ventaja les habria de traer el que nosotros fuésemos esclavos, como vienen ellos á serlo?

—Mal conoceis á los humanos cuando eso decís, Roldan amigo. Pero la gravedad de las cosas es tal, que no puedo detenerme mucho en estos consejos y lecciones: sabed sólo que son hijos de setenta años de vida, que no hay libro ni misal que pueda enseñar tanto como enseñan ellos. Ahora es fuerza que nos reunamos en Córtes de cualquier modo con los ricos-hombres y prelados que puedan acudir á Huesca: no hay tiempo que perder, ni en ocasiones como esta, pueden llenarse todos los requisitos, ni satisfacerse todos los escrúpulos. Idos á descansar hoy, que harto necesitais de reposo; y contad con mi prudencia, como yo cuento con vuestro valor á todo trance.

Calló luego Lizana, y permaneció un rato inmóvil como hombre que lleva sobre sí alguna idea, que oprime su entendimiento. Roldan no se apartó, en tanto, de su lado.

—¿No os vais?—dijo al fin Lizana.

—No me iré,—respondió Roldan,—sin que vuestra sabiduría acabe de iluminar mi ignorancia. He comenzado á comprender algo de lo que decís, y no es razon que hoy me dejeis en este crepúsculo la verdad.

—Los viejos,—dijo Lizana,—anteven algunos males; pero no es sino á costa de predecir mil males por

uno, y de llorar mil fantásticas desdichas por una verdadera. ¡Quizás me engañe!

—Que ahora me digais, os ruego, lo que estais previendo, haya ó no de confirmarse en lo futuro.

—Preveo que puedan adelantarse los tiempos y las cosas de que antes hablamos; y que, una vez unido el Rey con los villanos, nos hayan de dar que entender sobrado desde ahora. En cosas como esta, todo es empezar, Roldan amigo.

—Pero si no se ha unido más que con los de la montaña, con esos desalmados almogábares.....

—Dicho os tengo que esos son los temibles; y ahora he de añadir, que no lo son tanto por sí solos, como por el mal ejemplo de desobediencia y desacato que de ellos venir puede. Á estos menestrales de Huesca que hablan y murmuran por calles y plazas, no los estimo ahora en un ardite; pero si aquellos salvajes de almogábares, que no hablan sino con las puntas de sus dardos, les enseñan el ejercicio y profesion de la desobediencia, todos serán unos, y con aquellos y con estos tendremos que habérnoslas á un tiempo. Á Dios pido, no sea en mis dias semejante desgracia, ni ántes que con el exterminio de los almogábares, quede desterrada tan mala cizaña del reino; pero como Dios no ajusta su providencia á los deseos humanos, bien pudiera suceder que el combate de donde habeis escapado tan milagrosamente, fuese el principio, el principio, que repito, es todo en estas cosas, de largos y sangrientos sucesos, fatales quizás para nosotros. Y esto que en duda os digo, tuviéralo por seguro desde ahora, si oyendo los consejos de

vuestra compasion inconsiderada, entregásemos la infanta niña á la Reina, al Rey que es lo mismo; dando á nuestros enemigos, no sólo bandera más simpática que les dá con su persona y derechos el imbécil D. Ramiro, sino tambien ayuda y favor en muchos que no son almogábares y villanos, y opinan como el buen arzobispo Luesia. En muchos, eclesiásticos unos, legos otros, que gustarian de tener una Reina niña, á cuyo nombre regir el reino, aunque les costase destruir nuestros fueros y costumbres; y más gustarian aún, de ocupar el lugar que nosotros ocupamos, y tener el influjo que nosotros tenemos, por ser de mejor cuna y de más merecimientos que ellos.

Si Roldan hubiese alcanzado á oir todas las conversaciones que á la sazon corrian por Huesca, si hubiera sabido todo lo que acababa de suceder la pasada noche en la montaña, habría concedido á Lizana cierto don de profecía. Y en verdad, que aquel hombre encanecido en la política, hecho campeon de una clase, de un partido, al cual si unas leyes históricas conservaban y sostenian aún, otras leyes históricas socababan ya y combatian, hallaba en su experiencia bastante sagacidad para antever todos los sucesos posibles. Sólo que entre diversos de ellos, no sabia acertar con el que había de ser inmediato y verdadero, viéndose de ordinario, que por mucho que acierte en punto á la sustancia de las cosas, la prevision humana, poco ó nada acierta en punto al modo, á la ocasion, á todo lo que es, tiempo y forma. Y sólo además, que, con el conocimiento del mal, no juntaba aquel viejo estadista siempre la práctica de los reme-

dios: cosa tambien ordinaria, sobre todo en las cosas políticas, porque las pasiones y las preocupaciones impiden unas veces hallar, otras probar los verdaderos.

CAPÍTULO XXII.

Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas.

Manténgavos Dios, señor;
--Adalides bien vengades:
Pues ¿qué nuevas me traedes
Del campo de Palomares?
—Buenas las traemos, señor
Pues que venimos acá.....
Que nos pesó ó que nos plugo
Hobimos de pelear:
Los cuatro de ellos matamos
Los tres traemos acá.
(Romance viejo.)

La crónica no dice al fin, cómo ni cuándo se acabó esta plática de Roldan con Férriz de Lizana. Pero es natural que se acabase pronto, porque la fatiga de Roldan era grande, de modo que apénas podia tener sobre sí el peso de la armadura; y es tambien natural que, no se separasen los dos, sin quedar satisfecho y agradecido el mozo con las sábias lecciones del viejo, por más que á él le costase algun trabajo participar de sus recelos y temores.

Como era galan, aunque viejo, y compasivo, aun-

que hijo de edad muy sangrienta, conócese que el cronista estaba impaciente por seguir á doña Ines, que quedaba en tan justo y amargo duelo; y aún por eso, hizo en este punto una cosa que no suele, que es dejar interrumpida la conversacion de los personajes que ponen voz y mano en los sucesos, obligándonos á presumir ó dar por probable, lo que debiéramos saber de seguro. Donde vuelve á su ordinaria minuciosidad, es al referir lo que hizo doña Ines, cuando de vuelta de ver á Lizana, entró en su alcázar.

No pudo traer alivio á su espíritu en todo el dia. Pronunciaba de contínuo un nombre, que era, por lo comun, el de su hija Petronila; pero, sin ser maliciosa Castana, le parecia oir de cuando en cuando sílabas, que más que á Petronila, sonaban á Ramiro. Y vagaba de acá para allá, sin decir, ni pensar ella misma dónde iba: ya asomándose al patio del alcázar, donde sonaba contínuo rumor de hombres y caballos: ya á los ajimeces, desde donde se descubrian los árboles de la hoya y las crestas, nevadas aún, de la vecina sierra.

A la noche, en tanto, la honrada doncella, que dormia á pocos pasos de su señora, se desveló un tanto, recordando aquellas horas alegres que solia pasar con Aznar, y saboreando de antemano las que habia de disfrutar en lo futuro. Imaginábaselo ya á su lado, rico y glorioso, y en amante consorcio con ella; y la pobre muchacha temblaba de placer y contento. Todo lo tenia discurrido: los vestidos con que ella habia de engalanarse los dias de labor y los dias

festivos para enamorar á su Aznar: las horas que habia de consagrar á verlo y acariciarlo: la cuna en que habia de mecer al primer fruto de sus amores. Sólo dudaba y vacilaba en el ejercicio á que habia de dedicarse su esposo futuro, dado que los Reyes se lo diesen á elegir, como por estar tan deseosos de hacerla merced parecía.

—¿Caballero?—decia,— no por cierto. No le quisiera yo, tan galan y tan llano como es ahora, metido en esos tabiques de hierro que llevan los caballeros, y tan tieso y tan falso, como ellos son de ordinario. ¿Paje? No en mis dias; que no son para hombres como mi Aznar, robusto y bizarro, las ropillas de colores, salpicadas de orillo y seda, que llevan los de esta profesion. Y áun paje de lanza le estaría mal, que más propio es él para blandir la propia, que no para llevar la agena. ¿Escudero? No lo consiente su altivez. ¿Qué será, qué no será Aznar? ¿Qué es lo que más podrá ajustarse con sus ímpetus valerosos, y darme orgullo y felicidad, á mí que seré su mujer y su amante?

Fatigada de ver que no acertaba con lo que debia ser él en lo futuro, venia á parar en su estado presente, inclinándose á creer, que lo mejor de todo, seria dejarle de almogábar, como era, y como fueron sus padres.

—¡Oh! los almogábares,— decia entónces,— son lo más noble y más bizarro del mundo. ¿Qué caballeros tienen su valor? ¿Qué galanes su galanura? ¿Qué leales su lealtad?

De tales meditaciones arrancóla al fin la voz de su

señora, que ora dejaba oir profundísimos suspiros, ora aquel nombre confuso que sonaba á Ramiro y Petronila. Y áun hubo momentos en que sorprendió Castana claras palabras, como las que siguen:

—¿No? ¿No estais ahí D. Ramiro? ¡Ay de mí, que no os siento respirar como otras veces! ¡Y estoy sola! ¡Y no puedo ya tocar vuestra frente acalorada, con mi mano! ¡Ah! ¿Dónde sois ido señor, y dueño mio? ¡Tengo miedo ahora! Si he de morir ya, ¿por qué hasta el último momento no he de sentir al ménos, que vos vivís, y estais aquí á mi lado?

Y otras veces, estas, más inconexas.

—¿Vence?..... ¿cae?..... ¡Dios de las batallas!..... Ya triunfa, triunfa..... ¡Ay! ¡Ay de mí!..... ¿Por qué he nacido tan desdichada?

Entónces Castana, afligida, solia llamarla, para que aquellos sueños agitados, no destruyesen su salud; y hablando doña Ines de D. Ramiro ó de doña Petronila, y por su parte del almogábar Castana, vieron ámbas entrar los primeros rayos de luz, por las rendijas de los ajimeces moriscos del aposento, y sintieron los primeros gorgeos de las aves, que bajan de la montaña á apagar la sed en la corriente de la Isuela, y á regocijarse entre las hojas de sus álamos.

La del alba seria ya, la hora que iba corriendo, cuando Castana oyó que la llamaban en voz baja de la parte afuera del aposento. Pronto conoció la voz de Ruderico, el pajecillo de la Reina, con quien trabamos conocimiento, muy en los principios de esta crónica. Castana, harto escarmentada de las impertinencias del rapaz, no se apresuró por eso á levantarse, ni sa-

lió del aposento hasta ordenar sus trenzas y entretejer en ellas algunas hojas verdes de encina, que eran su ordinario tocado.

— Buenos dias, señora Castana,—dijo, al verla, el muchacho.

—Buenos dias te dé Dios, mal paje,— respondió Castana;—¿ qué picardigüela te trae por aquí á estas horas? ¿Te viene persiguiendo el mayordomo del Rey por hurtos en la despensa ó en la cocina? ¿Has robado la fruta de algun huerto de monjas? Vamos, tú quieres que la Reina te tome bajo su proteccion; y acaso te la otorgará por mediacion mia, aunque cierto, no la mereces.

—No vengo, señora Castana,—respondió pausadamente Ruderico,— sino á que me deis cuarenta sueldos en buena moneda jaquesa, que me estais debiendo de mis mandados.

—¡Cuarenta sueldos¡ ¿Piénsas tú, rapaz, que tengo yo para tí mi salario entero?

—¿Y piensa la señora Castana, que yo dé de balde, las buenas noticias que cazo?

—¿Tienes buenas noticias, Ruderico?—dijo entónces Castana, un tanto turbada.—Por el alma de tu madre que no me engañes: dime si las tienes y si son buenas. ¿Se dice algo por Huesca de la vuelta del Rey? Oye, óyeme,—añadió, acercándose á su oido,— se cuenta alguna hazaña de aquel..... aquel almogábar á quien distes un recado de mi parte.

—No diré palabra, por vida mia, ántes de sentir en las palmas de mis manos los dichos cuarenta sueldos.

—Cincuenta te daré yo con tal que respondas á mis preguntas.

—Pues si es así, palabras y nuevas no han de faltaros: hay más de lo que pensais.

—Habla.

—Vengan, vengan ántes los cincuenta sueldos, que nadie ha perdido nada por cobrar adelantado, hasta ahora.

Castana desesperada, sacó un puñado de monedas de cobre y se las tiró al rostro al muchacho.

—Bien, bien,—dijo éste;—aquí hay más de los cincuenta, no me pico porque me los tireis á la cara: lo mismo me han de servir en el mercado, que si me los hubiéseis dado en mano propia.

—Ruderico, — exclamó Castana, — ¿hablas ó te quito los sueldos y hago que el mayordomo te encierre en una mazmorra, que pecados tienes ya para ello?

—Todos los tenemos, señora Castana, — repuso descaradamente el pajecillo;—y no hay que andarse con amenazas, que yo soy hombre de palabra, y sin ellas, sabré cumplir lo ofrecido. Dígoos, para no hacer rodeos, puesto que los sueldos son colmados y no vale la pena de contarlos; dígoos que el mismo almogábar está aquí en cuerpo y alma, y que hace dos horas que le he visto rondar esas ventanas que dan al rio.

Castana, que al oir las primeras palabras del paje se había puesto en extremo colorada, se fué ahora tornando pálida como la cera. La sorpresa y el regocijo la habian trastornado.

—Con que, Aznar.... Aznar..... ¿estás seguro de

ello? ¿Dónde le has visto? ¿Junto al rio dices? Mira. Esta moneda plateada es tuya, si le conduces aquí al instante.

Y diciendo esto Castana, abrió de par en par una ventana, y dirigió anhelosamente la vista hácia los álamos plantados al pié, los cuales se extendian en una especie de bosquecillo hasta la corriente del agua. No tardó en distinguir á Aznar, que, apoyado en uno de los árboles, no quitaba ojo de las ventanas. Aznar la vió ántes aún, de suerte que cuando se encontraron con él los ojos de ella, ya él tenía puesto un dedo en la boca en señal de silencio. Luego sacó del pecho un pergamino, y clavándolo por la márgen en uno de sus dardos, sin advertirle que se apartase á Castana, lo lanzó con su ordinario empuje y desembarazo. El dardo cortó silbando el aire, y fué á clavarse en la puerta de la ventana, oscilando algunos momentos la punta al peso del astil, pero sin caer al suelo.

Castana, que no habia adivinado el propósito del almogábar, dió un grito de espanto al sentir el golpe del dardo á pocas pulgadas de su rostro; pero Aznar no tuvo tiempo ya de notarlo. Ruderico, al olor de la moneda de plata volaba, que no corria, y fué obra de un momento recibir el recado, bajar las escaleras, cruzar el patio y la puerta, salir al campo, llegarse al almogábar y traerlo: algunos segundos de tiempo que se hubiese anticipado, habrian excusado á Castana un buen susto.

La pobre muchacha no estaba, sin embargo, para recordarlo mucho tiempo. Al ver que Aznar se venia detras de Ruderico, corrió á la galeria del palacio des-

alada, y, sin dar á sus sentimientos espera alguna, le gritó de léjos:

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? ¡Cuántos deseos tenia de verte!

—No serian mayores,—dijo Aznar,—que los que yo tenia de ver tus ojuelos, que hieren como mis dardos, y son de sabrosos como la miel de las abejas; pero no es tiempo de pensar en nosotros, Castana. ¿Te has dejado el dardo en la ventana enclavado? Ve y tráemelo al punto, que el dardo falta me hace, pero más falta le hace aún á tu señora aquel pergamino que en él vino.....

—¡Ay qué espanto me diste, Aznar!....

—¡Espanto! Por la Vírgen de la Huerta, Castana, que temo que no has de servir para mi esposa. ¿Espanto dices? ¿No tienes confianza en mi brazo? Jamás ha marrado el tiro á la luz del dia.

Castana calló, y no sin mirarle ántes dulcemente, fué y trajo el dardo. No hubo tiempo para más, porque al nombre y la voz de Aznar, la Reina que se habia levantado sobresaltada, apareció ya á la puerta de su aposento.

El almogábar, inclinando una rodilla, le entregó con respetuoso desembarazo el pergamino. Desdoblóle doña Ines, y leyó para sí las siguientes palabras:

«A la muy poderosa y honrada dueña doña Ines, »hija de los condes de Poitiers y.....» Aquí habia cerca de un renglon muy prolijamente tachado, donde con alguna dificultad se leia: «Reina y señora de »Aragon.» Luego continuaba el pergamino de esta manera:

«Dios ha tenido piedad de nosotros, doña Ines. El »conde de Barcelona y yo, estamos ya con hueste bas- »tante para poner en el trono á nuestra hija, la cual »quedará con el dicho conde desposada. Y dentro de »poco hemos de regocijarnos los dos, yo con estar en »el convento, de donde no debí salir, segun sabeis, »y vos con estar libre de pecado mortal, porque á »fuerza de meditarlo, he venido á afirmarme en que »tambien lo estáis, desde que se consumó nuestro »matrimonio. Y en verdad os digo, que el habérseme »confirmado esta sospecha que siempre tuve, me aflije »mucho por lo sobradamente que os amo, así Dios »me lo perdone. Y nunca he padecido tanto como »ahora, ni hallaré algun alivio hasta que os propor- »cione el bien que debo, que será huir para siempre »de vuestra presencia, de modo que más no me veais »ni oigais en toda vuestra vida. Sírvaos esta promesa »mia de consuelo; y ella os ayude á llevar con pa- »ciencia el tiempo que hemos de estar juntos, que »aunque breve, yo sé que os parecerá largo, segun »es de piadoso vuestro ánimo. A mí tambien me lo »parecerá, no ménos por vos que por mí, como ya os »tengo dicho. Pero no hallo medio de impedir estas »vistas, que vos y yo hemos de celebrar todavía en »Huesca, para dar fin solemne á mi maldito reinado, »aunque bien lo pienso. Y lo más que puedo hacer es »abreviarlas, y cuanto ántes dejaros; y rezar tambien »por vos en el convento, aunque sin nombraros, por- »que no hay para qué me acuerde yo más de vuestro »nombre, ni vos del mio en adelante, y bastará con »que diga, por la pecadora á quien he ayudado á pe-

»car, como vos debereis decir, por el pecador cuyo »cómplice he sido en el pecado, si tambien se os ocur- »re dedicarme algunos rezos:que bien los necesitará »mi alma, harto más pecadora siempre que la vues- »tra. Y Dios nos ayude, amen.

»De la hueste en buena salud y no más que me- »diana conciencia, fray Ramiro malamente llamado »Rey ántes de ahora.» Luego debia venir el dia, mes y año, pero no se leía bien, merced al agujero que abriera el dardo en el pergamino.

Si Castana y Aznar no hubieran estado mirándose muy tiernamente, y diciéndose con los ojos todo lo que callaban por fuerza los lábios, habrian sido testigos de una extraña cosa, y es, que así como doña Ines acabó de leer esta carta placentera, donde tan buenas nuevas le enviaba su marido, se llenaron sus ojos de lágrimas. Y no eran lágrimas de sorpresa y alegría, que esas ya hubieran venido bien, en ocasion como aquella, sino lágrimas amargas, gruesas y lentas, que resbalaban por el rostro de la Reina, vuelto pálido de repente, sin que las manos se levantasen á secarlas ó recojerlas. El propio amor impidió á los dos fieles servidores sorprender aquel extraño, pero solemne dolor de la Reina. Y ésta tuvo tiempo de volver en sí al cabo de algunos instantes, y de decir á Aznar con voz entera:

—¿Sabes, fiel Aznar, que Férriz de Lizana y los ricos-hombres no han querido devolverme á mi hija, y que todos los dias vienen á insultarme en este alcázar, donde asisten á manera de Reyes?

—¡Lizana, Lizana! donde quiera tropiezo con este

hombre,—dijo Aznar entre dientes. Luego, dirigiéndose á la Reina, dijo en voz alta:—Ya os devolverán á vuestra hija, ó por mejor decir, ya se la quitaremos con harta mengua suya; y lo que es de las salas de este alcázar, por cierto que han de salir no tan soberbios como entraron.

—Dios lo quiera, Aznar; pero son poderosos los rebeldes.

—¿Y qué importa que lo sean, señora? Como liebres huirán de la hueste del Rey, que entre aragoneses y catalanes, es numerosa y fuerte á maravilla, ó de no, caerán como haces de mies al filo de nuestros hierros. Y harto siento yo que el Rey haya determinado conceder perdon á sus delitos, con tal que no hagan resistencia: resistiéranse ellos, en buen hora, y acabára de una vez en Aragon tan mala semilla.

—¿Traes tú el perdon?

—No, sino el honrado Pedro de Fivallé, que es como escudero del de Barcelona, al cual llaman rey de armas.

—¿Y crees tú que lo admitirán los ricos-hombres?

—Tengo por cierto que no lo admitirán.

—¿Y qué hacer en tal caso?

—¿Qué hacer? El Rey y el conde llegarán de todas suertes á la ciudad, y si hallan abiertas las puertas, entrarán pacíficamente, y si no, las quebrantarán con los vaivenes que están preparando, ó harán portillos en el adarve. Y si al avistarlos desde los muros, tañimos cierta campana Fivallé y yo, será señal de que han solicitado el perdon los rebeldes, y no se dejará pasar á los montañeses adelante, porque son tra-

viesa gente, y una vez dentro, no habria modo de quitarles de las manos ni las cabezas ni las bolsas de los ricos-hombres. Si la campana no suena, entónces las armas harán su oficio, y San Jorge nos ayudará, y sus casas serán entradas á sangre y fuego, y sus cuerpos hechos pedazos, en pena de encubrir tan traidores ánimos.

—¡Qué horror! Aznar; ¿ha mandado eso D. Ramiro?

—No: mas hálo por él dispuesto el conde de Barcelona, que es hombre de singular esfuerzo y dignísimo de llevar corona en la cabeza: de nuestro buen Rey D. Ramiro, fué solamente el mandar que primero se les brindára con el perdon.

En este momento, sonó una trompeta en el patio del alcázar.

—¿Qué es eso?—preguntó la Reina.

—Es que Pedro de Fivallé ha terminado su encargo, y tengo que ir á juntarme con él. Mañana, señora, tendreis aquí ya al Rey vuestro esposo, y hallareis en vuestros brazos á la tierna princesa.

—¡Mi esposo, mi hija!—repitió la Reina con honda melancolía.

El almogábar hizo una reverencia sencilla, pero respetuosa, y salió. En la galería, se halló de nuevo con Castana.

—¿Tan pronto te vas?—le dijo ésta.

—Tan pronto,—respondió él;—y á fe que lo siento en el alma, porque has de saber, hechicera muchacha, que lo que hasta que te ví no me habia sucedido, ahora, más que nunca me sucede, y es, el

desear tu habla de jilguero, y tus ojos de endrina, y tu andar de venado, y tu talle flexible como el mimbre, y ese tu pié, tan breve, que no parece tuyo, sino de una niña recien nacida. Y en Dios y en mi ánima, que á no ofenderte, quisiera departir contigo alguna noche como las pasadas; que bien puedes fiar en mí, pues sabes que soy, aunque rudo montañés, fidelísimo en guardar promesas, y porque conmigo estés ó hables, no ha de pararte mal alguno.

—Eso creo yo muy bien, Aznar,—dijo Castana,—y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde estan estos aposentos, que por la puerta, no será ya posible que éntres; y yo te arrojaré escala por donde subas, pues has de saber, que como esta torre cae ya dentro del muro, y está tan alta, y no hay aún ruido de enemigos, suele quedar sin atalayas.

—No sé si podré venir, Castana; mas haré por no faltar esta noche misma: y queda con Dios, que abajo me esperan.

—Pero, ¿te vas así, Aznar? Ahora veo que me quieres, por más que digas, ménos que ántes.

—Ah, perdona, Castana, perdona. Que aunque no me olvido de tu amor, con estos condenados sucesos, me olvidaba ya de mostrártelo como lo siento.

Y al decir esto Aznar con su ordinaria franqueza y desembarazo, depositó un beso en los encarnados lábios de la muchacha.

Castana los adelantó ya esta vez para hallar más prontamente los de su amante. Sin duda no era ya el primero, bien que se haya olvidado de contar el cronista en qué ocasion y con qué nuevos argumentos

logró vencer el almogábar la repugnancia que en ello, al parecer, mostraba al principio su enamorada. ¿Y á qué contarlo en verdad tampoco? Sobrado sabido es que no suelen ser inflexibles ó eternos, al cabo, los noes y repulsas primeras de las mujeres de veras enamoradas.

Pero lo que no se olvidó ahora de decir el cronista, es que, en el punto mismo de sonar el lijero estrépito del beso, se oyó súbitamente la primera campanada del convento de monjas, que llamaba á coro á las vírgenes consagradas á Dios. Castana, como si la vibracion del bronce hubiera llegado hasta su corazon, se extremeció de repente; y así como maquinalmente se llevó la diestra mano á la frente, y se persignó con devocion suma. Aznar se sonrió entónces con malicia mayor que prometia su rudeza.

Mas no pudo decir palabra, porque para mayor tribulacion de la amable doncella se sintieron pasos cercanos que le movieron á partir en seguida. Era la Reina que, no hallándose sin Castana, se acercó á la puerta del aposento y alcanzó á ver la amorosa caricia de los dos jóvenes. Entónces recordó aquella otra escena que habia sorprendido entre los dos, en la cual se negó heróicamente Castana á imprimir sus lábios en los de Aznar.

—Castana,—le dijo, al entrar con ella en su estancia;—veo que adelantan mucho tus amistades con el almogábar. No siempre le has querido tanto.

Castana, que era fácil de color, segun sabemos, se puso como unas brasas.

—Es verdad, señora que cada dia le tengo en más:

al principio me daba vergüenza de él, pero ya no, y todo lo olvido cuando estoy á su lado.

—Todo, hasta las riñas del confesor. ¿Es verdad Castana?

—Perdon, perdon, señora, no lo he podido remediar, le amo ya tanto....

Y la vergüenza ahogaba en su garganta los sonidos de la voz.

—Sosiégate, Castana, — dijo suspirando doña Ines.—Dios ha de ser benévolo con las muchachas que padecen de amor... Es preciso tener más firmeza en el corazon que tú tienes para desoir sus voces. Sé demasiado lo que cuesta sacrificar el amor al deber, para que me ofenda esa tu flaqueza inocente. No haré más, eso sí, que apresurar vuestro matrimonio.

Trás esto desdobló de nuevo el pergamino la Reina, y volvió á leerlo. Entónces fué cuando advirtió aquello del desposorio de su hija, en que no habia podido hacer alto á la primera lectura: tanta era la turbacion de su ánimo. Y aún ahora tampoco se fijó mucho en ello, pensando sólo en que habia de tener pronto en sus brazos á su hija, y cerca de sus brazos á su marido: hablando y hasta alguna vez riendo tristemente con la enamorada Castana.

CAPÍTULO XXIII.

Que los de la montaña y los de la ciudad seguian en sus trece: por donde se vé que ya debian de ser todos buenos aragoneses.

Sonego las campanas é cridego le torrer
«Baros, tots á las armas, quoy vos aura mester.»
Ley sanego armar barós é cavaler,....
GUILLELMUS ANELIER DE TOLOSA.

Aun cuando nada se hubiera sabido por Aznar, fácil habria sido entender, que algo de extraordinario y solemne sucedia en el alcázar de Huesca, al tiempo mismo que tenian lugar las largas pláticas y sucesos que contiene el capítulo antecedente.

En la propia estancia y lugar donde los ricos-hombres dejaron preso á su señor y Rey D. Ramiro, se hallaban ahora recostados en los blandos cojines, ó paseándose en bulliciosos grupos, catorce de ellos, que es decir, todos ménos uno, de cuantos tomaron parte en aquella determinacion peligrosa. El que faltaba de ellos, bien claro se veia que era Férriz de Lizana, porque no era posible confundir con otras, ni por breve instante, su venerable faz y altiva apostu-

ra. Los demas, hablando y riendo, como la vez primera que allá los vimos, pudieran hacer creer á cualquiera que todo estaba como entónces: que nada habia sucedido de singular ó siniestro.

No obstante, los ojos ejercitados de un político habrian quizás adivinado que no todos los ánimos estaban tranquilos, que no era tan pura la alegría, tan verdadera la satisfaccion, tan expontánea y sincera la risa, como ellos, de propósito, aparentaban. La zozobra, durante los peligros, es tan natural en los humanos, que no puede alejarse sin un artificio de la voluntad, y el artificio no es posible confundirlo, si bien se mira, con la naturaleza: la flor de trapo no se equivoca, por hábiles manos que la labren, con la hija lozana de los huertos.

Estaban los ricos-hombres oprimidos, sin duda: sentian sobre sí la pesadumbre de un gran cuidado, acaso de un peligro notorio. Y aunque todos eran valientes, ocultamente luchaba en sus ánimos la ira con el honor, la ambicion con el miedo; y aunque eran todos resueltos, dudaban y vacilaban por fuerza, en cuanto á sus propósitos y determinaciones.

Corrían, de uno en otro grupo, los más curiosos, sedientos de palabras, de razones: revolvíanse, bullian, no paraban un punto en ninguna parte los noticieros, poco desemejantes, en verdad, á los noticieros de nuestros dias: gente de lengua larga y cortísima conciencia, que hace de las sílabas palabras enteras, de las palabras, discursos; de los discursos, sucesos, de los sucesos, más que Dios podria, que es hacer que nazcan antilógicos, imposibles.

De pronto, un silencio profundo interrumpió todas las conversaciones. Los ricos-hombres tomaron asiento á uno y otro lado del salon. Férriz de Lizana, que acababa de entrar, se sentó en cierto sillon colocado en un testero, delante del dosel, donde en las ceremonias, solian asistir los monarcas aragoneses. En un momento, aquella reunion tumultuosa cobró el aspecto de un tribunal, de un senado, de una corporacion venerable.

—Nobles y valerosos caballeros,—dijo Lizana,—¿persistís todos en el buen propósito que teneis hecho de defender los fueros del reino?

—Sí persistimos,—dijeron todos los ricos-hombres á un tiempo.

Y á la par oyóse un sonido espantable de armas: era que los ricos-hombres habian dejado caer sobre el pavimento las pesadas vainas de hierro que ocultaban los filos de sus espadas, señal de asentimiento, no por primera vez notada por el autor en su crónica.

—¿Y persistís,—continuó Lizana,— en no admitir ni jurar, de conformidad con lo que disponen nuestros fueros, por Rey y señor de Aragon á una mujer, sea la infanta doña Petronila, por quien ahora se pretende, sea otra cualquiera?

—Sí persistimos,—volvieron á decir los ricos-hombres, sonando de nuevo las espadas: y cierto, que al arzobispo le vino bien no usarla, porque de esa suerte no tuvo que mostrar, más claro que lo mostró en la expresion del rostro, cuánto se apartaba su dictámen del de los demas presentes.

—Pues siendo así—dijo Lizana,—preparáos á contestar á un mensaje del Rey, y sea tal la respuesta como merezca el mensaje; teniendo en cuenta lo que ordenan nuestros fueros y lo que habeis prometido y jurado ántes y ahora.

Dicho esto, llamó á dos escuderos, que se hallaban apostados á uno y otro lado de la puerta, y les dijo:

—Id por los mensajeros, cuya venida me habeis anunciado, y no olvideis el recordarles cuánto debe ser su respeto y moderacion hablando con los ricos-hombres de Aragon, que, en representacion del Rey y del reino, están aquí presentes.

Algunos de los noticieros que habian, hasta allí, acertado, pasearon sus ojos triunfantes por el concurso: otros, no tan felices, los clavaron en el suelo. Pocos momentos despues del mandato de Lizana, los dos escuderos volvieron, guiando al buen Fivallé que, como Aznar habia anunciado, era quien traía el mensaje; y á los dos hombres, que por toda comitiva lo acompañaban, los cuales no eran otros sino Yussuf y Assaleh, aquellos dos esclavos mudos en cuya discrecion el conde D. Berenguer, no sin motivo, confiaba tanto.

El traje de Fivallé habia cambiado completamente: ya no colgaba de sus espaldas el laud: ya no vestia las modestas ropas que en la montaña. Su corta túnica, con angostos galones de plata, su capa de escarlata guarnecida de plumas de halcones, su gorra de piel de conejo, con broches tambien de plata, y un anillo de oro que traía en la mano diestra, con vivísimos rubíes, aunque no muy grande por cierto, le

daban, no ya sólo por persona principal, sino por verdadero rey de armas, como Aznar habia dicho que era. Los dos esclavos no habian variado de traje, más que de condicion, y se ofrecian á los ojos, tal como siempre, con su siniestro y sencillo atavío.

Que D. Berenguer hubiese elegido para tal mensaje á su rey de armas, que era al propio tiempo su compañero de aventuras, nada tiene de extraño; pero el haberle dado á éste por compañeros dos mudos, no parece que debiera tener otro objeto sino evitar que el dinero de los ricos-hombres aragoneses pudiera penetrar sus secretos propósitos: siendo notorio, que no hay mayor sagacidad que la del bolso para enterarse de las cosas más ocultas, y poner á luz del dia los más profundos misterios. Y recordando que Lizana sabia muy bien emplear todas las gracias y habilidades del dinero, no parece descaminada esta prevision de D. Berenguer, si verdaderamente la tuvo, y no fué mera casualidad el que asistiesen con Fivallé los dos africanos.

Fivallé se adelantó con paso firme hácia el centro del salon, y allí, haciendo una profunda reverencia, aguardó á que Lizana, como persona que hacia cabeza en el concurso, le diese licencia de hablar.

Lizana, á fuer de viejo y prudente, le miró muy bien primero, para ver con qué género de hombre se las habia. Luego, con la ordinaria autoridad de sus palabras, le dijo:

—Mensajero, hánme referido que te has presentado á las puertas de esta ciudad con caballo, lanza y escuderos, solicitando ver y hablar al que fuese alcai-

de de sus fortalezas, ó señor de sus armas, ó guardador de sus haciendas, ó dispensador de su justicia. No ignoro que tal es la fórmula con que suelen acercarse los heraldos de los príncipes y Reyes enemigos, á las plazas que amenazan con sus armas; pero como Aragon no tiene enemigos á la presente hora, si no son los perros mahometanos, y de esos no solemos ni queremos merecer cortesías, mándote que digas, ántes de todo, cual es tu nombre y el de tu señor, y de que hueste ó reino vienes, que por tu voz quiera declararnos la guerra.

—Vengo, —contestó Fivallé con firme acento, como quien ejercita un oficio ó deber ordinario, y no recela que el cumplirlo pueda traerle daño alguno:— vengo de parte del muy poderoso D. Ramiro, por la divina merced de Nuestro Señor Jesucristo, y la intercesion de su Santa Madre, Rey de Aragon, á ordenaros á vos, D. Férriz de Lizana, y á todos los ricos-hombres, prelados y caballeros aquí presentes, si sois en verdad los que señoreais estas fortalezas, y gobernais estas armas, y guardais estas haciendas, y dispensais aquí la justicia, que le entregueis las fortalezas, que no os pertenecen, y rindais las armas ante vuestro señor natural, y á él le dejeis el encargo de guardar las dichas haciendas, y dispensar la dicha justicia, por ser todos derechos y deberes suyos, no vuestros, supuesto que él es el Rey, y vosotros sois no más que sus vasallos.

—Deslenguado malsin, vil escudero,— dijo levantándose Lizana;— ¿cómo te atreves á hablar en tales términos á los ricos-hombres del reino? ¿Quién eres

tú para deslindar los derechos del Rey y los nuestros? ¿Piensas, por ventura, que haya de ampararte ó valerte el hábito que vistes? Por San Jorge que he de enseñarte, cuánto va de un verdadero rey de armas que viene de poder á poder, con el seguro que le dan las leyes de caballería, á un villano que osa insultar en su propio alcázar al trono y la nacion aragonesa, en nosotros representados. Hola, escuderos: no hay más que oir; llevaos á este villano, y echadlo al rio desde una torre.

—Ahora conozco al valeroso Lizana,— dijo Roldan por lo bajo.—Parecíame á mi, que la edad iba enfriando su sangre, y que tenia ya más de sábio, que de ardido y determinado; pero hé aquí que echa tanto fuego por los ojos, como pudo el dia del Alcoráz.

—Ya verás,— le contestó García de Vidaura,— cómo sabe hermanar la ferocidad del leon con la prudencia del raposo: yo, como le conozco de más tiempo, entiendo sus cosas mejor que tú.

En esto Fivallé, confundido por el inopinado arranque del caballero, no acertaba á decir palabra. Pero al ver que los escuderos iban á apoderarse de su persona para cumplir la órden de Lizana, en alta, aunque no ya segura voz, dijo estas palabras:

—Yo sé tan bien como quien más, las leyes de las naciones y de la caballería, señores caballeros; y sé por lo mismo que no osareis cumplir tal amenaza. Quereis intimidarme, pero no lo lograreis, y, aunque hubiese de morir verdaderamente, no sería ántes de cumplir con mi obligacion del todo. Dígoos que el Rey

D. Ramiro os ordena dejar esta ciudad con todas sus fuerzas y gobierno, retirándoos al punto á vuestros castillos; y de lo contrario, os declara por mi voz aleves y traidores y reos de lesa majestad en lo divino y humano, condenándoos.....

—Infames escuderos,—gritó ya fuera de sí Lizana.—¿Qué haceis que aquí mismo no le arrancais la lengua al desalmado? Por Cristo que he de mandar que á vosotros tambien os desuellen vivos.

Todos los caballeros participaban de su indignacion, y estaban puestos de pié, acariciando cada cual la empuñadura de su daga. Roldan la puso ya fuera de la vaina, y sólo le detuvo el considerar, que aquel hombre podía ser muy bien un villano, indigno de morir allí á tan nobles manos como las suyas. El buen arzobispo de Zaragoza, como sabemos presente, pensó interceder por él; pero no tuvo valor para tanto, despues que bien miró, y advirtió la cólera en que hervían sus compañeros. Fivallé, segun la palidez de su rostro, y el temblor de sus rodillas, no daba ya por su vida un ardite; pero la voz del deber le mantenia firme la voluntad, y áun todavía tuvo aliento para añadir:

—No me defenderé, los escuderos: podeis matarme á mansalva; pero de este crímen que vá á cometerse, no solo responderán vuestros señores, sino que vosotros tambien respondereis con la cabeza á vuestro Rey D. Ramiro, y á mi señor natural, el muy valeroso y muy excelso D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona.

—¿Por qué mientas al conde de Barcelona?—dijo

al oir esto Lizana.—Habla, villano, y veamos con qué pretendes engañarnos y librarte del merecido castigo. ¿Eres de verdad, como dices, vasallo del conde de Barcelona?

—Vasallo soy suyo.—Contestó el mensajero más recobrado.

—Tu nombre.

—Pedro de Fivallé.

—Tu profesion.

—Rey de armas del conde de Barcelona.

—¿Tienes algun documento ó testimonio que lo acredite?

—Sí tengo,—contesto Fivallé:—bien podeis ver como los rubíes de este anillo trazan sobre el oro las barras de sus armas: no han llevado tal anillo y barras nunca sino sus mensajeros, segun es sabido en todo el mundo.

—Cierto es,—dijo Lizana;—pero trae acá el anillo, que no te las has, con quien no sepa descifrar cualquier engaño.

El anillo corrió de mano en mano, y todos convinieron en que era y debia ser su dueño el conde de Barcelona, y no otro. La sorpresa de todos fué tan grande ahora, como habia sido ántes la ira.

—Ahora bien, Pedro de Fivallé,—dijo Lizana,—bien puedes hablar cuanto te plazca; pero no más que en nombre del conde de Barcelona.

—El conde de Barcelona, mi señor,—continuó entónces Fivallé,—no tiene más que deciros, sino lo propio que de parte del Rey D. Ramiro tengo dicho, supuesto que los dichos Rey y conde son, de hoy más,

no sólo aliados, sino deudos estrechos, con los esponsales y matrimonio concertados, entre el conde don Berenguer, de una parte, y de otra la infanta doña Petronila, hija de D. Ramiro, y legítima heredera de este reino. A la cual mi señora y Reina os exijo y ordeno tambien, que dejeis libre en el instante.

En este punto llegó al último extremo el asombro de los concurrentes. Sólo el viejo Lizana, á gran maravilla de todos, conservó, en su apostura y acento de voz, serenidad completa. Paseó los ojos alrededor, examinando qué efecto hubiesen hecho tales nuevas en sus compañeros, y luego dijo:

—¿Has acabado?

—Acabado hé, poderoso señor,—contestó Fivallé.

—Pues vé y díle á tu amo, el conde de Barcelona, que aceptamos el reto y desafío que nos hace, y que de hoy más Aragon le tendrá por enemigo, y nuestros guerreros buscarán á los suyos para pelear cuantas veces quiera él ponerlos en campo. Y añádele, que aunque es injusta la guerra que nos declara y odioso además que entre sí se destrocen las armas cristianas, de eso él, que no nosotros, habrá de dar á Dios cuenta en el otro mundo. Por lo que toca al Rey D. Ramiro y su hija, nosotros nos entenderemos con ellos como ordenan los fueros del reino, y como mejor nos cumpla y parezca, declarando traidores y rebeldes, desde ahora, á cuantos coadyuven á abanderizar el reino, con el fin de privarlo de sus antiquísimas y bien adquiridas libertades. ¿Oiste bien lo que dije?

—Si oí,—respondió Fivallé;—y en nombre de mi

señor, el conde, dejo aquí este guante en señal del reto y desafío.—Dijo esto quitándose uno de los de delgadas escamas de acero que llevaba.

—Tomadlo, y dadle el vuestro, valeroso Roldan,—repuso Lizana.—Y tú, Fivallé, sábete, que si á título de rey de armas del conde de Barcelona, te he perdonado tus insolencias, como el dia de mañana te encuentre en Huesca, ó nombres en su recinto al Rey D. Ramiro, te he de colgar, á título de rebelde, de una almena. Hoy vence en tí lo de mensajero del conde á lo de emisario de la rebeldía: mañana será al contrario, y repítote por el santo del Alcoraz, que, si no me crees, ha de dar un buen dia tu cabeza á los cuervos del contorno. Véte al punto.

Fivallé no se hizo segundar la intimacion, y tomando el guante de Roldan, se salió de la estancia, seguido de sus negros compañeros, que aunque no habian comprendido bien las palabras, habian interpretado harto bien los hechos para dejar de requerir sus armas, á medida que veían que las suyas acariciaban los ricos-hombres.

Cuando Lizana se vió á solas con los suyos, tomó la palabra, y dijo:

—Los tiempos que yo temía están aquí, Roldan amigo: no dareis ahora por sobrados mis temores. Extraña es esa alianza, extraños son esos esponsales, extraño es todo lo que está pasando; pero no importa, lo esencial es, que conozcamos el riesgo que nos amenaza. Quizás á estas horas tienen junta, entre el Rey y el conde, bastante hueste para que no podamos mantener el campo; quizás osen sitiarnos dentro de

estos muros, por más que, segun son ellos de fuertes, sea empresa de muchos años rendirlos; quizás los salvajes montañeses acudan ya de todas las partes del reino en ayuda del Rey, con el intento de humillar nuestro justo orgullo, y despoblar nuestros cotos, y hacer leña de nuestros bosques, y anidarse en nuestros castillos; quizás el hierro de los almogábares esté ya despierto: hora es de que despertemos tambien nosotros, y nos preparemos á lidiar y vencer, á vencer ó morir en esta demanda.

—Sea así,—díjeron levantándose los caballeros.

—Pero esto de los esponsales,—añadió Roldan,—no cesa de admirarme, ¿cómo puede habérsele ocurrido á ese buen conde de Barcelona contraerlos con una niña de dos años?

—Legítima cosa es,—contestó suspirando el arzobispo, que aún no habia movido siquiera los lábios para responder á la arenga pasada,—legítima, segun los sagrados cánones.

—Antes hais de decir, que pérfida y malvada,—repuso Lizana.—¿Por ventura, no adivináis cuál sea el objeto? Pues no es otro, sino sujetarnos á la potencia de los extranjeros. Cuando nosotros buscamos á D. Ramiro en el monasterio, y quisimos ser suyos, y le defendimos con tantos afanes, fué por no reconocer sino á Rey muy natural. ¿Y ahora toleraríamos que nos viniese á gobernar un extranjero? ¿Qué sería del honor del reino? ¿Qué de nuestros nombres? ¿Qué de nuestros fueros? Bien sabeis que nuestros padres ordenaron para eso sólo, que no sucediesen hembras en el reino; bien sabeis que por eso sólo nos nega-

mos á jurar por Reina á la princesa, cuando lo pretendió el Rey.

—Fuerza es que reunamos en Córtes el reino, y les propongamos negocio tan árduo,— dijo uno de los caballeros.

—Ese es mi propósito, — dijo Lizana; — y áun despachada está la convocatoria á las ciudades que tienen voto en Córtes, y á los nobles y prelados ausentes para que se junten con los que ya estamos y deliberamos en Huesca. Ni penseis que desisto de esto para en adelante; porque si bien no podremos llenar todas las formalidades y requisitos, los tiempos nos excusan de ellas, y harto será que no reunamos bastantes votos en los diversos brazos, para sacar triunfante nuestra causa, puesto que en suma es la causa del reino, y todo él, está interesado como nosotros mismos en el triunfo. Mas no hay que pensar en tal por lo pronto. Los sucesos se han adelantado mucho con esta desdichada alianza del Rey y el conde de Barcelona. Mañana mismo podemos tenerlos delante de estos muros; y es preciso, ante todo, acudir á la defensa.

—¿Pero creeis,—dijo Roldan,—que todos los Reyes y condes y villanos del mundo, deban darnos temor detrás de estos muros fortísimos, á nosotros con nuestras fieles mesnadas?

—Siempre, — contestó Lizana,—es ciego vuestro valor, Roldan amigo. Recordad que no me he equivocado hasta ahora en ninguna de mis sospechas, más de lo que humanamente es inevitable. Desde aquella ausencia que hizo D. Ramiro en una noche

de festejos, véngoos diciendo de antemano cuanto ha sucedido. Y ya habeis visto hasta qué punto, con voluntad ó sin ella, pueden perjudicarnos los clérigos: ya habeis visto que el Rey, tan manso como parecia, sabe derramar sangre, y es capaz de disponer de la nuestra como de las sobras de unas vinajeras, y separar de los cuerpos nuestras cabezas como él ha mudado de hábito. Tambien advertireis cómo no le faltan aliados y defensores á D. Ramiro contra vuestra lanza y la mia, á pesar de ser tan récia la vuestra y haber ganado alguna prez la mia en el Alcoraz y en otras mil ocasiones; y no dejareis de reconocer ya asimismo, cual locura habria sido dejar libre á la princesa en poder de su madre, de donde habria pasado á las del conde de Barcelona, realizándose esos esponsales, que, en idea sólo, os espantan ahora. Déos todo esto prudencia y confianza en mí para atender y seguir en adelante mis consejos.

—Teneis razon,—dijo Roldan convencido.—Hablad, sábio Lizana, hablad, que ni estos caballeros ni yo haremos más que lo que vos ordeneis. Hablad y decidnos lo que recelais ahora.

—Ahora recelo del pueblo, de los ciudadanos, de estos menestrales que vosotros despreciais miéntras yo los vigilo y sé, á precio de oro, sus más íntimas conversaciones. Cuando advirtieron la prision del Rey, manifestaron sólo incredulidad ó extrañeza, porque veian que todo lo podíamos; más no bien se nos escapó el Rey, adelantáronse ya á compadecerle y á murmurar muchos de que no compartiésemos con ellos el gobierno. Si ahora ven que no podemos sostener-

nos, sino dentro de estos muros, y que nos asédian turbas de villanos almogábares, son capaces de fraguar alguna traicion por dentro que cara y muy cara nos cueste.

—¿Eso más?—dijo Roldan.

—Eso más,—contestó Lizana,—el cuándo ni el cómo no sabré decíroslo; pero cualquier cosa debemos temer cuando la hueste enemiga se presente delante de estos muros.

—Vos sois nuestro natural caudillo, Lizana. Decidnos qué hemos de hacer, pues, para precavernos, y para defendernos y ofender á nuestros enemigos.

—Decidlo, decidlo,—repitieron los demas caballeros puestos ya de pie alrededor del sillon donde estaba sentado Lizana.

—Oid,—dijo el viejo.—Es preciso que por ahora tratemos moderadamente á los villanos, áun á esos perros de almogábares, si por ventura quedan algunos en Huesca. Hacer porque entiendan, si es tiempo todavía, la justicia de nuestra causa. Y al propio tiempo es preciso tener muy bien guardadas de nuestros mesnaderos las puertas y torres de la ciudad; y poner atalayas que nos anuncien la vecindad del enemigo. En cuanto á nosotros, ya lo sabeis, hoy, mañana, todos los dias nos reunirémos para deliberar, en este alcázar, como hasta aquí, y ya iremos determinando conforme nazcan las ocasiones.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se preparan y entreven los sucesos, que andando capítulos, han de poner fin á esta historia.

Forte d'armi apparechio s'aduna
Di Tolosa pei campi é pel vallo,
Che far tristo un ribelle vassallo
Il signor di Provensa giuró!...
TOMMASO GROSSI.—*(Canto di un Trovatore.)*

Pocos momentes despues de llegar al patio del alcázar, se encontró Pedro de Fivallé, con su buen compañero Aznar.

El rey de armas y sus dos extraños escuderos, estaban rodeados de soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué sucede?—preguntó Aznar.

—Que los ricos-hombres de Aragon, reunidos por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer por Reina á doña Petronila, y han dado á entender muy claramente que no dejarán entrar en Huesca, ni al Rey de Aragon, ni al conde de Barcelona. Esto contestó Fivallé.

—Pues si eso pasa,—repuso Aznar,—no hay más sino que me salí con la mia, porque nunca pensé que el mandato y perdon del Rey lo aceptasen los ricos-hombres.

—Vamos á nuestro alojamiento, y allí hablaremos despacio,—repuso Fivallé.

—Sea como decís,—añadió Aznar.

Y entrámbos echaron á andar para la calle nombrada del *Salvador*, á donde, en casa grande para los tiempos, estaban aposentados.

No bien llegaron allá y se despidieron los de la comitiva, dijo Aznar á Pedro de Fivallé:

—¿Nada se os ocurre que hacer ahora?

—A mí nada,—respondió el otro,—si no es que nos vayamos cuanto ántes, porque el viejo Lizana, sin oirme apénas, juró por San Jorge, el que está en la hermita del Alcoráz, que si nos halla aquí el dia de mañana, han de servir de espanta-pájaros nuestras cabezas en lo alto del muro. Ni me atreví á hablarle de su perdon, no fuera que por menosprecio adelantase ese mal propósito que tiene.

—De eso será lo que Dios quiera, Fivallé,—replicó Aznar,—pero oid: D. Ramiro y D. Berenguer nos enviaron acá para que allanásemos la entrada, de suerte que no tuvieran que poner cerco á la ciudad. Con tal objeto concedieron el perdon que con vos traeis. Y porque los ricos-hombres, empedernidos en su traicion, no lo acepten, ¿nó hemos de allanarles nosotros la entrada de la ciudad evitando un largo cerco?

—No se me ocurre cómo lo habríamos de conseguir,

—respondió Fivallé,—segun que yo los he visto de sobérbios; ni me parece que podamos hacer más que salir ahora de aquí cuánto ántes, y dar parte de todo á nuestros príncipes, para que los traten con todo el rigor de la guerra.

—Ni por pienso, Fivallé, no es eso lo que conviene,—repuso Aznar.—Al abrigo de tales muros y tan récios, y de las noventa torres que circuyen la ciudad, los ricos-hombres podrán mantenerse en su rebelion por mucho tiempo, y aún no les seria imposible levantar el reino y desbaratar los intentos del buen Rey D. Ramiro, y de su aliado.

—Así es la verdad, Aznar,—dijo el rey de armas;—pero ¿cómo hemos de remediarlo?

—El cómo ya lo buscarémos,—continuó Aznar.—Lo que importa es que convengamos en buscarlo. Ni D. Ramiro, ni D. Berenguer nos mandaron que saliésemos de aquí: «Id,—dijeron,—y anticipadles nuestro perdon miéntras llegamos á la ciudad. Si al entrar en ella oimos que repica sola la campana de San Pedro el Viejo, entenderémos que sois vosotros quien la tocais, y que no debemos hacer daño á los ricos-hombres, porque ellos han reconocido ya su culpa, sometiéndose á nuestros mandatos; mas si la campana no suena, ó suenan otras á modo de rebato, entenderémos lo contrario, y harémos por sorprender el lugar y entrarlo á escala vista, ó de no, pondrémosle cerco, y lo combatirémos á hierro y fuego.» Bien se vé, Fivallé, que no previeron el caso de que saliésemos de aquí puesto que no nos lo dijeron.

—Eso fué, que no previeron tampoco el caso de que los ricos-hombres estuvieran tan determinados y fuesen capaces de plantarnos de espanta-pájaros en el muro.

—Ó acaso,—contestó Aznar,—que fiaban en que nosotros no dejaríamos que cuajase el propósito de la resistencia, y descargaríamos en otros el mal oficio de espantar los pájaros con las cabezas.

—¡Imposible!—replicó Fivallé asombrado:—¿quién habia de imaginar semejante cosa? ¿Qué fuerzas son las nuestras para resistir? ¿Cómo hemos de excusar el peligro si no es fuera de los muros, corriendo, á más correr, segun es de prudentes, en tales ocasiones como esta? Aznar, contad además con lo que hablais: no dejemos por acá las cabezas áun ántes que recelamos.

—¿Eso os espanta?—dijo Aznar.

—No me espanta, sino porque ha de ser inútilmente,—contestó Fivallé.

—Inútilmente no,—continuó Aznar;—y una vez que eso sólo os empece y mortifica, aguardadme aquí, que yo vendré dentro de poco y os daré un buen plan con que logremos nuestro intento. ¿Me aguardareis?

—Sí aguardaré, aunque no espere fruto alguno.

—Pues hasta luego, y confiad en que mayor servicio que este que hemos de hacer ahora, nunca lo han hecho vasallos á Reyes.

Salió Aznar diciendo esto, y, por entre las revueltas callejuelas del contorno, llegó al Coso, ancha calle, que á la sazon comenzaban á formar los vecinos,

construyendo casas por en frente de los grandes muros de piedra, en aquel arrabal que, desde el tiempo de los moros, estaba allí fuera encerrado en un robusto paredon de tierra. Caminaba precipitadamente y con un sí es, no es, de regocijo en el rostro: traslucíasele una satisfaccion grande, aunque siniestra, y de cuando en cuando hablaba sólo, en tono tan alto, que era imposible que no lo oyesen los curiosos transeuntes.

—¿No es este el caso?—decia.—¿No basta ya para cumplir mi promesa? Bien sabia yo que él haria de modo que mereciese de nuevo la muerte..... Morirá por lo mio y por lo del Rey.

En una de las primeras calles del arrabal se paró delante de cierta casa, más destruida y de más vil aspecto que las otras, y dió diversos golpes.

Abrieron con una larga tomiza desde arriba, subió, y en una sala estrechísima y mal amueblada, se encontró manos á boca con Fortuñon, aquel viejo, y primer compañero suyo, que conocen ya nuestros lectores.

—Fortuñon,—dijo Aznar:—loado sea Dios que aquí te encuentro, y ahora feliz vejez la tuya, que así te inclina al regalo de las ciudades, para que puedas continuar hasta en ellas tus esforzados hechos. Dime, Fortuñon, ¿tienes en tus venas todo el valor antiguo? ¿Amas al Rey como le amaron siempre nuestros antepasados? ¿Te fias tú de mí, como te fiabas de mi padre García de Aznar?

—Sí tengo, sí amo, sí fío,—respondió compendiosamente Fortuñon por la primera vez de su vida, al notar lo arrebatado de las preguntas.

—Loado sea Dios que te hallo tal como creía. Y ¿no temerás menear de nuevo las armas en servicio del Rey? ¿Herirás á quien él te mande sin preguntar su nombre? Recuerda que así obraron siempre los de nuestra raza.

—Dígote que por el Rey y por tí, haré cuanto sea justo.

—¿Qué número de almogábares habrá á estas horas dentro de Huesca?

—No pasarán de cincuenta, Aznar.

—¿Conóceslos tú á todos?

—A todos.

—¿Qué tal gente son?

—Pero Diaz es el uno, aquel hijo del campanero de Oviedo que se vino años atrás con nosotros, y Juan de Sobrarve otro, y está además ese perro de Ramiro Benedrís, que dice que viene de reyes moros, y él es moro en las obras, aunque sea en los pensamientos cristiano, y Men Loharre, y.....

—No quería saber los nombres de todos; mas sólo, si era gente con la cual se pudiera contar en cualquiera honrado trance.

—No la hay mejor entre los almogábares.

—Basta, Fortuñon: esa gente necesito. Solo falta que todos te reconozcan por caudillo. ¿Hay entre ellos, por ventura, alguno que sea más viejo que tú?

—¡Más viejo que yo!—contestó al punto Fortuñon, como picado de que tal osára suponer el mancebo.—Somos ya pocos los que quedamos de aquellos tiempos en que se daban batallas, como la del Alcoraz, y se tomaban ciudades como esta de Huesca.

¡Más viejo que yo! A fe, á fe que mis años no los he llevado en cuenta, ni de mis padres pude averiguar los que tenía, porque muy temprano se olvidaron de ellos, mas yo te contaré cosas que presencié, y otras en que puse mano, que no haya en todo el reino tres personas que las recuerden. Ni ¿cómo ha de haberlos más viejos que yo entre los almogábares? La vida se acaba pronto en la montaña, y la lid, ántes peleando que comiendo, y ántes corriendo tierras que descansando en mullidos lechos: milagro es que el cielo haya conservado tanto la mia.

Aznar escuchó toda esta retahila con su acostumbrada impaciencia: luego, reprimiéndose lo que pudo, habló al viejo almogábar de esta manera:

—Ea, pues, Fortuñon, sirva tu larga edad y el crédito y mando que ella te asegura entre los almogábares, para una grande empresa, la cual ha de ser no ménos acepta á Dios, que provechosa al Rey.

—Continúa, Aznar,—repuso Fortuñon.

—Ya sabrás como los ricos-hombres del reino, aquí reunidos, se han rebelado contra D. Ramiro, hermano del batallador D. Alonso y del glorioso D. Pedro, é hijo del valiente Sancho Ramirez, con quien hiciste las primeras armas.

—¡Y cuán diferente que es este D. Ramiro de su padre y hermanos! ¡Oh, si á aquellos hubiese conocido!—dijo, interrumpiéndole Fortuñon.

—Eso no es del caso,—replicó con calor Aznar, viendo el contrario efecto que sus citas habian producido.—¿Negarás tú ahora con todo eso, que sean re-

beldes y dignos de castigo los ricos-hombres que se han alzado contra el Rey D. Ramiro?

—Cierto es que obraron mal; pero, hijo mio, no te descompongas tanto contra los ricos-hombres: mira que ellos son imágen del Rey, como el Rey es imágen de Dios.

—¡Que no me descomponga con ellos!—exclamó Aznar.—Son traidores, Fortuñon, son traidores; y nosotros los leales no debemos respetarlos ni tenerlos en nada, sino por el contrario, lavar en su sangre las afrentas que hacen al Rey.

—Muy adelante te lleva la cólera: ¿es quizá para algo de eso para lo que requieres mi brazo?

—Precisamente para eso: para que entre tú y yo y esos almogábares, rematemos de una vez á los más soberbios de los ricos-hombres, y démos libre entrada al Rey dentro de estos muros.

—Pues vuélvome de lo dicho, Aznar, y aconséjote que no te metas en tales honduras: que luego los grandes de la tierra entre sí se acomodan, y solemos nosotros los pequeños pagarlo todo.

—¿Y así cumples la palabra que me diste de servir al Rey, y de herir á quién él te mandase, sin preguntar su nombre? ¿Y así muestras el amor que dices que me tienes? ¿Y así imitas los hechos de tus mayores? Nunca mi padre García de Aznar hubiera temido, como tú temes, ni hubiera faltado, como tú faltas, á tus promesas.

Al decir esto Aznar, sus ojos lanzaban rayos de ira, su voz temblaba, su brazo levantado desafiaba todos los obstáculos.

—¿Mas, que te va ó te viene, locuelo de Aznar, para que tanto fijes tu atencion en ello?—respondió Fortuñon sin curarse del gesto indignado de su compañero.—¿Qué tienes tú que ver con las discordias del Rey y de los ricos-hombres? Dígote que al cabo el Rey perdonará á sus rebeldes cortesanos y capitanes, y que éstos no perdonarán jamás por su parte á los que en nombre del Rey los ofendan ó lastimen ahora.

—Por eso mismo no trato yo sino de hacer que su perdon sea imposible; por eso mismo no trato yo sino de penarlos de suerte, que más no puedan vengar ofensas, ni reparar sus daños,—repuso con ronca voz Aznar.—Y tú que sabes la suerte de mi hermano, ¿todavía ósas preguntarme qué es lo que tengo con los ricos-hombres? ¿Sabe que he averiguado ya, que fué el viejo de Lizana quien entregó á sus perros de caza el cuerpo de mi Lupo, aquel pobre hermano que mi padre dejó al morir á cargo tuyo y mio?

—¡Fué Lizana!—repuso Fortuñon asombrado.

—Lizana fué..... Pero no hablemos de eso, no. Has de saber que si quiero matarlo, es porque importa al servicio del Rey: es porque con hacerlo, se evitará mucha sangre y se adelantará muchos dias el que reinen en Aragon y Cataluña el buen príncipe D. Berenguer y la princesa doña Petronila.

—No entiendo lo que me dices, Aznar.¿De qué don Berenguer hablas? No le hubo en mis dias de ese nombre entre los príncipes de Aragon. Habla, díme, ¿cómo puede ser novedad tan extraña, y de mí tan poco oida hasta ahora?

—Fortuñon, dejémonos de ociosas palabras. Ò me sigues ó no. Si tú no me acudes, yo sólo intentaré la empresa: yo sólo iré á las casas de los principales ricos-hombres, tan temibles capitanes y cortesanos, como son, y de algunos ellos libraré á Aragon, á costa de mi sola vida.

—¡Oh! no hagas tal, Aznar,—exclamó Fortuñon interrumpiéndole.—No hagas tal, que te perderás sin remedio ni provecho alguno.

—Sí haré,—replicó el jóven almogábar, más exaltado que nunca:—y lo haré porque no se diga que ha dejado de haber almogábares en Aragon: por no faltar á la memoria de mi padre, que siempre fué leal, y quiso que lo fuese su hijo. ¡Es tan bueno el Rey! ¡Es tan valeroso D. Berenguer! ¡Son tan soberbios los ricos-hombres! No me contradigas, porque estoy resuelto: ó he de morir ó he de salir victorioso de estos rebeldes. Discurre ahora, Fortuñon, si te conviene ayudarme en mi empresa ó dejarme solo á que perezca de cierto en la demanda.

Fortuñon se puso á meditar, apoyando su blanca cabeza entre las manos. Luego, despues de un breve rato de meditacion, dió dos ó tres vueltas por la estrecha sala, y parándose delante de Aznar, exclamó, no sin exhalar ántes un profundo suspiro:

—¡No puede ser! Y Dios sabe cuánto me pesa no complacerte. Pídeme otra cosa; pero eso de ir contra los ricos-hombres como por acá dicen de *motu proprio*, sin mandamiento ni disposicion de nadie, no esperes que lo haga jamás. El deseo de venganza ciega tus ojos, hijo mio: ábrelos á la razon de mis pala-

bras, y verás cómo no es justo ni conveniente, sobre ser peligrosísimo y de éxito cási imposible.

—¡Oh! Si nace tu resistencia de que á tu parecer no tenemos mandamiento ni disposicion de nadie, cuenta con que estás en grande error. Òrden tengo del Rey, órden terminante.....

—Òrden de D. Ramiro, por supuesto, porque de ese D. Berenguer, que no conozco, ni las entiendo, ni las quiero entender, por vida mia. No he oido hablar siquiera de las otras cosas extrañas que me dijistes; y como tú tampoco te has explicado mayormente.....

—¡Fortuñon! La órden es de D. Ramiro. ¿A qué meterte hoy en otras honduras?

—Pues ¡acabáras!—repuso á esto Fortuñon.—¿Por qué no mostrarme desde luego el pergamino, y no hubiera disputa? Bien sabes que soy entendido en letras, porque en mi niñez, como te he contado algunas veces, me dedicaron mis padres á monaguillo, en Jaca. Ea, pues, muéstrame ese pergamino, y vea yo mandado del propio Rey lo que tu me dices, y harélo, aunque me cueste la vida.

—¿Pergaminos dices?..... A fe que pergaminos no faltan, y.....

En lugar de estos puntos suspensivos, puso el almogábar, en voz baja, sendas maldiciones contra los oficiosos padres de Jaca, que habian enseñado á leer al monaguillo.

—¿Lo traes ahí?—continuó, en el ínterin, Fortuñon.—¡Cómo cambian los tiempos! Por cierto que en los dias de tu abuelo y de tu padre, aquellos famosos

guerreros, de quien tanto te he hablado, nadie habria confiado tan importante mensaje á un hombre que contase diez años más que tú. Y los pergaminos y leyendas que hubo en la conquista de esta fortísima ciudad de Huesca, así los de los moros como los nuestros, fueron llevados ó traidos por hombres de canas y de experiencia, que bien supiesen sortear, los tiempos y las ocasiones. Y áun recuerdo, que tu abuelo, tu abuelo, Aznar, que era el hombre más forzudo y ágil que haya yo conocido en este mundo, decia muchas veces, que no queria tronco verde para astil de dardo, ni pan todavía caliente para la boca, ni hombre mozo para estos mensajes. Pero tú lo suples todo, con la discrecion maravillosa que tienes para tu edad, y aunque siempre habria sido más acertado que el Rey hubiese acudido á mí ó á otro de más años, como más prudentes, no niego que tú puedas sacar fuerzas de flaqueza, y obrar tambien como hombre de seso. Si tienes el pergamino, dígote que el traerlo tú, más me servirá de satisfaccion, que de envidia, y no tienes más que desdoblarlo al punto. Pero acuérdate, Aznar, de tu abuelo.....

Al llegar á este punto lo interrumpió Aznar, que, si no, el viejo era hombre de no acabar en diez años. Hacia ya rato que no apartaba los ojos de un sitio, como quien está sumido en grandes meditaciones; pero á la sazon brillaba en ellos la alegría. Parecia satisfecho, como hombre que acabase de salir de un grande apuro.

—Ya te conozco, mi viejo Fortuñon,— dijo poniendo la mano en el hombro de su camarada.—Acués-

tatè, ahora pues, y el pergamino donde la órden está escrita, yo te lo mostraré á la noche; que puesto que yo no entienda en leer como tú, para eso viene en mi compañía el honrado Pedro de Fivallé, rey de armas del buen conde de Barcelona, el cual consigo trae el tal documento, y sabe muy bien que en él se contiene y reza lo que digo. Mas te oí decir que no debiamos los villanos entrometernos en estas reyertas del Rey y de los ricos-hombres: ¿has variado de opinion yá, de todo punto?

—Sin mandato del Rey, debí añadir, que no era otro mi intento; porque lo que él manda, ningun vasallo, pésele ó nó, puede excusarse de cumplirlo.

—¿Y temerás todavía las venganzas de los ricos-hombres?

— Ya sabré resignarme á ellas por obedecer al Rey,—contestó Fortuñon suspirando.

—Es decir, que con esa órden, todo está compuesto, y hallaré en tí ayuda para todo.

—Cabalmente: todo con esa órden, nada sin ella; has comprendido perfectamente mi pensamiento.

—Pues la tendrás. Esta noche te aguardo á las doce en punto en mitad de la plaza de la *Misleida*. Ten apostados á nuestros camaradas por las cercanías, de manera, que no infundan recelo, ni pongan en alarma á los atalayas del muro.

—Allí estaré, y todo lo tendré dispuesto como tú quieres, que en las ocasiones es donde han de verse los que son para poco, ó los que tienen grande espíritu en su cuerpo. Y á fe que mi padre, aunque algunos deslenguados murmuran, que fué hijo de moros,

como los del Benedrís, no fué sino valentísimo cristiano, que mató más moros que árboles hay en las orillas estas de la Isuela y del Flúmen. Y aquí, donde me ves á mí, testigo tu padre García de Aznar, á quien Dios tenga en su gloria, porque era tambien valiente, como ninguno, y.....

—¿No acabarás, buen Fortuñon,—le dijo Aznar impaciente.—Otro dia oiré el fin de esa historia, que por hoy no puedo más detenerme.

Y echó á correr desalado.

—¡Siempre el mismo!—murmuró tristemente Fortuñon.—Nadie me quita de la cabeza que estos rapaces del dia nos tienen envidia, por lo que hemos vivido más que ellos, y porque hemos visto y oido cosas que ellos jamás verán ni oirán de seguro. ¿Cómo han de hallarse ellos ya en cosa tan insigne como fué este cerco de Huesca ó aquella batalla del Alcoraz?

Y poco más que el tiempo que tardó Fortuñon en pensar esto á sus solas, invirtió el otro almogábar en volver á su casa.

CAPÍTULO XXV.

Como es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada.

Hubo mientos como puños,
Hubo puños, como mientes.
QUEVEDO.

Aznar subió de un salto la angosta y revuelta escalera de la casa donde estaba aposentado, sita en la calle del *Salvador*, como en otro lugar queda dicho.

—Pedro de Fivallé,— dijo al llegar á lo alto:— ya está todo compuesto. Mañana entrarán los príncipes en Huesca sin resistencia alguna; y haremos sonar tal campana, que con solo oirla esta vez, desfallezcan todos los rebeldes del mundo, cuanto más los del reino.

Fivallé lo miró, camo asombrado, sin hablar una palabra.

—Traed el pergamino,—continuó Aznar,—donde se trata del perdon de los ricos-hombres rebeldes.

—Aquí lo teneis: ¿mas vos sabeis leer, Aznar?

—No entendí en mi vida de tales brujerías; que mi padre no me crió para monje, sino para soldado, y de los almogábares, que son doblemente soldados que los otros.

—Pues ¿para qué quereis entónces el pergamino?

—Vais á oirlo. ¿Recordais el suceso de aquel mal caballero Castellet que nos refirió el buen conde don Berenguer una noche en la montaña?

—Sí recuerdo.

—¿Recordais como dijo, que aquel falsario quitó las letras que tenian unos pergaminos, y puso otras que más le convenian?

—Sí recuerdo.

—Pues hé aquí la ocasion de aprovechar el cuento. Biendecia D. Berenguer, que de todo habia en esto de la escritura, es decir, que unas veces servía para bien y para mal otras. Ahora le toca servir para bien, porque es fuerza que al punto quiteis lo que reza, y en su lugar pongais lo que yo os vaya diciendo.

—No me atrevería á tanto,—respondió Fivallé.—Pero áun cuando me atreviera, es el caso, que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo más que vos mismo.

—¡Diablo!—exclamó Aznar;—esta si que es gran dificultad é inesperada.

Y sin saber qué partido tomar, comenzó á dar vueltas por la sala donde se hallaban, ora asomándose á las ventanas, ora quitándose de ellas, sin discurrir al parecer, buena salida en el laberinto en que se veía metido.

—¡No lo harán! ¡No, no me obedecerán, si no tengo ese pergamino!— gritaba de cuando en cuando.

Cosas de Aznar. Para aquel hombre, pensar y poner las obras en ejecucion, era todo uno, segun hemos vist › en otros trances: audaz por la edad, por la raza, por el ejercicio, y alentado con el buen éxito de sus empresas, puesto que le habian salido bien hasta entónces las más arriesgadas; diestro, ágil, poderoso en fuerzas y armas, no habia obstáculo que le estorbase el comenzar y llevar adelante un intento.

Mas por esta vez, la dificultad que se ofrecia era realmente tan grave, que si no le hizo arrepentirse ó temer, le tuvo por largo espacio confuso.

Si se tratára de derribar á un jigante brazo á brazo, ó de asaltar la torre más levantada, y aunque fuera de lidiar sólo con un ejército, Aznar no lo habria meditado tanto, sino que ciegamente se habria arrojado al obstáculo, y ó lo habria vencido, ó habria muerto en la demanda. Pero eran letras lo que habia que hacer, letras, y el valeroso almogábar, ni de vista apénas las conocia. Hubo momento en que deseó yá que sus padres le hubieran criado para monje, y no para tan soldado como era.

Otras veces abandonando el proyecto fundado en aquel pergamino, se ponía á maldecir á Fortuñon á grandes voces, afeándole su cobardía en no querer emprender nada contra los ricos-hombres sin mandato escrito del Rey, y jurando que tomaría de él notable venganza, con haber sido tan amigo de su padre y todo, cuando la ocasion le viniera á cuento.

Yendo, y viniendo, y revolviendo cosas en su ca-

beza, hasta llegó á fijarse en la idea de dejar aparte á Fortuñon, é ir por sí á buscar á los almogábares que había en Huesca, y persuadirlos de que acometiesen tamaña empresa. Pero ni él sabia donde podría hallarlos, en ciudad que le era aún poco conocida, ni, dado que los hallase, razonablemente podia confiar en que le siguieran.

La empresa era arriesgadísima y espantosa de imaginar: el número y fama y riqueza de los ricos-hombres, era para poner respeto en los más osados.

Y como Aznar no tenía aún la autoridad de los años, si viéndole en peligro de su persona, no habría almogábar que no le acudiese por amor, y algo de eso que hoy llamamos espíritu de cuerpo, no era posible que tal lograse, cuando apénas podia él explicar, ni comprender ellos, los móviles de tan sangriento y arriesgado propósito.

Y á todo esto comenzaba á anochecer, y no parecia sino que la proximidad de las tinieblas aumentase más el desasosiego del almogábar. Paseaba el aposento, miraba por las ventanas, increpaba á Fortuñon y á los padres de Jaca, maldecia á los que tan incompletas letras dieron á Fivallé, y todo en vano.

Por fin, entre la turba de escuderos y menestrales que cruzaba en bullicio la calle, vió moverse los hábitos de un monje.

—Ese monje, ese monje debe saber escribir,—exclamó.—Nada me falta:—y de un salto se puso en la calle.

Aquello fué una dichosísima inspiracion.

—Padre mio,—le dijo sin más ni ménos, y como si

le hubiese conocido toda la vida;—por ventura, ¿sabeis vos escribir?

—No hais de llamarme padre, que no soy sino lego, hermano,—respondió el monje.—Más ¿cómo si sé escribir? No hay en toda la comarca otro convento donde tan buenas letras se hagan como en ese glorioso de Mont-Aragon, ni hay allí otra mano como la mia para toda clase de escrituras.

—Pues el caso es, buen lego, ó buen diablo, ó lo que seais,—dijo Aznar,—que yo necesito de vuestra habilidad maravillosa para que me escribais un pergamino importante.

—Eso no puedo yo ahora, que tengo que recojer limosna, hermano. Y hable con más reverencia, que si no soy padre de almas, todavía paso por lego de autoridad en el convento.

—De reverencia no se trate,—replicó Aznar,—porque haré cuanto os plazca y parezca. Mas en lo de no escribir, será fuerza que amanseis el ánimo, porque lo propio que si escribís habrá para vos buenos sueldos jaqueses de Aragon, si en ello no consentís, me temo que hayan de desaparecer por de pronto vuestras narices de una puñada, padre lego.

—Habláras antes lo de los sueldos, y no hubiera en mí la dificultad más pequeña, que aunque es verdad lo del quehacer, no es tal que no dé algun espacio. Y más que lo que tú me ofreces, limosna es, aunque para mí, que tanto las hé menester como el convento. Pero en eso de la puñada habría mucho que decir; que si quieres probar estos mios luego que gane los sueldos ofrecidos, á tu costa sa-

brás cómo el lego Gaufrido se pinta sólo para andar en carnes agenas, ni más ni ménos que para trazar letras y ringorangos en un pergamino.

—Todo será como os cumpla, Gaufrido; que, con que escribais lo que dicte, me doy yo por mi parte por contento,—respondió alegremente el almogábar.

Entraron sin más en la casa, y cerrando cuidadosamente las puertas del aposento, recogió Aznar, de manos de Fivallé, el pergamino que contenia el perdon, y lo puso en manos del buen Gaufrido, diciéndole:

—Quitad primero esas letras, ménos lo que haya sobre el nombre, autoridad, y sello del Rey, que por ahí debe de andar, no sé si á los principios ó á los fines.

—Un momento.....—dijo Fivallé, que estaba presente.

—Y ¿para qué, Fivallé?—dijo Aznar.—Quitad eso, digo, padre lego.

El monje recordó que éste era el de los sueldos ofrecidos, y no hizo caso del otro. Y sacando del pecho una cajita con ciertos instrumentos é ingredientes, comenzó lentamente á borrar lo escrito del pergamino.

Así que hubo terminado esta tarea, dijo:

—Dictad.

—Vos, Fivallé, le dictareis todo lo que se necesite y sea de costumbre en una sentencia de muerte contra varias personas, que yo no sé tampoco de esas cosas,—dijo entónces, por su parte Aznar.

—Pero ¿estais loco, amigo? ¿Qué pensais hacer?—repuso Fivallé.

—Ayudadme en esto,—continuó Aznar;—que para lo demas me daré yo sólo trazas, y haré de modo que ámbos ganemos prez en este mundo y el otro.

El rey de armas se encogió de hombros, y sin atreverse ya á contrarestar la voluntad poderosa del almogábar, comenzó á dictar la sentencia, aunque no sin dudar y balbucir, y detenerse como quien obra de mala gana.

—Reparad que son nobles,—dijo Aznar como á la mitad:—Tratadlos ahí segun su condicion merece.

Pedro de Fivallé se paró entónces, más que nunca, dudoso: luego continuó dictando.

—¿Y los nombres?—preguntó embarazado cuando hubo llegado el punto de ponerlos.

—Eso me toca á mí, que bien los sé todos,—contestó Aznar.—Miguel de Azlor es uno.

Y el lego escribió sin decir una palabra: no así Fivallé que sintió extremecerse todo su cuerpo.

—Otro, Gil de Atrosillo,—continuó el almogábar.

Y volvió el lego á escribir, y á temblar el rey de armas.

Aznar dictaba con la indiferencia más grande. Los pliegues que habia levantado en su frente la pasada incertidumbre habian desaparecido del todo; y en su fisonomía, varonilmente hermosa, más bien se leía la satisfaccion que ningun otro sentimiento.

Despues de Gil de Atrosillo, dijo:

—Pedro de Vergues; y luego

—García de Vidaura.

Pedro de Fivallé no pudo contenerse por más tiempo, y exclamó:

—Si no miente la fama, esos son de los más esforzados y famosos ricos-hombres de Aragon. ¿Pensais de veras que se les pueda quitar la vida con esta falsa sentencia que mandais escribir ó que género de intriga y mogiganga es esta?

Aznar prosiguió sin contestarle:

—Férriz de Lizana.

—¿El héroe del Alcoréz?—prorrumpió Fivallé.—El nombre de ese guerrero ha llegado hasta nosotros los catalanes, todo resplandeciente de gloria: allá en Barcelona os lo hemos envidiado muchas veces.

Aznar se sonrió siniestramente. Y sin cuidarse de las palabras del atribulado rey de armas, continuó:

—Roldan.

—¿Tambien Roldan?—exclamó estupefacto Fivallé.—¿Tambien Roldan? Eso es imposible, Aznar: os estais burlando de mí, y acaso de vos mismo si tal pensais. Ni debe ser que se acabe en un dia con la flor de Aragon, ni puede ser que se consiga eso. ¿Con qué medios contais para acometer tal empresa? ¿Dónde están las gentes que han de seguiros? ¿Dónde las armas? ¿Dónde los capitanes?

Aznar le miró entónces fijamente, y con entera voz le dijo:

—Buen escudero, yo defiendo á mi Rey, y sé como debo defenderlo: cuidad vos de defender á vuestro conde y de lo que convenga á su servicio. Yo, acabando en un dia con estos soberbios ricos-hombres, hago libre á Aragon y libre al trono. Pues, que el

conde de Barcelona viene á ocupar este trono y á reinar en Aragon: ved vos si os conviene impedirlo. Sin estas muertes que deplorais, ni D. Berenguer dejará de ser conde, ni Aragon y Cataluña se verán unidos jamás.

El almogábar discurría como el mejor político de su tiempo: sus palabras, rudas en la forma, estaban llenas de inteligencia, de verdad. Fivallé sintió suspensa su razon. Pero no bastaba: era preciso que se convenciese tambien su corazon acobardado por la magnitud de la empresa.

—Todo ello será cierto,—respondió.—Y no parece, al oiros, sino que anduvísteis en córtes de reyes ántes que en riscos y cuevas de la montaña. Pero es imposible, sin embargo, que lo ejecutemos nosotros solos.

—Si acaso no lo conseguimos, á bien que nosotros cumpliremos con dejar nuestras vidas en el trance.

—Con todo, con todo,—murmuró el rey de armas, más temeroso de parecer cobarde, que decidido á dejar pronto la vida.

—Apresurémonos, que es tarde.—Dijo á la sazon Gaufrido.

—Hermano,—respondió Aznar,—¿quién son los que van apuntados hasta ahora?

El lego leyó:

—Miguel de Azlor, Gil de Atrosillo, Pedro de Vergues, García de Vidaura, Férriz de Lizana, Roldan.

—Pedro de Luesia,—continuó Aznar.

—¡El arzobispo!—exclamó ya el monje, tan indiferente hasta entónces.—¡El arzobispo! No, yo no escribo eso, no puedo, no quiero escribirlo. Págame mi

trabajo, y quédate con el diablo, que no con Dios, porque esto no puede ser cosa buena.

—Proseguid, buen lego, escribiendo,—le contestó Aznar;—que más cuenta os ha de traer que el resistiros.

—No, en mis días,—repuso Gaufrido.

—¡Que no, don lego! Pues tomad eso á cuenta de lo que os espera, y ved luego si os convendrá mediros conmigo.

Y al decir esto, descargó Aznar una puñada en el carrillo derecho del pobre Gaufrido, con tal brio, que lo derribó cuan largo era en el suelo. Alzóse el lego gimiendo, y bañada en sangre la boca.

—¡Santo Dios; me ha dejado el muy perro sin un diente sano! Hijo de Lucífer, ¿así te atreves á poner las manos en un lego de mis campanillas? He de hacer que te desuellen vivo.—Tales fueron las exclamaciones de Gaufrido.

—Aun habrá más,—dijo Aznar, moviendo el puño...

—No, por vida de tu madre,—respondió el monje; olvidando sus vengativos propósitos.—Me basta, me basta.

—Pues aún he de hacer que os sobre, si otra vez osais resistir á lo que yo diga.

—No resistiré; pero no puedo con el dolor del carrillo: me lo has hecho cecina: si eres cristiano, deja que me repare un momento siquiera.

—No, no, escribid, escribid lo que ya os dije, —respondió Aznar.—Tiempo habrá para todo.

El lego volvió á sentarse, y puso temblando: «Pedro de Luesia.»

Y en seguida Aznar dictó otros y otros, hasta quince, de los mejores ricos-hombres del reino, aquellos que, como sabemos, ejercian entónces el gobierno de las cosas públicas.

No bien se hubo acabado la tarea, Aznar cogió el pergamino, y le dijo á Fivallé:

—Leed esto, no sea que el don leguillo nos haya engañado. Y vos, Gaufrido, venid acá: los sueldos se os darán colmados, pero no será hasta mañana. Por esta noche habeis de quedar encerrado aquí abajo, porque no conviene que hombre que sabe lo que vos, salga esta noche á la calle.

—¿Eso más?— exclamó el lego.—Déjame ir, que ya se me hace tarde para volver á mi convento: déjame ir, y te perdono los sueldos que me debes, con ser tanta la necesidad en que nos hallamos yo y el convento.

—No permita Dios, Gaufrido, que yo os quite el fruto de vuestro trabajo. Pasad acá abajo la noche, y amanecerá Dios, y medrareis, y medraremos todos.

Y cogiéndole de un brazo Aznar, no bien dijo esto, lo arrastró á un zaquizamí muy oscuro, lleno de polvo y de muebles rotos, y cerró cuidadosamente la puerta, sin que el lego osára más oponer resistencia. Vuelto á la sala, preguntó á Pedro de Fivallé:

—¿Está bien puesto cuanto le hemos dictado?

—Bien puesto está,— respondió el otro.

—Ea, pues, seguidme si bien os place, Fivallé: os aseguro que hemos de salir triunfantes en esta empresa.

—Pero, Aznar, ¿estais loco? Miéntras más pienso en ello, más me confundo, — respondió el rey de armas.—Paréceme, —dijo,—que os andais en burlas, porque lo que es en sana razon, nadie es capaz de imaginar lo que imaginais.

—Y ¿en esas estais todavía?— contestó Aznar.— Vive el cielo que no he de contar con vos para nada: quedáos, Fivallé, puesto que tanto miedo os asiste: quedáos, y servid á vuestro señor con cobardes palabras, que yo con las armas he de servir ahora al vuestro y al mio.

—¿Me insultais? Por la Vírgen del Mar que he de probaros que hay valor en mí de sobra; y que, si no os sigo á esa empresa, es porque en ella no os asiste la menor cordura. Aquí mismo ha de ser: en este aposento.

Y el ultrajado rey de armas, lleno el rostro de vergüenza, y de cólera los ojos, desnudó la espada.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato. Dos ó tres veces, así como á su pesar, llevó la mano al astil de uno de sus dardos, mas volvió á retirarla al punto.

—¿No os atreveis?—dijo Fivallé, alentado con aquel silencio, y queriendo devolver al almogábar la afrenta que le habia hecho.

—No, no me atrevo, buen Fivallé,—contestó el almogábar con aparente calma.

Y en tanto sus ojos saltaban dentro de sus órbitas, estremecíanse sus rodillas, y sus brazos, y su voz temblaba.

Nunca el almogábar habia hecho tanto sobre sí

mismo: nunca habia reprimido de tal suerte sus sentimientos.

—No hablárais mal,—repuso Fivallé,—y os ahorraríais esto de que yo tuviera que mostraros quien soy.

Dijo tal con tono desdeñoso y vano, como de persona que muestra moderacion en la victoria; aunque, á decir verdad, no estuviese muy descontento en su interior de hallar al almogábar tan tímido.

Este, al oirlo ahora, lanzó un rugido de cólera: toda su sangre se le agolpó á la cabeza.

—¡Oh! no puede ser, exclamó..... D. Ramiro..... Lizana..... lo perderíamos quizás todo..... ¡paciencia!

Y sin decir más que estas palabras entrecortadas, se salió de la estancia corriendo, y en un vuelo se puso en la calle.

Allí, junto á la puerta de la casa, se encontró con Yussuf y Assaleh, que dormian á pierna suelta sobre el polvo de las no empedradas calles.

—Yussuf, Assaleh,—dijo, acompañando con un puntapié cada una de estas exclamaciones; — seguidme.

—No le sigais,—gritó desde el balcon Fivallé.

Pero los siniestros africanos se levantaron y echaron á andar detrás del almogábar. No entendian apénas las lenguas de los cristianos, y siguieron á Aznar, porque en sus gestos y movimiento del brazo le conocieron la voluntad de que se fuesen con él, que no porque de sus palabras la hubiesen deducido. Por eso ni entendieron ni obedecieron al rey de armas. Parece que á la manera de ciertos animales domésticos, entendian sólo por la costumbre de oir sus mandatos á su amo el conde de Barcelona.

CAPÍTULO XXVI

Que Aznar no dejaba de acudir á las citas de amor.

Aun la media noche
No era llegada
Ya subia Hernando
Por una escala.
Y entra muy feroz
Por la ventana
Un arnés vestido
Y espada sacada.
—Caballeros malos,
¿Qué haceis aquí?
CANCIONERO.

Aznar tomó el camino de la *Misleida*, colocándose á la parte de Oriente de la plaza donde estaba situada. Los gallos de la vecindad cantaron la media noche: un instante despues llegó Fortuñon con algunos almogábares, y luego, unos tras otros, fueron apareciendo los demás.

—¿Fortuñon?—dijo Aznar.

—El mismo,—respondió éste.—¿Tienes el pergamino que me dijiste? Porque conmigo traigo una linterna, á cuya luz podré muy bien leerlo.

—Prevenido y receloso eres, por vida mia.

—No en balde pasan años, y se padecen trabajos y se ven reinar reyes.

Aznar sacó de la faltriquera el pergamino que acababa de escribir Gaufrido, y lo puso en manos de Fortuñon. Este dió una vuelta á su linterna: la luz escondida hasta allí apareció de pronto, y se puso á leer el pergamino, muy lentamente sin duda, porque tardó largo rato en separar de él los ojos.

—¿Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero?—dijo Aznar al cabo de un rato.— Mira que el tiempo se pasa.

—Si acabé,—respondió Fortuñon;—mas cosas son estas, que no deben leerse una vez sola. Y de nuevo dió comienzo á su tarea.

Aznar dió una patada en el suelo: su cólera iba á estallar, pero se detuvo instantáneamente: á pique estuvo una vez más de echarlo todo á perder en aquel trance.

Mas el tiempo corria, Aznar contenia ya, muy á duras penas su impaciencia, y Fortuñon en tanto, seguia leyendo tranquilamente.

—¿No acabarás?—le dijo Aznar al fin.

— Acabé por segunda vez,— respondió Fortuñon,—y veo que el escrito está bien, y tal como pienso que debe estar; de suerte, que no habrá más, sino hacer lo que tú ordenas.

—Pues vamos en nombre de Dios,—dijo Aznar.

—Deja, deja,— replicó el viejo almogábar,— que le dé al escrito el último repaso.

Y tornó á la tarea.

De cuantas empresas habia llevado á cabo Aznar, ninguna le habia costado tanto trabajo como ésta de contener la ira que, contra Fortuñon, le rebosaba en el ánimo, si exceptuamos aquella de negarse al reto que Fivallé le dirigiera momentos ántes. Ahora acabó de agotar su paciencia; pero calló y aguardó, tranquilo al parecer, á que se terminase la tercera lectura.

—¡Si vieras,—dijo luego Fortuñon,—la dificultad que me cuesta entender una endiablada abreviatura que hay! No puedo con ella, á pesar de los muchos y buenos cachetes que me costó el que me enseñasen á leer los reverendos padres de Jaca.

—¡Por los santos del cielo!—prorrumpió ya Aznar.—Acaba, Fortuñon, acaba, ó harás que carguen conmigo todos los diablos.

—¡Siempre con tus impaciencias, muchacho!—respondió el otro devolviéndole el pergamino y cerrando la linterna.—Quédome sin entender esa abreviatura, y lo siento á fe mia, porque pudiera ser que en ella se contuviese alguna cosa en contrario de lo que rezan las demas letras.

—¡Satanás confunda al abreviador y la abreviatura!

—No jures tanto, hijo, mira que faltas con ello al respeto y autoridad de mis años.

—¿Vamos?

—Vamos,—respondió Fortuñon.—Pero á todo esto no hemos caido en lo principal: ¿qué vamos á hacer? ¿De qué manera han de cumplirse nuestros propósitos, digo, los propósitos del Rey?

—Iremos,—respondió Aznar,—á los alojamientos

de los ricos-hombres; yo sé ya de algunos, tú sabrás de muchos, y entre unos y otros lograremos dar con todos. No hay más que romper las puertas, ó asaltar las ventanas, y pasar luego á hierro á cuantos hallemos.

—Aznar,—contestó Fortuñon,—Aznar, no pasemos de aquí sin inventar otro mejor plan, porque ese es de todo punto impracticable. Hé ahí de lo que sirve el ser viejo: hé ahí de lo que vale el conocer á los ricos-hombres desde los tiempos gloriosos en que se dió aquella batalla famosa del Alcoraz, y haber visto esta ciudad de Huesca desde que se ganó. No puede ser eso así, no puede ser.

—Callárais lo del Alcoraz, que es la milésima vez que me lo decís en la vida, ó diérais algun mejor consejo, y fueran cosas ambas más dignas que eso de agradecimiento,—respondió el jóven almogábar.

—Cada casa de rico-hombre es un castillo,—continuó Fortuñon, sin curarse de la reconvencion de su compañero:—en cada una de ellas hay siempre bastante número de hombres armados para acabar con nosotros. Y en cuanto á lo de romper las puertas y escalar las ventanas, ¿sabes lo que te dices, Aznar? Unas y otras están forradas de planchas de hierro, y aún hay puerta defendida con su foso y puente levadizo y su torre, como la de cualquier fortaleza.

—Será preciso, pues,—replicó Aznar,—que quebrantemos esas planchas de hierro y ceguemos esos fosos, y acabemos con esos hombres armados, aunque tan capaces sean, segun dices, de acabar con nosotros.

—Bueno es eso para hablado; pero de ahí á eje-

cutarlo, no deja de haber su distancia. Dígote, Aznar, que lo que tú propones es de ejecucion imposible.

—¿Sabes de algun mejor consejo?—preguntó secamente Aznar.

—No.

—Pues marchemos á casa de Lizana, que debe caer el primero de todos,—repuso el jóven almogábar; y echó á andar adelante.

Habrian andado poco más de cincuenta pasos, cuando Fortuñon se paró de repente.

—Aznar, Aznar,—dijo,—una cosa se me ha ocurrido ya mejor que la que tú propones: pára, pára, y la oirás.

Paró, con efecto, Aznar, y puso oido á sus palabras.

Fortuñon continuó:

—Lo mejor será que aguardemos á mañana.....

—¡El diablo te confunda!—exclamó Aznar.—¿Para eso me hiciste detener el paso?

—Oye, Aznar, hijo mio,—repuso Fortuñon:—mira que es bueno el consejo: óyelo todo y decidirás luego.

—Dílo por tu vida, y acabemos.

—El asaltar en sus casas á los ricos-hombres, ya te he dicho que es difícil, muy difícil, cási imposible para nosotros.

—Prosigue.

—Pues para hacer más fácil el asalto, paréceme á mí que debiéramos aguardar á mañana.....

—¡Ira de Dios!

—Paso, paso, hijo mio: dígote que es bueno el consejo, y que no has de condenarlo sin oirle ántes todo entero, de mis lábios. Pues como te decía, lo mejor será aguardar á mañana y acudir al alcázar: ¿lo entiendes?.... Al alcázar, donde se reunen de diario los principales de los ricos-hombres del reino á disponer y concertar las cosas. No cabe duda en que se reunen, porque los han visto mis propios ojos, así como vieron tan grandes hazañas, así como han de comer la tierra ántes de mucho, segun es de larga mi edad.

Aznar, sin parar mientes en lo demás de la retahila, se fijó con mucha atencion en las primeras palabras: parecióle que el viejo almogábar podía tener razon, y con tono más afable que de ordinario, le dijo:

—¿Con que es decir que tú te decidirías á acometer en medio del dia á los ricos-hombres dentro de los salones del alcázar, para acabar con ellos de un golpe?

—Yo..... yo..... sí, puesto que el Rey lo manda, segun reza ese pergamino que tu traes, y á no ser que haya leido mal ó la abrèviatura que te digo.....

—Tate, tate: que eso bien averiguado está ya: no vengas á levantarme nuevas dificultades, y á quemarme la sangre con nuevas retahilas de palabras.

—Es que, para cosas tales, todo cuidado es poco, Aznar, hijo mio.

—Por eso mismo estoy por aceptar el consejo que tú me das ahora: paréceme más seguro el golpe hallándolos á todos reunidos en el alcázar, que no en

sus casas, y como es poco todo cuidado, segun tu dices....

—Es que yo....

—Silencio, Fortuñon, silencio, y no hablemos más en ello: los asaltarémos en el alcázar. Pero eso de aguardar á mañana... ¿No tendrán sospechas de estos almogábares? ¿Y no temes tú que estén mejor guardadas para nosotros las puertas del alcázar, que no las de sus propias casas?

—Eso es cierto,—replicó Fortuñon,—porque así como así, no es mucho lo que confian en nosotros, y ya he visto yo algunos pícaros de escuderos que han venido á espiarnos los dias anteriores. Muy bien que saben ellos que no pueden contar con los almogábares; y si nos han dejado aquí, no ha sido sino por miedo de que fuera hiciésemos mayor daño. Soy tan viejo como otro cualquiera, y no pueden escapárseme estas agudezas.

—Pues, entónces, ¿qué nos haremos?—preguntó Aznar,—titubeando entre vários pensamientos.

—La dificultad está en entrar dentro del alcázar.

—¡Ah! pues, entraremos, entraremos, Fortuñon. ¡Que no se me hubiera ocurrido ántes! Sígueme y apresura el paso, no se nos haga tarde, que ya es pasada, rato há, la media noche, segun leo claramente en las estrellas. Y cierto que sería gran desdicha que hubiésemos perdido tal ocasión. ¡Oh, con tantas dificultades y entorpecimientos como me poneis todos, tengo la cabeza perdida! Yo no me he visto en ninguna cosa tan enmarañada como esta; y Dios quiera que no me vea en otra. Las cosas quiero yo hacerlas

sólo, yo solo; sin este lidiar de palabras que tanto me enfada, y éste contínuo disputar que me abate el ánimo, y me enflaquece las fuerzas.

El almogábar habia dado suelta por un instante á los sentimientos que á la sazon lo agitaban: aquel hombre no era para coordinar, era para obrar: no tenia instintos de conjurado, sino de guerrero. Y habria sin duda preferido vencer dobles peligros, que no tener que urdir aquella que para él era tan dificultosa trama.

Muy cerca debia estar ya del logro de sus deseos, muy luminoso debió de ser su último pensamiento, porque en su rostro brillaba el regocijo. Regocijo siniestro en verdad, pero sincero, completo.

Y en tanto caminaba á largo paso, seguido de los otros almogábares; y á medida que pasaban los instantes, más apresuraban ellos el andar, hasta que llegaron todos al alcázar, por la parte que miraba hácia el rio, debajo del torreon ochavado.

De lo alto de éste colgaba una escala de cuerda: Aznar, al verla, lanzó una exclamacion de júbilo.

—Fortuñon, triunfamos,—dijo:—ahora entraremos en el alcázar, y mañana la justicia del Rey se habrá cumplido.

Y diciendo esto, cogió la escala y empezó á subir el primero. Iria á la mitad, cuando gritó á Fortuñon que se disponia á seguirle.

—¿Tienes reunidos á todos los compañeros?

—Sí tengo,—respondió Fortuñon;—y ahora vendrán los que faltan, que quedaron un tanto á la zaga para asegurar nuestra marcha.

—¿Son cincuenta?

—Cincuenta y uno.

—Pues adelante y Dios nos ayude.

Siguió montando la escala Aznar, y detrás de él subieron los dos esclavos negros. Luego, uno tras otro, se fueron encaramando todos los almogábares, silenciosos, indiferentes, sin preguntar á dónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon, por ser el más viejo, y bastante ya en Aznar, por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona. Y con que ellos les dijesen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos, sabido es que nunca tal gente los midió, y que no necesitaba de más cebo y aliento para menear las manos, sino saber que habian de hartarse de sangre.

CAPÍTULO XXVII.

Que Aznar Garcés, con ser tan rudo, sabia fundir campanas de muy gran sonido.

> Despreciadores de la vida propia, y asi-señores despiadados de las agenas... Com placiéndose en herir ó matar.
>
> *(Fragmentos de una historia de la infantería española por el Solitario.)*

—Aznar, Aznar, ¿eres tú?—preguntó Castana—desde lo alto.

—Yo soy, mi amor,—le respondió éste, poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. Cuánto has tardado. Pero ¡Dios mio! ¿Qué es eso, Aznar? ¿No vienes solo?

—Escucha, Castana,—dijo Aznar.—La salvacion de la Reina, y la tuya, y la mia propia, dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros: no temas nada.

En esto saltó uno, y luego otro, y otro de sus compañeros dentro de la azotea.

—¿Qué piensas hacer?—repuso Castana temblando.

—Castana, por mi amor que no temas, que todo será para bien nuestro; ¿no hay algun sitio en esta torre donde pudiéramos pasar la noche sin ser vistos?

—No lo hay, Aznar.

—¿Ninguno?

—Como no sea allá abajo en el gran patio; pero es habitacion muy estrecha y húmeda: parece una mazmorra, y hay quien dice que de allí salen duendes y vestiglos, de puro horrenda que es.

—Cabalmente eso es lo que necesitamos, Castana: guíanos allá, y sea sin que lo sienta la tierra.

Castana cogió una pequeña lámpara que habia dejado colgada en una almena, y comenzó á bajar las angostas escaleras de caracol por donde se comunicaba la torre con los pisos bajos. Al cabo de un cuarto de hora de bajar y andar se encontraron junto á una ancha puerta cubierta con planchas de hierro.

—¿Llegamos ya?—dijo Aznar.

—No por cierto,—respondió Castana:—ántes conviene que no hagais ruido tú y tus compañeros, porque esta puerta dá al campo, y aunque está cerrada por lo que dicen, desde el tiempo de los moros, bien pudiera ser que anduviese cerca alguna ronda ó atalaya.

—¿Una puerta?—dijo Aznar reflexionando un momento.—Y ¿dices que dá al campo, muchacha?

—Lo que oyes,—respondió Castana,—y el estar siempre cerrada es, segun dicen, porque fué por ella

por donde entraron los cristianos la vez primera; y el Rey de entónces, que se llamaba D. Sancho, D. Pedro, ó no sé cómo, no quiso que úsase de tal entrada quien no lo mereciese tanto como él y los suyos.

—Tanto ó más han de merecer los que mañana entren por ella, Castana,—respondió el almogábar.—¡Una puerta! ¡Una puerta! Foso habrá; pero no será difícil cegarlo.

—Foso hay; pero para pasarlo hay una puente todavía entera, que sirvió tambien, sin duda, en el tiempo de los moros.

—¡Eso más!—Dijo Aznar.—Castana, mañana se me depara un buen dia: tal, que he de dejar contento y satisfecho al Rey, y al reino, y á mí propio.

En esto llegaron al aposento que ántes Castana habia descrito.

Y en verdad que no pecaba de exajerada su descripcion. Dos arcos apuntados, cruzándose en el centro, componian la bóveda del techo, y del punto donde los dos arcos se juntaban, colgaba un garfio de hierro. La bóveda y las paredes eran de grandísimos silleres, mal asentados los unos sobre los otros, por manera que los unos parecian próximos á soltar de por sí la carga, y los otros prontos á rendirse al menor esfuerzo. Y sin embargo, hoy los halla el viajero lo mismo que entónces estaban. El suelo no tenia abrigo alguno, y la arena que lo formaba estaba tan húmeda, que de intento parecia mojada. Tres solas ventanas se contaban allí, y esas abiertas como nuestras modernas aspilleras, de modo que, comenzando por ser anchas hácia la parte de adentro. no mostra-

ban por de fuera sino una línea, una cinta, el espacio indispensable para que se distinguiera la claridad en medio del dia. Aznar, al ver este sitio tan lúgubre, soltó una carcajada feroz.

—Mal aposento les preparamos,—dijo luego en vòz alta.

—¡Aznar!—esclamó Castana,—no pases tú por Dios la noche aquí: es un lugar enfermizo, espantoso.

—Sosiégate, Castana,—replicó Aznar:—ya te he dicho que todo esto es para nuestro bien, y que mañana saldremos de cuidados. ¿Duerme alguno de los ricos-hombres en el alcázar?

—No duerme aquí ninguno de ellos,—respondió Castana.

—Y á qué hora acuden á celebrar sus concilios ó cabildos, ó juntas, ó como se llamen?

—A cosa de las doce.

—Bien está, Castana. Hasta la una no avistará los muros el Rey: hay tiempo para todo. Dínos ahora ántes de retirarte si está muy apartada de este lugar la sala á donde se reunen.

—No, aquí mismo,—repuso Castana.—Sal por la puerta, y en lugar de tomar la escalera de la derecha que es por donde hemos bajado nosotros, toma la de la izquierda, y á los pocos escalones te hallarás en el magnífico salon donde ántes resplandecian nuestros Reyes, y ahora imperan y se ostentan las personas de esos ricos-hombres que Dios maldiga.

—Malditos están ya sus cuerpos Castana, y bien puedes rogar, si eres misericordiosa, por sus almas. Más ya es tiempo de que te retires, y nos dejes aquí

á cumplir con lo que el Rey nos tiene mandado.

Castana se dirijió á la puerta, y al pasar por junto á Aznar, le dijo con triste acento:

—¡Y yo que habia creido pasar la noche en pláticas contigo! ¿Por qué me engañáste, Aznar? Despues de tanto tiempo, y más cuando la última noche que nos vimos, tampoco logré hablarte....

—Así Dios me ayude, Castana,—repuso interrumpiéndola el almogábar,—como imaginado no tenía que para tal cosa sirviese nuestra cita. Yo no pensaba sino en verte y gozar á tu lado las alegrías de amante; pero despues que te hablé, vinieron de suerte los sucesos, que fué menester aprovecharme de esta coyuntura para mayores cosas.

—¡Ingrato!—exclamó Castana.

—¡Ingrato! Júrote, Castana, que en cuanto el Rey quede victorioso, y se apacigüen estas turbulencias que me traen hecha áscuas la cabeza, me he de casar contigo, si es que quieres seguirme á la montaña.

Castana se sonrió y miró á Aznar con dulzura. Y saliendo del aposento, subió precipitadamente á su cuarto, por temor de verse acometida al paso, de las sombras encantadas que, al decir de todos, solian vagar durante las noches por el alcázar.

Y cuenta la crónica que la pobre, aún viendo tan engañadas sus esperanzas en la cita, no pudo pegar los ojos en toda la noche de puro regocijo; y que no paró mientes, ni por un momento siquiera, en los propósitos de Aznar y sus compañeros, ni se puso á considerar si habría hecho bien ó mal en esconderlos debajo de la torre.

Con la nueva promesa de matrimonio, juntaba ella la promesa que ya tenía de la Reina, de que la heredaría de manera que dichosamente pudiera pasar sus dias con su esposo; y sin cesar revolvía en su cabeza ilusiones, y esperanzas, y venturas. ¡Dichosa Castana! ¿Qué emperatriz ni qué reina pudiera compararse con ella en tales momentos? ¿Qué estado ni qué riquezas, ni qué esplendor han de brindar con más felicidad, que aquella que daban á Castana un amor correspondido, y modestos y posibles deseos?

¡Ah! y qué bien que se cambiára por Castana la Reina doña Ines misma!

Ella tampoco dormia; pero no era de dichosa por cierto, sino de infeliz. Porque habia pasado ya el primer impulso de júbilo que le causó la nueva de la vuelta de su esposo. Y su situacion era tan singular, que apénas podia decirse cuando debiera más padecer, si al estar su esposo ausente, ó al estar presente: si al ver que se dificultaban los deseos de D. Ramiro, ó al ver que finalmente los ponia por obra.

El triunfo de los grandes era la humillacion, era la desesperacion de su esposo querido: el triunfo de éste era su propia desesperacion y su humillacion propia. Miéntras D. Ramiro estuvo fuera, deseó su vuelta, y al saber que estaba cerca, la temió. Porque ¿á qué volvia D. Ramiro sino á abandonarla definitivamente? ¿Por qué peleaba D. Ramiro sino por divorciarse de ella? Y si no volvia, ¿cómo habia de recobrar por otra parte á su hija? ¿Cómo habia de soportar la afrenta de su marido? ¡Pobre Reina! ¡Pobre mujer!

Así pasaron la noche, como siempre, á pocos pasos

de distancia una de otra, la Reina doña Ines y su doncella Castana.

No bien amaneció, se levantaron entrámbas.

—¿Oiste por azar á qué hora se espera que llegue ante la ciudad el Rey?—dijo doña Ines.

—A cosa de la una,—respondió Castana,—recordando confusamente lo que habia oido la noche anterior. Representósele luego toda la escena, y no pudo evitar que se le demudase el rostro.

Doña Ines no lo notó, y lentamente comenzó á hacer su tocado con ayuda cual siempre de Castana.

Tocado, no tan esplendido ya, como aquel que hacian juntas la tarde que precedió al triste sarao, de que dimos cuenta á nuestros lectores en el comienzo de este relato. Mas sin embargo, ó miente el cronista, ó doña Ines tuvo más cuenta con su tocado este dia que no los otros anteriores. ¿Querria intentar el último esfuerzo? ¿Conservaria en su corazon la esperanza de seducir de nuevo el alma de su esposo?

El respeto religioso que le habia inspirado la resolucion de éste, parece desmentirlo de todo punto; pero ¿quién sabe? Ello es que doña Ines se esmeró, y que halló medio de parecer bella todavía: bella cuando su tez estaba marchita, decaido su color, apagados sus ojos: cuando el llanto contínuo y la contínua pena se habian empleado por más de dos años en destruir sus encantos.

¡Oh, la decadencia de las mujeres bellas tiene un mérito singular para las almas sensibles! Es el hechizo del otoño con sus celajes rojizos y sus hojas secas que el viento vá dejando caer una por una. Nun-

ca es acaso la mujer tan bella, como cuando está ya á punto de no serlo.

Llegó el sol al medio dia en los relojes pintados en las torres del alcázar, y doña Ines sintió latir su corazon fuertemente: faltaba poco, segun Aznar la habia dicho, para que estuviese en Huesca su esposo. Verdad es que temia aún que los ricos-hombres le cerrasen las puertas; que tuviese que combatir para abrirlas. Pero acaso porque era más su miedo al triunfo que á la derrota, por el momento no pensaba en ésta, y daba á aquél como indudable. No se acordaba ya del poder, ni de las armas de los ricos-hombres: no pensaba más sino en que habia llegado la ocasion de separarse de su esposo, y separarse para siempre. El dolor ahogaba su corazon: sus ojos no podian ya guardar el secreto de las lágrimas, y alguna que otra gruesa y trasparente rodaba con lentitud por sus mejillas. Ni siquiera se acordaba en aquel punto de Castana, y preocupada y sola fué á colocarse en una ventana de la torre, que daba frente á la puerta principal del alcázar.

Habia allí apostados unos cuantos almogábares de tan feroz catadura, como todos los de su laya, entretenidos en afilar contra las piedras del muro las puntas de sus dardos, que en verdad no lo necesitaban; pero doña Ines no hizo alto en ello, porque ya los habia visto en diversas partes, lo mismo recorriendo los caminos, que guarneciendo ciudades y fortalezas. Además, que despues de conocer á Aznar, y de medir su gran valor y fidelidad, habia tambien desaparecido de ella el horror que le inspiraban, y aún comenzaba á mirarlos á todos como amigos.

A poco de estar allí asomada, vió llegar á Gil de Atrosillo y á Lizana, muy presurosos, entretenidos en ardiente conversacion, de tal suerte, que no pusieron los ojos siquiera en los almogábares.

—Ya lo dejo todo dispuesto,—decia Lizana;— y por mi fe, que si tan cerca están, como se cuenta, pronto sabrán que corre aún por nuestras venas la sangre de los guerreros del monte Pano. Juremos, Atrosillo, como juraron allí nuestros padres, perder la vida ántes que consentir que los tiranos nos arranquen nuestros fueros santos.

—¿Y no os parece,—repuso Atrosillo,—que deberíamos haber salido á pelear á campo abierto? ¿No será mengua de nuestro honor, defendernos detrás de estos muros inexpugnables?

—Soy más viejo que vos, Atrosillo, y no extrañareis que me tenga tambien por más prudente. Muy bueno que sería eso, si á campo raso, no pudiera aplastarnos su muchedumbre. Pero siendo tantos, como dicen que son, mejor es que detrás de estos muros demos tiempo á que se disminuyan sus fuerzas, y se reunan todas las nuestras, y podamos elegir el dia y la hora de la batalla; saliendo cuando nos convenga, al campo. No intentarán el asalto; pero si á tanto llegase su locura, al primer sonido de la trompeta, acudiremos al muro, y daremos racion de carne á los cuervos para muchas semanas. Por Jesucristo vivo, que han de aprender á su costa esos mercaderes catalanes lo que es el pendon de Lizana.

Llegaron en esto al pié de la escalera principal, desde donde se descubrian muy bien la puerta y

los almogábares, y Gil de Atrosillo dijo á Lizana:

—¡Qué veo! Por las barbas de mi abuelo, Lizana, que aquellos que allí están son almogábares, y no lo habia reparado hasta ahora. ¿Quién ha encomendado á esos miserables la guarda del alcázar?

—Peor sería,—dijo Lizana,—que estuvieran en las torres ó en las puertas de la ciudad. En punto están donde no pueden hacer mal alguno, ni abrir un rastrillo, ni echar una escala; y con que los muros exteriores del alcázar estén llenos de gente nuestra, basta para el seguro que necesitamos. Ya dije otra vez delante de vos que no conviene irritarlos ahora: tiempo llegará de que, á nuestro sabor, exterminemos su casta maldita..... Sin duda dispuso esto así Roldan, á quien ayer dejé encomendado que cuidase de la guarda del alcázar.—¡Triste sagacidad humana! Aquel viejo político, que tan léjos veía venir las cosas, no las reconocía luego cuando las tocaba ya quizás con sus propias manos.

¿Quién se fiará más de la prevision de ningun político, aunque sea viejo y sábio, si ahora le jugasen los almogábares alguna mala pasada á los señores?

Trás de aquella conversacion breve, Lizana con sereno semblante, Atrosillo con aire de no ir satisfecho todavia, desaparecieron en las revueltas de la escalera que caia debajo del aposento en donde estaba la Reina; y un instante despues, se sintió un espantoso ruido.

—¡A mí, villanos! ¿No me conoceis?—exclamaba uno.—Y era sin duda voz de Férriz de Lizana.

Sintióse tambien otra voz que parecia de Gil de

Atrosillo, la cual gritaba ó hablaba muy alto; pero no pudo entenderse lo que decia. Hubo fragor de armas y voces sordas, y luego no se oyó más rumor alguno.

La Reina que no podia dudar de quién eran las voces, quedó aterrada, inmóvil, sin osar apartarse del alfeizar de la ventana.

Pasados algunos momentos, entró Roldan.

—¿Qué haceis aquí, almogábares?—preguntó más con desprecio, que cólera á los que guardaban la puerta.

Más ellos no contestaron.

—¿Qué haceis, digo, cuando debiera de custodiar esta puerta mi buena mesnada?—tornó á preguntarles con voz ya alterada y fiera.

Nadie le contestó tampoco; pero cuatro de los almogábares saltaron instantánemente sobre el caballero: el uno le puso la mano en la espada, el otro le tapó la boca con un pedazo de malla, y alzándole á un tiempo en alto comenzaron á subir con él las escaleras. Momentos despues bajaron como si tal cosa, como si nada hubiera acontecido. La Reina agitada con sus sentimientos contradictorios, con la conversacion de Lizana y Atrosillo, y con los siniestros sonidos que habia escuchado despues, estaba ya aterrada; y esta escena de Roldan llevó al último punto su espanto.

Y en seguida vió llegar unos tras otros á los principales señores de la corte: muchos no repararon en los almogábares: otros los miraron con extrañeza; pero no dijeron palabra. Y cada vez que subia algu-

no, se oía el mismo estruendo que la vez primera.

—¡Traidores!—decia este.

—¡Villanos!—clamaba otro.

Y luego se sentian sordas voces y algunos gemidos; y poco despues nada, nada absolutamente.

—¡Castana! ¡Castana!—gritó doña Ines quitándose de la ventana, y al cabo de un rato que vió que más no subian, ni se sentia rumor ninguno.

Castana acudió al punto alegre, lozana, más linda y más graciosa que nunca. Pero al ver á doña Ines desencajada y llena de espanto, desapareció de su rostro toda muestra de alegría, y exclamó:

—¿Qué teneis, señora mia? ¿Qué sucede?

—Castana,—dijo la Reina;—aquí debajo de nosotros están pasando horribles escenas: he sentido el son del hierro contra el hierro, y he oido muchos ayes de moribundos.

—¡Ay!—prorrumpió Castana, recordando que abajo estaban con Aznar otros muchos almogábares, y las palabras vagas, siniestras de la noche anterior.—¿Conque ha habido lid? ¿Conque ha habido moribundos ó muertos? Dios tenga piedad de Aznar, señora.

—¡De Aznar! ¿Qué dices, Castana?

Y la pobre doncella, bañada en llanto, contó á su señora cuanto habia hecho, y visto, y oido.

—¡Han asesinado, pues, á los ricos-hombres!—exclamó la Reina, con tanto horror como asombro.

—¿Creeis que habrán sido ellos los muertos? ¿Estais segura de que no habrá perecido Aznar?—dijo sencillamente Castana.

—Bien decia yo,—continuó la Reina sin prestarla

atencion, y sin pensar ya en sus propios agravios,—que esos almogábares son de raza de lobos: ¡han asesinado, Dios se los perdone, soberbios y todo, á los mejores varones de Aragon!

Pero al propio tiempo se oyó ya lejano ruido de trompetas y clarines, y confuso estruendo y vocería. Por la puerta misma del alcázar entró un soldado de las mesnadas corriendo á más correr, y gritando:

—Alarma, alarma, estamos perdidos, ¿no hay quien defienda la puerta cerrada del alcázar que dá al campo? Por allí están entrando los almogábares en la ciudad. Bien podeis verlo desde el muro.

Al punto los almogábares, quisieron apoderarse de su persona; pero el fugitivo, mudando de camino al verlos venir hácia él, volvió á salirse á la calle gritando. Y, aunque ellos le dispararon algunos dardos, no debieron acertarle, porque volvieron á recojerse pronto en el patio, no sin algunos votos é imprecaciones.

El estruendo y las voces en el ínterin se fueron poco á poco acercando; y luego el concertado son de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos, llegó yá á los oidos de doña Ines y de Castana.

—¡Viva el Rey D. Ramiro!—clamaba la muchedumbre.

Doña Ines cayó desfallecida, sin poder más sufrir en su corazon tan contrarios efectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente: ni una ni otra hablaron palabra por muy largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose, hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del

mismo patio los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban. No era posible dudar más: oíase la voz misma del Rey, que venía entonando el *Te Deum* muy devotamente.

Doña Ines no pudo contenerse más entónces, y se asomó de nuevo á la ventana. El Rey D. Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados ámbos, acababan con efecto ya de apearse, y comenzaban á subir las escaleras: el patio del alcázar era un mar de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban, rotos y espantosos, multitud de almogábares.

—¡Qué airoso está!—exclamó, olvidada ya, al parecer, de los difuntos ricos-hombres doña Ines.—¡Qué bien le caen ya las armas!

Y despues de dudar un momento sobre si debiera ó no bajar al patio mismo á recibir al Rey, se encaminó á esperarle á sus aposentos, precipitadamente, y, como siempre, seguida de la fiel Castana.

Notábase que no entraba el gentío por la puerta principal que daba á la ciudad, sino por un pasadizo opuesto que debia comunicarse con alguna otra, acaso aquella misma de que hablaron Aznar y Castana. Debia de ser por allí mismo, por donde ya tardíamente habia advertido que entraban uno de los mesnaderos, puesto sin duda, de atalaya en el muro.

Y en verdad, que todos estos rápidos, dudosos y vários sucesos son de lo ménos verosímil, que el muzárabe apunta en este libro; pero no por eso parece que sea ménos cierto. Cualquier azar contrario, cualquier mayor prevision, cualquier más grave tro-

piezo, habria hecho imposible, sin duda alguna, la sorpresa del alcázar, la prision de los ricos-hombres, la fácil entrada de aquella ciudad de tantos cubos y adarves; pero ¿cuándo empresas tales se han llevado á término de otra suerte que por mera casualidad en el mundo? Lo que hay es que, como dice un clásico, suele siempre ponerse del lado de los más audáces la fortuna.

CAPÍTULO XXVIII.

Donde se continua en algo la materia del anterior, y, así como al descuido, se aclaran sucesos no bien explicados hasta ahora.

Y así fué temido el monje
Con el son de esta campana.
(Romance viejo.)

Poco despues el Rey D. Ramiro y el conde D. Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y aún algunos aragoneses, que habian estado esperando á juntarse con el más poderoso, llegaron al gran salon donde solían darse las régias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

—Pensé,—dijo el Rey,—hallarle ocupado por los ricos-hombres, y que me disputasen desde aquí todavía el poder que heredé de mis abuelos ya que no osaron disputarme las puertas.

—No me coje de sorpresa,—dijo D. Berenguer.—

Harto os dije antes de avistar estas torres de Huesca, lo que luego punto por punto ha acontecido. Ya os anuncié yo que los ricos-hombres, al vernos en armas, no osarian aguardar un momento, y la plebe y gente menuda, entregada á sí misma, abriría, como sin duda ha abierto, las puertas, y os aplaudiría con entusiasmo. Conozco á los magnates y al vulgo, que son iguales en todas partes: sobre todo al vulgo que aplaude siempre al que triunfa, y, que si ayer os menospreciaba, porque os veía humilde y bueno, hoy ha de adoraros si os vé robusto y terrible.

—Tales lecciones,—respondió D. Ramiro,—podeis vos aprovecharlas, que habeis de ser Rey de Aragon en adelante, porque lo que es á mí, buen conde, pocos dias me restan, por divina merced, de serlo.

El conde hizo una afectuosa reverencia al Rey; y en aquel momento mismo abrióse cierta portezuela que había en el fondo del salon, y apareció Aznar seguido de Fortuñon y de otros almogábares.

—¡Aznar!—gritó al momento el Rey.—¿Qué fué de los ricos-hombres? ¿Se han salido de Huesca? ¿Piensan hacer resistencia en sus castillos? ¿Huyeron cobardemente? ¿Y la Reina? ¿Y mi hija?

—Los ricos-hombres, señor,—respondió Aznar gravemente,—no os molestarán más en esta vida, ni más levantarán contra vos las cabezas.

—¿Se han allanado, Aznar?—repuso el Rey.—¿Pues cómo no me avisaste de ello segun lo convenido? Corred al punto y disponed que nadie sea osado de tocar á uno solo de los ricos-hombres, donde quiera

que se hallen,—dijo volviéndose á los de su comitiva. Luego añadió:

—Y ¿cómo no cumplistes mi encargo Aznar? Creí que, allanados los ricos-hombres, lo primero que oiria en Huesca, sería el son de esa campana de San Pedro, que con su sonido me llamase á mí al monasterio, ya que á ellos los habia llamado á la sumision y lealtad que me deben. Y aun ha estado en poco que no entrase á hierro y saco en esta ciudad fidelísima, que, léjos de ofrecerme resistencia, me ha abierto esa puerta del alcázar, y me está colmando de bendiciones. Sobre todo, á tus hermanos los almogábares, que conmigo vienen, Aznar, no sé como he podido contenerlos. Todavía me temo que hagan algun agravio; y cierto que sería para mí nueva desdicha,—añadió suspirando.

—En cuanto á lo de la campana,—respondió Aznar sin levantar los ojos del suelo, pero con grande aplomo,—no habeis de echarla de ménos; porque si vos no la hais sentido, sentida será en todo Aragon, y áun en todo el mundo. Venid, señor y vereis que tal campana que he dispuesto.

Y echó á andar hácia la portezuela que habia quedado abierta. El Rey y el conde le siguieron sin darse cuenta de aquellas extrañas palabras: bajaron algunos escalones, y se encontraron en el aposento que ya conocen nuestros lectores, allí, donde la noche anterior dejó Castana á los almogábares.

La escasa luz del mediodía que alumbraba aquella lóbrega mansion, puso delante de los ojos del Rey y del conde un inesperado y horrorosísimo espectáculo.

Ambos, Rey y conde, prorumpieron en una exclamacion terrible, no bien lo alcanzaron sus ojos. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la bóveda, mirábanse catorce cabezas recien cortadas imitando en su colocacion la figura de una campana: en lo interior de aquella extraña campana colgaba otra cabeza que hacía como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del arzobispo Pedro de Luesia; las demas eran de Lizana, de Roldan, de Vidaura, de Gil de Atrosillo y del resto de los ricos-hombres rebeldes.

Debajo habia una enorme piedra que debió servir de tajo para partir las gargantas; y de pié, junto á ella, se miraban dos negros de infernal catadura, con los alfanges desnudos y goteando sangre: eran Yussuf y Assaleh, los esclavos del conde de Barcelona.

Más léjos, estaban los troncos descabezados, y llenos de heridas algunos: entre los cuáles se veian los cadáveres no pocos almogábares que debieron sucumbir en lid, porque estaban tambien acribillados de heridas.

D. Ramiro y D. Berenguer, retrocedieron desde luego involuntariamente; y no pudiendo sufrir por mucho tiempo la vista de aquel espectáculo, lleno el primero de horror y de miedo, con repugnante gesto el segundo, salieron de allí al punto volviéndose al salon donde ántes estaban.

—¿Quién ha ejecutado estas muertes? ¿Por órden de quién se han ejecutado? — Preguntó en tanto, has por tres ó cuatro veces D. Ramiro, con acento que señalaba al mismo tiempo horror y cólera.

Fortuñon, comprendiendo el engaño, maldijo de nuevo la abreviatura á que lo atribuia. Aznar se dejó caer al fin á los piés de su Rey, y le puso en las manos el pergamino, diciéndole con voz casi desfallecida:

—Aquí está, esto señor, firmado al parecer de vuestra propia mano: yo forjé falsamente tal escrito, y engañé con él á estos leales servidores vuestros: yo soy, pues, el único autor de la justicia que acabais de ver. Mi corazon me dice que he hecho bien; que eso, y no otra cosa, merecian los traidores: que de ese modo, y no de otro, podia serviros. Mas si me equivoqué, castigadme; que con haber quitado tantas cabezas rebeldes, y haber librado de ellas al reino, moriré yo por mi parte contento.

—Levántate, Aznar,—le contestó sollozando el Rey:—levántate, y Dios te perdone como yo, los nuevos remordimientos que tu mal hecho vá á causarme, y el triste nombre con que he de pasar á la posteridad por tu culpa. Y Dios quiera no dártelos á tí muy grandes, porque al cabo has cumplido aquí hoy tambien aquella tu negra venganza. Pero ahora recuerdo que yo principalmente tengo la culpa por haberte dicho que fué Lizana el matador de tu hermano. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué vá á ser de mi con tantos pecados á un tiempo?

En aquel momento apareció á la puerta Castana.

—Oh, Castana, Castana,—continuó sin dejar de gemir el Rey,—¿dónde está la Reina, tu señora? ¿Dónde la princesa, mi hija? Y añadió, acertando apénas á hablar: soy más infeliz cada dia, cada mo-

mento que pasa..... La corona está maldita en mí..... ¿Dónde, donde, se halla la princesa?

—La princesa está depositada en casa de Azlor,—respondieron á un tiempo várias voces, sin dar tiempo á que hablase Castana.

—La Reina,—dijo por su lado ésta,—me envia á deciros que os aguarda en sus aposentos.

—Ea, pues,—repuso, sin atender ya á Castana, don Ramiro:—Aznar y todos vosotros, vos Alqueizar, y vos, y vos,—y al propio tiempo señalaba á los caballeros de su comitiva,—id á la casa de Azlor y traed acá á la princesa, á fin de que la vea y reconozca su tutor y futuro esposo el conde de Barcelona. Saludad desde ahora, aragoneses, á vuestro nuevo Rey el buen D. Berenguer y á vuestra nueva Reina doña Petronila.

Siguióse á estas palabras una aclamacion inmensa.

El continente del conde, marcial y generoso, prevenía en su favor, de una parte, y de otra el deseo de agradar en aquellos momentos al Rey, ponía más aliento en todos los lábios.

Y ninguno imaginó que con aquel entusiasmo hácia los nuevos Reyes insultaba á los que entónces bajaban del trono: quizás la Reina doña Ines, con su delicado instinto, hubiera comprendido este insulto.

Pero en tanto, las personas señaladas para traer á la princesa, de casa de Azlor, se reunieron todas al rededor del Rey, ménos una: Aznar.

Ya hacía rato que Castana le buscaba con ojos inquietos entre la muchedumbre sin acertar con él.

Al ver ahora cuánto tardaba en reunirse con sus

compañeros, el Rey preguntó por él en voz alta, y nádie le respondió. Aznar se habia hechó en un momento tan famoso, que su extraña ausencia excitó entre la multitud no poca curiosidad y sorpresa.

Por tres veces le llamó el Rey; mas en ninguna de ellas respondió, ni dió cuenta de su persona.

Y ¡oh felicidad prodigiosa del vulgo para forjar sucesos maravillosos! Cuando sonó la segunda pregunta del Rey, ya dice el verídico cronista, que corrian por la espaciosa sala várias versiones absurdas de su desaparicion, sosteniendo éstos que alados demonios lo habian arrebatado de allí mismo para llevarlo á pagar en los infiernos la muerte que habia dado á los ricos-hombres; opinando aquellos que, arrepentido y asombrado de su propio hecho, se habia retirado de la concurrencia, manifestando á algunos en confianza, que iba á consagrar al servicio de Dios lo que le quedase de vida.

Pero ni Aznar era para monje, ni el diablo se habia tomado la molestia de pensar en él todavía.

La verdad era, que el almogábar se miraba reclinado en la pared al un estremo de la sala, exánime, y al parecer sin vida.

Castana fué quien lo descubrió primero: ¿ni quién habia de descubrir al amante primero que la mujer enamorada?

La pobre muchacha no pudo contener sus sentimientos, y sin respeto á los príncipes ni á la magnífica Corte que allí estaba, se lanzó hácia el lugar donde descubrió al almogábar, gritando:

—¡Aznar! ¡Aznar!

La gente que habia en el salon era tanta, que la doncella halló muchísimos obstáculos para abrirse camino.

Pero todos los ojos se fijaron en el punto hácia donde ella señalaba con las manos, y vieron á Aznar inmóvil, doblada la cabeza sobre el pecho, y apoyadas las espaldas en el muro.

El Rey, aunque tan procupado, no tardó en advertir el caso, y no recordando en aquel momento sino los grandes servicios que le debia, se adelantó hácia él presurosamente: todos los circunstantes le abrieron fácilmente el paso.

Entónces notaron muchos de los que miraban al almogábar á un tiempo, que por debajo del grosero capuchon de malla que vestía, brotaba un torrente de sangre.

Castana se abrazó con él, exhalando profundos gemidos: el Rey mandó llamar al punto á su físico, que era un hombre atezado y de sombrío semblante, el cual, con venir vestido á la cristiana, bien aparentaba haber nacido en las márgenes del Muluya, y haber estudiado en alguna de las escuelas famosas de Fez ó de Córdoba.

El físico, declaró que Aznar no estaba muerto, sino que se había desvanecido á causa de la mucha sangre que estaba perdiendo largo rato habia, segun las señales.

Tenia dos grandes heridas, en el pecho la una, y la otra en la cabeza, sin otros rasguños en diversas partes; su estado era verdaderamente grave, y el docto africano, no se atrevió á responder de que sanase.

Al punto mandó D. Ramiro en el colmo ya del desconsuelo, que se le trasladase á una de las mejores habitaciones del alcázar; y dejando allí á todos sus caballeros y cortesanos, se entró por los aposentos solitarios á desahogar su corazon, más verdaderamente oprimido que nunca.

En tanto Castana, separándose tambien de la Corte, y olvidada de toda otra cosa, siguió al herido hasta su aposento; y allí pasó lo que quedaba de dia y la noche entera, atendiendo á su respiracion, á su voz, á sus más pequeños movimientos.

La pobre muchacha habia forjado tales castillos en el aire, que apénas acertaba á comprender ahora cómo estuviesen á punto de desplomarse ó desvanecerse con su amor y ventura.

Mas el físico era implacable.

Cada vez que entraba á ver al herido, exclamaba, sin tener por nada en cuenta la presencia de Castana:

—Será difícil que sobreviva.

Y Castana prorumpia en copioso llanto.

Sólo Fortuñon, el viejo Fortuñon, era quien la consolaba: aunque, más de lo que de hombre como él podia esperarse, mostrábase tambien cuidadoso y afligido por su parte.

De cuando en cuando Castana y Fortuñon se apartaban del lecho, y en un rincon del aposento se comunicaban sus temores y esperanzas.

Castana no hablaba más que de la curacion del herido, ó de su pérdida, que sólo el imaginarla le desgarrabà las entrañas. Fortuñon mezclaba con estas conversaciones ciertos pormenores sobre el suceso,

que la sencilla doncella, sin curiosidad de saberlos, veíase forzada á escuchar hartas veces.

—Esa herida que tiene en la cabeza,—decia aquél, —debió recibirla de manos de alguno de los hombres de armas que guardaban el alcázar. Figúrate que al alborear el dia salimos del zaquizamí donde nos metiste, muy sigilosamente, y bajamos al patio. Las puertas estaban cerradas todavía, y aquí y allí tendidos en el suelo dormian algunos mesnaderos de los más osados. Uno sólo habia quedado de atalaya, y, ese, con el cansancio y la proximidad del nuevo dia, malamente peleaba con el sueño, como que tenia ya los ojos cerrados y la cabeza inclinada en el muro. Dispárale tu dardo, le dije yo á Aznar, señalando al atalaya; mas no quiso creerme, ántes haciendo ascos de matarle dormido, se acercó á él silenciosamente y le echó mano á la partesana para desarmarlo. Pero el condenado del hombre no estaba más que traspuesto un poco, y despertó en aquel momento, y le dió un golpe con la partesana, que el valiente Aznar no pudo evitar desde tan cerca. Y bien que lo pagó el de la atalaya, porque sentirse herido y derribarlo muerto de un sólo tajo de su espada fué todo uno para Aznar. A los otros pobretes los sorprendimos durmiendo como lirones, y los pusimos á buen recaudo en ciertos sótanos del alcázar; y desde el patio recorrimos los demás puestos, y á los que los guardaban, que bien serian en todo seis docenas, los encerramos con sus compañeros, de suerte que quedamos por dueños del recinto. Y luego, como si tal cosa, á la hora acostumbrada, abrimos la puerta que

da á ciudad y la que da al campo, y aguardamos así á los ricos-hombres y al Rey. ¡Buena jornada fué por vida mia! Pero créeme Castana, que bien que sea por todo extremo valeroso Aznar, fué mi saber y prudencia y larga práctica de asaltos y sorpresas, quien trazó y guió bien la de esta real fortaleza. A mí me debe el Rey lo más del triunfo.

Castana, en vez de contestarle, como que acaso ni siquiera le oia, de cuando en cuando suspiraba tristemente, ó iba á visitar el lecho del herido; y luego tornaba á dar cuenta de sus observaciones á Fortuñon.

El viejo almogábar se obstinaba, no obstante, en consolarla á su manera, con sus eternas relaciones.

—Él moribundo está, Castana,—le decía;—pero júrote que con haber peleado en el Alcoraz, y haber asistido en el cerco de esta ciudad de Huesca, que fué de moros, como tú sabes; júrote, digo, que no ví en mi vida mayor valentía que la de Aznar, ni corazon más determinado. ¡Cuenta que eran valientes los ricos-hombres! Así no fueran ellos contra el Rey, ni parecieran tan soberbios como eran animosos y diestros. Tengo para mí que eran de los mejores caballeros del mundo. Sábete que con estar más de treinta de los nuestros apostados en la gran sala adonde ellos iban entrando, hubo algunos á quienes no pudimos rendir, sino rindiendo ellos ántes la vida. ¡Qué Roldan! ¡Qué Roldan! Él solo despachó á dos de los nuestros en un santiamen. Pues ¿y el viejo Lizana? Lastimábame el verle, á mí que le conocí en el Alcoraz, y no quise poner mano en la pelea. Tres almogábares se lanzaron sobre él, y Lizana, como si no le embargasen los

años, supo deshacerse de ellos sin daño alguno. Entónces Aznar se arrojó á él, y por largo rato lidiaron cuerpo á cuerpo, y cierto era cosa muy de ver aquella lucha. Aznar, como más jóven, era más ágil; pero no estaba tan bien armado, ni con mucho, como Lizana, ni era tan diestro como él en manejar la daga. Ninguno de nosotros ayudó á Aznar porque él lo prohibió expresamente; pero éste tuvo á Dios de su parte, y derribó á su contrario, aunque á costa de esa herida del pecho que tanto mal le causa. Aún me parece oir á Lizana, cuando en el momento de espirar dijo, alzando los ojos al cielo: «Dios mio, tú que me dejaste ver el peligro, ¿por qué me cegaste tanto los ojos cuando lo tenia cerca, para que no lo viese ni pudiese evitarlo? ¿Qué vale esta prudencia de los años si no ha de servir más que para antever el mal, sin acertar cási nunca á remediarlo? ¡Dios mio, Dios mio, conserva para mis hijos la libertad de Aragon!». No pudo decir más, porque yo, que muy atentamente le estaba oyendo, por no verle más padecer, ya que habia de morir de todos modos, tomé sobre mí el doloroso encargo de acabarlo de un golpe.

—¡Qué horror!—exclamó al oir este rasgo de compasion guerrera Castana.

Pero, sin embargo, en otra ocasion habria sentido su alma llena de orgullo al oir tales relaciones; porque son pocas las mujeres que no estimen el valor sobre todas las cosas, y en el siglo XII, bien pudiera decirse que era la mayor de las virtudes para enamorar corazones femeniles.

En el trance en que estaba Aznar, tales relaciones,

más bien aflijian naturalmente, que no daban consuelo alguno á la sensible amante.

Y segun dice el cronista, así pasaron dos, cuatro, seis dias sin notarse al parecer grande alivio en el almogábar: siempre Castana suspirando y Fortuñon relatando, sin otra esperanza ni compañía que la del físico renegado, el cual ó no respondia, ó respondia mal á las preguntas que le hacian los vigilantes enfermeros, y á las de cualquier paje ó caballero que por sí, ó de parte del Rey, venia á enterarse de la salud de Aznar.

Pero al cabo el alivio del enfermo fué ya incesante y claro. Y el médico mismo declaró que ántes de mucho podria darle otra vez por sano.

Un dia en que se mostraba ya muy animado, Castana salió por un momento, el viejo Fortuñon se durmió profundamente, y cuando volvió ella, y cuando él despertó, se hallaron vacío el lecho del enfermo: Aznar habia desaparecido.

Castana y Fortuñon se devanaban los sesos por acertar las causas de aquella extraña desaparicion; pero sólo pudieron saber por el pronto, que uno de los escuderos que solian acudir á visitarle, habia entrado en el aposento, y que no bien se marchó éste, se levantó detras de él Aznar, aunque descolorido y tan flaco que no parecia que pudiese dar un paso. Sin embargo de lo cual, supieron tambien, á ciencia cierta, que salió muy apresuradamente de la estancia.

CAPÍTULO XXIX.

El cual sería de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si más ducho en ciertas cosas el que escribe hubiera acertado á pintarlas mejor.

Proia et plora tendrement
Mais ce ne li valut noient;
Por son proier et son plorer
Ne li laissa-il pas entrer.
(La Feme en une tor.)=FABLIAU.

Basta del almogábar y de su querida; y volvamos atrás con nuestro asunto.

Así como así, aunque tan humildes, han llenado ya casi aquellos lo mejor de la historia. ¿No será justo que dejemos algun capítulo para doña Ines, algunas páginas yá para D. Ramiro?

Pues á fe que bien lo merece la extraña situacion en que ámbos se encuentran.

Ya ha llegado D. Ramiro, y, aunque de léjos, se ha cumplido el deseo de verle que tenía doña Ines: ya ha vuelto D. Ramiro, y se han realizado los temores y las penas que doña Ines presentía.

Vino el trance de la separacion, la hora de que D. Ramiro entrase en aquel cláustro de San Pedro el Viejo, tan lúgubre y tan sombrío, que habia hecho levantar para ello: vino la ocasion de que doña Ines se hallase sóla en el mundo sin poder más llamarse esposa ni amante.

Por cierto que la historia se reanuda, y de suerte que no parece que haya trascurrido tiempo alguno, ni algunos sucesos. Ni parece que los ricos-hombres se rebeláran, ni que el Rey huyera, ni que D. Ramiro fuese guerrero por ser monje, ni que doña Ines llorára aquella ausencia que apartaba un tanto de ella la ausencia eterna de su amado. Todo vuelve al ser que tenía cuando se puso la última piedra en San Pedro el Viejo.

Pero no hay una cosa de más, que son los nuevos remordimientos, que los sucesos últimos debian de enjendrar por fuerza en D. Ramiro.

Pálido, desencajadas las facciones del rostro, dejó por eso, como queda dicho, el gran concurso que habia acudido á recibirle, y se retiró á lo interior del alcázar.

No se habia enterado, sin duda, del mensaje de Castana, ni contaba con que lo esperase la Reina, ni le dejaban sus remordimientos siquiera que en ella ó en su hija parase por un momento entónces la memoria.

Vagando por aquí y por allí, veniásele la noche encima á tiempo que, montando cási á tientas cierta estrecha escalera, se halló en medio de un salon espacioso, mal alumbrado ya por los últimos reflejos del sol, que se hundia en aquel punto en el horizonte. Dos

grandes ventanas situadas á uno y otro extremo del salon daban entrada á la puerta de una alcoba por algunos momentos cási oscura, y dudó largo rato si habia ó no de entrar en ella: parecía que una esperanza le impulsaba, al propio tiempo que un presentimiento le apartaba de allí. Estaba en el aposento de su mujer: veia delante la alcoba nupcial.

Entró al cabo. Entró, llevando consigo el tropel de sus remordimientos, que no le daban descanso alguno; buscando, no sabía qué, una cosa imposible: la calma de los años de su infancia, el reposo de los dias serenos de su monasterio.

Y entró mirando en los oscuros ojos que no le miraban, distinguiendo rostros que no habia: ojos amenazadores, rostros ensangrentados.

Era el arzobispo Pedro de Luesia, con sus hábitos pontificales, segada la cabeza por la garganta, y destilando sangre: era Férriz de Lizana, revueltas y manchadas las venerables canas, azotadas las gloriosas cicatrices del rostro, maldiciendo, aún despues de muerto á sus asesinos: era Roldan, era García de Vidaura, eran todos los ricos-hombres degollados. Era aquel valeroso jóven Aznar, muerto quizás por él y en su defensa.

¡Ay de D. Ramiro! ¡Ay del monje apóstata, por quien se habian hecho tantas muertes, aunque fuera sin órden suya, aunque de sus lábios no hubiera salido otra palabra que la palabra perdon!

La sangre derramada debía caer sobre él gota á gota: aquel delito espantoso podia para él ser nueva causa de condenacion eterna: con él, y el quebranta-

miento de sus votos, su perdicion debia quizás ya reputarse como irremediable.

¡Ay, ay de D. Ramiro! ¡Ay, ay del Rey de Aragon!

Tal decia ó pensaba él al entrar en la alcoba nupcial; y estas ideas, amontonándose en su fantasía, le arrastraban no sabía ya adónde, al través de tinieblas y tinieblas, por en medio de multiformes y horrendos fantasmas. Su exaltacion religiosa había llegado á un punto tan extremo, que confinaba con el delirio, con la insania.

Y si al entrar en aquella alcoba, donde pasara tan venturosas horas, se hubiese hallado á solas por mucho tiempo con la noche y consigo mismo, otro habria sido, por ventura, el fin que señalasen las historias al Rey D. Ramiro: habría acabado por estar loco.

Pero al mirar desatentado por todas partes, sus ojos se fijaron sin querer en una sombra apacible, que delante de él se fué levantando, la cual le pareció un rayo de luz en noche cerrada, un manantial en el desierto, un ángel del cielo que venía á templar su exaltacion horrible.

¿Qué era aquella sombra? ¿Quién era aquella vision inesperada? D. Ramiro se paró, sin osar acercarse á ella, conteniendo aún la respiracion como si temiera espantarla, como si pensara verla desaparecer, al modo que la niebla desaparece cuando se levanta el viento, y la paloma al sentir el son del torrente, y la espuma del mar al tocar con la arena en las playas.

Suspenso, inmóvil, puesto su ánimo entre los remordimientos y la esperanza, miraba D. Ramiro, y

tornaba á mirar la aparicion, sin comprenderla mas por eso.

Parecíale que sus ojos, comenzaban á acostumbrarse á las tinieblas, ó que alguna antorcha misteriosa y celeste venía por especial encargo de Dios á alumbrarle. Lo cierto es que sus ojos distinguian ya claramente en lo oscuro; y á creerlos á los ojos, lo que habia allí era una mujer arrodillada y de espaldas á la puerta por donde habia entrado D. Ramiro. Y era, dice el cronista, que en aquél instante mismo la luna habia descubierto de repente por entre las nubes que hasta entónces la celaban su redondo disco de color de plata, y, algunos de sus rayos, serenos, expléndidos penetraban hasta allí por una octógona claraboya abierta junto al techo de la alcoba. Vió, pues, real y verdaderamente D. Ramiro, que la mujer aquella tenía sueltos los cabellos, y derramados en una garganta blanca como el cuello de un cisne: cabellos por cierto de color de oro.

De cuando en cuando levantaba ella los brazos al cielo, y flotaban las anchas mangas de su blanca túnica; y, al hacer aquel movimiento, no parecia sino que iba á tomar vuelo para levantarse en seguida al empíreo mismo.

Si era un ángel, las formas las tenía de mujer. Mas en verdad, ¿qué otra forma podrían tomar de ordinario los ángeles si bajaran con frecuencia á la tierra?

Mentira parece; pero el cronista asegura, y, no hay por que negarle crédito, que, grandes como eran los combates que sostenia en su cabeza D. Ramiro, se disiparon del todo en un punto; y su frente se serenó, y

sus ojos se pusieron claros. Y la desatada rueda de sus pensamientos, calmó de súbito sus incansables giros; y en el momento mismo en que iba á estallar la locura en su mente, sintióla llena de inefable esperanza.

¿Será que Dios se compadezca al fin de sus cuitas? ¿Será que su justicia esté satisfecha con los tormentos que han desgarrado ya su alma, y envíe un ángel á que ponga término á ellos?

No lo sabe D. Ramiro. Pero el caso es que sin querer, al iluminarle aquella idea de esperanza, dió algunos pasos hácia la vision dichosa de quien la recibia. Tornóse, al oirlos, un rostro de mujer, y lanzó un grito indefinible; y levantóse la sombra al punto. D. Ramiro reconoció en ella á la Reina.

Su ilusion se habia desvanecido, pero no la calma de su frente, no ya el reposo inefable de su corazon.

Porque, á la verdad, si doña Ines no era un ángel, era hermosísima, verdaderamente celestial, y no habia medio de echar de ménos junto á ella criatura alguna. Y luego el amor que dentro de su alma la profesaba D. Ramiro; y luego la ausencia, y el recuerdo de que era madre de su hija, bien disculpan que el Rey se contentase con verla, y no echase de ménos al pronto la divina ilusion que habia perdido.

—¡Doña Ines!

—¡D. Ramiro!

Fueron, al verse, las primeras exclamaciones de los esposos. D. Ramiro dió tres pasos adelante para recibir á su esposa, y ésta se precipitó á él con los brazos levantados. Pero al llegar uno junto á otro,

D. Ramiro volvió á echar atrás los mismos tres pasos que habia dado hácia adelante, y doña Ines quedó parada, incierta, indicando en su actitud un abrazo, quizás un ósculo imposible: derramando gruesas lágrimas, que lentamente resbalaban por sus mejillas.

Al cabo D. Ramiro rompió el silencio.

—¡Ah! doña Ines,—dijo:—á punto estamos ya de cumplir nuestros votos, y hoy más que nunca debemos abstenernos de faltar á ellos. Mirad cómo nos proteje Dios: cómo á vos os ha sacado de un género de cautiverio, y á mí de tantas humillaciones, á fin, sin duda, de que uno y otro podamos salvar nuestras pecadoras almas.

La Reina no lloraba á la sazon: en sus ojos se leía esa resignacion infinita, indefinible, que sólo saben y pueden tener las mujeres.

D. Ramiro continuó:

—¿Sabeis que me alegro de hallaros á solas ántes de retirarme al monasterio? ¿Sabeis que es dichoso azar que yo aquí os encuentre? Por cierto que pensé al divisar á Huesca que saldriais á esperarme y.....

—¡Ah! ¿No os han dicho, mi señor, que os aguardaba yo aquí?—respondió la Reina tímidamente al ver que su esposo no acababa la frase.

—Si he de deciros la verdad, no sé, no sé: mi cabeza ha estado tan revuelta, que acaso no debí oirlo..... Puede ser que Castana..... Mas ahora que recuerdo.....¿ no sabeis, lo de Aznar? ¡Ah, señora! ¿No sabeis el negro fin de los ricos-hombres?

Y al decir esto, su frente comenzaba á nublarse de nuevo,

—¡Ah! sí. Todo lo sé, D. Ramiro,—repuso la Reina acompañando las palabras con un dulce suspiro.

—¡Oh! pues entónces,—dijo el Rey acercándose á doña Ines,—entónces ya sabreis cuánta sea mi desdicha: ya sabreis qué nuevos remordimientos pesan sobre mí: yo no puedo, no puedo ya con ellos: no hay penitencia ya que baste á rescatar mis culpas enormes.

—Y ¿cuáles teneis vos, D. Ramiro, en esas muertes? ¡Oh, esposo mio, no os atormenteis así voluntariamente! Cuando entrasteis, vuestro rostro estaba sereno, alegre, tal como debe de estar el rostro del hermano cuando vé á la hermana querida tras de una tan peligrosa ausencia. Y ya veis que he aprendido á daros nombre de hermano..... ¡Y eso que me ha costado tanto, tanto! Porque, miéntras más esfuerzos hacia mi cabeza para enseñármelo, más me recordaban ó ella ó el corazon otro nombre de mayor ternura todavía. Pero hermano, hermano mio, ¿cuál es la causa de que al verme os hayais de nuevo entristecido? Ya se yo que no puedo serviros de consuelo; pero pesar, ¿por qué tampoco habia de causároslo? ¡Ah! Yo no quiero nada, no os pido nada, sino que no me querais nunca mal.

—¡Quereros mal!—exclamó D. Ramiro.—¡Ay! Ojalá que pudiese siquiera dejar de amaros..... Porque la verdad es que yo..... os adoro..... que yo..... te adoro, Ines, te adoro; sábetelo por si no te veo..... por si jamás te hablo ya más de esto en adelante.

—¿Conque me quereis bien todavía?—dijo doña Ines llena de júbilo; pero sin atreverse á repetir las

palabras mismas de D. Ramiro, bien que le supiesen á pocas.

—¿Que si te quiero bien, dices? ¡Ah! No, no por cierto;—replicó espantado de sus propias palabras don Ramiro.—Dije que os amaba y os adoraba, y no debí decir sino que deseaba dejar pronto de veros.....

—¡Pues qué! ¿Eso, eso de verdad deseais?—repuso entónces doña Inés, saltándosele súbitamente las lágrimas.

—Eso deseo, si, por el bien de vuestra alma y la mia.

—Entónces, ¿por qué decís ni una vez sola que me amais? ¿Por qué no confesar que me aborreceis claramente? Ya comprendo bien por qué no prestásteis atencion á Castana cuando os dijo que yo os aguardaba en este aposento: no hay que buscar otra causa. Comprendo tambien ya, que maldigais la casualidad que nos ha reunido, y que tanto os entristezca el verme, despues de una ausencia que me ha costado ries de lágrimas. ¿No os basta, pues, conque yo renuncie al nombre de esposa? Porque mis derechos bien podriais quitármelos; pero el nombre no, á no ser que, por complaceros, yo misma lo dejara. ¿No os basta eso, sino que á más habeis de deplorar y sentir, estos pocos momentos en que me veis? ¿Qué diferencia hay entre pensar y obrar de tal suerte, y aborrecerme tal como digo?

Tras de estas extrañas mudanzas de dolor y de júbilo, de aspereza y cariño, hubo un instante entre los dos de silencio. Doña Ines lloraba á lágrima viva: D. Ramiro procuraba poner algun órden en sus pen-

samientos. Al fin rompió éste de nuevo á hablar diciendo:

—Quizá esteis engañada, doña Ines: no me ha entristecido el veros: me ha entristecido el recordar, sin querer, aquellos sucesos horribles, espantosos, que me hacen tanto peso en la cabeza y me oprimen tanto el corazon. El veros, ¿cómo habia de entristecerme? ¡Si yo os contára todo lo que há un momento me ha sucedido! ¡Si yo os dijera que me habeis hecho feliz por un instante: feliz como el dia de nuestras bodas, como apénas lo he sido si no entónces, desde el punto en que solté los cilicios, y vestí este malhadado traje de Rey!

—¿Yó haceros feliz? ¿Tanto bueno me decis, don Ramiro? ¿Sabéis que no habría para mi felicidad como esa de poder haceros feliz, aunque fuera por instantes muy breves?

—Sí, sí: feliz y muy feliz me habeis hecho. Figuráos que yo venía cargado de remordimientos, loco, sin esperanza, y que al llegar aquí veo una sombra celestial, veo una mujer arrodillada que levantaba al cielo los brazos, como pidiendo misericordia para sí.

—¡Oh! no, no,—le interrumpió doña Ines:—no la pedia para mí, pedíala para vos sólo.

—Gracias, gracias,—continuó D. Ramiro,—acercándose ya á su mujer como si en algo le hubiese perdido el miedo. Gracias porque sin duda os oyó el cielo, y la tuvo de mí en aquel momento. Ya sentia yo romperse dentro de mí alguna cosa: no sé si era el corazon, no sé si era la frente, sólo sé que era parte del ser mio lo que iba á estallar, entónces; que era

esta vida terrena en que puede dar frutos todavía el arrepentimiento, lo que se me escapaba, dejando en mí, solamente el aliento indispensable para padecer sin esperanza en el infierno.

—¡Oh! esposo mio. Calmáos ,calmáos.—Le contestó dulcemente doña Ines, acercándose algo tambien por su parte, y mirándole con infinita dulzura.

—Sí, sí, me calmaré, dígoos que ya estoy bueno: ántes de veros sí que delirába, y aún creo que iba á volverme loco.... Los locos no pueden ya tener arrepentimiento, ¿no es verdad?..... ¿No es verdad que ya no saben ellos implorar para sí el perdon de sus culpas? ¿No es verdad que si me hubiera vuelto loco, mi espíritu habría quedado con la mancha que tiene, sin poder lavarla con la penitencia jamás? Pues á vos debo el poder esperar salvacion todavía: el poder trabajar por conseguirla.

—Dichosa yo si tal hice, D. Ramiro.—Repuso doña Ines con una sonrisa no ménos tierna, y dulce que sus miradas.

—Si que lo hicísteis ,—continuó D. Ramiro con mayor exaltacion aún que ántes:— os ví tan hermosa, con esos cabellos rúbios derramados por la garganta, y ese vestido blanco, que parece tejido con aire y y con luz; os ví, digo, tan celestial en todo, que no acerté á conoceros, y no me parecísteis ya vos misma, sino un ángel que bajaba del cielo, á darme consuelos, trayéndome el perdon del Señor.

—¡Ah! —exclamó doña Ines, cubriéndose con las manos los ojos, por un movimiento involuntario.

—¿Suspirais?

—Suspiro, porque me habíais hecho creer que fué de mí propia de quien os viniera el consuelo, y no fué sino de una ilusion mentirosa de vuestros sentidos. ¿Qué comparacion cabe entre un ángel del cielo, y la triste y marchita esposa, ó si no esposa hermana, que ya teneis?

—¡Oh! no digais eso, doña Ines: no hay ángeles más bellos que vos..... que tú..... que tú esposa mia, no puede haberlos..... me harás decir blasfemias....

Era de ver la satisfaccion interior, el puro regocijo que se asomó de pronto en el rostro de doña Ines al oir estas amorosas palabras.

D. Ramiro en tanto, sin reparar en ello, continuó de esta suerte.

—Yo no sé, si habré cometido con esto un nuevo pecado, mas sabed, doña Ines, que si pensando que érais un ángel me acerqué á vos, cuando supe que érais vos misma, que era doña Ines á quien veia, no eché al ángel de ménos. ¡Tan grata me iba siendo, y me fué al fin vuestra vista!

Doña Ines, sin poder contener ya más la emocion de su pecho, lanzó un grito de alegría, y vacilando y sin pensar, fué apoyar sus manos cruzadas en uno de los hombros de D. Ramiro; mas éste retrocedió todavía con espanto algunos pasos, huyendo el cuerpo. Rendido, sin embargo, al propio tiempo, de su exaltacion misma, se dejó caer en una de las grandes almohadas ó cojines árabes que decoraban el aposento.

No alló allí por cierto reposo si lo buscaba. Ideas por el contrario de dolor y de esperanza, de temor y de alegría, pasaron á un tiempo por su cabeza. Pero poco

á poco se fueron deshaciendo todas ellas: sus ojos cerrados, se abrieron de súbito, y al ver á doña Ines que suave y silenciosamente, se habia sentado á su lado, y expiaba al parecer con tierno anhelo sus movimientos, una sola y nueva idea, parece como que comenzó á arder en su mirada, y á arrugar su frente; una que se conoció que lo arrastraba, á pesar suyo, como solian arrastrar su débil y vacilante espíritu todas las impresiones imprevistas y extrañas. No de otra suerte en la apariencia, los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió ánimo en el combate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva, ardiente, poderosa, será ésta que le infunde la vista de aquella hermosa doña Ines, que tan cerca de sí tenia en aquel momento?

Sin duda no es melancólica, puesto que sus ojos, generalmente apagados, brillan ahora con vívido fuego: sin duda no es de despecho, ya que se vé que una sonrisa de placer pasea fugitiva por sus lábios.

Pero ¿quién que no conozca ya á fondo á los humanos, habrá de comprender, á primera vista, tan oscuro y nunca visto enigma como este parece?

CAPÍTULO XXX.

Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne: es leccion de un Santo Padre, que halla aquí alguna demostracion y ejemplo.

¿Qui es lo foll, quin contramor se yguala
Segurs son dell, los morts.....
AUSIAS MARCH.—*(Obres de Amors.)*
. . . . . .
Morir me conviene
Pues grosero fuí:
¡Ay, que Ingalaterra
Ya no es para mí!
ANÓNIMO.—*(Cancionero general.)*

Largo iba ya siendo el capítulo anterior: tan largo, que ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentimentales de doña Ines y de don Ramiro.

Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la Reina dió aquel grito de alegría de que hablamos á lo último del capítulo anterior, y D. Ramiro se quedó como postrado en uno de los cogines del aposento, dice el cronista que hubo entre ámbos ciertos instantes de silencio.

Miraba doña Ines á D. Ramiro con amor, con curiosidad, con ánsia, como deseando leer en su rostro los menores pensamientos. No quitaba sus ojos del suelo entretanto, D. Ramiro, como si tuviese miedo de mirarla cara á cara. Y ni él ni ella se atrevian á reanudar una conversacion, quién sabe para cuál de los dos más difícil entónces.

Un pretexto faltaba: un pequeño incidente ó motivo, insignificante en otra ocasion cualquiera, bastaba ahora para que la conversacion nuevamente comenzara, y dieran suelta entrámbos á los indefinibles y vagos pensamientos de que estaban poseidos.

Ese pretexto, ese incidente, ese motivo se puso á buscarlo doña Ines, y como era natural, no tardó en encontrarlo.

—Veo, mi señor, que traeis aun atada al brazo la cinta blanca que os dí por divisa,—dijo.

—¿No veis que ella ha sido mi compañera desde entónces?—respondió D. Ramiro.—En verdad que, cuanto yo he podido, he hecho por sacarla con honra del trance de armas en que, mal de mi grado, me he visto.

—¡Oh! quitádosla, quitádosla ya.

—¿Por qué, doña Ines?—preguntó el Rey algun tanto sorprendido — ¿Pues no es vuestra divisa misma?

—Lo fué.

—¿Lo fué..... Lo fué..... ¿Y no lo es ya? Así Dios me ayude como no acierto.....

—¿No veis,—repuso graciosamente la Reina,—que dice la letra *sin esperanza?*

Bajó aquí la vista doña Ines, como si temiese haber dicho demasiado; y, las rosas del rubor, se abrieron incontinenti en sus mejillas. D. Ramiro en cambio abrió impensadamente sus ojos al oir aquellas inocentes, pero sin duda, peligrosas palabras; y halló á doña Ines tan bella, tan lánguida, tan dulce, tan cerca de sí, que tornó á clavar impetuosamente la vista en el suelo, no sin que se notase ántes en su persona cierto extremecimiento general, aunque pasajero.

—¿Y de qué teneis esperanza doña Ines? ¿No sabeis que á mi no me es posible tenerla ya en este mundo?

Tal dijo D. Ramiro, despues de otra larga pausa: su voz comenzaba á bajar de tono, y su lengua parecia más trabada que otras veces. La de doña Ines parecia en cambio cada vez más expedita y más dulce.

—No digo yo que vos la tengais, hablo de que yo comienzo á tenerla;—respondió ella.

—¿Vos? ¿Y por qué?

—¿Por qué? Yo os lo diré, puesto que sólo de vos depende ya, el que se cumpla, ó no, mi esperanza.

—Pues hablad, que si es cosa que yo pueda hacer, bien podeis contar con ella desde ahora..... á no ser que sea contrario á mis votos.

Muy débilmente debió de decir estas últimas palabras, porque la Reina exclamó alegremente y como si no hubieran ellas llegado á sus oidos.

—¿De veras? ¿Me dais palabra, pues, de concederme cuanto os pida?

—Con tal, digo, doña Ines, que no se oponga á mis votos;—replicó D. Ramiro, alzando la cabeza de

nuevo para dirigir á su esposa una mirada que parecia como de súplica.

—No, no se opone segun creo,—respondió doña Ines, mirándole á su vez con vivos y alegres ojos y pronunciando estas palabras, por lo que da á entender el muzárabe, con sabrosa, y en ella desusada coquetería.

—Pues hablad,—dijo el Rey,—tornando otra vez los ojos medio cerrados hácia el suelo.

Aquí ya doña Ines estuvo vacilando por algunos instantes, y tartamudeando luego, sin atreverse á decir de un golpe lo que queria; pero al fin, comenzó á hablar de esta manera:

—Es el caso, D. Ramiro, que yo quisiera que..... ya veis que con esto en nada faltais á vuestros votos..... quisiera, digo..... ¿No me hicísteis ya un favor muy grande con quedaros á amparar á nuestra hija? ¿No dilatásteis ya un tal intento por dos años, á fin de ser piadoso con el fruto de nuestros amores? Pues sedlo conmigo ahora, señor, y no penseis más en la soledad del monasterio, sino venios á vivir conmigo, ó más bien dejad que yo vaya con vos á habitar en alguna ermita y retiro oculto, donde podamos los dos á un tiempo servir á Dios como hermanos.

—¡Doña Ines!—exclamó D. Ramiro entre asombrado y confuso; pero tambien al parecer un poco distraido.

—¿Qué? ¿No os place contentar mi súplica? ¿Quereis, por ventura, que no desaparezca más de mi divisa esa letra impía que dice *sin esperanza?*

—Pero es el caso, doña Ines, que aún no acierto yo á entender bien, qué cosa sea esa que meditais.

—Oh, yo os lo explicaré claramente,—respondió la Reina más alentada, y sentando una de sus manos en el hombro de D. Ramiro, sin que éste huyese ya el cuerpo como ántes.—Figuraos que en lugar de meteros en el sombrío y húmedo cláustro de *San Pedro el Viejo*, os viniéseis conmigo á una de las mil ermitas que en tiempo de moros fundaron los cristianos por la montaña, ménos habitadas hoy ya desde que se ganó á Huesca, que ántes. Allí podríamos estar separados del mundo para siempre, y haciendo juntos vida ascética y devota. Dios os manda, sin duda, que os aparteis de una esposa, mas no de esta hermana y sierva doña Ines, que no desea otra cosa sino pasar el resto de sus años haciendo penitencia en vuestra compañía. Sí, por Dios, señor y ántes esposo mio: yo labraré allí con mis propias manos el huerto, y prepararé por mí misma nuestras pobres colaciones: yo hilaré la lana de los corderos y haré por mi propia los sayales: vos leereis en tanto los pergaminos que soleis leer, y oraremos y viviremos así constantemente como eremitas, ya que no nos es dado vivir y gozar como Reyes.

Hemos descrito tantas veces las gracias de doña Ines, que por fuerza habia de parecer importuno el describirlas de nuevo. Pero crean nuestros buenos lectores que, segun lo que aquí indica el cronista, jamás habia estado tan bella. Y el peso blando de su mano, y lo tierno de sus ojos, y las lágrimas que se dejaban entrever ahora en ellos, por miedo de no ser

atendida, y su actitud entera suplicante, anhelosa, abandonada, hacian de ella un sér temible en la seduccion para un alma de roca, que no para la del infeliz D. Ramiro.

El monje tomó entónces entre sus dos manos la que le quedaba libre á doña Ines, y comenzó á acariciársela con suavidad suma.

Y áun quiso el azar que miéntras doña Inés más suplicaba, se fuese más acercando é inclinándose involuntariamente más hácia D. Ramiro, de manera, que al dejar de hablar ella, se hallaban los dos ya tan juntos, que sus alientos se confundian, y se tocaban todos sus vestidos, y, al mirarse, recíprocamente en los ojos se retrataban.

Y en esta disposicion se mantuvo doña Ines embebecida por largo rato; y esperando favorable respuesta. Y D. Ramiro, estaba en el ínterin sin acertar á responder palabra, sintiendo que un fuego intenso le quemaba las entrañas, y sin que un sólo pensamiento devoto pareciese ya por su mente: diríase al verle, que los sentidos le arrastraban ya á su pesar, sin que más pudiese la razon contenerlos. Nada era tan peligroso como el silencio, entónces; pero no habia cosa más difícil tampoco que el hablar en ocasion como aquella.

A D. Ramiro no se le ocurrieron al fin otras palabras que las siguientes:

—¡Qué hermosa estáis, doña Ines! ¡Qué hermosa estáis!

Y ¡oh fatalidad! Fatalidad la de D. Ramiro entónces, nada ménos encaminada que á inutilizar todas sus penitencias en un punto. No bien dijo estas palabras,

que envolvian en sí tan manifiesto amor, los flotantes cabellos de doña Ines vinieron á herir por casualidad su rostro; y Dios nos perdone, pero cualquiera habria dicho que cuando él los sintió pasar cerca, puso en ellos muy anhelosamente los lábios.

—¡Ah, D. Ramiro, D. Ramiro!—dijo la Reina no ya sin alguna turbacion al ver aquellas demostraciones inesperadas.—Si me amais todavía, ¿qué dificultad habeis de tener en concederme lo que os pido?

—Esposa mia, esposa mia,—respondió tartamudeando D. Ramiro:—no entiendo aún lo que decís: más dejad que estreche esta vuestra mano entre las mias: yo necesito sentir algo vuestro en mí, y conmigo.

—Toda yo estaré con vos siempre,—le dijo loca de júbilo doña Ines, al mismo tiempo que le estrechaba tambien por su parte una mano.

—¡Cómo te adoro, Ines!—dijo en esto, y fijando ya en ella sus ojos, sin más titubear D. Ramiro.

—Oh, gracias, mi señor. ¿Quereis que dé ahora mismo las órdenes para que juntos nos marchemos á una ermita de la montaña? Vereis allá como pasamos la vida en penitencia, y soy toda vuestra, orando yo por vos, y vos por mí, sin otra idea que la de nuestro comun y eterno reposo.

—No, no me has entendido, Ines,—repuso ya arrebatado D. Ramiro con voz ronca: y asiéndola de un brazo con todas sus fuerzas, le dió entónces un verdadero ósculo de amor en los lábios.

Doña Ines le miro á la sazon conmovida, y vió que sus ojos brotaban llamas, que sus lábios estaban cárdenos, que todo su semblante denotaba los impulsos

mal reprimidos de una pasion desatentada, ciega, al parecer irresistible.

Miróle y tembló, y en aquel punto mismo, tornó á desaparecer su alegría y sin saber por qué prorumpió de repente en un copiosísimo llanto.

—¿Qué, lloras, mi amor, lloras?—dijo D. Ramiro, recogiendo las primeras lágrimas que rodaron por las mejillas de doña Ines, con sus propios lábios.

—Lloro,—respondió la Reina,—porque claramente veo ya, que es imposible que vivamos más juntos.

—¡Imposible!

—¡Imposible, ay de mí! Sí, imposible: este arrebato de pasion que estais sintiendo pasará pronto, y en el propio punto que pase, os arrepentireis, y, aunque sea tan sin culpa mia, llegareis á aborrecerme del todo, por haberlo excitado en vos.

Un verdadero torrente de lágrimas descendia en tanto por las mejillas de doña Ines, que se habia levantado ya, y tendia los brazos trémulos hácia el cielo.

La luz de la razon alumbró entónces de repente á D. Ramiro, y exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Infeliz, infeliz! ¿qué hago? ¡Mujer fatal! ¡Ah triste de mí!....—Y saltando tambien del asiento se alejó largo trecho.

—Quería,—continuó doña Ines entre sollozos,—que viviésemos ya siempre como hermanos, como verdaderos hermanos: yo tengo ¡ay! valor para eso, ¿por qué no habiais de tenerlo tambien vos, esposo mio?

—Porque yo soy un miserable, y vos un ángel,—

gritó D. Ramiro dándose á la par fuertes golpes de pecho.—Porque yo estoy condenado irremisiblemente; porque mi carne es flaca de tal suerte, que no basta el espíritu para refrenarla; porque yo no se mantenerme en mi deber; porque yo no merezco sino tormentos eternos.

—¡Oh, calmáos, calmáos, D. Ramiro!—dijo doña Ines, enjugándose con las manos las lágrimas y dirigiéndose á él de nuevo afectuosamente.

—No, no hay calma para mí, ni puede haberla en este mundo; pero..... no os acerqueis doña Ines: vuestra funesta hermosura ciega los ojos de mi entendimiento, y me pone á merced del infierno..... Si es verdad que me amais, si no me aborreceis de veras, huid para siempre de mí..... que no os vuelva yo más á ver en esta vida.

—Pero es,—replicó la Reina,—que yo no tengo fuerzas para tamaño sacrificio; téngolas para vivir con vos, como con un hermano, fuera del mundo y sus pompas: téngolas para morir en un desierto, y áun para no deciros que os amo; y no las tengo para perderos de vista, para dejar de oir vuestra voz, de sentir vuestro aliento, de respirar el mismo aire que vos respiráis, y al cabo morir con vos.

—¿Doña Ines, doña Ines, quereis volverme loco?—exclamó desesperado el Rey.—¿No veis que necesito en esto de vuestra ayuda? ¿por qué me la negais?

—Y ¿quién me la dará á mí?—respondió la Reina otra vez anegada en llanto.

Pero en aquel punto se oyó una gran gritería en el alcázar, y pocos instantes despues, resonó en las

inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y oportunamente aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPÍTULO XXXI.

Donde se relata un famoso riepto y desafío, que cuando ménos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca

---

Por eso fueron traidores
En consejo, hecho y dicho:
Por eso riepto á los viejos,
Por eso riepto á los niños.....
Riepto el pan, riepto las carnes,
Riepto las aguas y el vino
Desde las hojas del monte
Hasta las piedras del rio.
(Reto á los de Zamora.)

A la Emperatriz pregunta
Le responda por su vida,
Quién era su caballero?
(Romance del conde de Barcelona.)

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar, significaban que á la tierna princesa doña Petronila, la traian ya en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los señores de su comitiva: el pueblo la seguia con antorchas, y derramando juncias y flores: todo era júbilo y entusiasmo en derredor de la augusta niña.

—¡Viva Aragon! ¡Viva Cataluña! ¡Viva la nueva Reina doña Petronila! ¡Viva el buen príncipe D. Berenguer! Tales eran los gritos que sonaban por todas partes.

D. Ramiro y doña Ines á un tiempo se levantaron, y volaron al encuentro de su hija, olvidándose de todo por un momento, al verla y oir las dulces palabras con que la princesa sabia ya nombrarlos.

¿Qué tiene de extraño? Eran padres.

Y por más que fueran grandes los extremos que D. Ramiro y doña Ines hiciesen en esta ocasion, de seguro los lectores de esta historia podrán de por sí imaginarlos, sin necesidad de que nosotros empleemos en ello tiempo y tinta.

Despues del de aquellas vistas vino el dia de los contratos entre el Rey D. Ramiro y el conde D. Berenguer de Barcelona; y luego la jura y coronacion, que fueron semejantes á otras, con cuya relacion comienza este libro, bien que mucho más bulliciosas y alegres.

Verdad es que faltaban los mejores ricos-hombres aragoneses: verdad es que las más notables familias de Huesca estaban sumidas en dolor profundo, y anegadas algunas en llanto.

¿Pero qué le importaba al pueblo del dolor de los potentados?

¿Qué habia de comun entre los pobres burgeses, que reian y cantaban, y los ricos y poderosos nobles, que lloraban y gemian?

Bien decia el viejo Lizana, tan diestro en todo ménos en evitar la muerte: bien decia que los burge-

ses de Huesca eran como los almogábares, enemigos de los ricos-hombres, por más que no osasen mostrarlo tan á las claras.

De tal suerte nos suelen representar las viejas historias, divididos siempre á los altos y á los bajos, á los nobles y á los plebeyos, conteniéndose unos á otros, y unos á otros oprimiéndose, hasta dar lugar á que los tiranos los igualen á estos y aquellos en la humillacion y servidumbre.

A la verdad, á D. Ramiro no puede llamársele tirano; pero el pueblo de Huesca más se inclinaba á su causa, aún despreciándole, que no á la de los ricos-hombres, á quienes aplaudia y admiraba ordinariamente, sin embargo: no sin culpa de ellos, que no sabian ser afables como valientes, ni justos y modestos, como eran poderosos en oro y armas, y ricos en reputacion y servicios.

Y aún por su culpa tambien los aborreció tanto Aznar: por culpa de ellos el hijo de la montaña movió su brazo al hecho terrible que habia estado pagando con su propia sangre, en el lecho de dolor donde le hemos visto sin otra compañía que la de Fortuñon y Castana. ¡Fué uno de ellos tan despiadado para su hermano!

Si los plebeyos hubieran seguido siempre la voz de los grandes, si en todas partes los grandes hubieran sabido atraerse el amor de los plebeyos, jamás el despotismo monárquico habria pesado sobre el mundo, y todos los pueblos tendrian lo que hoy tiene alguno: libertades tradicionales, veneradas, eternas.

Pero nos apartamos de nuestro propósito: narran-

do estamos crónicas novelescas, que no escribiendo discursos políticos.

Ibamos pues, por la jura y coronacion de doña Petronila y D. Berenguer, como Reyes de Aragon; y no habíamos salido ni teníamos por qué salir de los viejos muros de Huesca.

Dió D. Ramiro al conde el reino de la manera que se extendia, y habia sido poseido y adquirido por el Rey D. Sancho, su padre, y por los Reyes D. Pedro y D. Alonso, sus hermanos, encomendándole sus tierras y súbditos. Y obligólos juntamente á ellos, bajo juramento, á guardar fielmente la vida y cuerpo del conde, sin ningun engaño, y á obedecerle lealmente por la fidelidad que debian á su hija como su natural señora. Dicho se está que en cambio juró el conde no enajenar parte alguna del reino, y mantener en su fuerza y vigor los fueros, usos y costumbres del reino; que no eran hombres los aragoneses, áun desacordes y mal unidos como entónces, para sufrir que los gobernase hombre que no ofreciese respetar y guardar sus heredadas leyes: aquellas que el consentimiento comun daba por justas y venerables.

Por la tarde de aquel dia, de clara y venturosa memoria, acudieron los Reyes viejos y los Reyes nuevos á la usadas justas y ejercicios caballerescos; que más que nunca parecian indispensables en tamaño caso.

Inmenso pueblo rodeaba la entrada, y muchos hidalgos y damas de pró ocupaban las gradas del palenque, con tal ocasion levantado.

Eran ciertamente las damas más ricas y hermosas,

y los más apuestos galanes, no ya de los contornos, sino de toda la montaña, y aún de Zaragoza misma, las que embellecian, y los que coronaban los andamios. Ya iba mediada la fiesta, y nada de particular habia acontecido. Sin rumor notable, ni percance desdichado que turbase el *viva la gala*, con que asordaban el aire los farautes, habian ya probado su destreza y gallardía los mejores caballeros allí presentes de Aragon ó Cataluña.

Notábase sólo que los justadores aragoneses quedaban muy por debajo de los de la comitiva del conde de Barcelona: con lo cual no faltó ya quien para sí recordase á los muertos ricos-hombres.

—¡Oh! si estuviese aquí Roldan,—dijo tambien al cabo uno de los espectadores al que tenia más cerca.

—Aún Férriz de Lizana daria harto que entender á los catalanes con ser tantos sus años,—añadió otro.

Pero no se oyó más, y la multitud indiferente siguió aplaudiendo á los vencedores y saludando con desdeñosos motes á los vencidos; ya cuando en uno de los juegos tiraban los caballeros al tablado, ya cuando corrian sortijas, ya cuando rompian lanzas, repartidos en contrarias cuadrillas y escuadrones.

De pronto el eco de una ronca trompeta hirió los oidos de los circunstantes.

Todos miraron de acá para allá, y nadie acertaba con el motivo de aquella novedad extraña, cuando vieron entrar por las puertas del palenque hasta quince ginetes con ropas de luto, y armas de negro color: quitadas las sobrevestas, y como disfrazados: todos con un fénix por divisa, y tal mote «*Así esta honra.*»

Delante venian dos reyes de armas ó farautes, y cuatro músicos con sendos atabales ó trompetas, tambien vestidos todos de negro; los unos como los otros montados en negros y poderosos caballos. Adelantáronse en cuadrilla farautes, músicos y paladines hasta la mitad del palenque; y allí, sin solicitar la vénia de nadie, tocaron á silencio las trompetas, y los ginetes hicieron alto. En seguida uno de los farautes, levantando la voz, hizo el pregon siguiente:

—¡Buenos hijos-dalgo! ¡Buenos hijos-dalgo! Presentes hay quince que lo son tanto como el que más de vosotros; venid á ellos, venid uno á uno, quince á quince, ó ciento á quince, cuantos sean los que osen mantener en campo que fué justa la sentencia de muerte que se ha ejecutado en los muy poderosos y ricos-hombres de Aragon. Lanzas hay aquí que mantienen lo contrario; y yo desde ahora acuso de aleves á sus juzgadores, no ménos que á los que tan mal hecho aprueben, puesto que aprueban en él muy clara traicion, y muy manifiesta alevosía. Campo, campo, armas iguales, y acudid luego, hijos-dalgo, si los hay; que con el ayuda de Dios, de la Vírgen María y del Sr. San Jorge ha de probarse aquí que hubo traicion y alevosía en la muerte de aquellos caballeros honrados.

Imposible seria pintar la confusion que estalló en los andamios y tablados del palenque, al ver entrar á los paladines desconocidos, y oir despues aquel inesperado pregon, y atrevido desafío.

Hubo al punto quien sospechó que fuesen los enlutados almas en pena de los ricos-hombres. Y si esto

era así, se levantaban por cierto de sus tumbas, pegadas otra vez las cabezas á los hombros, fuertes y poderosos como en sus mejores dias, para vengar su muerte y defender su honra.

Otros, los ménos quizás, sostenian que no eran sino hijos ó deudos de los ricos-hombres, que hacian el riepto por sus mayores.

Y miéntras tal decia: «aquel es Férriz de Lizana; parece que nada le haya sucedido:» tal otro replicaba: «no es él sino Corberan, el mayor de sus hijos; y este de aquí es Fortun, el menor de ellos, que vendrá por Roldan, ó por alguno de los ricos-hombres, que no dejaron quien tomase su causa.»

De todas suertes, la confusion y la curiosidad eran grandes, y más todavía que entre la multitud en la corte, y en el preminente y pintado cadalso ó tablado, desde donde veian la fiesta los Reyes.

D. Ramiro, que durante toda la tarde no habia mirado una vez siquiera á doña Ines, fijó en ella ahora los ojos, como si la pidiese amparo, y luego los clavó en el suelo con espanto. A doña Ines, como mujer al fin, aunque Reina, luego se le agolparon las lágrimas á los ojos, que no era tardía ni difícil en ellas. Sólo el conde D. Berenguer conservó su serenidad y buen humor ordinario.

—Par diez,—dijo,—que son los quince buenos ginetes, y áun deben de ser buenas lanzas. Júroos don Ramiro, por los negros ojos de esta mi dama niña, que quisiera ver á qué sonaban algunas de ellas en mi armadura milanesa. Bien aventurado aquel que en esta ocasion «*mostraret hoc verum esse per sacramen-*

tum quod defenderet per duellum,» como decia el pergamino aquel que me dieron á mí en cierta discordia los sabidores de leyes. Parece que aquí tambien, aunque no sé ni me importa por quién, *judicatum est decerni per duellum.*

A nada de esto le contestó D. Ramiro, aunque más debia de entender de aquellos latines que el conde mismo, que los repetia quizás, sin saber su exacto sentido, como muchos ayudan á misa en nuestros dias.

Y los farautes en el entre tanto, no satisfechos con la primera vez, de nuevo repetian el reto ó riepto.

—Traidores serán los hijos como sus padres, si es que esos son hijos de los ajusticiados,—dijo en voz alta á la sazon un cierto hidalgo aragonés, cortesano viejo, y anheloso por mostrar su adhesion al de Barcelona.

—No, por Dios, no lo son hoy,—respondió éste al punto,—en defender la honra de sus padres, y procurar que resucite la suya propia, segun parece por la empresa de sus escudos. Y cierto que es muy de loar el deseo que tienen de exclarecer en este riepto y juicio de Dios, si fué ó no justo el tal castigo; que yo en lugar de ellos haria lo mismo. Ya vereis cuan ciertamente dice Dios aquí ahora, cuya es la justicia, y cuya la injusticia: que yo no he visto que en casos tales deje de decirlo jamás. Todo honrado caballero ha de ser amigo de estos buenos juicios de Dios, precisamente.

Calló avergonzado el cortesano entónces; más no por eso parecia que hubiera de hacer buena el suceso la opinion del conde. Porque á la verdad, si los man-

tenedores se mostraban dispuestos al combate, altas las lanzas y descolgados ya los escudos, no se veia en derredor hombre ni caballo, que pareciese dispuesto á entrar en la liza y responder al riepto, con las armas.

Léjos de eso, por acá y por allá, corrian rumores que al parecer indicaban, que no se presentaría al desafio, como no se habia presentado hasta allí en la estacada, ni retado, ni campeon alguno.

—Ahora se verá,—decia ya uno, en los andamios, y en cierto corro de caballeros aragoneses,—ahora se verá con esta prueba del campo, como eran inocentes y leales los ricos-hombres, y como son aleves sus matadores.

—No dire yo tal,—respondió un jóven hidalgo;—más no temo afirmar con todo eso, que ó justo ó injusto, no habrá caballero en Aragon que quiera hacer campo por mantenerlo, segun se acostumbra en todo el mundo, en tan difíciles casos.

—Así es la verdad,—añadió un tercero, que por el talante y traje parecia de mediana fortuna.—Aquí me teneis á mí que pienso que el castigo fué justo, porque todo querian gobernárselo ellos de por sí, sin otros títulos que ser más ricos ó más viejos, no mirando que corria por Aragon tan buena ó mejor sangre que la suya. Mas, con todo eso....

—¡Ah! Sí, con todo eso,—continuó otro interrumpiéndole,—no sostendríais tal opinion con la lanza, porque no parecería bien en ninguno de los castillos ni casas fuertes del reino. Bien se comprende tal; que cierto yo pienso otro tanto.

—Y áun yo,—dijo una voz á la espalda.

—Eso mantengo,—añadió otro.

—Y yo, y yo,—repitieron no pocos entónces de los que podian oir aquella plática.

En otro tablado, un poco más apartado del que ocupaban estos aragoneses, se hallaban varios caballeros catalanes los más de los cuales habian acompañado á D. Berenguer desde el llano de Lérida.

—¿No sostendreis vos este campo?—dijo uno de ellos, bien poblado de barba negra, al que tenía más cercano.

—No por cierto,—respondió éste, preguntándole con tono irónico al propio tiempo.

—¿Y vos?

—Tampoco,—contestó el otro.

—¿Cuánto há que os dejais rogar para hacer campo, buenos caballeros?—Repuso el de la negra barba mirando á más de uno de los concurrentes.—No era así eso cuando andábamos juntos, y trotábamos armados á espaldas de Santa María del Mar.

—Ni hoy seria así,—le respondió uno de los oyentes,—á presentársenos en Barcelona otro tal trance. Porque ¿creéis,—añadió acercándose á su interlocutor;—creéis, valeroso caballero, que ésta sea causa en que pueda poner mano un hombre de pro?

—*Aut in campo aut in cruce,* pienso yo que pueda esto bien probarse,—dijo un clérigo, con agria voz, é interviniendo en la conversacion, sin que nadie le llamase.

—Eso el juicio de Dios lo ha decir,—respondió á

los dos procedentes interlocutores el barbinegro;—aunque yo al campo me atengo.

A este punto llegaban cuando nuestro bien conocido Pedro de Fivallé, se acercó á los caballeros que así hablaban, y les dijo:

—Manda nuestro buen señor el conde, que os avise que dá cumplida licencia, y permiso para hacer campo á cualquier hombre bueno y caballero de Cataluña que quisiere lidiar sobre esta querella. Sabeis no embargante que seria contado por aleve y malsin quien se prestase á combatir, si su conciéncia no le dijere que es justa la causa.

—Eso nos salve,—dijo uno.—Vé, pues, y respóndele al conde, que prontos estamos á lidiar, si él lo manda; pero que, de voluntad propia, no nos permiten que lo hagamos nuestras cristianas conciencias.

—Lo mismo me acaban de contestar ciertos caballeros de Aragon, á quienes me ha enviado D. Berenguer de parte de su Rey,—dijo oficiosamente Fivallé, y partió con la respuesta.

Al oirla, y ver que las horas pasaban en vano, sin que ni un sólo paladin entrase en la liza, la alegre y serena faz del conde de Barcelona se fué nublando: las arrugas de su frente parecieron de nuevo preñadas de ira. De cuando en cuando volvia los ojos á D. Ramiro, y la postracion de aquel encendia más y más el fuego de su sangre; y el dolor de doña Ines, la cándida sonrisa de la princesa doña Petronila, los murmullos de la plebe impaciente, que ponia de nuevo en tela de juicio si habria sido ó no justo el castigo de

los ricos-hombres, todo le impulsaba, á lo que podía juzgarse, á una resolucion desesperada.

—Oidme un punto en puridad, D. Ramiro,—le dijo al fin al Rey.

D. Ramiro alzó los ojos tristemente.

—Ayudadme en lo que os toca, procurando sólo disculpar mi partida, ó hacer de modo que no me echen siquiera de ménos. En cuanto á mí, voy á tomar mis armas y á derribar yo sólo de sus sillas á esos arrogantes campeones.

—Y ¿si os matan? ¿Qué vá á ser de nosotros?—replicó D. Ramiro asustado.

—Este ha de ser el juicio de Dios,—repuso don Berenguer:—¿no sabeis que es infalible su justicia? Él peleará por el bueno y humillará á los malos.

—Pero el malo, el más malo de todos soy yo,—dijo, no sin un gran suspiro el Rey.

—¿Que eso penseis?—contestó D. Berenguer.—Para mí tengo que los ricos-hombres están ya condenados en la otra vida.

—Pero yo lo estoy en esta, yo lo estoy ya en esta: tan condenado como haya podido estarlo cualquiera..... ¿Creeríais,—añadió bajando la voz,—que todavía me hubiera dejado vencer de la concupiscencia? Pues he estado á pique de cometer no há mucho aún el más horrible de los pecados.

—Idos á un fraile, que no á mí, con esas,—dijo D. Berenguer ardiendo en cólera:—por mi parte voy á defender á mi dama y á mi Reina, como ya me toca hacerlo. ¿Quereis que salgan vencedores esos campeones en el juicio de Dios, y que en él quede decla-

rado por alevosía, lo que fué, todo lo más, rigorosa justicia? Si no ponemos de nuestra parte la justa sentencia, que Dios no deja nunca de pronunciar en la prueba solemne del combate, ¿qué autoridad tendrá en adelante este trono? ¿Qué respeto merecerá vuestra hija? Los mismos que os han ayudado á recobrar el poder, que malamente habíais perdido, se conjurarán contra el de vuestra hija; y trocaránse en admiradores y dolientes los que hoy son enemigos de la memoria de los ricos-hombres. Tal es la plebe, D. Ramiro: yo con ser mozo bien sé estas cosas, porque he procurado aprovechar las lecciones de mi padre.

—Haced, pues, lo que os plazca,—contestó D. Ramiro.—En verdad que á mí nada se me alcanza en esto del reinar, ni ya lo quiero tampoco. Dios os proteja ahora, y haga que sea este el último dia de mi infeliz reinado, cual tengo dispuesto.

—Ya vereis que traza me doy para descargar acero de esas acémilas.

Llamó tras esto á Yussuf y Assaleh, que aquel dia parecian más galanes que otras veces, y con alfanges más recorvados, más anchos hácia la mitad, y más brillantes que nunca; y entre uno y otro le prepararon caballo y armas bien pronto, miéntras que al decir del cronista, alegremente cantaba á media voz el coronado paladin este romance viejo:

¡Ah mal haya el caballero,
Que cabalgaba sin paje,
Si se le cae la lanza
No tiene quien se la alce,
Y si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce!

Dió luego, en particular á Fivallé ciertos pergaminos que tenia en el seno, y que llevaba siempre consigo en las arriesgadas empresas y aventuras, que solia acometer á cada paso. Sin duda se contenia en ellos su última voluntad; y en verdad que no era preocupacion sobrada cuando, al parecer, habia de lidiar él sólo contra quince defensores ó campeones. Antes de salir al fin, de la tienda ó pabellon en que se hallaban los príncipes, por algunos momentos retirados de la vista del público, dulcemente puso sus lábios en la frente de la Reina niña: era el primer beso de esposo.

CAPÍTULO XXXII.

Donde se pone tan en claro como suele estar el mediodía que fueron bien muertos los ricos-hombres.

Abajan las lanzas delant' los corazones....
Martin Antolinez, metió mano al' espada.
(Poema del Cid.)

En los regocijos de armas, quiso entrar disimulado, y luego era conocido por la apostura y donaire que tenia.
(Historia de un Emperador, y Rey de España.)

¡Oh alma fuerte, é ingenio de buen humor! no sin razon exclama al comenzar este capítulo el cronista muzárabe. Nadie en lo uno ni ó en lo otro igualó jamás, como él dice, á

¡este conde D. Ramon
flor de la caballería!

Ninguno de los espectadores del riepto esperaba ya que lo aceptase ninguno cuando:

ya que el plazo se cumplia,
armado de todas armas,
bien á punto se ponia,

aquel que habia al fin de mantener el campo.

Una trompeta sola respondió de repente al estruendo y gallardía de las trompetas y atabales de los acusadores, anunciando que un ginete acudía á disputarles el campo. De allí á poco entró éste en el palenque sin farautes que proclamasen su nombre ni su casa, ni escuderos que lo acompañasen,

en un caballo morcillo,
muy rijoso en demasía.

Así el texto mismo del cronista. Todos los ojos, añade, que se fijaron en él, pero ninguno supo conocerle.

No traía mote ni divisa: sus blancas armas no eran tan ricas que denotasen caballero de alta clase, ni tan conocida su apostura que con solo verle pudiera decirse quien era.

Pero miéntras todos se fijaban inútilmente en su persona, el ginete recien venido llegó al sitio donde estaban los mantenedores, y con sereno continente, y alzando la voz, dijo:

—Quien quiera de vosotros ser primero en la lid, salga adelante.

No bien acabado de decir esto, miró ya enfrente de sí á uno de los de las armas negras: el que estaba más cerca.

—Tened, D. Jaime,—gritó al paladin otro de los que venian con él;—tened, y averiguad primero si éste es caballero de cota de armas, y sin reproche, como nosotros.

—Y ¿cómo sé yo que vos lo seaís?—replicó el recien venido con firme acento:—¿quién os mete en

averiguar si soy caballero ó no, cuando yo no he preguntado siquiera vuestros nombres? Díganlo luego las obras quien somos.

—Tiene razon, valeroso D. García,—repuso el don Jaime:—que puesto que nosotros no estamos para descubrinos, por fuerza hemos de aceptar el combate cualquiera que sea el campeon que se presente.

Y al decir esto, movió ya su caballo para prepararlo al arranque.

—Paso, paso, no ha de ser así, sino con todas las reglas de caballería, y leyes del Fuero, este encuentro y batalla: paso, si quereis tener seguro el campo, y á ley de buenos caballeros.

Así gritó en aquel propio punto á los contendientes, uno de los dos jueces de la estacada; que bien que elegidos sólo para intervenir en el juego de armas corteses, tampoco eran hombres de espantarse de los verdaderos hechos de armas, ni de excusar su oficio en formales y sangrientos encuentros. Tiempos eran estos en que con frecuencia solia suceder, como dijo luego el romance, aquello de que,

«las cañas se vuelven lanzas.»

Ni podia ser ciertamente de otro modo, cuando el valor y la fuerza eran la ley comun de las acciones humanas; y todo, por uno ú otro camino, se sometia á su imperio.

Detuvieron con dificultad ya el arranque á los poderosos bridones que montaban ámbos contendientes; miéntras se les tomaba á ellos, y todos los demás paladines, el juramento de no traer yerbas, ni armas en-

centadas, y el de tener por justa su causa, y se daba una grita y pregon ordenando lo siguiente: «que ninguno »fuere osado, por cosa que sucediere á cualquier »caballero, de dar voces ó aviso, ó menear mano, ni »hacer seña, so pena de que por hablar le cortarían »la lengua, y por hacer seña le cortarian la mano».

Hecho esto, los propios jueces ó fieles mandaron sonar toda la música que allí habia, con grandes estruendos y en tono rasgado de romper batalla; y un rey de armas gritó por tres veces, y arrojando á la última un guante: «*Laissez aller.*»

Entónces, lanza en ristre, partieron á encontrarse los dos caballeros; con tan triste suerte para el de las negras armas, que, dándole su adversario por la visera del almete, le metió todo el hierro por el ojo izquierdo hasta los sesos, haciéndole saltar el ojo del casco, y dejándole allí clavado un palmo de su lanza rota.

La curiosidad con que hasta entónces asistia al imprevisto caso el auditorio, se convirtió de repente en admiracion ó espanto. Nadie, sin embargo, se atrevió á aplaudir al vencedor, por compasion al infeliz caballero, que tan pronto habia mordido la tierra.

Así como suele decirse, en un abrir y cerrar de ojos, otro guerrero negro ocupó el lugar del muerto. No tardó en oirse nueva señal, ni tardaron á partir los caballeros; mas no se encontraron en las dos primeras carreras, por culpa del caballo que traia el de las armas negras, que no quiso arrancar derechamente, por más esfuerzos que hizo su ginete para ello.

Al cabo se toparon á la tercera vez, y con no menor fortuna para el que pleiteaba en contra de los ricos-hombres; porque hiriendo á su contendor en medio del peto, resbaló de allí, y le lanzó el hierro por debajo del sobaco derecho, donde no cabia que hubiese armadura, por lo cual le hizo una grande herida, pasándole un buen trozo de lanza de parte á parte del brazo, y derribándole con la fuerza del encuentro en tierra.

Al ver que el hierro de lanza rota le salia por tan cerca del pecho, y al notar que no movia brazo ni pierna, los circunstantes le tuvieron tambien por muerto. Pero el rey de armas y un faraute le cataron ó registraron, hallándole con herida que no parecia mortal; y por la respiracion y el pulso, comprendieron luego, que, al caer del caballo, habia perdido con el golpe que dió con la cabeza en tierra, el sentido.

Dióse sin más por vencido á aquel segundo retador; y el pueblo, libre esta vez de angustia, prorumpió ya en clamores de aplauso al caballero sin mote, que así comenzaron á apellidar al que iba contra los ricos-hombres ajusticiados; y en vayas de desprecio al malhadado escuadron de los contrarios.

—Callad, villanos,—dijo uno de ellos,—que yo haré de modo que rescate, por mi persona, los pasados vencimientos.

Y se adelantó á ocupar el puesto del recien caido, sin que le hubiese llegado la vez.

Sonaron de nuevo atabales y trompetas, oyóse otra vez el *laissez aller*, y los caballeros partieron uno contra otro. Al récio encuentro, volaron las lanzas

en pedazos, pero en esta ocasion, sin que ni uno ni otro vacilára en la silla.

Una aclamacion inmensa se oyó por todas partes viendo ya igualado, al parecer, el combate; y el interés general puede decirse que con esto se acrecentó más todavía.

Volvieron á arremeterse los caballeros con nuevas lanzas, y tambien las hicieron astillas: y el furor de ámbos, era tanto, que, precipitándose uno sobre otro en la carrera, llegaron á chocar con sus propios cuerpos, y en poco estuvo que del encuentro no midiesen los dos el suelo.

Fué éste contendor de los quince el que puso por algun espacio el juicio en duda; pero cayó tambien al cabo, y segun dice textualmente la crónica muzárabe, que lo más de este capítulo lo pone en verso,

siete lanzadas tenia
desde el hombro al calcañal,
y otras tantas su caballo
desde la cincha al pretal;

que eran señales bastantes, para probar el encarnizamiento con que allí peleara el vencido.

Otros dos ocuparon el puesto de los caidos, y ámbos sucumbieron; pero el vencedor, despues de haber derribado los cinco ginetes, comenzaba ya á moverse tardamente, y parecia rendido de fatiga. Muchos del concurso comenzaron á clamar á voces que el retado habia ya cumplido de sobra con su deber, y que el lidiar con más de cinco era contrario á las leyes de caballería en España.

—Por San Jorge,—dijo, á la sazon uno de los ca-

balleros catalanes, con quien poco ántes hemos trabado conocimiento,—que no hay mejor lanza que esa en todo el mundo; y es gran dolor que su mala causa no permita ayudarle.

—¡Mala causa!—dijo el barbi-negro, que tampoco nos es desconocido:—mirad si puede serlo, una que permite á su campeon derribar á cinco honrados ginetes seguidos. No he visto igual caso en mis dias.

—Tampoco he visto yo,—repuso otro,—que Dios deje tan sólo á los que defienden buen derecho: el campeon es valiente, sin duda, pero está claro que Dios quiere que muera. ¿Cómo es posible que él sólo resista tantos encuentros? Reparad en su aquejada y triste apostura: quizás la primera lanza que dé con él lo eche por tierra. Y ¿quién ha de tomar ya su demanda?

—Yo,—dijo el barbi-negro, levantándose súbitabitamente.—¿No reparásteis en aquel último bote de lanza? Pues yo conozco bien quien es quien los sabe así dirigir en caso de apuro: él me dá indicios de quién sea el buen caballero, que de otro lugar ha desaparecido, por lo que advierto, y está sin duda comprometiendo, más de lo que todavía pensais en la liza. Puesto que no hay quien mande ya cesar esta lid desigual, allá voy yo por lo ménos, si no á vencer, á morir con él en la demanda.

—Pero reparad que si os conocen corre gran peligro vuestra persona: aquí mismo es, en este tablado, y me parecia á mí ya imprudencia que estuviéseis,—le advirtió un circunstante.

—No importa,—respondió el determinado caballero secamente, y partió como un rayo.

Pocos momentos despues, ya no era uno, que eran dos los caballeros opuestos á otros tantos acusadores. Y como si un mismo pensamiento hubiese brotado en dos personas á un tiempo, ó la fortuna quisiera ponerse toda entera de una vez al lado del solitario caballero, ántes que hubiese roto lanza aquel nuevo campeon, que maravillosamente tambien peleaba, y se revolvia, en un alazan brioso, apareció en su favor otro tercero, no de tan apuesto continente por cierto, ni tan ginete como los primeros; pero no ménos ardido y esforzado en la apariencia.

Nueve de los paladines que acusaban la alevosía quedaban de pié aún: el caballero sin mote, y sus dos aliados, que tampoco lo traian, la emprendieron con ellos, de modo que hubo de sostener aún cada cual tres encuentros.

Grande fué la fortuna con que peleó todavía el primero de los caballeros que habia acudido al reto. Despues de derribar á los cinco primeros adversarios con pocos botes de lanza, rompió tres en uno de los restantes, sin duda porque el cansancio le hacia ya ser ménos certero en los golpes. Sin embargo, echó por tierra tambien al cabo á su contrario, que era muy inferior á él en fuerzas corporales, y parecia ménos suelto en el manejo de armas y caballo. Los más valientes de los acusadores, en tanto viéndole ya tan fatigado, tuvieron á ménos medirse con él y fueron á buscar á los que llegaban de refuerzo: de suerte que se las hubo ya al fin aquella vez, y otra luego, con dos de los más flacos.

Cuando hubo rendido al último de ellos, despues de

derribado en tierra y puñal en mano, volvió los ojos en derredor buscando nuevo enemigo; pero no encontró ya ninguno. Solo habia de pié dos de los caballeros acusadores que, rotas las armas por muchas partes, desangrado ya el cuerpo, despedazado el escudo, todavía lidiaban desesperadamente con sus dos compañeros. De estos el uno permanecía montado, y peleando lanza á lanza; el otro tenía su caballo á pocos pasos tan sano y descansado, como si no hubiera llegado á servirse de él, y combatía á pié con la espada desnuda. *El sin mote,* apoyado sobre su lanza, roja de sangre la espuela que de la hijada del caballo manaba, rojo tambien el pretal y la cincha y, cási hecho pedazos el freno, se puso á observar los diversos trances de aquella doble lid, en que bien podía tocarle á él alguna parte todavía.

—Malsin,—gritó de pronto, al ver que uno de los enemigos venía de nuevo á toda rienda sobre aquel de sus compañeros que peleaba á pié.—¿Cómo no tiras la lanza, y del caballo te derribas y peleas de espada á espada con ese buen caballero que tienes delante? ¿Así osas lidiar con ventaja delante de hombres honrados?

No debía de ser muy grande con todo la que alcanzara de tal modo el interpelado, porque en aquel momento mismo fué vencido por su adversario.

Este había esperado á pié firme el arranque del caballo contrario, y hurtando el cuerpo con rapidez, habia evitado el golpe de la lanza: dando instantáneamente un salto, sepultó luego su espada, hecha ya una sierra, en el pecho del generoso bruto, que cayó al suelo, no sin aprisionar con su

cuerpo al ginete, que no pudo más levantarse por entónces.

Muchos del concurso, avezados á tales ejercios y combates, en voz alta se maravillaban de la extraña resolucion del campeon, que, sin motivo aparente, habia abandonado su caballo; y más todavía de la destreza con que habia vencido, cási del mismo modo que al último, á sus dos primeros enemigos.

Entre tanto, el otro caballero que habia ya hecho morder el polvo en un sántiamen á cuatro de los adalides del fénix, derribó de un soberbio bote de lanza al único de sus contrarios, que quedaba en pié todavía.

—¡Dios mio!—exclamó el primero de los caballeros al ver éste postrero golpe:—¿quién es, quién es ese que así maneja la lanza? Y dirigiéndose al victorioso ginete, le dijo:—Paréceme que nos conocemos, y que sabeis por quién háis lidiado, señor caballero, ¿no podríais decirme ya vuestro nombre?

—No he de decirlo, mi señor, sin que me concedais ántes el perdon que os pido.

—¿Perdon decís? ¿No acabais de merecer mi agradecimiento y el de todo Aragon, con ayudarme á mostrar que fué justo el castigo de los rebeldes vasallos del Rey? ¿No os debo á vos y al que está con vos la vida, porque de cierto no habria podido más resistir un buen encuentro?

—Es que yo he sido como ellos rebelde.

—Y ¿no creéis que sepa excusar mi buena amistad vuestra mala rebeldía?

—Es que he sido ya amigo, é ingrato.

—Para mí, sin duda.

—Para vos precisamente.

—Luego sois... sois Dapifer... Sois D. Guillen... Ya veis que no he olvidado vuestras lecciones en armas.... Pero ¿qué me hablais de perdon? Con lo que por mí aquí habeis hecho, no sólo se me olvida lo pasado, sino que nuevamente os cuento desde hoy por amigo. Mi senescal sois, y demás tened por vuestra de ahora para adelante la villa de Moncada, á fin de que en ella fundeis apellido y casa ilustre que recuerde al mundo la gran parte que habeis sido para acabar estas grandes cosas. Devuélvoos en suma toda mi gracia.... De vos depende, el D. Ramon Dapifer, alias de Moncada, no perderla ya nunca más.

Dicho esto, tendió su mano á Dapifer, que se arrodilló delante del concurso para besársela. Al propio tiempo se alzó la visera el conde, y entónces gritó todo el pueblo entusiasmado:

—¡Es D. Berenguer! ¡Es la flor de la caballería! ¡Es el Príncipe de Aragon! ¡Es el Rey de Aragon! ¡Es el conde de Barcelona!—Tales eran los gritos diversos.

D. Berenguer, en el ínterin, sin hacer alto en ellos, se dirigió hácia el otro caballero, que estaba de pié, y con la visera calada todavía.

—Y ¿vos,—le dijo,—quién sois que tan valerosamente tambien me habeis asistido?

—Soy, señor, uno que merece perdon por haber usurpado, aunque sin fortuna, el nombre y puesto de caballero. Pero, ¿quién sino yo, señor, debia poner su pecho al fallo de este juicio de Dios? ¡Perdonad-

me! Y descubriendo entónces el rostro, se vieron en él claras las pálidas y flacas facciones de Aznar.

—Caballero te armaré yo ahora mismo,—dijo el conde,—ya que tanto lo merece tu valentía. Pero..... ¿cómo osaste venir á pelear con tan recientes heridas? Dígote que bien mereces por eso sólo ser caballero, y que lo serás en este punto.

—No en mis dias, señor,—respondió Aznar.—No sientan bien las espuelas de oro en los hombres de mi laya: esta tarde misma he tenido que tirar la lanza y dejar el caballo, porque no sé pelear, sino al modo que me enseñaron mis padres, y con él me vá bien, y no quiero aprender otro, aunque sea el de personas que mucho valen más que yo. Almogábar he de ser, si me lo permitís, toda la vida.

—Pues sé, y ház lo que bien te cuadre,—respondió el conde,—que para tí Maniferro de todos modos he de ser yo siempre, en cambio, y el mismo caso he de hacer de tu valor con hábitos de caballero, que con esotros humildes que traer sueles.

La ira habia ya desaparecido de los ojos del conde, y en compañía de Dapifer y de Aznar se salió del palenque; miéntras las turbas del pueblo se retiraban murmurando:

—¡Bueno es el juicio de Dios! Ya no puede quedar á nadie duda: no hay más sino que eran de verdad aleves los ricos-hombres.

Al paso que un buen caballero de Aragon, y diz que deudo de más de uno de los muertos ricos-hombres, decia á otro de sus iguales, tristemente acariciando sus canas barbas:—por las armas queda ya

averiguado haber cometido los ajusticiados mal caso. ¡Ah malsines! ¡Quién lo pensara en bien nacidos caballeros como eran ellos!

Poco á poco fué dispersándose á la par el gentío, y ocupando solas el suelo, como el espacio, las tinieblas; porque apénas habia dejado tiempo para acabar el trance el dia.

Cuando soltó D. Berenguer en tanto su caballo, y subió al tablado lujoso donde habian quedado los reyes, halló todavía allí, rodeada de olorosas antorchas, á doña Ines, que le dió gracias con una sonrisa de profunda melancolía; y á la Infanta, que más cándida y más bella que nunca, se puso á juguetear con sus armas, las mismas armas que acababan de mantener su autoridad y su corona. D. Ramiro habia desaparecido, y al notarlo, dijo D. Berenguer para sí:

—Lástima es, porque con esta lealtad espontánea de mi Dapifer, tan opuesta á la tenaz deslealtad de sus vasallos, le habria acabado de enseñar y mostrar, sin duda, todo lo que para regir bien su reino le ha faltado.

CAPÍTULO XXXIII.

Que trata de cosas místicas: es quizá más que nin uno gustoso por ser el último de los que escribió el muzárabe.

Mea culpa, mea culpa,
Mea gravísima culpa.

Ya el lector inteligentísimo habrá comprendido por qué fué la extraña desaparicion de Aznar, de que dimos cuenta en el capítulo XXVIII de esta verídica historia.

El cronista muzárabe suele hacer cosas como esta, que es dejar de explicar los sucesos, cuando tienen lugar; y luego al cabo de tiempo hacer de modo que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á decirlo claramente.

Así debe de suceder ahora con el Rey D. Ramiro, pues dice, que acabado el juicio de Dios, salió del palenque, sin saber nadie adonde iba, y no vuelve á nombrarlo en su relato. En nuestra opinion, harto de-

ja entender, no obstante, á qué fué y lo que hizo, con el siguiente caso particular que fielmente trasladamos de sus páginas á las nuestras.

Al despuntar el dia, que siguió al de las justas y no imaginado juicio de Dios, dice que salieron de Huesca tres hombres; montado uno de ellos, que llevaba la delantera, en una mula, y los otros en buenos caballos.

El aparato no era guerrero; pero con todo, bien podia distinguirse desde léjos el relumbrar de las espadas que, los dos que montaban caballos, llevaban pendientes del cinto.

Cualquiera habria dicho que éstos eran escuderos de algun abad que caminaba á su iglesia, dado que por aquel tiempo no era prudente viajar sin tan razonable compañía, áun llevando tonsura y hábitos sagrados.

Y que fuese abad el ginete de la mula, no podia decirse de seguro, porque iba muy bien embozado en una ancha capa de lana, toscamente labrada; pero lo de eclesiástico, no podia faltar en él, segun el corte de su pelo y el ancho sombrero de tal que traia.

Pues es el caso, qne los tres ginetes se encaminaron al cercano lugar de Quicena, y atravesando sus polvorosas y desiguales calles, se encaminaron silenciosamente por la frondosa orilla del Flúmen á Mont-Aragon.

Pronto llegaron al pié de la redonda y alta montaña, en cuya cima se levantaban sus altos y almenados torreones; y dejando á la derecha la villa de Mont-Aragon, de que nó quedan hoy rastros siquiera, la

cual habia recibido su nombre del famoso monasterio, comenzaron lentamente á subir á lo alto.

La campana de la iglesia tocaba á misa á la sazon, y sus acentos, despedidos de la alta torre del centro, donde estaba situada, llenaban el aire, produciendo un indefinible sentimiento de melancolía y devocion.

De las vecinas montañas bajaban presurosos los campesinos á oir la misa del alba en el celebrado santuario, y todo lo largo del revuelto camino, que á él subia, mirábase lleno de gente fiel y pecadora, que acudia á implorar la gracia de Dios.

A la verdad hay pocas cosas tan poéticas como la misa del alba en el campo: los himnos espirituales de la iglesia se juntan con el himno universal de la naturaleza, aquel que cantan los pájaros de la arboleda y los manantiales de las rocas, y el eco de la soledad que vá repitiendo, sin olvidar ninguno, todos los murmullos y todas las voces que se levantan por las vecinas tierras.

Los tres desconocidos ginetes echaron pié á tierra ántes de llegar al foso, y se dirigieron al puente levadizo, que entónces estaba echado. La hora y la ocasion los eximieron de toda formalidad, y así nuestros tres caminantes, cruzando un cláustro cuadrado, que encerraba en sí un patio pequeño con arriates de flores, entraron en la única y estrecha nave de la iglesia, donde ya habia bastante gente esperando la misa.

El que habia traido la mula se desembozó al entrar, y se mostró vestido de monje benito: sus dos escuderos (conozcámosles por este nombre), se arro-

dillaron á la puerta, y él fué á colocarse de rodillas delante del altar mayor.

En el retablo habia una tabla con la imágen de Jesus Nazareno, la misma que Sancho Ramirez trajo de la montaña para levantar allí iglesia y fortaleza, que fuese cuartel general, como ahora se dice, del ejército de Cristo.

Delante de aquella imágen milagrosa habian consolado sus cuitas durante diez años los sitiadores de Huesca: allí tambien tomaron aliento para ejecutar tan gran conquista y emprender otras mayores.

El monje no debia ignorar tales historias, segun lo devotamente que tenía puestos los ojos en la imágen, y la verdadera contricion que mostraba su rostro.

Oyó misa sin levantarse un solo momento; y, terminada, estuvo aún por largo rato orando. Despues se encaminó á la sacristía y preguntó por el venerable abad de la casa. Uno de los acólitos le mostró un confesonario, en donde á la sazon se hallaba practicando santamente su ministerio, rodeado de gran muchedumbre de fieles; que enardecidos en cristiano celo, se disputaban el puesto con ácres palabras y descompuestas acciones, no de todo punto conformes con la ocasion y el lugar, mas, no por eso, ménos piadosas.

El monje fué allá, y léjos de precipitarse como los otros, aguardó pacientemente á que todos hubiesen acabado. Luego acercándose al confesonario:

—Padre,—dijo,—concededme la gracia divina.

—Hermano,—respondió el abad,—gran favor me haríais con aguardar á mañana, porque en verdad os

digo que me faltan ya las fuerzas. Hace tres horas que estoy aquí sentado, y tengo más de sesenta años conmigo: con que perdonadme, digo, y volved mañana, que ya oiré largamentente vuestras culpas.

—No puedo aguardar más, padre. Hace tres años que aguardo la absolucion, y cada dia necesito más de ella. Há muchas noches que no he dormido: voy á volverme loco.

—¡Tres años!—exclamó el abad sorprendido

—Tres años, sí;—continuó el penitente.—Yo soy un mal monje que se casó contra sus votos, y contra sus votos tuvo y gozó algunos bienes: yo soy aquel á quien mandásteis que dejára mujer y bienes para poder lograr y merecer la absolucion de tantas culpas: yo soy el mal abad, que á todos los de su órden, por ser en ella el primero, debió de dar ejemplo, y al contrario por su causa....

—Vos... ¿sois vos?....—dijo el abad,—y se levantó asombrado.

—Sentáos, padre mio, sentáos, y oidme por la misericordia de Dios. Soy sólo un gran pecador que viene á pedir absolucion de sus culpas. Así me otorguen su intercesion tambien los santos monjes benitos San Agapio y San Félix de Córdoba; y el insigne mártir San Zoil, en cuyo honrado monasterio de Santa María de Carrion tantos consuelos tengo recibidos de Dios, cuando no habia podido excusarme de la vecina prelacía de Sahagun todavía.

—Decis bien, hijo, que no hermano,—respondió el abad, sentándose al poco tiempo.—Quien quiera

que seais, poco importa ante el tribunal de Dios. Acercáos, acercáos más, para que nadie nos oiga.

Y el abad y el penitente, hablaron bajo por largo espacio de tiempo. Gemía éste de cuando en cuando: sonaba grave, lenta y alterada la voz de aquel; pero nada más se percibia.

Muy grande debió de ser uno de los pecados, no obstante, porque el abad, alzando la voz, de suerte que cási pudo ya oirse en toda la iglesia, dijo:

—Y qué, hijo mio, ¿eso imaginásteis? ¿Tanto os seduce contra vuestros votos la belleza de aquella mujer? Y ¿aún osais decir que la amais?

—Padre mio, sí, la amo todavía, y con toda mi alma: es un ángel. ¡Ah! es imposible verla y hablarla sin sentir por ella el amor que yo siento.

—¡Pecador!—replicó interrumpiéndole el abad.—Mirad que estais ante el tribunal de Dios. Mirad que es gran pecado el pensar siquiera en lo que hablais.

—¡Oh, perdon, perdon!—repuso el monje sollozando.—Me ha hecho compañía muchas noches, en mis desvelos y vigilias agitadas y medrosas; me ha asistido enfermo; me ha preguntado siempre los afanes que dejaban traslucir mis suspiros; me ha enjugado con su cendal no pocas lágrimas. Ha sido al fin por mucho tiempo la compañera de mis desdichas, y es madre de mi hija. ¡Me he separado ya de ella para siempre! ¡No he de volver á verla jamás!

—No basta,—continuó el abad.—Procurad tambien apartarla de vuestra mente, y no acordaros más de ella, si quereis ser agradable á Dios.

—¡Temo, padre, que me sea imposible olvidarla!

¿No os he ya dicho tambien, que es la madre de mi hija?

—Bastará que sinceramente lo deseeis, para que Dios os perdone, y preste su poderosa proteccion. No os acordeis de su belleza: no os acordeis siquiera de su virtud: el enemigo es sutil, y se introduce por donde ménos se piensa en los pensamientos del hombre. Olvidadla, olvidadla: no hay otro remedio, ya que tuvísteis la desgracia de haberla conocido.

—En cuanto á desearlo, padre, deseándolo estoy ya con toda mi alma: no hay cosa que más desee en este bajo mundo, aunque no lo haya logrado todavía.

—Bien, bien dicho, pecador. ¿Segun eso, estais verdaderamente arrepentido de vuestras culpas?

—Si lo estoy, padre mio. Diera mil vidas, si las tuviera, por no haber cometido la menor de ellas.

—Pues entónces,—dijo el abad,—bien podreis entrar en la gracia de Dios, mediante mi absolucion espiritual.

Confesor y penitente hablaron por algun rato todavía, y al cabo, levantándose aquel pronunció con voz solemne la absolucion; tanto, que llamó la atencion de los circunstantes.

Un momento despues, el monje benito salió de la iglesia y del monasterio, y se encaminó de nuevo á Huesca.

En una de las primeras calles, dejó á los escuderos que le acompañaban, y se entró sólo en la iglesia antigua de San Pedro el Viejo, aquella, que tal se llamaba ya en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.

Los dos, al parecer escuderos, se encaminaron en seguida al alcázar, entrando en él como en casa propia; y las gentes que los miraban pasar, se iban diciendo al oido:

—Ese es el conde de Barcelona con su favorito Moncada.

CAPÍTULO XXXVI.

De algunas averiguaciones y descubrimientos que no estarían demás, y omite sin saberse por qué el prolijo cronista.

Sonar gli archi d' un portico acuti
Fa una squilla a rintocchi percosse:
L'un con l'altro guardandosi muti
Stanno i monaci intorno a una fossa,
Atteggiati di cupo dolor.
TOMASSO GROSSI.—(*Canto di un Trovatore.*)

Hasta aquí escribió el viejo muzárabe, cuya relacion hemos seguido fidelísimamente, puesto que mucho nos haya dado que hacer con su pesadez y monotonía, y el sonsonete de antigüedad de su estilo, y, más que todo, con la mala letra gótica en que hemos hallado escritos estos pergaminos.

Trabajo nos ha costado tambien, y mucho, el trashojar, y compulsar, y revolver libros por acá y por allá, y el recojer detalles y pormenores sobre el fin de algunos de los personajes que hemos conocido en esta crónica.

La princesa doña Petronila, que, como sabemos,

contaba sólo dos años de edad, quedó bajo la tutela del conde D. Berenguer de Barcelona, despues de unirse con él en esponsales de futuro, y de concertarse que se llevaria á término y consumaría el matrimonio en tiempo oportuno

Y en efecto, este matrimonio se verificó, y los años adelante fueron famosos por España, y por todo el mundo, el Rey D. Berenguer y la Reina doña Petronila, hombre aquel de gran valor y cordura, modelo ésta de esposas honradas y de buenas reinas.

Y de Aragon y Cataluña se hizo entónces aquel poderoso Estado, que dió al mundo tanta envidia con sus leyes, y tanto pavor con sus armas y conquistas.

Nadie hubiera creido, ántes de verlo, que pudiera llevarse á dichoso término, union que tenia por cimiento un matrimonio concertado entre personas de edad tan diversa. Pero el suceso demostró que la virtud de los príncipes y el patriotismo de los pueblos, hace de ejecucion fácil lo que más absurdo parece á los ojos descontentadizos del sentido comun.

No hubo en uno ú otro pueblo, quien recordase más en adelante si era catalan ó aragonés, ni se diese por vencedor ó vencido, por dominado ó dominante, por señor ó vasallo. Y cierto que es imposible distinguir en las historias, cuál de los pueblos lidió más y mejor en los ejércitos de D. Berenguer y D. Jaime, don Pedro y D. Alonso; cuál de ellos contaba más diestros soldados en las naves de Roger de Lauria, ó en los escuadrones de Berenguer de Entenza; cúya fué la principal gloria en las empresas de las Baleares, de Sicilia y de África; cúyo el esfuerzo mayor cuando

fué preciso arrojar á los franceses del otro lado del Pirineo, ó ganar los castillos de Nápoles; cúyo el más acendrado patriotismo, cuando, unidas las dos naciones hermanas con su otra hermana Castilla, arrancaron entre las tres la media luna de las torres de la Alhambra. Aragoneses y catalanes corrieron el mundo buscando campos de batalla, no bien conquistada Murcia por los castellanos, se hallaron sin frontera de moros donde ejercitar su valentía; y hubieron de oir, á su pesar, el temeroso grito del almogábar, los sofistas corrompidos de Constantinopla y los feroces ginetes de la Tartaria, los espléndidos barones de Aténas y los crueles xerifes de África. Siempre vencedores, jamás vencidos, sus chuzos, sus dardos, su desnudez, su miseria, dieron envidia y espanto á las más afortunadas naciones, así á las que nacian, como á las que morian, lo mismo al imperio turco que al Bajo-Imperio. Siglos y siglos han pasado despues de aquella union afortunada, y todavía los pueblos hermanos no se han hartado de bendecir los nombres de sus autores, el conde D. Berenguer y la Reina doña Petronila.

No quedó tan glorioso el de D. Ramiro, bien que viviese en San Pedro el Viejo, con muy santa vida, el resto de sus años. Cuéntase que no podía oir el sonido de la campana del monasterio, aquella campana de perdon tan siniestramente sustituida por Aznar, sin que las lágrimas viniesen á sus ojos, y salieran de sus lábios algunas oraciones.

Pero es de creer, sin embargo, que allí entre las columnas del sombrío cláustro, y en las lóbregas ca-

pillas bizantinas en él enclavadas, y en el cercano cementerio de los muzárabes, se fuesen apagando sus pensamientos de amor, y sus recuerdos de doña Ines y del mundo.

Y si Dios no quiso quitarle los remordimientos de todo punto, algo los aminoraría, por lo ménos, aquella mansion devota, donde todo respira penitencia, y todo impone al alma resignacion y silencio.

Porque, de instante en instante, debió irse allí acortando su fantasía, secándose de momento en momento su corazon; y fuerza es que, al morir su fantasía, murieran tambien sus temores vanos, y que, al agotarse su corazon, fueran desapareciendo en él los contínuos dolores que ántes lo devoraban

Y ¿quién sabe si le alentaria á llevar con resignacion su infortunio el recuerdo por todas partes escrito en las piedras del muro, y en las losas del pavimento, de los infelices cristianos que allí iban á llorar su cautividad y miseria, en los dias que poseyeron á Huesca los sectarios del Islamismo? Como Dios los favoreció al fin á aquellos, sacándolos de las manos de los infieles, pudo ciertamente favorecerle á él, librándole del peso de sus pecados antiguos.

Murió al fin: murió D. Ramiro, á solas con las piedras de San Pedro el Viejo, sin que nadie pueda ya decir cuáles fueron sus postreras palabras, ni sus esperanzas postreras, ni á quien iba encaminado el último de los pensamientos humanos que ocuparon su mente, ó el último de los suspiros que por humano sentimiento salió de sus lábios. Sus hermanos recogieron su cadáver, envuelto en bayetas, y con el ci-

licio puesto todavía, y vaciando el sepulcro de un romano, hallado entre los restos de la grande Osca de Sertorio, dentro de él lo depositaron. En aquella urna gentílica se ven representados con las acostumbradas figuras de ancianos, volcando sus cántaros, los dos humildes rios, que pasean el llano de Huesca, la Isuela el uno, el otro sin nombre, que denomina *Flúmen* á secas la geografía, desde los tiempos latinos. Dos alados génios parecen sostener el busto del primer vecino de aquella habitacion fúnebre; quizá algun epicúreo, muerto al fin de uno de los convites cuya alegre descripcion ha dejado Petronio, ó en medio de los viles amores que el mismo ha descrito. Allí ¡singular capricho del tiempo! ha permanecido el Rey monje, bien olvidado por muchos siglos; hasta estos años últimos, en que los versos inmortales de un gran poeta, y la humilde prosa mia, se han ocupado en dibujar su persona.

De su esposa doña Ines se sabe que vivió tambien muy santamente lo que le quedó de vida, sin olvidar un momento á su esposo; mas sin quejarse por eso del abandono en que se hallaba.

Aznar se casó con Castana, segun consta de unas viejas escrituras, heredándolos los reyes muy razonablemente, segun la promesa de doña Ines. Y cuéntase que Aznar fué famoso siempre entre los almogábares por su valor y crueldad, y que dejó hijos que no desmintieron del padre, los cuales engendraron á otros que fueron de los más nombrados en las campañas de Italia, y en la espedicion á Oriente de la *Gran Compañía*. Mas pienso que no haya de desagradar á las

lectoras el saber que Aznar, á pesar de su crueldad, trató amorosísimamente toda su vida á Castana, y que esta fué tan feliz con él como merecia serlo.

Del fin de Fortuñon, Carmeson y los demás almogábares nada se ha podido averiguar, aunque es de creer que perecieran como cási todos los de su laya, en alguna lid contra moros, ó despeñados por algun precipicio, ó enterrados en las nieves de la montaña.

Ni tampoco se sabe cosa alguna del buen monje Gaufrido, si no es que se le encontró en una taberna no bien salió del zaqu zamí donde le metió Aznar tan en contra de su voluntad; y sin duda volvería á su convento, fiándose ménos que solía de persona que le llamase para ejercitar sus letras. Y cási nos atrevemos á asegurar tambien, que en muchas ocasiones recordaria el trato que tuvo con el almogábar, echando á un tiempo de ménos algun diente de los que le dejó resentidos y á punto de caer el golpe tremendo que recibiera, y aquellos sueldos jaqueses tan prometidos como mal pagados despues, por causa de las heridas del que debió de satisfacerlos.

Ramon Dapifer fué de los principales caballeros que se hallaron en el matrimonio y guerras de D. Berenguer, y de los que acompañaron luego su cadáver, cuando vino haciendo milagros y en olor de santidad, desde Italia á Barcelona. Lo que prueba que murió muy viejo.

Pedro de Fivallé tuvo un descendiente harto más atrevido que él, y que ha dejado memoria en Cataluña de esforzadísimo patricio.

Ruderico tomó órdenes sagradas, y fué canónigo

andando el tiempo, sospechándose que lo pretendiera, más que por otra cosa, por satisfacer su aficion á las golosinas y á los buenos bocados. Y aunque no hay bastantes datos para afirmarlo, sospéchase tambien que él fuese el paje que dió el pergamino del abad de Tomeras á Férriz de Lizana, mediante ciertas monedas de plata; ló cual probaría, siendo cierto, que era venal de suyo, y que no se contentaba con ser tercero de amor, sino que servia á todo el que bien le pagaba sus servicios. Cosa reprensible sin duda, que obliga á decir la imparcialidad severa de la historia.

Del abad de Mont-Aragon, algo tambien se ha de contar, que puesto que no sea personaje muy importante en este caso, la fortuna nos ha favorecido, deparándonos el hallazgo de cierta hoja suelta, en pergamino, que contiene una curiosa noticia de su vida. El hallazgo fué en una tarde de Setiembre, durante la cual andaba yo, el humilde copista de está crónica, visitando en compañía de cierto amigo mio, las ruinas de Mont-Aragon.

Debajo de una gran torre de piedra, que permanece intacta, y que al parecer sirvió de campanario, hay una habitacion que debió de ser la sacristía, con labores góticas de no mal gusto. Picóme la curiosidad aquella sacristía, y más las labores, porque la iglesia, aunque tan antigua, como restaurada despues en tiempo de gran corrupcion, no muestra cosa alguna respetable y digna de atencion por su antigüedad ó mérito artístico; y entrando en la sacristía, no sin dificultad grande, porque estaba á medio tapiar y llena de escombros, de entre ellos alzó mi amigo, que no

yo, la hoja á que me refiero, desprendida sin duda de algun librote que por allí anduvo.

Aquella hoja rezaba que en el año no sé cuántos, porque estaba muy borroso, de San Benito, y de la era de Mont-Aragon, estuvo el Rey D. Ramiro á hacer confesion general de sus culpas, y recibió la absolucion de mano del santo Prelado Fortuño, abad de la casa; y que en este hizo tanta impresion aquella conferencia, que miéntras le duró la vida, no dejó de arrodillarse un solo dia en el cláustro, á la propia hora en que se verificó, orando muy devotamente por la salvacion del Rey Monje.

¡Dios haya oido al santo Prelado!

ÍNDICE.

Páginas.

Dedicatoria á la Excma. señora doña Amalia Heredia, Marquesa de Casa-Loring..... V
Prólogo..... VII

POESÍAS.

I.—CANCIONES.

A Elisa, I..... 5
A Elisa, II..... 9
A Laura, en el mar..... 13

II.—SONETOS.

Despedida de Valencia..... 19
Noche de Estío..... 20
Al Emperador Napoleon III con ocasion de su enlace. 21
A Francia, con motivo de ir á ocupar su trono la condesa de Teba..... 22
A Laura, I..... 23
A Laura, II..... 24
A Roma pagana..... 25
En tres de Setiembre.—A la memoria de mi malograda esposa doña María de la Concepcion Espinosa de los Monteros y Rodrigo de Villamayor: muerta á los 25 años de edad..... 26

Páginas.

III.—ODAS.

A Italia subyugada..... 29
A Cárlos Alberto, Rey de Cerdeña.—En la traslacion á Italia de sus restos mortales..... 35
Canto bíblico.—En Jueves Santo..... 41
Canto de guerra, con ocasion de los insultos inferidos en Nueva-Orleans á nuestra bandera..... 45
A la invasion de Cuba..... 49

IV.—ELEGÍAS.

Ethelvina..... 59
Adios..... 63
La mitad de la vida..... 65
Ayes..... 71

V.—POESÍAS VÁRIAS.

A Luz..... 79
Mi nombre.—A mi querido amigo D. Salvador Solier y Pacheco..... 83
Consejos..... 85
Doncella sin amor..... 89
Serenata..... 91
Memorias de Málaga..... 95
Del amor..... 99
En Granada..... 101
En el *Album* de la señorita doña Josefa Cámara y Livermoore..... 105
Las flores de mi balcon..... 107
A una viajera..... 109
Canzoneta tolta dal capitolo XXVI del romanzo *Marco Visconti*, di Tomasso Grossi..... 110
Cancion tomada del capítulo XXVI de la novela de Tomasso Grossi, titulada *Marco Visconti*..... 111
VI.—LOS AMORES DE LA LUNA, fábula gentílica..... 115

Páginas.

NOVELA.

LA CAMPANA DE HUESCA.

CRÓNICA DEL SIGLO XII.

CAPÍTULO I.—En que se habla á manera de prólogo con el lector..... 135
CAPÍTULO II.—Que largamente trata ya de una famosa fiesta y ceremonia, que tuvo lugar en la grande ciudad de Huesca..... 143
CAPÍTULO III.—Comienza á aguarse la fiesta..... 153
CAPÍTULO IV.—Que por ser todo esperanzas y temores entretiene y no satisface al curioso lector.... 165
CAPÍTULO V.—Llegan las lástimas..... 181
CAPÍTULO VI.—Donde se dá cuenta de cierta expedicion que hizo un monje benito á un monasterio para acallar escrúpulos de conciencia..... 193
CAPÍTULO VII.—Que no hace más sino proseguir la materia del anterior..... 203
CAPÍTULO VIII.—Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan en sí los precedentes..... 215
CAPÍTULO IX.—De una plática sentimental que pasó entre el Rey D. Ramiro, de buena memoria, y la hermosa doña Ines de Poitiers..... 227
CAPÍTULO X.—Que sirve para dar tiempo al tiempo y ocasion á que vengan otros inauditos sucesos..... 237
CAPÍTULO XI.—Donde se vé que los ricos-hombres de aquella edad no eran tan sufridos como otros que andan ahora..... 247
CAPÍTULO XII.—De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas..... 261
CAPÍTULO XIII.—Comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero D. Ramiro de Aragon y su escudero Aznar Garcés..... 273

Páginas.

CAPÍTULO XIV.—Que es, si no de los más largos, de los más singulares de esta historia..... 285
CAPÍTULO XV.—De un miedo muy grande con que probó Dios á cierto caballero, y cómo éste se dispuso á recobrar su honra con grandes hazañas..... 293
CAPÍTULO XVI.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla que no fuera para creida si por tan seguro conducto no nos viniera..... 311
CAPÍTULO XVII.—Prosiguen las pláticas y aventuras. 325
CAPÍTULO XVIII.—Descríbese un moderado banquete, y no poco alegre festin..... 341
CAPÍTULO XIX.—Que cosa era ser buen Rey en el siglo XII, y cómo podia convenirle, malo ó bueno, saber latines..... 363
CAPÍTULO XX.—De los escrúpulos que tuvo el piadoso D. Ramiro con ocasion de una mentira, y cómo hizo penitencia de su pecado..... 379
CAPÍTULO XXI.—Donde se vé que el cronista no echaba en olvido las cosas de la nobilísima ciudad de Huesca..... 389
CAPÍTULO XXII.—Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas..... 405
CAPÍTULO XXIII.—Que los de la montaña y los de la ciudad seguian en sus trece; por donde se vé que ya debian de ser todos buenos aragoneses..... 421
CAPÍTULO XXIV.—Donde se preparan y entreven los sucesos, que andando capítulos, han de poner fin á esta historia..... 437
CAPÍTULO XXV.—Como es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada... 451
CAPÍTULO XXVI.—Que Aznar no dejaba de acudir á las citas de amor..... 465
CAPÍTULO XXVII.—Que Aznar Garcés, con ser tan rudo, sabia fundir campanas de muy gran sonido... 475

Páginas.

CAPÍTULO XXVIII.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y, así como al descuido, se aclaran sucesos no bien explicados hasta ahora..... 491
CAPÍTULO XXIX.—El cual seria de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si, más ducho en ciertas cosas el que escribe, hubiera acertado á pintarlas mejor..... 505
CAPÍTULO XXX.—Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne: es leccion de un Santo Padre, que halla aquí alguna demostracion y ejemplo..... 519
CAPÍTULO XXXI.—Donde se relata un famoso riepto y desafío, que cuando ménos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca..... 529
CAPÍTULO XXXII.—Donde se pone tan en claro como suele estar el mediodia, que fueron bien muertos los ricos-hombres..... 543
CAPÍTULO XXXIII.—Que trata de cosas místicas: es quizá más que ninguno gustoso por ser el último de los que escribió el muzárabe..... 557
CAPÍTULO XXXIV.—De algunas averiguaciones y descubrimientos que no estarian de más, y omite sin saberse por qué, el prolijo cronista..... 565

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
7.....	17.....	deamor.....	de amor
114.....	1.....	114.....	108
121.....	24.....	eternas fiores.....	eternas flores
124.....	6.....	en sus lábios.....	en tus lábios
125.....	20.....	Y entonces tú.....	Y en tanto tú
315.....	12 y 13.....	apercibiéndolo.....	apercibiéndose
363.....	2.....	siglo XIII.....	siglo XII